

Carmen Domingo

«Amo a Gala más que a mi padre,  
más que a mi madre, más que a Picasso  
y más incluso que al dinero»

# Gala-Dalí

---

LA NOVELA SOBRE LA MUSA DEL PINTOR

---



  
ESPASA

# ÍNDICE

PORTADA

DEDICATORIA

EL LOCO. TODOS LOS CAMINOS SON MI CAMINO

I. EL MAGO. HOY EMPIEZA TODO

II. LA PAPISA. LA ESPERA HACIA LA INICIACIÓN

III. LA EMPERATRIZ. LA FE EN LO QUE HAGO ELIMINA LOS LÍMITES

III. EL EMPERADOR. VEO FLAQUEZAS SIN FLAQUEAR

V. EL PAPA. EMPEZAR ACOMPAÑADO Y ACABAR...

VI. LOS ENAMORADOS. LA EXISTENCIA DE OTRO QUE SOY YO

VII. EL CARRO. AVANZAR HACIA EL ÉXITO

VIII. LA JUSTICIA. EL EQUILIBRIO Y LA PERFECCIÓN NO SON SIMÉTRICOS

VIII. EL ERMITAÑO. HAY MESES QUE PASAN COMO AÑOS Y AÑOS QUE PASAN COMO MESES

X. LA RUEDA DE LA FORTUNA. EL SURREALISMO VENDE MAL Y SALE CARO

XI. LA FUERZA. ESPÍRITU Y CUERPO RECLAMAN DINERO

XII. EL COLGADO. LA PACIENCIA SE PREMIA

XIII. LA MUERTE. ROMPER CON EL PASADO E INICIAR LA MARCHA

XIII. LA TEMPLANZA. LANZARSE A LA BÚSQUEDA DE UN RITMO NUEVO

XV. EL DIABLO. LA UNIÓN DE CONTRARIOS NOS HACE FUERTES

XVI. LA TORRE. SALIR DE LO NEGATIVO Y ADENTRARSE EN LO POSITIVO

XVII. LA ESTRELLA. EL CAMINO YA NO TE PIERDE

XVIII. LA LUNA. PROBANDO NUEVOS MUNDOS

XIX. EL SOL. CAEN LOS LASTRES PARA QUE PUEDA SEGUIR EL CAMINO SOLA

XX. EL JUICIO. EMERGIENDO DE TURBIOS SENDEROS

XXI. EL MUNDO. LA SUERTE ESTÁ ECHADA

CAMINO SIN DIRECCIÓN. EL LOCO.

CRÉDITOS

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

[PlanetadeLibros.com](http://PlanetadeLibros.com)

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*A Nacho Barón,  
porque sin él, su tarot  
y su paciencia, esta novela  
no sería la misma.*

## EL LOCO TODOS LOS CAMINOS SON MI CAMINO

*Castillo de Púbol, 1980*

*A veces los hijos molestan. No se necesitan cerca. Incluso desearías no haberlos tenido. ¿Por qué? A saber. Son cosas que pasan. Sensaciones que te llegan sin darte ni cuenta, pero que no puedes evitar y, entonces, como si nunca hubieran nacido, desaparecen de tu mente durante años. Los borras de tus recuerdos. Entrás. Sales. Viajas. Haces tu vida sin ellos. Una vida plena desde el principio hasta el fin, guiada solo por tus instintos, por tus deseos. Hasta que un día, de pronto, cuando tú ya hace años que no piensas en ellos, alguien te recuerda que sí, que una vez fuiste madre de una niña y entonces gritas:*

*—¡Que no entre a mi castillo! ¡No quiero verla!*

*Había aprendido a huir de ese recuerdo. Incluso llegué a creerme que no había existido nunca. Y viví feliz durante muchos años. ¿Era tan difícil entender que yo quería vivir la vida a mi manera? ¿Que quería descansar, alejarme de los demás, para alcanzar mis sueños? ¿Para cumplir mis deseos? ¿Que nunca había deseado ser madre? Con los años, si había algo que tenía claro era que yo no necesitaba los lamentos de una hija que no había sentido como tal ni en el mismo momento de su nacimiento. Como también aprendí con el paso del tiempo que tampoco precisaba de la compañía de un viejo decadente que apenas se atrevía a salir de casa sin mi consentimiento y que había acabado por desarrollar todas y cada una de las excentricidades típicas de un anciano decrepito que ya nada tenía que ver*

conmigo.

*La intimidad, y sobre todo la familiaridad, hace mermar las pasiones. Y la llama del amor hay que mantenerla encendida con lo nuevo, lo insospechado, lo sorprendente, lo imprevisto y yo quería seguir viviendo así, alejarme del pasado. Por eso me vine aquí, a Púbol. Recuerdo que se lo confesé a un periodista en una de las últimas entrevistas que me hicieron hace no mucho. No hablaba de Salvador, sino de mis escapadas americanas. Pero el periodista insistía preguntándome sobre él.*

*¿El pintor?*

*¿El genio?*

*¿El hombre?*

*¿Qué me importaban a mí los desvaríos de un viejo impotente? ¿Qué sabía yo de lo que podía estar haciendo en esos momentos? Imagino que estaría en casa, rodeado de unos cuantos jovencitos imberbes dispuestos a hacer lo que fuera para recibir la caricia de quien todavía se cree un genio; o quizás frente a una docena de lienzos en blanco dispuesto a firmarlos, sin importarle ni quién ni qué acabaría dibujado encima semanas después. Él no tenía nada de lo que hablar, en realidad nunca tuvo mucho que decir. Era yo la única que tenía algo que decir al mundo, aunque siempre lo hubiera hecho por boca de algún otro, aunque siempre me hubiera mantenido en un segundo plano. Eso era lo verdaderamente interesante, lo que yo pensaba, hacía o ayudaba a hacer. ¿Cuánto tiempo tenía que pasar para que se valorara el papel de la musa por encima del del genio? ¿Qué más tenía que demostrar? Lo miré fijamente, lanzándole una media sonrisa, insinuándole que iba a contestar, pero que me lo estaba pensando. Sabía que en aquel entonces todavía podía atraer a la prensa, a los hombres. ¿Cómo no iban a interesar las fantasías eróticas de una mujer madura que podía mostrar y disfrutar de un cuerpo mucho mejor que la mayoría de jovencitas y que no se avergonzaba de ello? Conocía a la perfección la atracción que ejercía en los hombres y me complacía con ella. Se lo conté sin escatimar ni un solo detalle, pero no me creyó, no estaba esperando oír eso. Me miró insinuando que era una anciana fantasiosa y, al final, no escribió ni una letra de nuestra conversación.*

*Desde entonces, cuando me llaman de algún diario pidiéndome una entrevista, ya ni contesto. No voy a convencerlos de nada. Ha pasado el tiempo. Ahora hay días en que ni yo misma le pongo cara a todas esas fantasías eróticas tantas veces llevadas a la práctica en otras épocas, ni a los hombres con los que las llevé a cabo. Por más que, cuando cierro los ojos, todavía noto los abrazos recibidos, los besos robados, las horas haciendo el amor de todas las maneras que la imaginación me permitía, las tardes pasadas junto a Salvador, hablándole de todas aquellas posturas que yo practicaba junto a otros hombres y que él nunca se atrevería a realizar conmigo, los días enteros junto a Paul sin salir de la cama, amándonos una y otra vez hasta caer exhaustos, mis escapadas con Max ignorando al mundo entero, mis encuentros furtivos con John y con tantos otros, el sudor de esos cuerpos jóvenes que fueron llegando poco a poco a mi cama, a medida que necesitaba yo nuevas experiencias y que me han regalado tantas tardes de placer más allá de lo imaginado, mientras me servía de ellos para alejarme de la decadencia que se vivía en Cadaqués... Cientos, miles, millones de horas de amor, de disfrute, que pasaron por todos y cada uno de los rincones de mi cuerpo y se quedaron dentro para siempre. Por eso ahora quiero estar sola. Disfrutar de mi castillo, de Púbol, de mis recuerdos y de este hogar donde solo yo me puedo creer ya que algún día volverán a ser ciertas.*

*Esa mañana estaba en la habitación despierta, vestida y levantada, tres cosas que últimamente no suelen ser frecuentes en mí. Todavía iba algo despeinada y no me había acabado de maquillar. Me había vestido con una falda plisada y esa blusa de marinera que tanto le gusta a Salvador para hacerme retratos y que el paso del tiempo ha hecho que amarillee un poco por los hombros. Me he colocado el lazo negro para el pelo que me regaló Coco. De nuevo el tiempo... Frente al tocador, al mirarme, confirmo lo que ya sé: mi cuerpo ha cambiado poco. Quizás sería más exacto decir mi talla. ¡Qué más da! Ese día, digo, estaba esperando a que llegara Marta para ayudarme con el pelo, que me peinara y me colocara el lazo bien centrado y pintara mis labios con carmín rojo como tantas veces he hecho y que ahora el pulso no me deja realizar con precisión. Justo en el momento en que estaba mirándome al espejo y trataba de decidir si me quedaba o no con la*



*blusa puesta, entra Marta muy excitada y me dice:*

*—Señora, es su hija, está aquí. ¡Cécile acaba de llegar! ¡Ha venido a verla desde París!*

*Me lo dice contenta, con una sonrisa. Supone que su felicidad será la mía al conocer la noticia.*

*—No quiero visitas —le digo y añado cambiando de tema—: Tienes que arreglarme el pelo y retocarme un poco la cara —contesto sin dudar y sigo mirándome al espejo.*

*—Pero señora... su hija...*

*El tono de Marta cambia. Está decepcionada por mi respuesta. Pero no voy a dar mi brazo a torcer, aunque la situación me incomoda, lo reconozco y sería más fácil claudicar. No soporto las sorpresas ni que me lleven la contraria en mi propia casa: no quiero verla. Punto. No hay más que hablar.*

*—¿Cuántas veces he de decirlo? ¡Este es mi castillo! ¡Púbol es mío y solo mío y no quiero a nadie! ¡Aquí solo se entra con invitación y no estoy de humor para invitar a nadie!*

*—Está en la puerta —insiste con voz zalamera—, hace años que no la ve.*

*¿Hacia dónde debo mirar para no darme de bruces con la realidad? ¿Qué espejos tengo que conservar colgados que no muestren el paso del tiempo? ¿Cuántas fotos he de romper para que la imagen de antaño sea la recordada? ¿En qué momento he de decidir que una se detiene para siempre y mantiene junto a sí aquello que fue una vez? ¿Cómo huir de los días, los meses, los años que pasan inexorables a nuestro lado hasta que nos convierten en una máscara de lo que fuimos?*

*—¡Verla me hace vieja! ¡No la soporto! Dile que se vaya.*

*Estoy furiosa. Me quiero levantar de la silla, pero no tengo fuerzas. No puedo huir, aunque necesito hacerlo porque no tengo ganas de seguir esta conversación. Le he dicho una y mil veces al servicio que no dejen entrar a nadie en mi castillo. Lo han sabido desde el momento mismo en que los contraté. Las órdenes estaban claras. También le puse esa condición a Salvador cuando acepté Púbol como regalo. Ni él, ni Cécile, ¡nadie! No hay excepciones a esa regla. Uno y otra me hacen sentir vieja y no soporto la vejez. Ahora solo me aterra el paso del tiempo y no quiero verlo pasar en los*

demás.

*En mi castillo estoy a gusto. Me levanto sin prisa, paseo por el jardín, leo, me echo las cartas del tarot un par de veces al día... Esta mañana me he mirado en el espejo del tocador y he sonreído al ver a un lado el icono ruso que me ha acompañado desde niña. No recordaba haberlo dejado aquí. ¡Qué lejos queda Kazán de todo esto y a la vez qué cerca al ver esa talla! Me costó, pero lo logré. Me fui para no volver. También borré esa parte de mi vida. Desde el momento en que salí de Rusia, empecé a prescindir de todos y cada uno de los recuerdos que quedaban en mi mente, mis hermanos, mi madre... mi padre. Escapé de todo y así pude ser yo misma. Los recuerdos impiden avanzar. Para eliminarlos hay que ser fuerte, no dejar que nada te amilane, mantenerte firme en tus planes y seguir adelante, sin mirar atrás. Y eso he hecho a lo largo de toda mi vida. Pero el tiempo pasa y yo empiezo a estar cansada, me queda menos resistencia y casi no tengo planes. Incluso mis manos, con manchas y ya arrugadas, han perdido su juventud dejando que se marquen todos y cada uno de los huesos a través de la piel. Ya no hay marcha atrás. El tiempo corre más deprisa de lo que yo alguna vez hubiera imaginado. Pensaba que lo lograría, pero ni teniendo todo el oro del mundo puedo detener su avance. Por eso quiero que me dejen sola. Estar tranquila. Para los demás puede pasar el tiempo, pero yo, yo, estoy en Púbol y aquí sigo, siendo la Gala de siempre.*

*—No es justo —susurro apartando la mirada del espejo y agarrando la baraja del tarot—. No es justo... ¿qué hace aquí Cécile? ¿A qué ha venido? Ya le dije que no le daría ni un céntimo más.*

*—Señora, me ha dicho que se ha enterado de que usted está algo enferma y por eso quiere verla.*

*—¿Enferma? No quiero que nadie me recuerde que soy una vieja enferma, porque no lo soy. Cécile no es como su padre, ella no necesita mi ayuda para seguir adelante.*

*—Señora, no es eso, ella la quiere. No viene a pedirle nada. Es su hija... y usted su madre...*

*De pronto, como si se tratara de una revelación, comprendo que es justo al contrario, que el pasado no existe, que a partir de ese momento, del ahora,*

solo el presente va a acompañarme. Barajo entonces con fuerza las viejas cartas del tarot que me ha acompañado toda la vida. Sin contestar a Marta. Sin mirarla. Fija en la baraja. Lo hago algo más preocupada de lo habitual por lo que las cartas me puedan decir.

Saco una del mazo.

El Loco.

Qué ironía, el único arcano sin número, sin límites, libre de hacer y decir lo que quiera. Las cartas son las únicas que me entienden. A las únicas a las que les debo hacer caso.

El Loco, como yo, camina con paso resuelto, apoyado en un bastón, sin saber adónde se dirige, sin vínculos que lo aten a nada y a nadie, guiado por un principio divino, creador. Camina, caminamos, por una tierra que sacralizamos a nuestro paso. Eso he hecho yo a lo largo de toda mi vida. ¿Qué sería de todos aquellos a los que he dirigido sus pasos para que el mundo entero reconociera su valía si yo no hubiera descubierto el camino, si no les hubiera trazado su destino, si no los hubiera acompañado de la mano hasta conducirlos al éxito? Yo, la única visionaria que ha sabido percibir en ellos lo que ni siquiera ellos mismos imaginaban. ¡Menuda carta me ha ido a salir!

—Señora, Cécile insiste. Dice que esperará a que la reciba. Se ha quedado sentada en las escaleras de la puerta. Quiere verla. —El tono de voz de Marta es casi de súplica.

—Dile a esa tal Cécile que si no desaparece de Púbol llamaré a la Guardia Civil y ellos se encargarán de echarla de mi propiedad. Mi hija hace años que no existe, no sé quién es —le contesto airada—. Mejor... —me detengo a pensar en el arcano. Yo, como El Loco, camino con paso resuelto, sin ataduras, sigo buscando mi destino y tengo que encontrarlo sola como he hecho siempre. Ya no queda nadie a quien ayudar más que a mí misma. Mi vida no ha acabado aquí, tengo que seguir adelante, dirigir los caminos de otras gentes... seguir buscando la belleza... Cécile sigue siendo un estorbo.

Marta se acerca a mí para escuchar lo que me falta por decir, o quizás para intentar convencerme. Puedo leer en sus ojos la súplica de que cambie de parecer. La dejo atrás y me muevo poco a poco hacia una de las cómodas

de la habitación apoyándome en todos los muebles para no caerme, en el primer cajón guardo otra baraja de cartas, el tarot que pintó Salvador hace unos años. También eso lo ha hecho gracias a mí. ¿Qué sabría él de cartas adivinatorias si no hubiera sido yo la que se las explicara? ¿La que se las echara una y otra vez antes de tomar una decisión? Quiero sacar otra carta a ver si aquí la respuesta varía. Muevo las cartas con destreza, aprendí a barajar de niña, solo necesito sacar una de ellas. Al verla sonrío con amargura. Es la misma que el azar ha decidido que saliera cuando cogí el tarot de Marsella: El Loco.

*Las casualidades no existen.*

—Maldito viejo decrepito. Nunca has sabido estar solo —murmuro con rencor al ver la imagen dibujada en el naipe de Salvador y le muestro a Marta el dibujo de la carta para que entienda mi queja.

Ya casi no la recordaba. En la baraja de Salvador El Loco aparece acompañado de otra figura, su segundo, su doble, su otro yo. En esta no está solo. Me la quedo mirando con rabia, no puedo quitarle los ojos de encima, y es esa misma rabia la que me hace romperla en mil pedazos que caen desparramados a mi alrededor.

—Dile a Cécile que me he ido, que estoy de viaje en París o en Nueva York... donde se te ocurra —contesto entonces.

Marta me mira y no añade nada. Sabe que es inútil insistir. Pone cara de lástima y de desconcierto. Se cree que estoy sola, que cada vez soy más frágil, que me hago vieja, que los amigos me han olvidado y que haría bien acercándome a una hija que siempre mantuve lejos de mí para pasar los últimos años de mi vida acompañada. Lo sé. Sé que piensa eso. Pero se equivoca. Las fuerzas aún no me han abandonado del todo, mi cuerpo no es algo pasado sino presente, mi muerte no está cerca, todavía recibo cartas a diario de admiradores y mi mente tiene muy claro lo que debo seguir haciendo. El Loco tiene razón, actuar supone el triunfo y a mí aún me queda mucho que ganar.

—Necesito estirarme un rato. La piel agradece el descanso —le explico con cierto coqueteo a Marta.

Arrastro los pies, me dirijo de nuevo a la cama, no sin antes pararme

*frente al espejo y estirar la piel de la cara hacia atrás a la vez que hago un gesto como de asombro para elevar los párpados y crear una ilusión momentánea de que se mantiene tan tersa como cuando llegué a Europa.*

*—No me mires así, querida, mi cara no puede permitirse ni una arruga más y el maldito cirujano se niega a operarme de nuevo. Qué sabrá él de mis necesidades.*

*—¿Necesita algo más, señora? —me pregunta y de su tono de voz deduzco que ha comprendido que no vale la pena seguir insistiendo sobre Cécile.*

*—Marta, he decidido que es mejor que tires todos los espejos —le digo entonces.*

*—¿Los espejos?*

*—Sí, todos. En su lugar quiero fotos, retratos míos, los cuadros que me ha pintado Salvador... Está claro que alguien los ha modificado, la imagen de esa anciana que reflejan no soy yo. Los miro y solo veo a una vieja que me persigue a todas horas. Prefiero que desaparezca. Es el mismo rostro de la muerte y prefiero no tenerla cerca.*

\* \* \*

Qué curioso resultaba que actuara así.

Gala había dedicado toda la vida a escapar del pasado y vivir el presente y ahora se aferraba justo a todo lo contrario, defendiendo el presente frente a cualquier otra época. No era imposible intervenir en el tiempo, para ella nada era imposible... si se lo proponía. Por eso la solución pasaba por eliminar los espejos antes de que el paso de los años se metiera en su espíritu y el presente en el castillo se volviera en su contra. Era más eficaz detener el tiempo que borrarlo, no había duda. Los espejos eran una prisión temporal y ella desde niña solo había luchado por ser libre. Para qué los quería. Los retratos, las fotografías de años anteriores mostrarían el reflejo que esperaba, el que ella recordaba y conocía, el que sentía como propio, el que mostraba a la

verdadera Gala, aquella que fue un día. La Gala que viajaba, la Gala que sugería, la Gala que decidía, la Gala que obligaba, la Gala que negociaba las más favorables compraventas, la Gala que hacía el amor sin descanso... la Gala que se sentía dueña de su destino y dirigía el de muchos otros.

El espejo no duplica, no refleja, en realidad desdobra, pero ella está sola y no necesita dobles en Púbol. El castillo es enorme. Y ella, la dueña y señora, no tiene caballero que la acompañe. Quizás es mejor de este modo. En realidad su vida siempre ha sido así, siempre ha estado sola. El espejo desdoblaba al otro. Salvador no es más que un mero reflejo de ella misma, como lo fueron Paul y tantos otros que pasaron por su vida. Y ahora huye de los reflejos, de los dobles, lo mismo que huye del mar, de las compañías jóvenes y de esos cuerpos lustrosos que casi viven de forma permanente en Port Lligat atraídos por la idea del genio que fue Salvador y que ahora se contenta con hacer gestos histriónicos y grandilocuentes que solo obedecen a un intento de llamar la atención a ver si consigue mantener la fama que tuvo un día, esforzándose en inventar mil y una excentricidades.

No, no los quiere cerca. No quiere a nadie cerca. Quiere vivir sola, se repite, como antes lo hizo una de las primeras habitantes del castillo, allá por el siglo XV. Sancha, la viuda del barón Gispert de Campllong, le hubiera gustado conocerla...

Quiere estar sola... o quizás acompañada de las rosas que le recuerdan el jardín donde pasaba las vacaciones de verano junto a su familia allá en Rusia. Ahora ya sabe que no necesita compañía humana. Entonces gira su cabeza casi sin darse cuenta. Le ha parecido escuchar, como en un murmullo, el recuerdo de la voz de su padre susurrándole un adiós en la estación de Moscú hace casi setenta años. Pero ha sido un recuerdo efímero. Al poco, Kazán desaparece de nuevo y para siempre de su cabeza y vuelve al hogar de los muertos, donde se han juntado todos los olvidos de su vida y entonces ella baraja de nuevo las cartas pensando en el hoy, en el mañana...

# I

## EL MAGO HOY EMPIEZA TODO

*Moscú-Clavadel, 1913*

—Estarás sola durante un tiempo, pero regresarás curada. Tus pulmones no te molestarán más —le aseguró Dimitri, su padre, con un tono que alejaba el dramatismo, pero que confirmaba la importancia del paso que estaba a punto de dar.

Gala mantenía con Dimitri una complicidad que no tenía ni con su madre ni con sus hermanos. Por más que este, en realidad, no fuera su padre, sino su padrastro. Sin embargo, ella lo sintió desde el principio como su padre verdadero. El único padre que había conocido y la única figura masculina de la que aceptó un consejo y, quizás, algún reproche. Su presencia eliminó de su recuerdo a aquel Diakonov que, borracho de vodka, pegaba a su madre todas las noches hasta que por fin, un día, acabó por abandonar a la familia a su suerte y no volvieron a saber de él. Poco después, Dimitri Illitch Gomberg entraba en la vida de Antonina, la madre de Gala, y en la de sus cuatro hijos para quedarse.

—Desde que era una niña... está así desde que era una niña —se lamentaba la madre de Gala mirando impotente a su hija sin saber qué más podía hacer.

—Quizás deberíamos llevarla al Hospital Central.

Y así lo hicieron. Gala también estaba cansada de tanta enfermedad, de tanto tener que quedarse en casa desde niña porque cualquier movimiento la ahogaba. Acababa de cumplir dieciocho años y no había mes en el que no tuviera una recaída que agravara la naturaleza de su enfermedad. En Moscú, los médicos, tras examinarla a fondo, preocupados por que su afectación pulmonar acabara evolucionando en una mortífera tuberculosis, decidieron que lo mejor para su salud era que se trasladara a Suiza. Si pasaba una temporada internada en el sanatorio de Clavadel, sin ninguna duda mejoraría mucho el estado de los pulmones.

—Irás tú sola —le explicó su padre—. Irán a recogerte a la estación.

—No te apures, no estaré sola. Ellos vendrán conmigo —contestó con seguridad la joven, señalando una estantería donde reposaban sus libros favoritos—. Estaré bien.

Y lo decía convencida.

Desde siempre, los libros habían sido la única compañía que necesitaba. Había crecido en medio de ellos, vivido rodeada de poetas, pintores, profesores amigos de sus padres... Alejada de muchachos y muchachas de su edad, Gala disfrutaba en compañía de personas mayores, daban menos complicaciones, sabían lo que querían... En estas reuniones, se sentaba a un lado de la sala para escuchar conversaciones que no siempre entendía, pero que le causaban gran placer y que abrían su mente a otros mundos a los que acabó soñando con llegar. Desde esos tiempos y ya en la casa familiar, Gala empezó a leer folletines, a conocer Europa, a admirar su cultura y a soñar con las niñas modélicas que vivían en algún lugar de Francia. Jovencitas que lucían tirabuzones y escuchaban recitar poesía a sus madres, mientras suspiraban por encontrar un marido que las hiciera felices el resto de sus días. Muchachas que nunca serían como ella, pero que vivían unas vidas en el lugar en el que a ella le gustaría vivir.

Fue en aquella época cuando Gala descubrió el placer que le suponía acariciar un libro, el goce de pasar los dedos por sus hojas, de disfrutar con el olor que desprendía la encuadernación, de interpretar los espacios en blanco de las poesías más allá incluso de lo que el mismo poeta quería decir. No, con los libros no tendría tiempo de sentirse sola. Como tampoco lo tendría con



uno de sus eternos compañeros: el tarot. Pasara lo que pasara, unos y otro la harían sentirse como en casa. Aunque se guardó de mencionar el tarot para evitar las ironías de sus hermanos, que, cuando se lo veían entre las manos, no dudaban en tacharla de loca.

\* \* \*

El primer cambio de tren lo hizo en Landquart.

Tenía poco más de dieciocho años cuando emprendió el viaje y, aunque con frecuencia había fantaseado en su casa con salir de Rusia, esta era la primera vez que se sentía libre de verdad. Al amanecer, recién llegada de un tren procedente de Moscú tras realizar un largo viaje atravesando Europa, sentarse en el local en el que se encontraba el pequeño café que había en la estación de Zúrich le pareció un lujo. Antes de traspasar la puerta, se sujetó con una mano su larga estola de piel negra para no dejar que el frío se colara, hizo un movimiento a izquierda y derecha con el cuello para asegurarse de que nadie la observaba y entró en el local con paso seguro.

Se sentó en una silla frente a una mesa con un mantel blanco y le encargó a uno de los camareros de largo mandil un té con leche acompañado de tostadas. Mientras esperaba, miró el reloj que presidía la sala y que le recordaba que en poco menos de dos horas saldría su otro tren hacia Davos. Allí se encontraba su destino final: el sanatorio suizo de Clavadel.

Tras acabar el desayuno, y todavía dentro del bar, le hizo señales a un uniformado maletero para que la ayudara con la pesada maleta, al ver que el tren ya estaba en las vías. El hombre, de gorra azul inmaculada, acudió raudo a la llamada de la muchacha. A paso de carrera, se dirigió con la pesada carga hacia el andén donde se encontraba el robusto convoy alpino que poco después se abriría paso entre túneles llenos de rugidos y humo. Una vez en el compartimiento, el mozo colocó la maleta en el portaequipajes y, al acabar, saludó a Gala inclinando la cabeza y murmurando algo en alemán, al tiempo que extendía la mano. La muchacha, entonces, comprendió el gesto y rebuscó

en el interior de su pequeño bolso negro hasta encontrar unas monedas que darle de propina y las dejó caer en sus manos sin tocarlas.

Ya sentada en su vagón, miró a su alrededor buscando algo que le llamara la atención como para detener los ojos unos segundos. En el compartimiento había otros viajeros, sí, pero ninguno parecía demasiado interesante y decidió evitar conversaciones de desconocidos. Al fin, colocada en el extremo de uno de los dos bancos, miró por la ventana. Con el abrigo de piel doblado sobre las rodillas y con la pesada estola de astracán sujeta alrededor del cuello, agarró con fuerza el pequeño bolso contra su pecho. Al final, no fijó su mirada en nadie, pero le pareció notar cómo los demás la observaban. No era una sensación nueva. Delgada, con la piel muy blanca, las señales de su enfermedad la diferenciaban del resto de muchachas de su edad y provocaban miradas sorprendidas a su paso. En ese momento, un agudo silbido que avisaba de que el tren se ponía en marcha la distrajo de sus pensamientos. El estrépito del motor confirmó que la maquinaria se había puesto en marcha. Gala miró por la ventana, mientras notaba que las ruedas empezaban a girar. La máquina fue ganando velocidad a medida que se alejaban de la estación. Poco después de iniciar la marcha, la locomotora emergió entre paisajes protegidos por bosques de abetos negros, lagos y montañas cubiertas de nieve. Paisajes infinitos que se acercaban a la ventanilla acompañados, procedentes de algún lugar más allá de lo que la vista era capaz de alcanzar. Imágenes que no acaban nunca y que aumentaban la sensación de infinita libertad que había sentido Gala al llegar a la estación de Zúrich. Nunca había visto nada igual hasta ese momento, ni tampoco había disfrutado hasta entonces de la independencia.

Tan solo tres días después de iniciar el viaje, que se le hizo a ratos interminable, Europa entera le abría las puertas a un cambio de vida. Sin ella saberlo, ese último tren daba paso a la nueva Gala. Y el paisaje se quedaría grabado en su memoria para siempre, como señal de su primer triunfo y de su transformación.

Kazán estaba bien, pero no era más que un refugio para pueblerinos. Ni siquiera Moscú era suficiente para ella. Con sus calles cubiertas de nieve durante muchos meses al año, era una ciudad en la que en raras ocasiones

alguien se aventuraba a pasear por el mero placer de hacerlo y te obligaba a vivir encerrada en casa. Su destino era Europa, lo entendió poco después de llegar a Clavadel, a pesar de haber venido con el hielo metido en los pulmones. Años después, cuando oyera hablar de frío, instalada ya en la cálida costa mediterránea, sonreiría sin decir nada. ¡Frío en el mediterráneo! No sabían lo que decían, aquello sí que había sido pasar frío, pero un frío que la sanaría y la dirigiría hacia lo que iba a ser su nueva vida en un país en el que, como soñó una vez de pequeña, nunca habría nieve en las calles.

Cerró los ojos, apoyó su mejilla en la ventana, sujetando con fuerza su bolso en el pecho, y dejó que su cabeza se balanceara con suavidad contra el cristal con el traqueteo del tren, mientras recordaba a sus padres. Antonina, asustada al tiempo que emocionada ante el viaje que emprendía su hija, había llorado al despedirse, pensando en lo que podría deparar un trayecto tan largo para sus maltrechos pulmones y temerosa de no volverla a ver. Dimitri, sin embargo, era diferente y no gustaba de lamentaciones. Estaba seguro de la resistencia de Gala frente a las dificultades y sabía que llegaría indemne y que regresaría de igual manera. Tan solo le dio un abrazo para infundirle confianza y aprovechó para susurrarle al oído un consejo mil veces repetido:

—Libre, Gala, hay que ser libre. Debemos tener conciencia de nuestra propia libertad, aprovecharla, porque nos la regala Dios y es solo nuestra. Sería pecado no hacer uso de ella. Aprovecha para ser libre, sin pensar en los demás.

Gala sonrió agradecida al recordar esa frase.

Mientras, notaba que el tren aminoraba la marcha a ratos. En esos momentos la vía serpenteaba entre casas pegadas unas a otras y daba la sensación de que no llegarían nunca a su destino. Al rato, se detuvo el vaivén y eso la obligó a abrir los ojos. El tren se había parado. Lo hacía cada poco en pequeñas estaciones, y los viajeros subían y bajaban con la misma frecuencia. Gala los miraba desde la distancia involuntaria que delimita un cristal. Al subir, ninguno parecía enfermo como para compartir con ellos su destino, mientras ella seguía notando una fuerte presión en el pecho que le recordaba que, por más que fantaseara, este viaje no era puro placer, sino acuciante necesidad.

Ya en Davos, y con ayuda de un mozo que le llevó las maletas desde el convoy, se acercó a saludar a un trabajador del sanatorio que vino a recibirla para conducirla hasta su destino final.

El edificio, situado a más de mil quinientos metros de altura, estaba rodeado de nieve. La majestuosa construcción tenía cuatro plantas, y, desde fuera, uno diría que era más parecido a un hotel de lujo que a un hospital donde vivir aislada del mundo y, sobre todo, de la tuberculosis. En ese momento, en un cielo casi blanco, los grajos sobrevolaban encima de lo que sería su hogar los próximos dos años dándole un aspecto fantasmagórico y graznaban avisando de posibles peligros.

—Estáis presagiando muerte —les gritó a las aves, amenazándolas con el puño levantado y ante la cara de asombro del hombre.

—Por desgracia, la muerte es de las pocas cosas que uno puede presagiar en este lugar, sin miedo a equivocarse —le aclaró el hombre, con tono resignado.

—Pero no será la mía —contestó la rusa con seguridad y siguió andando.

Recordaba a la perfección que La Justicia había sido la última carta que salió en la tirada que había realizado esa mañana. Era la resurrección lo que le esperaba en el sanatorio, estaba segura de eso, el tarot no se equivocaba. Por eso no estaba dispuesta a dejarse atemorizar por unos pájaros, ni siquiera sabiendo que la espada de Damocles pendía sobre su cabeza desde hacía años dispuesta a caer en cualquier momento secándole los pulmones para siempre. De sobra sabía que los grajos eran pájaros de mal agüero, pero las cartas le habían asegurado que saldría reforzada del viaje, victoriosa. No le iba a aclarar a ellos ni a nadie que La Emperatriz, La Rueda, La Templanza y La Estrella se lo habían confirmado en esa misma tirada. No había dudas. Este sería el viaje que cambiaría su vida.

Acompañada por aquel hombre, siguió caminando por el ancho paseo que daba la bienvenida hasta atravesar la entrada del sanatorio. Al hacerlo pensó en algunos de los paisajes desolados que tan bien describían Tolstói y Dostoievski en algunas de sus obras. Había sido buena idea dejarse acompañar por los dos maestros.

Ya sola, en su habitación del tercer piso, tras solucionar los últimos

trámites que le faltaban para ingresar en la institución, se dispuso a colocar todos los objetos que había traído en su maleta para hacer de su estancia una pequeña reproducción de su propia habitación en Moscú. Unos iconos pequeños que le había regalado su madre, algunos libros de autores rusos, pero también de algunos escritores franceses y material para poder preparar sus próximos exámenes de ingreso a la universidad al regreso de su tratamiento. Junto a ellos, unos animales de peluche que adornaban su cama y que también había traído a Clavadel y toda clase de retales con los que cortarse unas blusas que después bordaría con seda de colores, haciendo pequeños dibujos geométricos.

Los primeros días se paseó sola por los largos corredores del sanatorio, recorriendo algunas habitaciones que todavía estaban vacías, entrando en las salas de reposo, en los comedores... conociendo la institución, pero alejada de médicos, del personal de servicio y de otros enfermos. No se sentía cómoda entre ellos. Para los médicos, los enfermos eran tuberculosos que necesitaban reposo, para el personal, en cambio, ricos ociosos que podían permitirse el lujo de pasar unos meses fuera de casa tratados a cuerpo de rey, intentando alejarse de una muerte que, al fin, a todos llegaba. Para los enfermos, unos y otros no eran más que transmisores de malas noticias. Sin embargo, la realidad era más simple que todo eso. Aunque era cierto que todos pertenecían a familias bien situadas, que el estado de sus cuerpos necesitaba reposo absoluto, y tosían con una expectoración seca y profunda en unos casos, escupiendo sangre en otros y muchos no lograban regresar curados a sus casas, la realidad era que todos soñaban con volver. Por eso, la impresión que tenía el recién llegado al atravesar la puerta por vez primera era que en Clavadel la vida se detenía para intentar engañar a la enfermedad y que esta pasara de lado sin fijarse en nadie.

Los días se veían alterados solo por unas reglas que ordenaban el paso del tiempo, desde la hora del desayuno, hasta la visita del médico o el reparto del correo. La mayor parte de los enfermos permanecían en silencio, mirando al vacío, contando con los dedos los días que les restaban para, en el mejor de los casos, regresar a casa con pocas secuelas de la enfermedad.

—Tenía que alejarme de mi casa, y solo podía hacerlo sola. Poco me

importaba que me vieran como si fuera un chico por la determinación que mostraba. La tuberculosis me dio la excusa perfecta para justificar mi huida —explicó a Eugène en el sanatorio al poco de conocerlo.

Por primera vez en mucho tiempo, se sentía a gusto con alguien de su edad como para confesarle sus temores más secretos y explicarle sus planes. Por más que se lo contara restándole importancia a algo que sin duda había supuesto un gran sacrificio y demostraba la fortaleza que la marcaría de por vida.

Pero esa conversación todavía tardaría en llegar.

En ese momento Gala no conocía a Eugène Émile Grindel. El joven tenía diecisiete años, uno menos que ella, y llevaba unos meses ingresado en Clavadel, acompañado de su madre, aquejado también de una grave afección respiratoria. Era bastante alto y tenía unos hombros estrechos que enmarcaban el fino rostro dándole un aire de joven desvalido. Elegante, vestido siempre con una abultada corbata de terciopelo para evitar que el frío se le metiera en la garganta y en sus maltrechos pulmones, intentaba parecer mayor de lo que sin duda era. Por eso, el día que Eugène vio avanzar a Gala por primera vez, atravesando pausada los largos pasillos del sanatorio, y notó cómo el corazón se le aceleraba hasta salirse del pecho, no se atrevió a hablarle. Nunca antes había sentido algo igual. Al principio dudó si decirle algo y al fin se acercó a saludarla ofreciéndole la mejor de sus sonrisas, aunque lo hizo con timidez. Los aires altivos de la muchacha parecían querer rehuir el contacto con otros enfermos, pero la realidad era que no tenía a nadie a su lado y se sentía muy sola.

—Soy Eugène.

Gala se lo quedó mirando sin saber qué hacer y, aunque estuvo tentada de detenerse a conversar, tan solo movió la cabeza para devolver el saludo.

Podía parecer una enferma más, pero él supo de inmediato que no lo era y por eso le atrajo. Ni siquiera pareció importarle aquel gesto de rechazo, que todo el mundo hubiera entendido como un desplante, y lo asoció a una supuesta timidez que él estaba dispuesto a sortear con sus mejores armas de poeta.

—Se llama Elena Dimitrievna Diakonova, pero se hace llamar Gala —le

aclaró al punto una enfermera.

—¿Hace mucho que ha llegado? ¿De dónde viene? ¿Está grave? —Las preguntas se agolpaban en la boca de Eugène.

La enfermera lo miró sonriendo. Sabía que no podía dar ese tipo de información, que todas las normas de discreción obligaban a no comunicar detalles acerca de los pacientes, pero qué importaba saltárselas un poco. Al fin y al cabo quizás ninguno de ellos dos regresara a sus hogares...

—Viene de Moscú, pero como no tenemos más rusos ingresados, habla en alemán con los otros enfermos.

—¿En alemán? —preguntó algo preocupado.

—Aunque debe de saber francés —aclaró la enfermera—, su cuarto está lleno de libros de poetas franceses.

—Poetas... —dijo con una sonrisa, saboreando la palabra de nuevo—. Poetas...

Gala era flaca. Tenía los huesos del cuello y los hombros salientes, y un talle esbelto. Sin ser guapa, su aspecto atraía e imponía a la vez y hacía difícil dejar de mirarla. Sus andares, con la cabeza siempre erguida, la hacían parecer incluso más alta. Al verla caminar, uno diría que era una princesa del frío que se negaba a ser arropada. Pero todo pasaba a un segundo plano cuando te fijabas en sus ojos. Negros como el azabache, febriles, intensos... esa mirada seductora atraería para siempre al joven Eugène, que quedó atrapado en sus redes, sin él saberlo, ese mismo día.

Ni siquiera el paso del tiempo consiguió que él, con unas manos de adolescente grandes y torpes, perdiera el nerviosismo y dejara de moverlas y entrelazarlas sudoroso para evitar delatar sus nervios cada vez que se dirigía a ella.

Todos los días a mediodía, después de comer, los enfermos se reunían en los salones situados en la planta baja del establecimiento. Reclinados en unas tumbonas, colocadas frente a unos grandes ventanales por los que entraba la luz, debían descansar viendo pasar el tiempo. Unos dormitaban y los otros leían o escribían, pero todos permanecían en silencio, como si eso alejara la tuberculosis de sus cuerpos. Gala se sentaba apartada de los demás, incluso rechazaba los pequeños corrillos que, casi a escondidas, se formaban para

mantener breves conversaciones. Unos pocos la suponían tímida, pero la mayoría ya empezaba a hablar de ella como la rusa altanera.

Al poco de llegar, una tarde, Gala vio a Eugène estirado en una de las butacas de reposo de la sala. Ella era incapaz de relajarse sentada en ellas y decidió que había llegado el momento de devolver aquel saludo.

—¿Podría acercarme una pluma y un papel para escribir? —pidió a la enfermera cuando esta se acercaba a traerle la medicación.

—Duerma, intente descansar. Parece que está usted algo nerviosa hoy, descansar es importante para ayudar a la curación —le contestó solícita, mientras le entregaba junto a las pastillas una segunda manta, pensando que tal vez el frío le hacía desear mover las manos para que entraran en calor.

Pero no era el frío, era ella, su cabeza, sus inquietudes. Convenció a la enfermera de que le trajera lo que necesitaba para escribir esa nota que rondaba por su mente y hacérsela llegar a su destinatario. Antes, Gala había hecho todos los intentos que había podido para juntarse con otros enfermos, pero pasaban los días y ninguno de los entretenimientos que preparaban en el sanatorio para distraerlos le resultaban lo suficientemente atractivos para unirse a un grupo. Unos demasiado enfermos, otros demasiado viejos, los de más allá sin nada demasiado interesante de lo que hablar... Por eso había que buscar una alternativa, y así fue como Gala decidió hablar con el francés. Y en ese momento fijó de nuevo su mirada en Eugène. Como ella, tampoco parecía que estuviera descansando. Tendido en una tumbona algo más allá que la suya, con sus piernas cubiertas por una manta de lana roja a cuadros, movía nervioso su estilográfica mientras mantenía su mirada absorta en las páginas del libro que estaba leyendo.

—¿Quién es ese joven? —preguntó a la enfermera para tener detalles más concretos de él, agradeciendo con una sonrisa que le hubiera traído todo lo que le había pedido.

—Se llama Eugène, es un joven francés. Ha venido aquí con su madre, que lo acompaña durante el tratamiento —contestó de inmediato, confirmando a Gala lo que ya se imaginaba, que los enfermos, sus vidas y sus muertes estaban en boca de todos—. Si quieres que te diga lo que pienso de él, creo que es de los enfermos que tiene la habitación más abarrotada que he



visto nunca —añadió acercándose para hablar con ella y evitar que los demás atendieran a la conversación.

—¿Abarrotada? —preguntó la rusa intrigada.

—Libros, tiene libros por todas partes, hasta debajo de la cama. Y libretas, miles de libretas esparcidas por la estancia. Creo que él se presenta como poeta.

Gala sonrió y miró de nuevo al joven. Delgado, frágil y pálido, el adolescente que pronto se convertiría en hombre cada vez le resultaba más interesante, a pesar de que no se atrevía ni a mirarla a los ojos.

En cuanto se alejó la enfermera, se dispuso a escribirle una nota en un minúsculo trozo de papel: «Retrato de un joven poeta de diecisiete años. ¡Triangulismo!».

Y en su reverso dibujó el perfil del poeta sonriendo. Para Gala la poesía era un don mucho más importante que cualquier otro, era la sublimación de la belleza. De inmediato, hizo que el papel corriera de mano en mano por todos los enfermos hasta llegar a Eugène.

«¿Qué joven? ¡Conteste rápido!», preguntó sorprendido Eugène al recibirlo, sin atreverse ni siquiera a mirarla, tan nervioso como estaba.

«Esta noche cena usted conmigo», dijo como única respuesta quien, en ese mismo momento, supo que no se separaría de él, que Eugène sería su primer paso hacia esa libertad que tanto ansiaba, su entrada en Europa.

El muchacho aceptó la orden sin dudar, como lo haría a partir de ese momento siempre que ella quisiera.

«Soy su discípulo».

A partir de ese instante, decidieron no dedicar ni un minuto a pensar que esa podía ser su última Navidad, sino a trazar planes de lo que sería su nueva vida en común, disfrutando de unos encuentros que hacían nacer todos los deseos del amor, que llevaba a sus cuerpos nuevas sensaciones.

—Las cartas del tarot me mantuvieron viva hasta que te encontré. Los Enamorados y El Mago me confirmaban en Moscú una y otra vez que hacía lo correcto, que esperara y que un hombre joven vendría a llamar a mi puerta y me llevaría con él, trazando juntos nuestro destino, y La Emperatriz me aseguraba que la muerte se alejaba —le confesó ella meses más tarde, sin

aclararle que La Emperatriz solo hacía referencia a su propia vida.

Eugène la miraba embelesado, recorriendo con sus ojos todas las partes de su cuerpo, cogiéndole las manos, acariciándole los brazos... sin atreverse a ir más allá. Uno diría, al verlos, que el contacto físico entre los jóvenes bastaba para sumirlos en la más pasional de las relaciones.

En esa época también Gala compartió con él su gran secreto, el mazo de cartas del tarot que, protegido en una pequeña bolsa roja de terciopelo, la había acompañado desde su Rusia natal y que la ayudaba a tomar todas y cada una de las decisiones.

Así, entre caricias y predicciones, entre lo carnal y lo divino, olvidaron que la muerte flotaba sobre sus cabezas y trataron de llenar las eternas horas de reposo en el sanatorio con lecturas compartidas, conversaciones, poemas, paseos y primeros flirteos. El encuentro con Eugène hacía nacer en Gala unos sentimientos que hasta ahora eran desconocidos para ella. La vida en Clavadel empezaba a tener otro sentido, se veían a diario, se esperaban, se perseguían, se buscaban, unían sus manos, se miraban y conseguían crear un escenario más que propicio para inocentes devaneos sexuales que dejaban claras las prisas que tenía uno y otro por vivir, para no pensar que, quizás, la muerte los acechaba.

—Quiero ser poeta —se sinceró Eugène un día.

—Serás uno de los mejores —sentenció ella sin dudarlo.

El joven nunca había encontrado a nadie que creyera en él de esa manera. Y empezó a pensar que un día ellos dos serían libres para vivir juntos, fuera ya de esas blancas habitaciones, con sus muebles de colores claros y su pequeño balcón que ofrecía una pálida vista de la nieve, lejos de las revisiones semanales de rayos X, de las diarias lecturas de termómetros y de la comprobación del estado de los pulmones por parte de los médicos.

\* \* \*

*Éramos jóvenes e ingenuos. Creíamos en cosas, soñábamos despiertos.*

*Soñar es gratis. Sin sueños no se llega a ningún sitio. Por eso yo empecé a soñar entonces. Por eso creí con fuerzas en lo que iba a hacer. Por eso, desde aquel momento, empecé a pensar solo en mí misma.*

\* \* \*

Sin dudarle ni un minuto, siempre que podían, corrían a buscar una zona aislada donde compartir sus sueños, alejándose de la atmósfera de gran trasatlántico enfermo que se vivía en el sanatorio. No asistían a los conciertos de piano que había los domingos, ni a las reuniones para tomar té o limonadas, ni a los paseos a caballo semanales, rechazaban las invitaciones de los otros enfermos para jugar a las cartas o intercambiarse sellos de correos. Ni siquiera les apetecía divertirse con el nuevo invento que había llegado hacía poco a Clavadel, un estereoscopio tridimensional que daba a las fotografías una extraña profundidad, similar a la ensoñadora languidez de la vida que allí llevaban. Solo querían acariciarse, besarse con urgencia y torpeza a la vez, estar juntos, soñar con el mañana, con su mañana.

Eran solo ellos dos.

Gala y Eugène.

Eugène y Gala.

Así, de las confidencias y las lecturas en voz alta, saltaron a los primeros poemas del joven poeta Eugène dedicados a su musa, y con ellos las primeras correcciones que Gala, meticulosa, sugiriera.

Eugène estaba acostumbrado a poner en verso su vida, emociones, angustias, dichas... pero hasta ahora no había conocido a nadie que, como Gala, leyera y entendiera lo que sus versos querían decir. Eso los unió definitivamente. Los jóvenes, haciendo uso de la ilusión y el impulso propios de la edad, empezaron a hacer planes para vivir juntos, fuera de los confines del sanatorio, en cuanto tuvieran el alta médica.

—Hace unos días, me fijé en que hablabas con una joven en el salón. Yo le he pedido a Dios que me dé un hombre a quien adorar y apareciste tú.

Ahora no puedes fallarme —le dijo entonces Gala, herida por primera y quizás por única vez por el demonio de los celos.

—Soy tu discípulo. Nunca habrá otra como tú —contestó de nuevo Eugène, disipando así sus dudas para siempre.

Pero la felicidad no podía ser perfecta, y muy a su pesar el dúo era a veces un trío al que se unía la mirada hostil de madame Grindel, la madre de Eugène. Posesiva y celosa del disfrute de su único hijo, no se fiaba de una muchacha que había venido sola desde sabe Dios dónde y cuyo nombre ni siquiera figuraba en el santoral. Ella había viajado a Clavadel, protegiendo a su único retoño, enfermizo y sobreprotegido, y no estaba dispuesta a sacrificar su vida para salvarlo de la muerte para que, una vez curado, una mujerzuela se lo arrebatara.

—Esta rusa no puede ser más que una mala influencia, mi querido Gégène —insistía una y otra vez, al tiempo que notaba que su hijo se alejaba de ella.

—Gala está sola, madre, necesita de mí, como yo necesito de ella —respondía Eugène, poco acostumbrado a llevarle la contraria a su progenitora, pero ya enamorado por completo.

—Escucha a tu madre, Gégène, la rusa te quiere porque eres un buen partido. Hazme caso, yo siempre he deseado lo mejor para ti y estoy segura de que ella, en cambio, solo quiere lo mejor para sí misma —insistía.

—Pero madre...

—Lo he dejado todo por ti, he sacrificado mi vida, he hecho mil y un esfuerzos... ¿Y tu padre? ¿Acaso no piensas en él? ¿En las horas de trabajo para que tengas todo lo que necesites? ¿Y cómo nos lo pagas? ¿Así? ¿Dejándote embaucar por esa rusa?

—Madre, tú no lo entiendes, Gala es mi vida. Ella mejor que nadie... —El joven se calló, su madre lo miraba a punto de estallar, consciente de que poco tenía que hacer frente a la rusa.

—En unos días regresaré a París. No creo que aquí te haga falta —contestó entonces la mujer.

—No era eso, madre... yo...

—Te esperaré allí, junto a tu padre. Los dos deseamos más que nada en el

mundo que regreses a nuestro lado curado.

Madame Grindel había perdido la primera batalla contra Gala. Y decidió volver a París, a la espera de que le dieran el alta a su hijo. Al fin y al cabo, pensó, la rusa también regresaría a Moscú y se alejaría de ellos para siempre; el tiempo y la distancia se encargarían del resto.

Pero se equivocó. La desaparición de la mujer supuso una liberación para los jóvenes. Poco después de que madame Grindel se fuera, en el sanatorio, para festejar el carnaval, se organizó una pequeña fiesta de disfraces y los que ya se consideraban novios aprovecharon el momento para hacer pública una relación que empezaba. No contentos con mantener la relación salpicada de pícaros recados que intercambiaban en una *chaise longue*, se disponían a mostrarse al mundo, aunque fuera con la discreción que demandaba la institución en la que se encontraban y la inexperiencia de la que partían los dos.

—A partir de hoy seremos uno solo —dijo entonces Gala, haciendo uso de un poder que, por primera vez, notó que tenía sobre el muchacho.

Eugène asintió. En realidad, nada podía resultarle más atractivo que dejarse dirigir por una mujer. El joven, sin darse cuenta, pasaba del control de una madre al control de la que en ese momento ya era su novia. Y aquella noche, en la fiesta, aparecieron bajo el mismo disfraz. Pierrot y Colombine. Colombine y Pierrot. Mismas cejas pintadas de Khol, misma cara tiznada de blanco, mismos pantalones, mismo gorro negro ocultando sus cabellos y mismos cuellos de olanes... uno podría decir, casi, que parecían hermanos gemelos, blancos y tristes.

—Eugène vestido de Gala —redactó él en el anverso y guardó su foto entre las hojas del cuaderno en el que estaba escribiendo sus últimos versos.

Gala y Eugène.

Eugène y Gala.

Imposible distinguirlos. ¿Quién era el auténtico personaje? ¿Y su doble? La simbiosis había empezado.

A Gala ya se lo habían anunciado las cartas del tarot. El Mago, El Mago... la carta se repetía una y otra vez en cada una de las ocasiones en las que les pedía consejo sobre qué hacer y qué iba a ser de ella. El arcano presagiaba el

nacimiento de un nuevo universo, le indicaba la posibilidad de conseguir todo lo que se propusiera. Tenía que mantener los pies en la tierra, eso lo sabía, pero el cosmos jugaba a su favor, aunque su destino —como la mesa de El Mago— tuviera solo tres patas. No solo no se caería, sino que aguantaría el peso del mundo si hacía falta hasta que alcanzara su meta. Además estaban esos dados sobre la mesa de El Mago, recordándole que el poder era tan grande que juntos los números sumaban 21, el número total de los arcanos mayores del tarot. Eugène conquistaría El Mundo con su ayuda, y allí estaría ella, como estaba la serpiente alrededor de El Mago, controlando, para hacerse con el mando definitivo sobre la vida.

Por eso su sonrisa fue enorme el día que vio llegar corriendo hasta su habitación a Eugène.

—¡Ya lo tenemos aquí! *Ma belle petite fille*. ¡Ha llegado! —le dijo entusiasmado Eugène a Gala señalándole el matasellos de un paquete que acababa de recibir desde París.

—*Premières poèmes*, por Paul Eugène Grindel —leyó en voz alta, acariciando las tapas del libro y mostrando una enorme una sonrisa—. ¡Mi querido *dorogoi maltchik*! ¡Oficialmente ya eres poeta!

—Sí... pero...

—¿Pasa algo? ¿No ha salido bien?

—No es eso. Es mi nombre. No tengo nombre de poeta —se lamentó—. Eugène Émile Paul Grindel... Ningún poeta será recordado con ese nombre.

—¿Quieres cambiar tu nombre?

—Un buen poeta tiene que ser capaz de elegir su propio nombre. Tengo que ser yo quien me bautice, yo quien haga de mí mismo otra persona, yo quien sepa quién quiero ser. ¿Eugène-Paul Grindel? ¿Paul-Eugène Grindel? ¿Paul Éluard Grindel?

—Paul —contestó ella sin dudarle, consciente de que ralentizar esa decisión no podría más que retrasar el crecimiento de Paul como poeta—. Serás Paul Éluard.

Y sin titubear, olvidando que poco antes había asegurado que solo él elegiría su nuevo nombre, decidió que se haría llamar Paul, como su tío, y adoptaría el apellido de su abuela materna. Y con eso para él empezó una

nueva vida, de la que desapareció Eugène para siempre y Gala se erigió en reina y señora.

## II

### LA PAPISA LA ESPERA HACIA LA INICIACIÓN

—No podré vivir sin ti —confesó el muchacho agarrándole con fuerza las manos y llenándolas de besos, mientras intentaba disimular sus lágrimas.

—No tendrás que hacerlo —contestó Gala serena, sin dejar que los lamentos se alargaran más de lo necesario. Las despedidas emotivas no eran lo suyo.

—Ya tenemos el alta, ya estamos curados. Debería ser feliz...

—Y lo eres.

—Solo... qué haré yo solo...

—No lo estarás por mucho tiempo —contestó segura.

Paul la miró.

—No nos separaremos nunca —insistió entristecido y sin poder evitar que las lágrimas aparecieran en sus ojos—. ¿Me lo prometes?

—Eso no puedo prometértelo. Pero te aseguro que volveremos a vernos pronto, muy pronto.

A Paul la seguridad de Gala le asustaba y atraía a partes iguales, pero no se atrevía a dudar de ella. Solo al oírla lograba sentirse algo más calmado, el corazón le latía con menos fuerza, las manos dejaban de sudarle...

—Volveremos a estar juntos —aseguró de nuevo Gala, con un tono de voz que invitaba a tener confianza en lo que le decía.

Pero ni ella lo tenía claro, por eso llevaba días pensando cómo explicarle



a su familia en cuanto llegara a Moscú que tenía que irse a vivir a París junto a Paul, que si no lo hacía, su vida carecería de sentido.

—*Ma belle petite fille*, vendrás a Francia. ¡Claro que vendrás a Francia! Viviremos juntos en una bonita casa de campo, que buscaremos lo bastante lejos de París como para que el aire sea saludable y nuestra salud no empeore, pero lo bastante cerca de la ciudad como para disfrutar de las galerías de arte, los teatros y las librerías. Vente conmigo. No regreses a Moscú... o sí, pero solo para decirle a tus padres que vivirás en París conmigo —se lo dijo casi suplicando, sintiendo que, de no ser así, algo se rompería en su corazón, pero sin la certeza de saberse aceptado.

—¿Qué me estás pidiendo con eso?

—Algo así como un compromiso. Estamos hechos el uno para el otro. Los dos lo sabemos —contestó dubitativo.

—¿Y de qué vamos a vivir? La poesía no nos dará una casa, no pagará nuestra comida, ni nos permitirá comprar libros, ropa o ir al teatro —preguntó Gala, que hasta entonces ni siquiera había pensado en solucionar los problemas materiales que se les vendrían encima si ella decidía irse a vivir a París.

—Trabajaré con mi padre. Venderé pisos, haré todo lo que él me diga con tal de que vivamos juntos. Te prometo que no nos faltará de nada.

—Tu madre no me quiere —tanteó Gala.

—Mis padres te acabarán queriendo como te quiero yo cuando te conozcan como te conozco yo —aseguró convencido.

Gala lo miró sabiéndose vencedora de esa batalla con la que sería su suegra, al mismo tiempo que una voz en su cabeza le aconsejaba tener confianza en sí misma, en el futuro y aceptar la voluntad de Dios, que los había unido en un sanatorio para tuberculosos. Le costaría conseguir el cariño de madame Grindel y de momento Eugène no se ganaría la vida como poeta, pero no dudó en que lo haría más adelante y que sus futuros suegros, si les pedía ayuda, no dejarían de tenderle la mano a su hijo. Dios así lo quería. Además, la perspectiva de tener una vida acomodada en París era mucho más de lo que se había imaginado el día que salió de Moscú.

—¿Quieres que leamos juntos algún poema tuyo antes de que me vaya?

—propuso como única respuesta sin dejar de pensar en lo que le habían dicho las cartas.

—Nada me complacería más —contestó Eugène agradecido—. Entiendes como nadie lo que quiero decir, qué tengo dentro de mi corazón. —No mentía, hasta ese momento nadie como Gala había valorado sus escritos y les había prestado la atención que merecían—. Y como nadie me ayudas a cambiar aquello que está equivocado —añadió con una sonrisa, mientras repetía «Su cuerpo es un poema amarillo».

La muchacha sonrió.

A Gala no le asustaba la perspectiva de dejar Moscú y abandonar la seguridad de su familia para casarse con un poeta menor de edad y vivir en un país extranjero. Sus ansias de volar eran demasiado grandes para que el miedo a lo desconocido la detuviera y la ocasión que tenía delante no podía ser desperdiciada. Observó a Eugène, viendo cómo pasaba las páginas buscando un poema adecuado. Tenía que aceptar la proposición de amor que le había hecho, era como tener un billete de ida a Europa sin ningún tipo de restricciones. Entonces levantó con cuidado la cabeza de Paul, la sujetó entre sus manos, acariciando con cariño sus mejillas y, al fin, selló su pacto de amor con un beso fugaz en los labios del muchacho, que la miró agradecido.

—Iré a París cueste lo que cueste. Viviremos juntos. Nadie lo impedirá. Te lo prometo.

El tarot no se equivocaba. Madame Grindel no era una amenaza. Gala había ganado la batalla, había bastado con dejar caer las piezas necesarias.

Por eso permitió a Paul que la acompañara a la estación el día después. Ella era la primera en emprender el camino de regreso.

Esa mañana, cuando el tren en el que iba subida Gala empezó a moverse en dirección a las montañas suizas, dejando tras de sí una estela de humo, la rusa vio cómo Paul, sin fuerzas para dar un solo paso, seguía el rastro fijo con la vista hasta que al fin desapareció por completo la locomotora en el horizonte. Entonces Paul pudo dejar que resbalaran por sus mejillas unas lágrimas que Gala no llegó a ver y que el muchacho sabía a ciencia cierta que no hubiera aprobado.

—*Ma belle petite fille...* —se lamentaba el joven, dejando escapar un

suspiro mientras miraba un horizonte en el que solo quedaba la estela del humo de la chimenea del tren—. *Ma belle petite fille...* —repetía, mientras recordaba que hacía unos minutos se habían besado, sellando así su amor eterno.

El camino de regreso a casa que le esperaba a Gala no era fácil. Tenía los pulmones curados, pero en su corazón latía la promesa de amor que había hecho y la seguridad de que, le costara lo que le costara, no fallaría a la palabra dada al que ya empezaba a llamar «mi prometido». Iba a cruzar la frontera austriaca en el momento en que el poderoso imperio de los Habsburgo se preparaba para luchar contra Rusia. Días antes, el archiduque Francisco Fernando había sido asesinado en Sarajevo y ese hecho, aunque todavía no se sabía, iba a ser el principio de uno de los mayores conflictos bélicos que asolarían Europa. Era abril y en pocos meses Occidente entraría en la que acabaría llamándose la primera gran guerra mundial. Pero el hombre es fruto de las circunstancias y por más que los jóvenes sintieran que podían imponer su voluntad y su declaración de amor y mantener sus promesas de continuidad, estas se vieron ensombrecidas por el estallido de la guerra. Gala y Paul deberían esperar dos largos años para reencontrarse.

\* \* \*

—Hoy también se niega a salir de la habitación —explicó Lidia, la hermana pequeña de Gala, a su madre.

—¿No le has recordado que hoy hay baile?

—Solo quiere estudiar francés.

—¿Pero si tiene a varios pretendientes esperándola? ¿Lo sabe?

—Debería saberlo, vienen casi todos los días a preguntar por ella.

—Se hace mayor... Debería pensar en su futuro... —se lamentó la madre de las muchachas, para quien una de sus máximas preocupaciones era que su hija Gala no parecía interesada en prometerse con alguno de los jóvenes que se acercaba a buscarla a casa.

—Creo que sigue pensando en ese poeta francés del sanatorio —aclaró Lidia.

Antonina miró a su hija pequeña con la esperanza de que esta le aclarara algo más, pero Lidia levantó los hombros dándole a entender que ella tampoco lograba comprender lo que le pasaba a su hermana.

Y en verdad no la entendía casi ninguno de los miembros de su familia. Hacía ya semanas que Gala había regresado de Clavadel y desde entonces se mantenía casi todo el día encerrada en su habitación echándose una y otra vez las cartas del tarot. Escribiendo a Paul y leyendo todas las cartas que le llegaban de París, incluso parecía que acabaría por desgastar el papel de tanto tocarlas. En las contadas ocasiones en las que salía de su cuarto solo hablaba de su futuro viaje a París y de sus planes junto a Paul.

—Esta chica... no sé qué quiere hacer... en qué piensa... —se lamentaba su madre—. ¿No está bien aquí? ¿Acaso no le damos todo lo que pide? ¿No hace todo lo que quiere?

Antonina se encontraba desarmada frente a la fuerza de voluntad de su hija mayor y la complicidad que tenía con el que entonces era su marido y a quien solo Gala, de todos los hermanos, consideraba su padre; era con el único con el que compartía confidencias.

—Déjala estar. Ella es especial y lo sabe —la defendió Dimitri, como siempre, cuando la mujer fue a exponerle sus preocupaciones, para que la ayudara a convencer a Gala.

El hombre agradecía que al menos uno de los hijos de su esposa lo considerara un verdadero padre y no podía evitar sentir por Gala una clara predilección.

Gala los escuchaba discutir encerrada en su habitación. Sin ganas ni siquiera de salir para hablar, para explicarles lo que pasaba por su cabeza y por qué no quería dar su brazo a torcer. Sin ganas de contarles que lo que en realidad la asfixiaba era vivir en esa casa, con una familia que tan solo tenía como aspiración para sus hijas que encontraran un buen marido. Por eso, cuando los escuchaba hablar, se tapaba los oídos, se sentaba en su cama y leía una y otra vez en voz alta los últimos poemas que le había mandado Paul.

Al menos su padre, ese padre que en realidad había llegado a su vida

bastantes años después de nacer ella, comprendía sus deseos. Era estricto, pero poco le importaba eso a Gala, también ella detestaba que las cosas estuvieran fuera de control y no tuvieran un orden ni una finalidad. Quizás por eso solo él era capaz de entenderla, incluso de consentirla, a pesar de que también mostrara alguna reticencia a que atravesara sola toda Europa para acudir a los brazos de su amado.

—Solo te pido, hija mía, que nunca te enamores de una botella o de una pipa de opio —le dijo con un tono que no daba margen a la discusión—, no hay placer ni futuro en ninguna de las dos, aunque pueda parecer todo lo contrario. Una vez te han atrapado, no puedes escapar —se atrevió a confesarle un día que se encontraban los dos solos en casa.

—Cómo puedes pensar... —exclamó ella sorprendida, esperando que la conversación versara sobre las dificultades de tener un futuro en París junto a Paul.

—Escúchame bien. También debes evitar tener sexo con desconocidos: la sífilis hace estragos en el organismo, no sabes hasta qué punto te puede destrozar. Créeme, he visto morir a amigos míos en medio de dolores inimaginables.

La franqueza de su padre sorprendía incluso a la propia Gala.

—No pensarás que yo...

—Y por último, mi pequeña —le dijo sin dejarla intervenir, mientras la sujetaba con ternura las dos manos y sin retirar los ojos fijos en ella— recuerda que el único amante que puede romperte el corazón es aquel de quien dependas... no dependas de nadie, nunca, y lucha por conseguir aquello que quieras, por ser tú misma. Por dirigir tú sola tu camino.

Gala lo miró sonriente. Estaba claro que ese era el mejor consejo que le darían en su vida, y pensaba seguirlo hasta sus últimas consecuencias al pie de la letra. Por eso insistía, no quería salir de la habitación, solo lo haría para irse a París. Se lo había jurado a Paul, a su prometido.

—Nos casaremos, iré a París, te di mi palabra y la cumpliré —le repetía a Paul por carta una y otra vez, haciendo cábalas en su cabeza sobre los pros y los contras de esa decisión, sin encontrar nada que pudiera hacerle pensar que era mala idea.

Así, aconsejada siempre por el tarot, seguía escribiéndole a Paul cartas a diario. Aun sabiendo que por la guerra si llegaban no siempre lo hacían con la celeridad con la que ella las escribía, debía mantener encendida la llama del amor del francés.

*Por los grandes bosques, por los prados  
pensando en su amada de rubios senos.*

Los poemas de Paul flotaban en su cabeza. Repitiéndose una y otra vez todos sus versos.

—Ten. Esperabas esto, ¿no? —le dijo al fin su hermana Lidia una mañana mostrándole un sobre que acababa de dejar el cartero.

Gala abrió los ojos.

¡Había llegado una carta!

Casi había perdido la esperanza de volver a recibir noticias, llevaba semanas sin tenerlas. El fuego y la sangre habían partido Europa desde hacía semanas, y con ello a los dos enamorados. Gala suponía que el correo estaba parado en cualquiera de las ciudades donde el frente estaba demasiado cerca y llevaba días sin noticias. Sin embargo, al leer la carta, su contenido no fue el esperado.

Paul, su ilusión, su amor, su vida... había sido reclutado por el ejército francés, lo que quería decir que quizás una bala perdida podría alejarlo para siempre de ella. Por suerte, pensó Gala, su lesión de pulmón y otras complicaciones de salud le evitarían un destino que lo llevara a las trincheras. Y así fue. El joven la informaba de que lo destinaban a un hospital cerca del campo de batalla de Le Somme. No parecía que su vida corriera peligro, porque no estaba en la línea de fuego, pero... ¿moriría bajo las balas enemigas sin estar ella a su lado?

El tarot no hablaba de muerte, aunque La Torre predecía una y otra vez un viaje que cambiaría de nuevo su vida, esta vez para siempre. Pero temió no haberlas interpretado bien y que en realidad la advirtieran de que su futuro marido moriría en el campo de batalla.

Por eso ese mismo día se plantó delante de Dimitri, con los brazos

cruzados, las mejillas encendidas, los ojos brillantes y la carta de Paul en las manos. No lloraba, ni siquiera parecía que los ojos estuvieran conteniendo las lágrimas, solo avisaba de que estaba decidida a irse. Esos ojos negros, fijos, parecía que amenazaban con hacer una locura si no se salía con la suya.

Dimitri no podía dejar de mirarla.

Nada podría cambiar la decisión que había tomado Gala. Sabía que era atrevida, a veces orgullosa, a menudo intransigente, y no daría su brazo a torcer. Esos rasgos de su carácter, que pasaban por nefastos para el común de los mortales, constituían en ella su escudo para afrontar sin dilación las incertidumbres del mañana. Esa manera de ser la hacía fuerte e independiente. Dimitri lo tuvo claro en ese mismo instante.

—Dejemos que se vaya. No le pasará nada en Europa, sabrá arreglárselas. No podemos retenerla más. Gala no es como nosotros. Necesita volar sola.

Y entonces miró a Gala y le sonrió. Era ya una mujer. Pero él la recordó de niña, cuando la conoció, la más distante de los hermanos, y se dio cuenta de cómo había cambiado. Con los años, se había convertido en una de esas encantadoras criaturas que a veces parecían indolentes. Criaturas que uno diría que tenían la única intención de conseguir que un hombre las amara con tal de poder protegerlas, pero él sabía bien que todo era una máscara para conseguir sus objetivos y ese día se la había quitado. Gala no necesitaba a nadie, por eso había dejado salir a la Gala adulta, feroz, tenaz y hasta dañina. De seguir así acabaría siendo una de esas mujeres que atormentan a los hombres, que devoran sus sueños y sus vidas hasta hacerlas propias. Una de esas mujeres que, una vez has convivido con ellas, vuelven al recuerdo de un hombre cuando este menos las espera, cuando uno cree haberlas olvidado y reclaman entonces su parte. Mujeres inalcanzables que inspiran pasión, de esas que, al fin, conducen a sus parejas solo en dos direcciones, o hacia el duelo o hacia la locura. Mujeres sabedoras de que el futuro les dará la llave del triunfo al que aspiran. Como La Papisa, una de las cartas favoritas de Gala. A primera vista una mujer enclaustrada, que asume sin más lo que le depara el futuro, sin embargo, está incubando un huevo que, al eclosionar, dejará salir la crisálida que se oculta en su interior consiguiendo todo aquello que se proponga, se lo piensa, lo medita, y una vez tomada la decisión va en

ese camino sin dudar. En Gala, como en la carta, los cuatro puntos cardinales se ocultaban en su Mitra, no existían fronteras que impidieran su paso, no había límites que frenaran su marcha, nada la detendría.

Pero todo eso no lo sabía Gala entonces. Quizás ni siquiera se planteaba que su vida sería siempre una lucha entre el triunfo y la derrota para acabar ganando todas las partidas, batallando una y otra vez para no dejar de ser ella misma. Eso solo lo veía su padre. En aquel momento, ella era una joven que solo pensaba en vivir su sueño junto a Paul y nada podía convencerla de lo contrario, ni siquiera las burlas de su hermano Nikolai:

—Eres una vieja virgen y nadie te va a querer. No importa a donde huyas. Nadie se casará contigo.

Gala lo miró sin molestarse en perder el tiempo y contestar. Qué sabría su hermano de sus deseos y aspiraciones. París se abriría a sus pies y estaría protegida en los brazos de Paul. Ella podía parecer una mujer sin interés por los hombres, pero sin saberlo intuía que acabaría por sublimar el amor de tal manera junto a Paul que llegaría a dominarlo solo con su sexo. Si hacía falta, pondría a sus pies a todos los hombres que aparecieran delante de ella, como lo hacía ese arcano, para que todos la condujeran al triunfo. Sí, era virgen, su hermano estaba en lo cierto, pero eso jugaba a su favor, no conocía la impureza, no había tenido debilidades, nadie sujetaba sus sentimientos, sus deseos, solo ella misma lo había decidido y por eso ella misma había resuelto que había llegado el momento de cambiar todo lo que tenía por un futuro que sería mucho más. Entregaría su virginidad, su sexo, su vida, aquello que la ayudara a salir de allí.

—Nadie va a querer a una rusa histérica en Europa —insistió su hermano con desprecio.

—Tengo que ir —les dijo a sus padres, sin hacer caso de los comentarios de sus hermanos, y una vez más les leyó en voz alta la carta de Paul—. Me espera, quizás muera en el frente antes de que yo llegue, no puedo quedarme aquí aguardando noticias. Haré lo que sea, dejaré de comer si es preciso hasta que me dejéis ir.

—Pero... qué harás en un país lejano, con gentes desconocidas, con una lengua que no dominas del todo... —preguntó su madre.



«¿Cómo voy a sobrevivir?», ni lo había pensado. Dudó entonces por vez primera de su decisión. ¿Sería capaz de resistir sin la ayuda de sus padres en un país del que apenas conocía bien el idioma? ¿Era una buena idea? Pero no lo dijo, para eso antes tenía que llegar a París.

—Me ganaré la vida como traductora —le aseguró a su madre, sin detenerse a pensar ni un minuto más en los contras de su decisión, sin mostrar una duda, una debilidad. No se planteó ni tan siquiera que su pobre francés a duras penas le iba a permitir, al menos en los inicios, comunicarse con claridad con su suegra.

Los padres de Gala se miraron. La determinación con la que hablaba desde que llegó del sanatorio no había disminuido y no daba mucho margen a la discusión. Era arriesgado, sí. Iba a travesar una Europa en guerra en esos momentos, pero no lo era menos quedarse en Rusia. Lo cierto era que la situación política en Moscú no era mucho mejor que en París. Ambas ciudades habían entrado en guerra y nada hacía pensar que las circunstancias iban a mejorar en alguna de las dos. Y fue ese mismo conflicto bélico el que les hizo cambiar de opinión. Gala estaría en peligro en Rusia o en Francia. Así pues, la misma guerra hizo que sus padres pensarán que si el viaje era peligroso, no lo era menos permanecer en casa, paseando por las calles de Moscú, donde las luchas contra el imperio zarista habían empezado.

«No puedo vivir sin ti, te añoro como algo absolutamente preciso, imprescindible en mi vida para seguir adelante. Cada día mueren muchos y se tarda muy poco en enterrarlos. Te necesito como no he necesitado nunca a nada ni a nadie», leyó una y otra vez Gala la última carta de Paul.

Sin dudarlo ni un segundo le contestó resuelta: «Tu mujer para toda la vida», y envió la carta solo con esas palabras. Nadie le impediría irse.

Pocos días después y tras aceptar que su madre le preparara un ajuar para llevarse a París, cogió sus maletas, metió los mismos iconos y los mismos libros que la acompañaron a Clavadel y se despidió de su familia y de su país de origen, sin imaginarse que era una despedida para siempre.

Dos años había tardado en convencer a sus padres para que la dejaran recorrer el camino hacia su nueva vida.

\* \* \*

*Pensar en las montañas sin creerse vulnerable. Pensar en el mañana sin dudar que construirás lo soñado. «Esta noche estuve pensando en ti y después me dormí para soñar contigo». Cuántas veces me había dicho esa frase. Cuántas veces necesité oírla de su boca.. Con cuánta fuerza le pedía que me la repitiera... mentira me parece con el paso del tiempo que eso pasara de verdad, pero pasó. Si no yo no estaría aquí. No hubiera luchado contra mis padres, contra la inercia, contra todo.*

### III

## LA EMPERATRIZ LA FE EN LO QUE HAGO ELIMINA LOS LÍMITES

Gala llegó a París en agosto de 1916 con un baúl lleno de pesadas novelas rusas, sus ropas más elegantes, algo de dinero que le había entregado su padrastro y sin tener ni la menor idea de cómo encontrar casa o buscar trabajo, pero con el convencimiento de que su energía y sus ganas de vivir nuevas experiencias suprimirían todas las barreras antes incluso de que se topara con ellas.

Sin embargo, estaba sola.

En la estación de Saint-Lazare, la recibieron un cielo encapotado y una humedad que superaba, en mucho, la que había imaginado, pero la gris y fría acogida no logró desanimarla. Permaneció un rato de pie, en medio del andén. Contempló a los mozos de estación que iban de aquí para allá cargando sus carritos con equipajes. Observó a las mujeres ataviadas con estolas de zorro plateado, a los hombres con sombreros y guantes de gamuza. Escuchó emocionadas voces de amantes abrazándose al reencontrarse. Vio cómo las familias se reunían y los hombres de negocios se estrechaban las manos. Al fin, se quedó parada entre las verjas que impedían el paso a los andenes y las salidas que conducían al gran *hall* de los Pasos Perdidos, donde el torrente de viajeros iba y venía a un lado y otro de la estación y se precipitaba hacia las puertas, adentrándose en un París que ella casi no se atrevía a pisar. Antes de dirigirse a las puertas de salida, observó cómo los

discos provistos de agujas inmóviles indicaban los puntos de destino de los trenes, mientras los empleados verificaban y marcaban los billetes. A ella le ardían las aletas de la nariz por el hollín de los trenes, pero no podía dejar de mirar a un lado y otro, fascinada con su primer encuentro parisino. La imagen, supuso, no distaría mucho de la de cualquier otra ciudad cosmopolita del mundo aunque quizás era algo más bulliciosa, pero sí se alejaba, y mucho, de la que había visto en Moscú.

No conocía a nadie en la ciudad, solo a la madre de Paul. Madame Jeanne Grindel, sin demasiado entusiasmo, y tal y como le había escrito su novio, la esperaba al fondo del edificio para acompañarla a casa. Su marido y su hijo estaban en el frente y ella era la encargada de recoger a Gala.

Se la quedó mirando. No supo en ese momento si estaba enamorada de Paul o el joven era la excusa perfecta para salir de Moscú, pero tuvo claro que no podía esperar mucha ayuda por la cara con la que había ido a recibirla la que podía ser su futura suegra. No le importó. Gala la saludó comedida, sin olvidar ni por un momento lo poco que la francesa la había apreciado sus días del sanatorio. Por contra, madame Grindel le dio un abrazo que sintió franco. La francesa no quería reconocerlo, pero había caído engatusada por la tela de araña que Gala había tejido a su alrededor con paciencia y cautela en todas y cada una de las cartas que le había enviado a ella desde Moscú desde que supo que se instalaría en la capital francesa:

*Mi querida señora, comprendo su amor por Paul —encabezaba casi todas las misivas que escribió—. Para usted, como para mí, Paul es lo primero. No le falta a usted razón al pensar primero en Paul y yo, su servidora, sigo también sus pasos y consejos...*

Los padres de Paul acabaron rendidos ante lo que ellos supusieron la evidencia de los sentimientos de Gala. Y, ante la declaración de amor de los jóvenes, no tuvieron más que aceptar que la rusa se instalara con ellos en el piso de la familia cerca del Sacré-Coeur. Al fin y al cabo, qué mejor para controlarla que introducirla en su propio terreno y así preservar la autoridad que creían tener sobre su hijo.

Al llegar a casa, su suegra no le hizo cumplimientos, pero no le puso ninguna traba.

—Querida, la habitación de Eugène será la tuya hasta que regrese del frente. Luego, ya veremos... —dijo con un tono que no ocultaba los celos que sentía por la relación que Gala tenía con su hijo y haciendo un gesto que le hizo pensar a la muchacha que no había ganado tanto terreno como ella pensaba.

Pero la rusa sonrió satisfecha. Las cartas del tarot la habían puesto sobre aviso. Los Enamorados y El Mundo, El Emperador y La Justicia. Estaba claro que la madre de Paul no le tenía aprecio y que quizás no se lo tendría nunca, pero ella salía victoriosa. La miró y le sonrió. Solo había que dejar pasar el tiempo. El primer paso ya estaba dado. Una vez en la casa, sería difícil hacerla salir.

Ya sola, se sentó en la cama y observó con detalle la habitación. Era al mismo tiempo mejor y peor de lo que se esperaba. Mejor, porque contaba con dos grandes ventanales que inundaban la estancia con la inquietante luz parisina; y peor, porque cualquier paso que quisiera dar fuera de la casa tenía, necesariamente, que hacerlo pasando por una zona común desde la que madame Grindel controlaba las entradas y salidas de la puerta. Sin embargo, no podía negar que era un sitio acogedor en el que descansar hasta decidir qué rumbo debía tomar su vida y sobre todo cómo conseguir el dinero que le permitiera dar el paso sola.

Sin pedir ayuda, arrastró el baúl con el que había viajado desde Rusia y lo acercó al armario. La cama, un escritorio, una librería y un pequeño sillón completaban la decoración de la habitación. Madame Grindel le había explicado que tenían retrete y baño en la casa y, por lo tanto, agua corriente. Por suerte, los rumores que había escuchado en el tren, de que las mujeres parisinas eran famosas por salir de sus apartamentos limpias y acicaladas tras lavarse con poco más que una manopla y un cubo de agua, no iban a ser ciertos en su caso. No se «bañaría por partes». No solo eso, sino que además había un largo conducto de calefacción que recorría la pared desde el techo hasta el suelo entre las dos ventanas. Tampoco pasaría frío. Era más de lo que podía esperar.

En cuanto hubo recogido un poco sus cosas, se tumbó en la cama y los muelles crujieron bajo su peso. Solo llevaba unas horas en París y no sabía qué hacer. Y en ese instante, sin saber por qué, un sentimiento de soledad se apoderó de ella, provocándole cierto desasosiego, hasta que acabó quedándose profundamente dormida.

Al despertar, recordó que lo primero que tenía que hacer era escribir a Paul para convencerlo de que pidiera que lo trasladaran del frente y regresara a casa.

*Yo no puedo vivir sin ti —le escribió en ese momento—, por eso sé perfectamente que no viviré. Así que te recomiendo que conserves la vida. Para mí morir es menos siniestro que vivir sin ti.*

A partir de entonces, Gala se impuso la firme tarea de distraer a Paul de la guerra y de lo que este entendía como su labor patriótica. Debía conseguir que deseara alejarse del campo de batalla para volver a su lado. Una tarea para la que contaba con una muy buena aliada: su suegra. «Querido esposo», pensó. Sí, ese tenía que ser el encabezamiento de todas sus cartas a partir de entonces. Solo así Paul no podría olvidarse de la promesa que le hizo.

*Querido esposo.*

*Quizás no te hayas dado cuenta, de lo que he hecho y sigo haciendo por ti. Te he consagrado toda mi vida, mi espíritu, mi sangre. No todas las mujeres harían lo mismo. No todas se arriesgarían a atravesar una Europa en guerra para estar al lado de su amor eterno, abandonando a su familia. Si no regresas sería como si me rechazaras a mí, a mi propia vida. Es peligroso que me aliste como voluntaria con las enfermeras, pero lo haré si no me amas como yo quiero y me merezco. Y como no tengo el valor de suicidarme de un solo golpe, esa será la forma de hacerlo poco a poco. Espero tu pronto regreso a mi lado.*

Le Somme, el campo de batalla donde estaba destinado Paul, se encontraba tan solo a un día de viaje en tren desde París; a pesar de la

cercanía de la capital, era una de las zonas de batalla en las que se libraban las más cruentas peleas contra el ejército alemán. Éluard, que no había recibido las consecuencias de ninguno de los bombardeos, para contentar a Gala, consiguió un permiso a los pocos días de que esta llegara. La suerte quiso que los mandos militares franceses se mostraran tolerantes con las visitas ocasionales que recibían los soldados.

La correspondencia los había mantenido unidos, pero hacía dos años ya que se habían separado y habían juntado sus labios por última vez y estaban deseosos de verse, de tocarse... Éluard había sido el más afectado, la guerra y la separación habían transformado al poeta más de lo que él imaginaba:

*Los cañones suenan sin cesar... Durante los tres últimos días hemos recibido, tratado y evacuado a casi cuatro mil heridos. ¡Y en qué estado estaban! ¡Tenemos el cementerio abarrotado! Los heridos se mantienen con vida de milagro. Esta guerra no es más que miseria, más miseria. Ahora disponemos de una nueva ambulancia para cirugía, no hacemos más que cortar y cortar. Vivimos entre muerte y desgracias.*

Gala lo había vivido todo con más distancia. Paul no era el sueño de una jovencita caprichosa, sino su pasaporte para ser ella misma, y por eso hizo lo imposible para imponerse, a su enfermedad, a las separaciones, a los rechazos familiares... Y no quiso ni pensar en las diferencias, ni en la religión, ni en la lengua, ni en sus distintas culturas, nada podía ser un impedimento para mantener a salvo su relación. Por eso, la guerra era poco más que un estorbo que podía acabar dando al traste con sus planes de futuro.

Sin embargo, no solo las artimañas de Gala para convencerlo de que dejara el ejército no acababan de funcionar según lo previsto, sino que parecía que Paul seguía en sus trece. Y pidió el traslado voluntario a infantería, a primera línea de fuego. Estaba claro que el poeta quería cambiar las jeringuillas y las vendas de primeros auxilios por un rifle y una bayoneta.

*Nos casaremos antes de lo previsto. Así evitaremos los problemas que puedes tener como ciudadana rusa.*

Le dijo Paul a Gala, como compensación por su ingreso en infantería. Al leerlo, Gala sonrió satisfecha. También en ese momento su suegra recibía al mismo tiempo una carta con instrucciones para la boda.

*Pronto habrá un nuevo miembro en nuestra familia. Estoy seguro de que estaréis tan contentos como yo. Para nuestra boda, aprovecharemos mi primer permiso. No quiero que haya ningún problema, ni que esta se retrase más. Los dos estamos deseosos de unirnos, de ser el uno del otro. Las últimas noticias que tengo del frente me hacen no ser demasiado optimista acerca del final de la guerra. Por eso, y aprovechando mis días de permiso en París, he decidido casarme.*

La noticia cayó como un jarro de agua fría en casa de los Grindel.

*Tenéis que hacer todo lo que sea necesario por ella... Madre, arregla lo del anuncio de la boda y ocúpate de comprar un vestido para Gala, ayúdala en todo lo que necesite... Ella y yo somos mayores de edad y estamos comprometidos desde hace años, sabemos lo que hacemos y lo que queremos. Nuestra unión no le hará daño ni defraudará a nadie.*

Pero ahí no acababa todo.

«De acuerdo, celebraremos nuestra luna de miel en nuestros pobres y escasos dos días —se avino Gala de mala gana—. Pero estaremos solos por completo, durante todo el día y toda la noche. No saldremos para nada de la habitación, o quizás solo durante una hora o así para dar un agradable paseo. No veremos a nadie. No hablaremos con nadie. Estaremos solos tú y yo. Bueno, y una cosa más, lo único que te pido es que nos casemos por la iglesia».

«¿Por la iglesia?», se sorprendió Paul.

«Es el comienzo de nuestra vida en común —aseguró la joven convencida—, un momento muy importante para mí y quiero que Dios lo bendiga. No debemos hacer nada antes de ser bendecidos por la Iglesia y por Dios».

El mismo día que Paul les confiaba por carta a sus padres esa decisión,



Gala escuchó cómo la puerta de la entrada de la casa se cerraba de un portazo y la voz profunda de su suegro resonando en el vestíbulo.

—¡Se han vuelto locos! —gritaba una y otra vez.

Desde su habitación, imaginó cómo, enfadado, se quitaba el grueso abrigo, lo dejaba sobre uno de los taburetes que había en la entrada y, agitándose como un oso, atravesaba la estancia con su paso irregular para dirigirse a donde estaban las dos mujeres.

—¡Me cago en la comunión y en los jesuitas! —bramó su futuro suegro nada más entrar.

Estaba claro que se había avenido de mala gana a que Paul hiciera la catequesis y la primera comunión siguiendo los consejos de Gala, pero no estaba dispuesto a hacer más sacrificios. En su casa, sin poder llamarse anticlericales, siempre habían estado al margen de la Iglesia. En ese momento, su hijo, con esta decisión, solo daba un paso atrás.

—A mí —afirmó Gala manteniendo firme la mirada, como hacía siempre que quería advertir que no estaba dispuesta a cambiar de parecer— lo mismo me da ser ortodoxa que católica con tal de seguir siendo creyente. Todos los hombres de la Tierra, del mundo, tienen un solo Dios, y Dios acepta todas las religiones. Y es él quien tiene que bendecir nuestro amor y nosotros glorificarlo a él y darle gracias por la curación de Paul y por que no le pase nada en esta guerra.

No estaba dispuesta a cambiar de opinión. Mucho menos tras dar el paso más difícil, que era convencer al novio, eso ya lo había conseguido. Eso sí, a fuerza de recordarle algunos de los momentos más íntimos vividos junto a ella, «te quiero volver a besar por todas partes, pero necesitamos la aprobación divina», insistía una y otra vez en sus cartas.

Paul, en el frente, las leía y releía, soñando todas las noches con hacerle el amor a Gala en un gran número de posiciones diferentes, deseoso de disfrutar de la exclusividad de la que iba a ser su mujer:

—No he besado nunca a ningún hombre, los despreciaba a todos cuando vivía en Rusia. El tarot me decía que esperara. Estaba a punto de conocer a un hombre que me colmaría por completo. Y eso hice —le confesó un día y Paul no podía quitarse esas palabras de su cabeza.

«Te beso y te bendigo», escribió como conclusión de todas sus cartas a partir de ese momento y hasta el día en que se casaron por la iglesia.

Mientras él, por carta, le hablaba a Gala de sus «sucios» actos en la intimidad y acababa sus cartas con un «te cubro de besos».

\* \* \*

Ese 21 de febrero de 1917 Gala no se miró al espejo al levantarse. Decidió que lo haría una vez estuviera arreglada para la boda con el vestido que su madre le había puesto en el ajuar. Hasta el último momento dudó qué hacer, pero al fin rechazó ponerse el que le ofreció su suegra, aun a costa de saber que eso supondría un enfrentamiento más con ella, y decidió utilizar el que había llegado con ella desde Rusia. Mientras se vestía, escuchaba a Paul, de fondo, en el aseo contiguo a la habitación, lavarse la cara y las manos antes de colocarse la chaqueta con lentitud. Una vez lista y ya frente al espejo, se lamentó de no habérselo probado antes. Aficionada como era a los retoques de la ropa que llevaba, le hubiera dado sin duda un toque más personal, incluso un aire más francés que la alejara de evidenciar lo que era: una rusa blanca.

Se miró en el espejo y aceptó de buen grado lo que veía, aunque le brillara la piel hiciera lo que hiciera. No había conseguido que la humedad de París no le afectara.

—Eres la virgen más bonita que he visto jamás —se acercó a susurrarle Paul mientras acariciaba su cuello.

Gala sonrió y le devolvió la caricia.

—Esta noche por ti dejaré de serlo —le susurró al oído con media sonrisa pícara.

Debía conseguir que Paul no apartara sus ojos de ella. Cuando hicieran su entrada del brazo en la iglesia de Saint-Denis-de-la-Chapelle, estaba segura de que su suegra no opinaría lo mismo que él. Ese vestido de tafetán oscuro, de un verde tirando a negro, con cuello y puños de encaje blanco, los grandes

bolsillos incrustados en la falda y las mangas fruncidas, más que convertirla en una novia a la que admirar, hacían parecer que iba vestida para un día de luto. A pesar de que, ella lo sabía bien, no era casual la elección del verde, el color de la suerte, de la esperanza, pero también de la magia y de los hechizos y por nada del mundo lo hubiese cambiado por el blanco tradicional. En cambio Paul, con su traje de soldado, iba perfecto para recibir el sagrado sacramento del matrimonio.

—Las coincidencias no existen —dijo en voz alta—. Todo sucede porque hay una razón para que suceda.

—¿Me estás hablando? —preguntó Paul.

—No, no te preocupes, cosas mías... —contestó Gala, dándose cuenta de que había hablado en voz alta.

Entonces, se miró de nuevo al espejo. Sonrió. Estiró las mangas verdes, largas, por encima de los codos, de modo que no se viese más que una fracción de piel, y echó a caminar por el pasillo, hacia la puerta.

Gala tenía veintidós años y Paul veintiuno cuando, al poco de entrar en la iglesia y de boca de un cura ortodoxo, escucharon:

—Señor, Dios, corónalos de gloria y de honor. —Tras lo cual el sacerdote depositó en sus cabezas unas coronas.

Gala, entonces, deslizó una alianza en el dedo anular de Paul bajo la atenta mirada de un cura católico que estaba al otro lado y las personas que habían acudido al enlace: el novio, los padres de Paul y cuatro testigos. Nadie desde Rusia la acompañó para asistir a la ceremonia. Gala estaba sola ante el mundo, huérfana ante todo y ante todos, pero eso no parecía suponerle ningún problema, como si le hiciera intuir que su vida sería siempre eso, rodearse de personas ajenas que la hacían sentirse acompañada dentro de su soledad y que le daban la fuerza suficiente para ser ella misma y no verse obligada a disimular con nada ni con nadie.

—Ahora sí —le dijo Gala a Paul, ya con las alianzas ensartadas—, soy tuya para siempre.

En la casa, como regalo, les esperaba una cama nueva.

—Alta y mullida, sólida y blanda, aquí viviremos y moriremos juntos —contestó Paul cuando le mostró la sorpresa que le había organizado.

Sin embargo, Paul no estaba preparado para la exuberancia y la inventiva sexual de la que ya era su mujer. Esperaba encontrarse una jovencita virgen recatada, y esa primera noche, ante la fogosidad del primer encuentro, sorprendido por unos juegos sexuales que le parecieron poco propios de una principiante, le reprochó haber aprendido trucos con otro hombre.

—Despréciame e insúltame, pero... solo tengo mi amor y el deseo de que me poseas por completo. No hay suciedad en mis pensamientos ni en mis ideas, ni en la realidad, ni en mi vida o mis sentimientos. Si lo hago todo contigo, incluso cosas que te pueden parecer extrañas, es porque te amo. Todo es puro, hermoso, correcto y nunca antes lo hice con ningún otro hombre.

Paul la miró y confió en ella, como lo haría siempre a partir de entonces.

Una vez terminado el corto permiso de Éluard, tuvo que regresar al frente y Gala de nuevo a su habitación, donde, al fin, informó a su familia del enlace.

*Mi muy queridísimo padre:*

*Espero que todo vaya bien en casa, a pesar de la amenaza bolchevique que, leo en los periódicos, cada vez es mayor.*

*Te escribo aunque que no sé cómo expresarte con palabras la felicidad que siento de estar en Europa junto al que ya es mi marido. Yo, como todas nosotras las mujeres rusas, intento ayudarlo en todo. Incluso con frecuencia le sirvo de modelo y hago de secretaria en todo lo que se refiere a la parte práctica de nuestra vida, porque él está totalmente sumergido en el mundo creativo, en el trabajo. Espero que te hayan llegado sus últimos poemas que te envié hace unas semanas. Él no es capaz de ocuparse de las tonterías diarias y ahí estoy yo para ayudarlo, aunque yo tampoco soy muy brillante en el día a día. Nosotros vivimos como todos los artistas, trabajamos para lo que es más importante: la posibilidad para un talento de expresarse. No sabemos vivir de otro modo.*

*Te envío todo mi cariño.*

*Tu hija que te quiere.*

*Gala*

Cerró el sobre y salió a pasear.

Estaba sola de nuevo. Paul volvía a estar en el frente y ella no soportaba quedarse en casa con su suegra. No se encerraría entre cuatro paredes, París se abría a sus pies. Paseó sin rumbo por sus calles y acabó en la avenida de la Ópera. Se quedó mirando a lo lejos. La avenida se extendía enfrente, trazando una diagonal que llegaba hasta el palacio del Louvre. Qué ironía. Su mirada la había llevado a fijarse en ese edificio, la reliquia de una frágil monarquía, con la que el rey de Francia quiso disponer de una ruta directa para llegar a su lugar preferido de entretenimiento. Pero la monarquía francesa había desaparecido hacía tiempo, igual que lo estaban haciendo los zares en ese mismo momento. Todo caía, pero a ella no le importaba, ella había conseguido su propósito: estaba casada.

Sin embargo, Paul volvió a unirse a los que él llamaba los «verdaderos soldados». De nada sirvieron las amenazas de su mujer, ni sus chantajes emocionales jugando el papel de la recién casada que se siente abandonada, Paul estaba dispuesto a luchar en el frente.

*Si me amas preservarás tu vida, pues sin ti yo sería como un sobre vacío. Mi vida es tuya* —le insistía una y otra vez por carta.

Las cartas eran la única forma que conocía para intentar forzar su regreso. Así pues, Gala siguió con sus técnicas amatorias en sus misivas. Le explicaba a Paul que sentía una conexión psíquica y se preocupaba tanto por su bienestar que apenas si podía dormir, le interpretaba las tiradas de cartas que le hacía en la lejanía y le insistía en que estaban plagadas de signos de mal agüero... De nada sirvió. Cambió entonces de táctica y, en contra de su propio ser, pensó acercarse a la madre de Paul, para hacerla su aliada. Quizá juntas convencerían a Paul para que regresara.

Empezó por ponerse ropa de Paul, su suéter verde, algunas chaquetas... Aprovechó para tejerle a Paul un gorro de lana para el cercano invierno y le envió muestras de tela del nuevo vestido rojo, negro y dorado que se estaba haciendo para estar hermosa cuando él regresara. Pero madame Grindel, con

Paul fuera de casa, estaba demasiado triste y no se acercó a su nuera.

### III

## EL EMPERADOR VEO FLAQUEZAS SIN FLAQUEAR

Gala llevaba muchos días, demasiados, sola y aburrida en París. Pasaba las horas con la nariz pegada a la ventana, echando vaho sobre el cristal como hacía cuando era una niña y creaba formas dejando resbalar los dedos mientras esperaba que llegara su padre de trabajar. ¿Cuándo se aprendía a tener paciencia? ¿Con el tiempo? ¿Al envejecer? Ella no envejecería nunca. No lo iba a permitir. En cuanto a la paciencia... tendría que inventar fórmulas para disimular que no entraba dentro de sus virtudes.

*Nunca tendré el aspecto de una ama de casa —le confesó por carta a Paul, después de mirarse un buen rato al espejo satisfecha del resultado que había obtenido esa mañana—; seré una verdadera coquette perfumada y me haré la manicura. Leeré mucho. Haré cualquier cosa excepto tener el aspecto de una mujer que no es ella misma. Mi madre me llamaba la princesa del guisante, porque no he hecho nunca nada, ni siquiera para mí. Pero para ti haré lo que haga falta. Ya verás, cuando regreses vivirás en la casa más limpia y ordenada que hayas soñado jamás. Aunque detesto las labores de casa, porque no aportan nada, me dejan sin fuerza y no dan beneficios, no como los trabajos de los hombres que traen dinero a casa. Sin embargo, entiendo que lo he de hacer, porque a mí la suciedad me repugna.*

A pesar de sus buenas intenciones, las tardes que dedicaba al orden y a la limpieza se le hacían interminables. Su único escape era salir a pasear y de vuelta echarse las cartas del tarot, para ver qué le deparaba el futuro. Quería disfrutar de la ciudad, aunque no siempre fuera segura. En algunas zonas, París estaba mucho más próximo al campo de batalla de lo que había estado Kazán.

Mientras, ella lo sabía bien, a su alrededor existía otro París. Un París que ella anhelaba conocer, pero al que todavía no tenía acceso y que de momento tan solo las cartas le habían anticipado que conocería y formaría parte de su vida. Esas mismas cartas le habían anunciado que la creatividad entraría en su vida y su seducción innata compensaría su falta de experiencia y la acercaría a los genios.

Pero de momento no atinaba con lo que buscaba. Y una y otra vez topaba con un París en el que los intelectuales, los artistas, se unían para implicarse en el conflicto que estaba viviendo Europa, luchaban contra los alemanes, se dedicaban a diseñar redes de camuflaje para los grandes cañones, conducían ambulancias trasladando a los enfermos que llegaban del frente, colaboraban con el ejército diseñando uniformes, o escribían encendidos comunicados a los soldados que se encontraban en primera línea de fuego. Un París en el que en los diarios se leían heroicas anécdotas de hombres que luchaban contra los bárbaros, alternadas con anuncios sobre artilugios capaces de convertir en potable el agua fangosa de las trincheras.

Pero no era ese el París que Gala buscaba.

Ella quería el París de las nuevas corrientes de moda y de arte, el de la bohemia, el de las fiestas exclusivas, el de los artistas que rompían moldes, el de los literatos que reflexionaban en voz alta, el de los creadores llegados de todas partes del globo... Sabía que existía, aunque no lograba dar con ese grupo de creadores de belleza. Pero daría con ellos, esperaría a que esa ciudad entrara en ella, a que la conquistara, a bautizarse y a bautizar, a conseguir que su energía saliera a borbotones de sus piernas para volver renovada. Entonces, solo entonces, la belleza se acercaría a ella sin tener ni que ir a buscarla.

Mientras, Éluard, en el frente, seguía indignado por las carnicerías diarias



que se vivían en el hospital de campaña. Tanto que acabó por refugiarse en la literatura pacifista, ignorando las quejas de las cartas de su madre que le explicaban los paseos, las salidas y los encierros de Gala tratando de convencerlo de que esa no era la mujer que ella hubiera querido para su hijo. Era evidente, la rusa seguía sin agradar a los Grindel, pero Gala había decidido ya que poco le importaba.

*No te enfades, amor mío, puesto que yo no lo hago, y tan solo pongo mi talento al servicio del guerrero —le escribió a Paul—. Cuando regreses seré para ti una irresistible cortesana, me verás con la manicura hecha, perfumada y con nuevos vestidos. Créeme, ¡es todo para gustarte! —se excusaba por carta—. No soy coqueta por vicio, ni por derroche. A pesar de lo que hayas oído de mí. A pesar de lo que diga tu madre.*

Madame Grindel seguía empeñada en que la rusa no era una buena mujer para su hijo; por eso, hiciera lo que hiciera Gala, comprendió que las relaciones con su suegra no mejorarían.

*Paul, hijo mío, queridísimo hijo, créeme si te digo que a Gala no parece que vayan a estropeársele las manos con las faenas del hogar. Deberías verla, paseando por las calles en busca de frivolidades muy poco propias de la mujer de un soldado que se está sacrificando por su patria. Una mujer honesta no se pasea por las calles sin rumbo fijo, solo lo hacen las prostitutas y las busconas.*

—Tienes que ir de compras o a algún sitio. No sé, a donde quieras... Las mujeres deben estar dentro de casa o salir para entrar, al menos aquí en Francia —insistía a Gala una y otra vez.

Gala, dispuesta a no discutir, cada vez que salía a la calle se despedía de su suegra con un simple:

—Salgo, me voy de compras.

Y cerraba la puerta, sin mirar atrás, sin esperar a que esta respondiera.

A ella lo que le gustaba de verdad era vagar, pasear por las calles sin

rumbo fijo. Buscando pintores, poetas... intentando dar caza a la belleza que sabía encontraría en alguna de las calles de la ciudad del Sena. Le gustaba sentirse libre, ver el tráfico que iba y venía por las calles. Notar que de verdad estaba en París. Pasear por el Boulevard Raspail, aspirar el aroma de las castañas asadas que vendían en conos de papel; encaminarse hasta el Boulevard du Montparnasse, donde los cafés estaban repletos y los clientes se desperdigaban por las terrazas, calentándose con braseros; pasar por delante del Café Dome, sin detenerse siquiera, sabiendo que no podía permitirse tomar allí ni siquiera un mísero *café crème*; andar con las manos metidas en los bolsillos para que no se le enfriaran; acercarse a un café con un menú barato y comer algo sentada frente a uno de los ventanales que le permitiera ver pasear a la gente; descubrir a grupos de estudiantes frotándose las manos, junto a los braseros de las terrazas, con libros y cuadernos de notas extendidos frente a ellos, y regresar a casa llena de París y de su aroma, sintiéndose cada vez más francesa. Mientras, en la cabeza, daba forma a sus ideas de futuro, ambicionando cada cosa que veía y sin poder comprar nada, aunque con la secreta intuición de que un día conseguiría todo aquello que quisiera.

Paseos, escapadas, huidas que no hacían más que ocultar la realidad: no se sentía a gusto en casa. Se propuso entonces que madame Grindel rectificara, aunque fuera a costa de dejar de ser ella misma durante un rato. Y cuando la chica de servicio se ausentó unos días, Gala fue la primera en arremangarse y ayudar en las labores del hogar. Le podía el desorden, no soportaba que su entorno no estuviera impoluto. Satisfecha con su decisión, no tardó en comunicárselo a Paul:

*Te confieso, amor mío, que, aunque he ayudado a tu madre, aborrezco las faenas domésticas. No soy una de esas mujercillas que quieren perder sus fuerzas en lo cotidiano. Quiero hacer un trabajo que, como el de los hombres, me permita comprarme libros.*

Mientras, los rusos empezaban a ponerse de moda en Europa... El éxito de su influencia arrasó a principios de siglo, cuando los ballets de Serguéi

Diáguilev habían impresionado en Occidente por su arrogancia y sus audaces combinaciones de ritmos y colores. Por fortuna, los años de guerra no habían ahogado ese gusto por la fantasía y el exotismo tan característico de la capital francesa. Pero ahora habían cambiado un tanto, y los que llegaban a París eran comerciantes, diplomáticos, músicos e incluso soldados. Todos huían de la revolución y en Francia se consideraba patriótico comprar bonos de guerra rusos para ayudar al ejército de los zares. Nada escapaba de la influencia eslava, ni la moda. Por eso, Gala decidió convertirse en diseñadora de moda bajo el tutelaje de madame Grindel, que era costurera. Sin embargo, su suegra rechazó la idea. No veía a Gala capaz de trabajar en algo que requiriera disciplina. Se sumaban los rechazos por parte de su familia política y Gala no tardó en detestar definitivamente a la madre de Éluard y decidir que nunca más haría nada por complacerla. La gota que colmó el vaso cayó el día que descubrió que esta marcaba con tiza el tarro de mermelada para descubrir cuánta tomaba.

*Eso me puso frenética. A los rusos nos gusta tomar mermelada en el té de la tarde. Es una mujer mezquina* —le confesó a su padre en una carta.

Quince días después Gala recibió una carta en la que este, tras aconsejarle paciencia, le explicaba que el zar Nicolás II había abdicado y que, con el cambio de gobierno, habían perdido los pocos ahorros con que contaba la familia. Las noticias que recibía de su casa eran malas. ¿Cómo iba a regresar a un hogar en el que ya no tenían dinero ni para dar de comer a todos sus miembros? Sobre Rusia planeaban no solo grandes cambios, sino también una guerra civil desoladora que no sabían cómo podía acabar. Los retratos del zar y de su familia habían desaparecido de las vitrinas y de las paredes de todos los hogares. Tras la abdicación del zar, en su nombre y en el de su hijo, su hermano, el gran duque Miguel, había renunciado al trono en favor del pueblo. A partir de aquel momento, un gobierno provisional nombrado por la Duma se encargaba de redactar una constitución, en la que los ciudadanos serían considerados como iguales. ¿Iguales? ¿Cómo iba a ser ella igual que otra persona?

*No volveré a Rusia. Ni ahora ni nunca. No dejaré solo a Paul. Seguiré aquí, en Europa, en París, cuidaré de Paul, trabajaré en lo que haga falta, pero no daré un paso atrás. Ni me separaré de mi marido. Una guerra no es suficiente para hacerme cambiar de parecer.*

—Me interesa menos la Revolución rusa que lo que está sucediendo en el frente franco-alemán —acabó por confesarle a Paul, en la misma carta en la que le informaba de que había pedido los permisos necesarios para ir a verlo.

Hacia poco había recibido noticias de que lo habían trasladado al hospital de Amiens, aquejado de una bronquitis, y la enfermedad podía volver a provocar la gravedad de lesiones que años antes lo habían llevado a Clavadel.

\* \* \*

El frente no era uno de los destinos soñados por Gala. Hasta donde se remontaban sus recuerdos siempre había sentido un rechazo por la fealdad, lo mismo que por la mediocridad, la estrechez de espíritu, las tareas domésticas, las incomodidades, la enfermedad y la suciedad, y parecía que en aquel lugar se juntaban sus más íntimos desagradados. Pero había comprendido enseguida que casi nadie a su alrededor compartía sus irritaciones y decidió ocultarlas. Valía la pena hacerse la esposa preocupada.

Su estancia en el frente fue peor de lo que imaginó. Una no siempre puede controlar los acontecimientos que la rodean y la mala suerte, a decir de ella misma, quiso que todas esas características que siempre había rechazado aparecieran en su propio cuerpo.

Regresaron los dos a París, aprovechando un breve permiso de Paul. Sin embargo, algo no marchaba bien. Su cuerpo seguía mandándole señales de que las cosas habían cambiado. Hacía días que era consciente de que algo le pasaba. Sus menstruaciones se habían interrumpido, sus senos se habían hinchado, sentía ligeras molestias en el vientre y no lograba descansar con

regularidad. Al fin, muy a su pesar, ya no tuvo dudas.

—Estoy embarazada —le confesó triste a su marido, buscando consuelo y, quizás, solución a su problema.

—Eso es maravilloso —contestó Paul de inmediato, sin darse cuenta de la cara de decepción que tenía su mujer en ese mismo momento.

Gala lo miró sin saber cómo seguir la conversación. ¿De verdad había dicho que era maravilloso lo que iba a pasarles? ¿Cuándo habían hablado ellos de tener hijos? ¿En cuál de las cartas que se habían escrito le había mencionado su deseo de tener descendencia, de ser madre? ¿Qué necesidad había? ¿Qué falta hacía que alguien más entrara en su vida? Y, lo peor, ella, que lo controlaba todo, ¿cómo iba a poder controlar el paso de estos nueve meses en su cuerpo, en su vida?

—Si tú lo dices... —contestó resignada.

—¿No estás contenta? ¿Feliz? Va a nacer el fruto de nuestro amor... —aseguró un Éluard radiante de felicidad.

—Te confieso que ni siquiera había pensado que algo así podía pasarme. ¿Tengo que estarlo? —dijo Gala como si de un grave perjuicio se tratara.

Hacía años que había asumido más con felicidad que con resignación que sus graves problemas respiratorios también afectarían otras partes de su cuerpo impidiéndole, entre otras cosas, ser madre.

—Será nuestro pequeño...

—Será... claro, eso será...

Contestó y miró a su alrededor buscando consuelo sin encontrarlo. Una mesa, una cama, una biblioteca y un sillón rojo eran los muebles con los que contaba Gala en la habitación destinada a la pareja, en una casa que no era la suya, con unos suegros que no la entendían, sin un trabajo que pudiera alejarla de ellos, con un marido al que podían matar en el frente en cualquier momento y, sobre todo, con unas expectativas de cambio de vida y de rumbo que no se cumplirían, al menos no inmediatamente... ¿Cómo sentirse cómoda con la noticia de que tendría una tripa que no haría más que dificultar todas sus actividades cotidianas y afearla día a día? ¿Y después? ¿Dónde pondrían a un bebé regordete y gruñón? ¿Cómo lograrían mantener su espacio sin que las babas, los mocos y las cacas lo llenaran todo hasta hacer del cuarto una

pocilga en la que poder descansar? ¿Qué sería de sus paseos? ¿Qué sería de sus idas y venidas para escapar de su suegra mientras Paul estaba en el frente? ¿Cómo se libraría de esa molestia? Pero, sobre todo, ¿qué sería de ella, de su vida? ¿Tendría que empezar a pensar en otra personilla cada vez que quisiera hacer algo? ¿Tendría que dejar en un segundo plano sus necesidades, sus apetencias, sus ganas de aprender, de conocer gente? ¿Dónde quedaría entonces la independencia que buscaba al salir de Moscú?

En ese momento supo con certeza que solo sería madre una vez. Tener hijos envejecía y quitaba tiempo, y ella no deseaba que ninguna de las dos cosas formara parte de su vida nunca más.

—Mi madre nos ayudará, ya lo verás. Estará encantada con la noticia — aclaró enseguida Paul, al suponer lo que estaría pensando Gala.

—Seguro que cree que cumplo con mi deber de madre, mujer y esposa. Algo al fin con lo que demostrarle que atiendo mis obligaciones a pesar de ser rusa —contestó con un tono que no dejaba lugar a dudas del desagrado que sentía por su suegra y que ella pensó que a Paul le había pasado desapercibido.

—Mujer... no lo digas así. Ella solo piensa en lo mejor para nosotros y que vayamos a tener un hijo es una buena noticia para todos.

Gala prefirió no seguir hablando, quizás no debería haber hecho el comentario. Porque la realidad era que detestaba haber tenido que dar aquella noticia casi tanto como ser la portadora del bebé y tener que seguir viviendo y dependiendo de sus suegros. Pero no podía hacer nada. El embarazo seguiría su curso, igual que su vida, y ella continuaría sin dinero y no tenía más remedio que afrontar que iba a ser madre. Al menos buscaría cómo alejarse de su suegra unos meses. Hasta que naciera el bebé. Paul todavía estaba en el frente y ella, aunque ganaba un poco de dinero dando clases de ruso de vez en cuando a algunos chicos del barrio, se lo gastaba tan pronto como lo recibía.

—Podrías hablar con tu padre y conseguir, al menos, que yo me pueda alquilar una casita cerca del lugar donde estás destinado durante los meses del embarazo.

—¿En Normandía?

—Estaría bien.

—Pero estarás sola, ¿y si te pasa cualquier cosa?

—Sabré cuidarme, tú no te preocupes más que de alquilarla.

En realidad no era mala idea. Desde que Paul supo que iba a ser padre intentó escapar del frente siempre que podía y tener a Gala cerca facilitaba las escapadas. Sus obligaciones militares, antes las primeras en su lista de compromisos, pasaron a un segundo plano y su futuro hijo y Gala se convirtieron en su principal ocupación.

—Mi abuela vive en la zona junto a una tía mía soltera.

—¿Más familia?

—Te ayudarán, ya verás.

Las mujeres, a diferencia de la madre de Paul, no solo estarían pendientes de su bienestar, sino que no la importunarían con los quehaceres del día a día como hacía su suegra.

Y allí vivió Gala, a pesar de la oposición de su suegra, que preferiría haberla tenido bajo su supervisión. Al fin, el 11 de mayo de 1918, en pleno cuadro campestre normando, nacía Cécile, en un parto sin problemas asistida por las dos mujeres y un médico.

—Ahora ya, si quieres, podemos dejar con tu madre a la niña y viajar los dos solos unos días —anunció Gala en cuanto Paul fue dispensado definitivamente del ejército y a pesar de que la pequeña no tenía cuatro meses todavía.

Paul prefirió no discutir con Gala y aceptó su propuesta. Aunque el viaje no duró tanto como Gala hubiera deseado. A pesar de que pudieron irse unas cuantas semanas, tuvieron que volver a la realidad, a París, y con ello a las actividades inmobiliarias de Paul, que les proporcionaban dinero e independencia. Y con ellas regresaron la melancolía y la indiferencia que sentía ella por todo lo que estaba viviendo con su hija al lado, salvo por el arte y su deseo de conocer a aquellos que suponían la vanguardia de Europa, los nuevos creadores de belleza.

—Salgo, aquí te dejo a Cécile —le decía a diario a su suegra antes de escaparse a callejear por la ciudad.

Y volvía a pasearse por París, donde ella intuía que había algo que la

esperaba en algún rincón y que todavía no podía atraparlo. Lo olía en el ambiente. Algo nuevo se estaba fraguando a su alrededor que no conocía. Presentía que una nueva fuerza artística estaba naciendo en ese mismo momento y que, si no se daba prisa, pasaría a su lado y perdería la posibilidad de subirse a su tren. Una hija no podía impedir que consiguiera alcanzar la belleza. Así, decidió que la mejor manera de dejarse atrapar por los participantes de los nuevos movimientos artísticos era a través de los poemas de Paul y de los amigos que este había hecho desde que empezó a ser un poeta conocido.

—Tenemos que asistir a la próxima reunión, debemos volver a verlos. El tarot anuncia que no hay que dejar pasar esta oportunidad, lo dice bien claro, estamos apalancados, no podemos quedarnos quietos esperando. Mira —le dijo enseñándole la carta de El Diablo—. Debemos experimentar cosas nuevas y quitarnos el lastre de El Emperador.

Gala sabía bien que El Emperador, aunque estaba asociado a la estabilidad, se alejaba de sus sueños y les impedía avanzar. ¿De qué servía la estabilidad? De poco, salvo para hacerlos más burgueses y mediocres. Por eso no había figura que detestase más de todo el tarot. Para ella no era la estabilidad, sino la cobardía, el camino trazado, el contentarse con lo que se tenía, el repetir la vida que habían llevado sus padres, y antes que ellos sus abuelos, y los abuelos de sus abuelos. En la carta, además las arrugas marcaban en su cuello la letra E, de Eugène, y Eugène había desaparecido hacía años y no podía permitirle que regresara. Sí, era cierto que la imagen confirmaba su recién adquirida estabilidad económica, pero qué significaba eso en realidad, si no era lo que ella quería, lo que ella soñaba.

—No quiero vivir así. Quiero romper con todo, buscar nuevas metas. Que no nos conformemos. Que escuchemos los mensajes sin pies ni cabeza que llegan desde otros países a Francia, que descubramos esos hermosos poemas libres de toda rima, de todo arquetipo. Que vuelvas a ser el poeta que eras, que no te contentes... Que los conozcas, que los conozcas a todos, y que ellos te conozcan a ti.

—Apenas si he tenido trato con ellos —contestó Paul poco convencido con los argumentos de su mujer, a pesar de que él también se había sentido



tentado por esos nuevos movimientos y por las personas que los formaban.

—Ellos te tienen que conocer a ti —insistía segura—. Pero no solo Breton, por bueno que sea con sus poemas, tienes que ir más allá. Tzara, Duchamp, Picabia... todos son maestros en la búsqueda de la belleza, en captar el orden en el desorden, en encontrar el arte absoluto a través de los poemas, en destruir todo lo que tenemos para conseguir la libertad... tú tienes que demostrarles que eres igual que ellos.

Gala lo sabía, no tenía más misión en la vida que cultivar la idea de lo bello, satisfacer pasiones, sentir, pensar y construir a los demás, Paul también lo sabía y sin estar convencido se dejaba arrastrar por ella. Vivía para hacerlos llegar tan alto como ella creía que se merecían, siempre y cuando, eso sí, se mantuvieran a su lado, y era ella la que establecía esos márgenes de los que uno no podía separarse. Ellos, los elegidos, debían mostrarse fieles, inseparables, incluso devotos de la niña de los ojos avellana, a quien un día un médico dijo que quizás pudiera ser esquizofrénica, pero que comprendió de inmediato que no estaba enferma, simplemente era distinta. Tal vez por eso se aisló, creció en medio de adultos, entre Moscú y Kazán, y en esa época empezó su afición por leer un libro cada día, aunque su pasión, su verdadera pasión, eran las cartas del tarot. Fruto del azar o del propio destino, esas cartas predijeron su futuro con frecuencia acertadamente y ahora le señalaban de nuevo el camino a seguir.

—Pero esas cartas...

—Son las que nos guían.

Paul dudaba pero sabía, igual que Gala, que algo había que hacer. Las ráfagas de libertad y rebeldía que llegaban desde el exterior eran las mismas que él había sentido cuando en plena guerra mundial empezó a escribir poemas pacifistas. Quizás su mujer tenía razón y debían dar un paso más allá y dejar de conformarse con la tranquilidad en la que se habían instalado.

—Mira, ellos también juntan lo real y las imágenes y los símbolos de los sueños para crear sus obras. No soy yo la que está loca. Los mismos sueños de los que me hablan los arcanos son los que plasman en sus hojas y en sus lienzos. No basta con verlos de vez en cuando en este o aquel local, tienes que ir a las reuniones. —Se paró. Lo miró añadiendo—: No. Mejor, iremos

juntos.

—No sé si es buena idea que vengas conmigo —contestó Paul tímidamente, a sabiendas de que el grupo toleraba mal las presencias femeninas, por las contadas ocasiones en las que había coincidido con ellos, y que Gala no sería la típica mujer discreta que se mantiene en un segundo plano.

—Me dirás por qué.

—Parece que no están demasiado acostumbrados a mujeres...

—¿No participan? —preguntó con un tono un tanto a la defensiva.

—No quería decir eso. Es solo que... las opiniones venidas de fuera no siempre son bienvenidas.

—Vaya, ahora va a resultar que en esas reuniones las mujeres solo son el reposo del guerrero y no pueden ni opinar. ¿Pero no son los más modernos de París?

—Bueno, sí, en cierto modo, más bien los más arriesgados.

—Tendré que cuidar entonces mi vestuario. No soporto esas miradas...

—Qué quieres decir.

—De sobra lo sabes. Parece que a tus amigos no solo no les guste que las mujeres opinen, sino que además una diría que no han disfrutado nunca con una mujer. No hacen más que comerme con los ojos, si pudieran se acostarían conmigo.

—*Ma petite*... qué cosas dices.

Paul sabía que era cierto y en el fondo le enorgullecía. Esa personalidad esclava, esos ojos negros, ese aire misterioso que le daba el acento ruso que no se esforzaba en disimular. Pero no solo eso... sin confesárselo a Gala, él sabía que tenía parte de culpa en que todos la miraran con ojos lascivos. En su billetero, llevaba siempre una o dos fotografías de Gala desnuda en posturas de lo más seductor y no dudaba en enseñárselas a todo aquel que lo pedía.

No hacía mucho que se las habían hecho una noche en un estudio en Montparnasse. En París había aterrizado Man Ray, un fotógrafo estadounidense, que se juntó con ellos en un bar. Ella era la única mujer aquel día.

—Me llamo Gala —se presentó nada más saber que el norteamericano era

un genio de la imagen.

—Estuve hablando con Paul... —le explicó tímido Man—. Su físico, su rostro... creo que la cámara la adora. ¿Le importaría participar en una sesión de fotografía?

—¿Ha hablado con Paul de lo que yo puedo hacer? —preguntó sorprendida—. Amigo Ray, creo que no habló usted con la persona adecuada —le contestó muy seria pero con cierta coquetería y dejó al americano un tanto contrariado.

—¿Perdón? Con quién...

—Yo soy la única que puede autorizarlo a usted a que me fotografíe de las formas que a usted se le ocurran, poco tiene que decir mi marido al respecto.

—No sabía...

—No se disculpe, bastará con que no lo repita y me pregunte a mí directamente la próxima vez que necesite algo mío. ¿Cuándo quiere que nos veamos para esa sesión?

—Verá... es que no se lo he dicho todo. Me gustaría que las fotografías fueran... cómo decir, algo ligeras de ropa.

—Lo supuse, a qué si no iba usted a consultarlo antes, creyéndose que mi marido era el dueño de mi cuerpo. Pero eso le he dicho que no hacía falta, que se equivocaba. Estaré a su disposición cuando guste, no necesito consultar con nadie las decisiones que tomo acerca de mi vida.

Y así empezaron las sesiones y el cuerpo de Gala dio salida a todo ese erotismo que adivinó el fotógrafo dando paso con el cuerpo de la mujer a unas imágenes que eran sensualidad pura. Paul, encantado con el resultado de la sesión, acabó llevando siempre consigo en el billetero una fotografía del cuerpo de Gala desnuda y la hizo correr entre sus amigos mostrando no a la esposa, sino a la amante.

—Tantas teorías sobre el amor y parece que la única que se atreve a demostrar que lo practica sin problemas ni complejos soy yo...

Sí, tenía razón, pensó Paul, pero no era solo eso, era eso y su fuerza, su presencia, esos ojos, esa actitud... Gala aterrorizaba. Quizás no la beneficiara, por lo que había escuchado a sus compañeros, que a escondidas hablaban de

ella, pero no se podía negar que le daban un aire distinto al resto de mujeres. Y que a ella le servía para mantener un halo de diosa distante a la que los demás empezaron a envidiar.

—*Ma petite*, deberíamos hablarlo —sugirió Paul.

—Pero sí, quizás tengas razón, en el fondo yo soy tu humilde servidora —contestó coqueteando a la vez, pensando que todo iba incluso demasiado deprisa para ella misma—. Se hará en parte como tú quieres. Déjame ir a esas reuniones, te prometo que no intervendré, solo escucharé atenta lo que dicen. Lo que necesitamos es que se tomen en serio tu obra, que te apoyen, que se den cuenta de que no eres uno más, sino el máximo exponente de las nuevas tendencias poéticas. Los observaré, y así en casa podré darte mi opinión.

—*Ma petite...* —dijo Paul, mientras, casi de forma inconsciente, se llevaba la mano al monedero para rozar delicadamente con los dedos una fotografía de Gala desnuda que le había hecho Man Ray y pensaba en André Breton y en cómo él se había erigido en jefe del grupo y en la máxima representación de la poesía—. *Ma petite...*

## V

### EL PAPA EMPEZAR ACOMPAÑADO Y ACABAR...

Se despertó de madrugada. Dio unas vueltas en la cama y, de fondo, escuchó cómo su suegra se levantaba para consolar a Cécile.

La pequeña era un bebé inquieto y nunca dormía la noche seguida. Pero ella prefirió no moverse para que no la supusieran despierta. Así no tenía que acudir a su llamada. Bastante era que por las mañanas se ocupaba de bañarla y vestirla con lo que eso suponía, a decir de Gala: la posibilidad de contagio de mil y una enfermedades.

Esperó.

Escuchó a su suegra levantarse. Dirigirse a la habitación de la niña y hablar con ella hasta tranquilizarla.

Al rato, el silencio volvió a la casa por completo.

Estaba cansada. Esa vida de casada la agotaba tanto que muchas noches no tenía ánimo ni de salir, pero Paul sí y cuando llegaba, eufórico, tras divertirse con sus amigos, siempre acababa por despertarla y contarle qué había hecho y con quién. En esta época Paul empezó a serle infiel y a contarle todas sus infidelidades. Lo hacía sin malicia, solo por compartir con ella intimidades, por explicarle a su esposa detalles que quería practicar con ella. Al principio tanta sinceridad la descolocó, pero prefirió no decir nada. ¿Qué era ser infiel en realidad? ¿Acostarse con otras mujeres sin su consentimiento? Ella estaba al tanto de todo lo que sucedía, horas, días,

nombres... y no tenía intención de impedir a Paul que lo siguiera haciendo. Las personas no eran propiedad de nadie, ella ya estaba casada. Además, el éxito estaba por llegar, lo olía, lo intuía, poco le importaban a ella las otras mujeres que solo serían caprichos pasajeros y de las que sabía que nunca se enamoraría.

—Tenemos que formar parte de eso que se está moviendo y que llaman la vanguardia artística —le insistió de nuevo a Paul, que, todavía medio dormido, hizo un gesto como de desperezarse—. ¿Me has oído?

—¿De qué hablas? —balbuceó.

—Es necesario que te tengan más en cuenta en el grupo, si no no lograremos que la gente conozca y lea tus poemas. Parece que solo hay un poeta y que se llama André Breton.

—¡Mujer! André es un genio.

—Ni la mitad que tú —aseguró convencida.

—¿Y en qué piensas? —preguntó ya medio incorporado, sin querer llevarle la contraria.

—Mañana organizaré una cena. Los invitaremos a todos. Tienes que conseguir que publiquen tus poemas en *Littérature*. En esa revista publican todos menos tú. Breton... Aragon... Picabia... Tzara... te pedirán que lo hagas, ya lo verás. Ya está decidido, no me mires así, que vengan todos a casa. Si hay que participar con ellos en charlas y borracheras, lo harás. Incluso si hace falta deberías compartir alguna de esas mujercitas de la calle... Tienen que dejar de pensar en ti como un poeta aspirante a ser leído, tú eres uno de los mejores poetas que hay ahora en París.

—Gala, *ma petite*... ellos no...

Paul no tenía la misma seguridad que Gala. Ella lo tenía claro, sabía por dónde debían moverse, qué tenían que hacer para que sus poemas recibieran, al fin, el reconocimiento que ella creía que se merecían.

—No me importa, no soy celosa, ya lo sabes. Lo primero es lo primero, y ahora es tu poesía lo que debemos cuidar. Para mí basta con que no te contagies de la sífilis.

—No, pero si es que ellos no salen a la búsqueda de mujeres. Es como si solo les interesara la suya.

Gala lo miró asombrada. «Los modernos de París», pensó con desprecio. Daba igual, ya verían cómo convencerlos. Ella solo sabía que las cosas avanzaban a un ritmo más lento del deseado y había que solucionarlo. Paul, aunque reticente, había empezado a tener contacto con ellos, pero estaba claro que no el suficiente. Si en el terreno personal había conseguido convencerlo y buscar una casa para vivir alejados de sus suegros, por qué no iba a hacerlo en el profesional.

—Con un par de libros de poemas publicados no se puede mantener una familia. Ha llegado el momento de que le pidas ayuda a tu padre. O nos da más dinero, o tendrás que ponerte a trabajar más tiempo con él, las pocas horas que dedicas no bastan —le dijo a Paul poco después del nacimiento de la pequeña Cécile.

—*Ma petite...* pero... entonces... ¿y mis poemas?

—Yo te ayudaré, pasaré a máquina tus textos. Te los corregiré mientras tu trabajas, así puedes quedarte más tiempo en el despacho.

No hubo discusión.

Paul la miró y acató la decisión. Y tras hablar con su padre, y que este le asignara un puesto de trabajo de más responsabilidad en la inmobiliaria, todas las mañanas salía temprano hacia la empresa familiar.

Él era el encargado de las nuevas parcelas que estaban construyendo a las afueras de París y, por alejar el aburrimiento del quehacer cotidiano, se dedicaba a bautizar las calles de los nuevos barrios con nombres de poetas: Lautréamont, Apollinaire, Baudelaire... solo entendía él este guiño, pero era suficiente para evitar el tedio que le suponía su día a día. El trabajo de Paul junto a su padre, aunque muy alejado de sus aspiraciones literarias, al menos les compensaba económicamente. Gracias a él habían podido dejar la casa familiar y trasladarse a un apartamento con la pequeña Cécile, situado en una zona céntrica de París.

—Este dinero nos vendrá bien —comentó Gala y añadió—: Y... quizás tus amigos, los poetas, empiecen a mirarnos con buenos ojos. Eso de la bohemia está bien, pero aún está mejor poder tomarse un buen champán. Te aseguro que a eso no serán reacios.

En contra de lo que supusieron al principio, madame Grindel se había

tomado bien el cambio de vivienda y poco tardó en ofrecerse a cuidar de la niña cuando a ellos les hiciera falta, cosa que a Gala le tranquilizó. Podía seguir dedicándose a sí misma cada vez que lo necesitaba, que volvía a ser a diario. Esposa, madre y abuela perfecta, madame Grindel no podía ser más distinta a Gala, a quien no solo repelía el universo de lo cotidiano, sino que, además, le hastiaba y producía jaqueca. Paul sabía que solo había una cotidianidad de la que no podía escapar, alguien debía traer dinero a casa para poder complacer a la rusa, poder colmarla de regalos y dejarla que saliera a hacer sus compras por la ciudad.

Desde que había visto cumplido su deseo de casarse con Paul, poco más deseaba Gala en esta vida que poder disponer de dinero a su antojo y que este le posibilitara acercarse a la belleza, con sus poemas y a base de comprar antigüedades. Así que, consciente de los peligros de la rutina, no podía dejar pasar la oportunidad de que, a través de Paul, se logaran otras metas que ni ella misma conocía, pero que intuía que le esperaban.

—A Breton no creo que le gusten los lujos —apuntó Paul, que recordaba, a la perfección, una de las últimas charlas mantenidas con el grupo.

Todos estaban de acuerdo en una cosa, a ninguno le apetecía repetir el modelo que tenían en casa. Había que empezar a oponer una suave resistencia a la sociedad que les había tocado vivir. Los adultos y sus principios burgueses les resultaban idiotas y ellos debían ser los encargados de cambiarlos, pero eso no impedía, a decir de Gala, que disfrutaran de algún lujo.

—Le gustará, hazme caso. En menos de lo que te imaginas, empezarán a venir a cenar a casa casi sin que se lo propongamos. Entonces sí, podremos pedir algo a cambio.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Paul tímidamente a sabiendas de que a sus amigos Gala no les era simpática.

La rusa, su personalidad eslava, su independencia, les daba miedo. No la querían en sus reuniones. Gala les imponía tanto recelo como simpatía y veneración sentían por Paul.

—No te preocupes, que de eso ya me encargo yo —le contestó y, para evitar que la conversación siguiera, le dio un beso en los labios—. Me voy a



llevar a Cécile a casa de tus padres y luego me daré una vuelta por los anticuarios, a ver si han traído algo. Estas piezas nos harán ricos un día y mientras las disfrutaremos en casa.

Al principio, Paul no acababa de entender esa obsesión que a veces parecía que tenía Gala por los objetos antiguos. No tenía problemas en gastar dinero o en que Gala lo gastara, vivían mucho mejor que cualquiera de sus amigos, podía dedicarse a no hacer nada en todo el día si querían, pero, a pesar de eso, demasiado le parecía que saliera todos los días a comprar algo. A pesar de que, según la rusa, cualquier cosa que comprara acabaría multiplicando su valor en unos años.

Con el tiempo, Paul acabaría compartiendo con su mujer el interés por las antigüedades y, aunque no pensaba en lo que haría con ellas en el futuro, también se complacía comprándolas y descubriendo lo que ellos suponían con acierto nuevos talentos.

—En unos días nos iremos a la Costa Azul, allí podremos comprar algún objeto. Lo he arreglado con mis padres para que se queden a la niña y nosotros nos tomemos unas pequeñas vacaciones.

Paul sabía que tenía que mantener a Gala entretenida, porque de lo contrario se le escaparía. Sabía que la rusa no era como las otras mujeres de sus amigos, no iba a esperar complaciente a que él llegara a casa por las noches, no tendría la comida preparada ni a Cécile acostada. No, esa no era su mujer. Desde el nacimiento de su hija habían vivido momentos de hastío como pareja. Quizás las obligaciones como padres algo tenían que ver en todo, pero también que habían interrumpido sus escapadas de pareja, ese ir y venir sin horario fijo, sin planes previos, tan frecuentes antes del nacimiento de Cécile.

—Quizás podríamos ir al casino —sugirió Gala.

Para ella la Costa Azul era el casino, no había nada más. Gala no hacía mucho que había aprendido a jugar a los juegos de azar y le apasionaban. En realidad la zona le proporcionaba todas sus distracciones: el casino y el encuentro esporádico con otros hombres. Salía del hotel vestida con un elegante traje sastre con una falda de talle alto, ceñida justo debajo de los senos, con un sombrero de ala ancha, guantes de piel, zapatos de ante claro,

adornados con un lazo y una capellina de piel en los hombros. Entonces se olvidaba de todo. Ni cuadros, ni piedras antiguas, ni muebles bellamente tallados, podía pasarse las horas detrás de una mesa sin darse cuenta de que el sol volvía a salir. El juego la embriagaba. Incluso cuando perdía estaba convencida de que volvería a ganar en la próxima partida, o en la del día siguiente. El camarero les llenaba las copas de champán, cuanto más perdían, más champán corría y ellos gastaban todo el dinero que Paul había ganado los meses anteriores en unos pocos días. Al alba, la pareja volvía al hotel, dispuesta a empezar de nuevo al día siguiente.

—Mañana ganaremos —aseguraba Gala todas las noches.

Pero los derroches pasaban factura. Y madame Grindel, poco acostumbrada a que se gastara dinero sin un motivo, seguía atenta cómo los fondos disminuían a diario.

*Demasiado dinero gastado. Regresa a casa.*

El texto del telegrama que recibió Paul en el hotel aquella mañana no dejaba lugar a dudas, sus padres no tolerarían más que siguiera ese ritmo de gastos.

—A mí me gusta jugar —le contestó Gala.

—Pero, Galuska..., yo tengo mis obligaciones... tenemos que regresar a París, no les puedo pedir a mis padres más esfuerzos, no lo entenderían —explicó el joven.

—Tus padres son unos egoístas —contestó ella sin dudarlo.

—Mujer, les ha costado mucho esfuerzo conseguir el patrimonio que tienen ahora, muchas horas de trabajo, muchos días apenas sin dormir, y temen...

—¿Acaso tú no trabajas? ¿No vas todas las mañanas a ese cuartucho con tu padre? ¿Te has quejado alguna vez?

Paul prefirió no seguir la conversación. En el fondo, él estaba ya aburrido de la Costa Azul, a pesar de que Gala, en cambio, disfrutaba de la zona, de los paseos, de no hacer nada y del juego y se mostraba sonriente y feliz como en ninguna otra parte.

—Nos iremos en un par de días.

—Podrías regresar tu solo —le sugirió Gala y a Paul le pareció bien—. Yo todavía tengo ganas de conocer a más gente —concluyó.

En ese momento tuvo lugar su primera separación. Surgió así, sin pensarlo, y los dos lo aceptaron con naturalidad, como aceptaban siempre los cambios que afectaban a la pareja. ¿Para qué iban a quedarse juntos si cada uno era capaz de disfrutar por separado? ¿Por qué no iba a hacer ella lo mismo que hasta entonces había estado haciendo él?

—Promete que me contarás hasta el último detalle —le pidió Paul al despedirse, consciente de que Gala se disponía a pasar las noches con distintos hombres.

—No te esconderé nada.

Paul la miró satisfecho. Ellos eran dos, y lo que salía de ahí estaba permitido, siempre y cuando se explicaran el *affaire* que había tenido lugar. Esa era la única norma.

—Además, *ma petite*, me gustaría que intentaras que alguno de ellos en alguna ocasión me deje observarte disfrutando. ¿Crees que será posible?

\* \* \*

Mientras, en París las exposiciones y reuniones artísticas se sucedían. Ya de regreso los dos, el matrimonio empezó a entrar dentro del círculo artístico que tanto anhelaba la rusa. Aunque una vez dentro a Gala no acabó de convencerle.

—Viven demasiado pendientes de ellos mismos, son incapaces de reconocer la genialidad más allá de sí mismos —le confesó Gala un día a Paul, mostrando sus primeros síntomas de desagrado hacia el reducido grupo de los surrealistas.

—¡Están cambiando el mundo del arte! —los defendía Paul.

—Eso se creen.

—¿De verdad te parece eso?

—El mundo del arte no lo cambiarán esos muertos de hambre. No son los genios que se creen que son —le contestó Gala.

También eso había acabado por aburrir a Gala. Para ella su vida se había convertido en tediosa y empezaba a perder interés, necesitaba buscar algo que la llenara por completo, igual que la había llenado Paul cuando lo conoció en el sanatorio. Entonces sí que el joven le pareció un poeta interesante, renovador... pero los años pasaban y por más que lo buscaba ya no encontraba en Paul a ese chico enfermo con una imaginación desbordante que tanto le atrajo. Casi sin darse cuenta, había desaparecido esa fe ciega que había tenido años atrás, empezaba a dudar si el esfuerzo le valía la pena. Quizás por eso salía y alternaba con todo el mundo intentando conocer a otras personas. Necesitaba algo que la llenara de nuevo por completo y Gala sabía que no lo encontraría entre las paredes de su apartamento, ni cuidando a su hija. Tenía que salir fuera, a la calle, viajar a otras ciudades, compartir su cama con otros hombres. Las cartas se lo habían anunciado en no pocas ocasiones, tenía que ir más allá de lo andado, luchar por conseguir ese ideal. Y si hasta el momento había sido Paul el compañero perfecto, ahora le parecía que había llegado el momento de buscar otros cuerpos, otras mentes a las que iluminar. La luz de Paul empezaba a agotarse y eso a Gala le suponía un problema.

Así, a fuerza de salir, una noche, el matrimonio asistió a una exposición de los *collages* de una joven promesa del arte, a decir de todo el mundo. El joven se llamaba Max Ernst. Poco se sabía de él, más que era un artista alemán instalado en un movimiento artístico poco convencional, el dadaísmo, que empezaba a tener algunos seguidores en Europa.

Aquella fue una noche rara. Todos estaban pendientes de asistir a la inauguración de la exposición *La mise sous whisky marin* y conocer a un joven del que todo el mundo hablaba. Pero, para su decepción, no pudieron alternar con el artista. Había tenido que quedarse en Colonia por no tener los papeles en regla. Era alemán y los alemanes, tras la guerra, se habían convertido en los enemigos de la nación francesa, los *boches*. Y su entrada en el país no estaba permitida. Precisamente la principal provocación fue tratar de exponerlo en una galería parisina de la mano de Breton y del resto de

amigos. Los *collages* llegaron ocultos en pequeños paquetes y Breton y Aragon se encargaron de prepararlos y enmarcarlos.

—Es una lástima que no lo tengamos aquí. Es uno de los mejores, sin duda —comentó Paul mirando una y otra vez sus cuadros, mientras hacía gestos que evidenciaban que le contrariaba que el protagonista no hubiera podido acudir a la inauguración.

La exposición estaba pensada para provocar. Los organizadores recibieron a los invitados con gritos animales, rodeados de mujeres encorsetadas, cabezas de león sobre cuerpos humanos, árboles brotando de lomos de caballos. Sin duda el arte se renovaba a pasos agigantados. Pero de todos ellos, solo los Éluard podían pagarlo.

—Quizás podríamos ir a conocerlo y comprarle directamente alguno de sus cuadros —sugirió Gala, viendo una oportunidad para salir de París. Igual la belleza que ella andaba buscando estaba más allá de las fronteras...

Paul se entusiasmó ante la sugerencia y le prometió a Gala hablar con su padre para conseguir el dinero necesario y poder viajar a Alemania.

Al fin, en otoño Paul y Gala llegaron a Colonia, donde se encontraron con Max, Lou, la esposa de este, y su pequeño hijo. Desde el primer día las veladas se alargaron hasta la madrugada, sumidos todos en conversaciones interminables sobre el devenir del arte. Fue en medio de una de esas charlas, cuando Paul y Max decidieron escribir un pequeño libro juntos, convencidos de que, aunque acababan de conocerse, en realidad eran como hermanos.

Pero no solo el arte los unió, poco a poco, casi sin que los demás se dieran cuenta, el encanto de Gala iba haciendo mella en el alemán. Mientras, Paul, sin atisbar el peligro que se le avecinaba, hablaba de él como su mejor amigo, al tiempo que trazaba de él un retrato surrealista:

—Hijo de un sordomudo y de una ciega, es normal. Tiene treinta y un años, un hermoso cuerpo, los ojos azules, un lunar en la derecha de la conciencia y otro igual en el pecho izquierdo. Ha heredado de su padre un buen talento de copista, de su madre la virginidad y de su hijo un montón de dinero.

A pesar de ser tan diferentes, casi polos opuestos, hubo magnetismo inmediato entre dos hombres que entendían el arte de la misma manera. Paul

tranquilo, considerado y paciente, con un aspecto enfermizo, y Max imprudente y alocado, parecía más un campeón de tenis que un artista maldito. Juntos, hablando de sus experiencias en la guerra, se dieron cuenta de que habían estado uno frente al otro en las trincheras y que tal vez habrían intercambiado disparos de fusil.

—Deberíamos volver a verlos —sugirió Gala ya de vuelta en París, intuyendo que quizás era el alemán el escape que necesitaba—. Qué mejor excusa que llevarle unos cuantos ejemplares de *Répétitions*.

—Quizás podríamos poner en marcha otro libro —contestó Paul animado, mientras ojeaba unas páginas de la primera colaboración que publicaba junto a su amigo.

Y así lo hicieron.

Poco después, junto a Cécile, viajaron a Alemania dispuestos a pasar unas vacaciones juntos los dos matrimonios. La llama ya había prendido, y por las noches, más que hablar de arte, comentaron las desapariciones, cada vez menos discretas, que protagonizaban Gala y Max. Él, grande, rubio, con un físico vikingo, no tardó en olvidar el encanto y la delicadeza de Lou y cayó rendido a la oscuridad de Gala.

—Paul, esto no puede seguir así. ¿No estás viendo lo que pasa igual que lo veo yo?

Lou, algo desorientada, intentó cambiar el rumbo de los acontecimientos.

—Debes comprender que amo a Max mucho más que a Gala. Son amigos, buenos amigos, quizás algo más. ¿Qué importa eso? —contestó enigmático el francés, dando a entender que era consciente de que pronto podrían tener una relación a tres y que no le suponía ningún problema.

—¡Estás ciego! Esa amistad puede acabar con nosotros dos.

—¿Con nosotros? No creo, querida Lou.

—Pero... —se sorprendió Lou—. ¿No te das cuenta de que Gala disfruta destrozando nuestra relación?

Paul no le hizo caso. Qué poco le importaban a él los demás matrimonios, estando como estaba completamente enamorado de Gala y de los juegos amorosos que esta establecía.

—Deberías hablar con él —se impuso tajante Tzara, que hacía poco que

había llegado.

—¡No sabes lo que es estar casado con una mujer rusa, amigo! —replicó Paul, sin dar más explicaciones.

Tzara era un mentor, pero solo en cuestiones líricas y estéticas, en el plano más terrenal se encontraba a años luz de los pensamientos de Paul y Gala.

Se avecinaban tiempos de cambio. Algo que, a los ojos de los no tan modernos amigos de Paul, acabó convirtiéndose en una incómoda situación, poco acostumbrados a las ligerezas amorosas de la pareja.

—Nos importa poco lo que hagan, o quién se acuesta con quién, pero ¿por qué esta Gala tiene que convertirlo todo a su alrededor en un drama a lo Dostoievski?

—¿Drama? Ella es feliz, y yo lo soy viéndola a ella serlo. Los problemas los tienen los demás —aseguraba Paul—. Además, con los amigos hay que compartirlo todo —aclaraba el poeta a todo aquel que quería oírlo.

—¿Incluso a la mujer?

—Incluso a la mujer —contestaba sincero.

Aquel no era un amor corriente, Gala lo sabía, rozaba casi el incesto. Max y Paul se querían como hermanos. El pintor y el poeta habían hecho casi un pacto de sangre poco después de conocerse y ella disfrutaba de eso. ¿Ella? ¿Por qué a ella tendrían que importarles esas cosas? Llevaba ya demasiado tiempo junto a un hombre que ya no la sorprendía, del que ya no podía esperar más... ¿No tenía derecho a probar nuevas aventuras? ¿A adentrarse en otros mundos? ¿A disfrutar junto a otros hombres?

—Quizás también yo, sin saberlo, soy una mujer para dos hombres, no solo Paul un hombre de varias mujeres —le explicó a Max un día.

En ese momento, ya tenía claro que eso era lo que quería. Ver, compartir, probar otras bocas, otros cuerpos, otros labios, sorprender y dejarse sorprender.

—Puesto que ya tienes una hija, puedes prescindir de marido —contestó él, sin darle más importancia.

—¿Una hija? —le preguntó extrañada—. Cécile es de su padre... yo estoy libre, he nacido libre y libre quiero seguir.

Max se la quedó mirando. Qué bien entendía Gala sus sentimientos de rechazo a la sociedad, a la familia, incluso a uno mismo, y qué diferente era de Lou. La oscuridad de Gala, las promesas de noches irrefrenables, la sordidez que prometía a ratos ganó frente a la inocencia de Lou, que ni siquiera quiso ver lo que era ya inevitable y se agarraba a su hijo, el fruto de su unión con Max, como si este fuera el corcho que la fuera a salvar de hundirse. Pero de poco le valió el aferrarse al chiquillo.

—Algún día volveré a veros, ahora tengo que ir con Gala —le dijo al fin a Lou.

—¿Pero... está casada? ¿Qué pasará con Paul? ¿Y con nosotros?

—¿Pasar? No pasará nada, ya está decidido. De momento tú puedes regresar a tu casa, con tu familia. Gala es para los dos, ella lo ha dispuesto así y a nosotros nos parece bien.

—Y el niño... yo...

Lou no era capaz de reaccionar.

—Habla con tu familia, vuelve con ellos.

—Max... no puedo, no puedes dejarnos... mis padres me echaron al casarme contigo, lo sabes...

—Te las apañarás, aprenderás. Yo debo partir a París, es mi arte, soy yo... No puedes entenderlo.

—Es ella. La rusa te ha envenenado —concluyó Lou con lágrimas en los ojos, comprendiendo que había perdido la batalla.

Regresaron los tres a París. Max atravesó la frontera con el pasaporte de Paul, puesto que tenía prohibida la salida de Alemania, mientras Paul lo hacía días después con la copia que le dieron del suyo tras denunciar su pérdida. Una vez en París, el pintor se instaló en casa de sus amigos. A partir de ese momento, la vida se organizó con armonía.

Gala se convirtió en la amante oficial de Max sin que eso supusiera un problema para ninguno de ellos. Cada mañana, Paul cogía el tren para irse a trabajar a París, a la inmobiliaria, a ganar un dinero que les permitiera a los tres vivir con cierta holgura. Mientras, Max pintaba con esmero lienzos y más lienzos cuyo principal motivo era el cuerpo de Gala desnudo, los ojos, los senos, las caderas... Incansablemente, hasta dar por finalizado el cuadro *La*



*belle jardinière*, un desnudo enigmático de Gala con el sexo escondido tras una paloma que presagiaba noches de amor.

Max era un compañero divertido, un artista con inquietantes fantasmas, mucho más de lo que lo había sido Paul en los últimos tiempos. Este, a pesar de los años de relación, no había sido capaz de valorar todos los encantos que tenía Gala, una mujer coqueta, cambiante, que necesitaba ser sorprendida todos los días. Ernst, al contrario, la transformó.

—El amor libre es amar a Gala y aprender a compartirla —aseguró Paul, planteándose por primera vez que quizás esa era la única forma de mantenerla a su lado.

Éluard acabó por sacrificar a su seductora esposa en su entusiasmo generoso por su amigo y a compartirla con él, aunque cada vez más se sentía el tercero en discordia. Poco a poco su talante cambió. Le buscó un trabajo a su amigo, para que pudiera, al menos, pagar sus gastos, pero sobre todo para que se alejara unas horas de Gala. Max acabó trabajando en una fábrica como artesano. Haciendo pequeñas figuritas típicas de París para su venta a turistas. Torres Eiffel, Arcos de Triunfo, ceniceros, pitilleras...

—¿Ya de vuelta? —preguntó Gala a Max esa mañana.

—No puedo seguir. No puedo trabajar en una fábrica, pintando todo el día figuritas. Así, sin más.

—Pero...

—Paul lo entenderá. Lo suyo es distinto.

Gala lo miró. En realidad no era muy distinto, a Paul tampoco le gustaba trabajar en la inmobiliaria de su padre, pero ya lo convencería ella de que lo de Max había sido un tropiezo, que los genios no pueden acabar encerrados en una fábrica.

—No te preocupes —le dijo Gala abrazándolo con ternura—. No te preocupes. Venga, vamos a disfrutar de tu recién adquirida libertad —le sugirió, estirándole de un brazo y clavándole una mirada seductora, mientras se dirigían a la habitación.

Por las tardes Paul regresaba a casa antes que Max. Gala lo esperaba en el jardín y Cécile jugaba de fondo. Pero ese día todo cambió, al volver del trabajo, el silencio que lo recibió fue demasiado pesado. Su hija corría al

fondo del jardín y ni se percató de su llegada, él, de pronto, arrugó el entrecejo sorprendido por el silencio. Al entrar en la casa, un extraño ruidito llamó su atención. Se concentró en él hasta localizarlo. Era como si alguien estuviera moviéndose con sigilo. Se detuvo al escuchar el rozar de unas sábanas, un chirrido sordo de muelles y unos jadeos. Provenía del dormitorio.

A pesar de intuir lo que podía depararle su curiosidad, decidió acercarse a echar un vistazo. Ascendió el tramo de escalera hasta el cuarto en el que dormía Max. La puerta del dormitorio estaba abierta. Miró hacia el interior y se detuvo en seco, boquiabierto de asombro. El corazón le latía apresuradamente y los oídos le zumbaban. Gala yacía de costado entre las sábanas, con el cuello arqueado y la cabeza echada hacia atrás. Tenía los ojos cerrados y la boca abierta mientras emitía gruñidos. A su lado, Max, con la pelvis pegada a la de ella en un lento estremecimiento, se movía de forma acompasada. Hacía semanas que Gala no quería hacer el amor con él y no le permitía entrar en la habitación que compartía con Max.

La visión pudo con él.

\* \* \*

*Aquel día escuché cómo Paul salía, no quería hacer ruido para que no lo oyéramos. Imagino que fue entonces cuando supo que no era capaz de mantener por mucho tiempo esa situación. Max y yo... juntos, unidos, siendo uno solo... los celos se lo estaban comiendo vivo. La situación se le estaba yendo de las manos.*

## VI

### LOS ENAMORADOS LA EXISTENCIA DE OTRO QUE SOY YO

Los días pasaban y la realidad que los rodeaba seguía siendo muy distinta para la pareja y para el resto de intelectuales con los que se juntaban y que ya se hacían llamar surrealistas en todos los cenáculos de París. Breton y todo el grupo se acercaban cada vez más a establecer lo que serían los definitivos presupuestos del grupo y cada vez iban siendo más conocidos. Les interesaba mucho el subconsciente y muy poco lo carnal, por lo que Gala no se acababa de sentir demasiado a gusto en el grupo. En sus reuniones, investigaban a diario sus posibilidades en sesiones en las que cada uno describían sus sueños y luego realizaban otras de psicoanálisis colectivo en las que se lo explicaban todo.

—¿Quieres que vayamos con ellos? —le preguntó, queriendo iniciar una conversación.

Había estado unos meses ausentes, pero Gala había seguido interesada por las reuniones que se mantenían en el círculo surrealista, aunque cada vez se juntaban menos con ellos.

—¿Con quiénes? —contestó y pensó que no podía hablar con Paul de cómo se encontraba, de que necesitaba sentirse viva de nuevo y que con él ya no tenía esa sensación.

Paul no era la persona adecuada. Había estado bien esos años, pero ya no, ahora necesitaba algo distinto. Incluso el grupo de los artistas de los que se

rodeaba la habían decepcionado.

—Hoy hay una sesión de hipnosis.

Esas reuniones eran frecuentes. Las nuevas investigaciones llevadas a cabo en el terreno de la psiquiatría les acercaban al mundo de los sueños, de lo onírico, como nunca antes habían imaginado que lo harían y el grupo entero estaba fascinado.

—¿Y quieres que vayamos?

—Me gustaría.

Decidieron entonces acercarse. Uno de ellos sería hipnotizado, mientras que los demás, atentos, seguían el proceso del subconsciente hasta atrapar el arte que saliera de sus palabras, que brotaban como respuesta a una serie de preguntas aleatorias. Así creaban manifestaciones artísticas.

Aquella tarde, Robert Desnos, otro poeta, fue el encargado de entrar en hipnosis y responder a André Breton.

—El que te da la mano es Ernst. ¿Le reconoces?

—Sí.

—Max Ernst.

—Sí.

—¿Vivirá muchos años?

—Sí.

—¿Qué hará?

—Jugará con los locos.

—¿Será feliz con los locos?

—Pregúnteselo a esta mujer de azul.

—¿Quién es esa mujer de azul?

—Allí.

—¿Qué? ¿Allí?

—Torre.

Entonces señaló a Gala. Y añadió.

—Tendrás tres cerillas de tres colores. —Ella no lo sabía, pero esa mención, lo recordaría con el tiempo, haría referencia a los tres amores que Gala tendría a lo largo de su vida.

—¿Y?

—En todas será su musa.

Pero la vida seguía y la pareja, ya formando un trío oficial junto a Max, vivía en un apartamento no demasiado grande. Por eso Paul aceptó de buen grado el regalo que le hizo su padre: la casa de Eaubonne, cerca del bosque de Montmorency, donde ya se habían instalado en ocasiones para pasar unos días.

El matrimonio se trasladó allí. Ernst los siguió. En esta casa era donde se manifestaron los efectos de aquel triangulismo amoroso que preconizó una joven Gala años atrás en Clavadel y que Éluard soportaba cada vez con más dificultades, sin lograr alejar de su mente aquella escena amorosa a la que, al fin, había decidido sumarse como espectador. ¿Qué más podía hacer que seguirle el juego? De lo contrario podía incluso acabar perdiendo a Gala.

¿Estaban demasiado enamorados Max y Gala? ¿Acabarían excluyéndolo en su propia casa? Estaba claro que Gala disfrutaba, como no lo había hecho antes, del poder que ejercía sobre los dos hombres a la vez y lo aprovechaba. Los pies, las rodillas, las piernas... siempre intentaba formar un triángulo con ellos dos, mientras murmuraba obscenidades con voz grave y clara dirigiendo la relación. Las manos se enroscaban en los cuerpos, sus pechos eran estrujados formando la unión marcada por las sacudidas de dos de ellos y ella sonreía feliz y extasiada.

—No acaba de gustarme tener espectadores —le comentó un día Max a Gala, aprovechando que Paul había ido a trabajar y que el poeta era el único de los tres que se quedaba a un lado mirando la escena sin participar en ella.

El alemán, que en un principio se había sumado sin problema al extraño pacto que tenían Gala y Paul, empezaba a cansarse de no ser el único centro de atención de la rusa.

—No solo es un espectador. Mirar es su modo de formar parte de nosotros dos —le recordó Gala.

—Sigue sin gustarme —aseguró.

—Es mi marido.

—Quizás por eso.

—No seas idiota —contestó Gala desabrochándole la bragueta del pantalón—. No querrás que sea solo para ti.

—Igual es eso —añadió sin resistirse a la sugerencia que le hacían las manos de Gala.

Gala, sin hablar, le sujetó las caderas y lo empujó contra la pared, sugiriéndole con la mirada y los gestos que la penetrara. «No puedo ser de un solo hombre. No quiero pertenecer a nadie», pensó, pero no lo dijo. A qué hablar, cuando el sexo era la mejor manera de zanjar la conversación. Max calló y comenzó a moverse con energía, de poco servía razonar, pensó, al fin y al cabo esta situación no era razonable.

Al acabar, Max se giró. Se sentía débil y asqueado. Ella había vuelto a salirse con la suya. Había vuelto a gozar de él cuando ella había decidido. No le gustaba que le mandaran, pero no podía evitar que eso lo excitara, como le pasaba a Paul. Aunque en el francés el inicio de excitación sexual era leve e intranquilo y en él se volvía irrefrenable. ¿Hasta dónde llegarían? ¿Qué sería lo próximo que sugeriría la mujer y a lo que los dos accederían casi sin discutir? ¿De cuánto poder podía disfrutar Gala sobre los dos hombres?

Solo la pintura le ayudaba a Ernst a pasar el día para evitar pensar en la relación que mantenía con Gala y que no acababa de ser como él quería, por eso decidió cubrir de dibujos el interior de la vivienda: el salón, las habitaciones, los cuartos de baño, todo pasó por sus pinceles y en unos meses la casa de Éluard pareció una joya resplandeciente. Paul, por su parte, cada vez se sentía más excluido, en una casa en la que no siempre acababa por regresar a dormir. Bares, locales nocturnos, mujeres tan guapas y fáciles como desconocidas y noches de sexo rápido, para terminar en el sofá del salón de cualquiera de sus amigos, invadido por una tristeza y una melancolía que no le dejaban escribir y que le impedían reaccionar, acabaron siendo más frecuentes de lo que imaginaba. Cuando al día siguiente regresaba a casa, lo hacía sabiendo que en ese momento no se encontraría a nadie dentro.

De momento Gala no consideraba necesaria la elección entre uno y otro hombre. Ella estaba bien. Era la reina. Para ella la vida transcurría plácida en la casa de Eaubonne, haciendo lo que le apetecía. Con dinero suficiente para consentirse todos los caprichos, con dos hombres que la obedecían sin rechistar y una niña que se había acostumbrado a no acercarse a molestar a su madre y que se quedaba mirándola en la distancia, suplicando con los ojos

que le prestaran atención, pero sin conseguirlo. Además, la casa era lo suficientemente grande para que vivieran los cuatro en ella casi sin verse. En el primer piso estaba la habitación de matrimonio, la de Cécile y el cuarto de baño. En el segundo, un taller, con unas grandes vidrieras por el lado norte para que Max pintara sin distracción enormes cuadros, y repartidas por toda la casa las antigüedades que la hacían soñar y de las que los Éluard se habían convertido en expertos coleccionistas gracias al afán de Gala.

Uno diría que esta vida de pareja a tres colmaba todas sus necesidades, pero Paul, que estaba a punto de cumplir treinta años, sentía que esta situación iba a provocarle una crisis existencial.

—Se ha ido —le dijo Gala a Max una noche cuando este entró en el salón.

—¿Quién?

—Paul, quién va a ser.

—Tenía que pasar —contestó, esbozando una sonrisa que no se le escapó a Gala—. Ahora solo estamos tú y yo. Disfrutemos.

—Necesito que regrese. Mi suegra no querrá hacerse cargo de Cécile si no está su hijo y yo pronto me quedaré sin dinero.

—Dale tiempo, el dinero que se ha llevado no le durará eternamente.

—Quizás. Pero las cartas me piden que vaya tras él —le dijo a Max mostrándole el tarot.

—No tardará en dar señales de vida. Volverá.

Y así fue. Pero la habilidad de Gala para predecir la mayoría de las veces lo que pasaría tenía más que ver con su capacidad para conocer a la gente, que con sus habilidades como adivina, que no siempre acababan funcionando.

Días después llegaba un telegrama de Paul en el que, solo y deprimido, se dirigía a su padre:

*Querido padre, ya he soportado bastante. Me marcho de viaje. Abandono todos los asuntos de negocios que me habías confiado hasta ahora... No ordenes que siga mis huellas ni a la policía ni a los detectives privados. Al primero de ellos que me encuentre en mi camino, me aseguraré de que no*

*vuelva a molestarme. Y eso será pernicioso para el honor de tu buen nombre.*

*En general, lo mejor que puedes decir a todos, es que he sufrido una hemorragia cuando venía de París, y que ahora estoy en una clínica. Más tarde puedes contarles que me encuentro en un sanatorio suizo.*

*Haz los mayores esfuerzos por Gala y por Cécile.*

Gala y Max, mientras Paul estaba en el Pacífico, se habían ido de vacaciones a Alemania, dejando a Cécile con su suegra, convencidos de que a Paul le iría mejor regresar a una casa vacía antes de volver a la rutina diaria, pero no fue así.

—¿Y ahora?

—Su madre asegura que no le enviará más dinero. He conseguido que se haga cargo de Cécile, pero dice que Paul debe cuidarse solo. Tengo que solucionarlo, no puede ir por ahí, con la excusa de que necesita pensar, mientras me pide que vaya vendiendo obras de arte.

—Pero a ti qué más te da.

Gala miró a Max. Claro que le importaba. Esa colección la habían comprado entre los dos. Fueron los dos los que negociaron las piezas y fueron conscientes del valor que tendrían más adelante. Ese dinero no era solo de Paul, era también de ella, de su intuición y de su esfuerzo por conseguir cada una de las piezas y su huida no hacía más que dejarla en la ruina, así que debía encontrarlo y traerlo de nuevo a París.

—Venderé parte de su colección, para ir a buscarlo. Tiene que dejar de actuar como un niño. Estoy empezando a cansarme de esta situación.

Paul había prometido que regresaría a París. Pero al llegar, solo, deprimido y sin dinero, se fue directo a la estación de Lyon, donde cogió un tren que lo llevó a la costa donde se embarcó hacia las Antillas, Panamá, Tahití, Nueva Zelanda, Java, Singapur, Raigón y Ceilán. Uno diría que había hecho caso, casi sin darse cuenta, de los primeros principios del surrealismo: dejarlo todo y salir a andar a los caminos.

—¿A Saigón?

—Si está en Saigón, allá iré —contestó con seguridad, de sobra sabía que no la arredrarían ni los viajes, ni los barcos, ni las distancias.



Max se la quedó mirando. Se iría con ella, no conocía esa zona del mundo, no le importaba volver a ver a Paul... y ese cambio de aires le serviría de inspiración para pintar.

—¿Cuándo salimos?

—Nos volvemos hoy a París y en menos de una semana nos vamos.

\* \* \*

*Elegir pareja, compañero de viaje. Llegué a pensar que era sencillo. Incluso que el azar podía llegar a tener que ver, que podía ponerse de mi parte. La ingenuidad juega malas pasadas. El corazón te hace tomar decisiones que la razón no aconseja y cuando, al fin, esta recupera el mando, hay que mirar adelante y cambiar siguiendo sus sugerencias.*

\* \* \*

—Buenos días, *ma petite* —dijo Paul cuando la vio levantarse y se acercó para darle un beso.

Poco más de un mes habían tardado en regresar los dos desde Vietnam, y esa era su primera noche en casa, una vez deshecho el trío que había durado dos años. En Saigón Max decidió que seguiría su camino solo, a la búsqueda de su inspiración para sus obras. El trío había acabado por secar su imaginación y necesitaba aires nuevos. Mientras, para Paul y Gala, París volvía a ser su ciudad.

Esa mañana ella lo enlazó por la cintura y lo estrechó contra sí, besándolo con un apasionamiento que a Paul le pareció mayor incluso de lo que él recordaba en aquellos primeros días en el sanatorio. Que Max hubiera decidido quedarse solo en el Pacífico le había parecido a Paul buena señal y había recuperado su terreno. Las aguas volvían a su cauce, a aquellos días en

el sanatorio de Clavadel: Paul y Gala, Gala y Paul.

—¡Vaya! Esto es más de lo que esperaba a estas horas de la mañana — comentó con una amplia sonrisa—. Tendré que escaparme más veces, para que me desees con esa fuerza.

Gala clavó su mirada en él.

—Si vuelves a irte sin avisar, no seré yo quien vaya a buscarte de nuevo. Mandaré a tu madre con Cécile y me negaré a volver a verte —sentenció y se sentó, arrepintiéndose de inmediato de haber sido demasiado efusiva esa mañana.

Paul quiso rectificar, pero ella no le dio opción. El deseo había desaparecido. Gala se lo quedó mirando mientras él tomaba su café, preguntándose si de verdad deseaba pasar el resto de su vida a su lado, si esos meses de separación habrían eliminado el hastío que sentía por la relación y habían servido para reforzarla. Si aquello que había resultado irresistible a una jovencita que salía de su casa por primera vez seguía pareciéndole atractivo a la mujer que ya se sentía más francesa que rusa.

La relación entre ambos duraba ya más de diez años y cada vez más le parecía que, a pesar de los altibajos, comenzaba a acostumbrarse a su compañía... sin embargo, no dejaba de pensar lo a gusto que se sentía haciendo pruebas en otras camas, con otros cuerpos, cada vez que podía. A pesar de que las relaciones con Paul nunca eran rutinarias, no podía evitar quedarse con ese sabor de lo conocido que no le daba ningún placer. No habían sido muchas sus relaciones, pero las suficientes para saber que la monotonía la hastiaba, que deseaba sentir y sentirse deseada de distintas maneras y por distintos cuerpos. Sí, le gustaba Paul, su sentido del humor y su estilo de *gentleman*. Y era cierto que tenían aficiones parecidas, a ambos les interesaba el arte y la literatura hasta la obsesión, aunque, para qué negarlo, a diferencia de su marido, a veces su interés tenía más que ver con el dinero que se podía ganar que con la misma pieza de arte. Y entonces escuchaba de fondo los argumentos de Paul, casi siempre absorto en los porqués y los cómo del proceso creativo y sobre todo en hacia dónde iba todo eso. Se estimulaban mutuamente, en la cama y fuera de ella, formaban un buen equipo, pero cada vez más era un equipo de trabajo y menos de

sentimientos.

—No aguantaré mucho más —le confesó entonces—. Creo que no puedo continuar así mucho tiempo. Necesito algo distinto en mi vida.

Paul se la quedó mirando.

—*Ma petite...* viajaremos.

—No tengo ganas de seguir así. No sé qué quiero, pero sé lo que no quiero. Y ahora no quiero esto que tengo.

—Gala... he regresado, estoy aquí, no volveré a irme...

—No es eso, es... tengo que pensar. Mi cabeza da tantas vueltas que no sé ni quién soy ni hacia dónde voy.

—¿Y Cécile? —contestó agarrándose a la pequeña.

—Está tu madre, ella sabrá cuidarla.

La vida no se detenía por nada ni por nadie. Bien lo sabía Gala. No bastaba con sentir hastío para cambiar el rumbo de una vida, había que llevarlo a la práctica. ¿Y si se perdía algo en el cambio?, pensó por un momento, pero no tuvo mucho tiempo de reflexionar sobre ello, porque también estaban las enfermedades de los dos que, de vez en cuando, iban recordándoles que seguían ahí, en sus cuerpos, aunque algo más controladas que en su juventud, y volvieron a llamar a la puerta de sus pulmones reclamando una atención que hacía tiempo que no les prestaban.

En contra de lo deseado por Gala, el presente la obligó a parar y durante el verano tuvieron que trasladarse unos meses al sanatorio de Arosa, en Suiza, la salud de Paul había recaído. Gala se aburría al lado de Paul y la presencia de su hija la irritaba. Solo su perro Jouk la hacía reír. Y la excusa de sus pulmones facilitó que se alejara de ellos unos días. Viajar era la única forma que Gala había encontrado de huir de su tediosa vida. Necesitaba libertad, dinero, trajes y hombres, hombres que la hicieran olvidar que la vida que llevaba no era la que había estado buscando. Así, aprovechaba para tener encuentros esporádicos en las habitaciones de los hoteles a los que acudía. Eran amores fáciles y cómodos con los que gastar el dinero que Paul sin discutir le iba enviando regularmente y de los que daba debida cuenta a su marido. Sin embargo, cuanto más larga se hacía la ausencia de Gala en París, más erótica era la correspondencia de Paul, que ahora dormía solo en

Eaubonne y a quien la casa se le caía encima:

*Mi querida petite belle:*

*Acabo de tener un sueño maravilloso, uno de esos sueños diurnos en los que las emociones físicas te dejan al despertar toda la parte del deseo erecta, y el deseo que uno arrastra, ya despierto, se parece al placer del sueño. Estaba tendido en una cama al lado de un hombre al que no estoy seguro de poder identificar, pero un hombre sumiso, soñador para siempre y desde siempre silencioso. Le doy la espalda y tú vienes a tumbarte a mi lado, enamorada, y me besas los labios suavemente, muy suavemente, y yo acaricio bajo el vestido tus senos fluidos, tan vivos. Y muy suavemente tu mano pasando por encima de mí va en busca del otro personaje y se la pones sobre su sexo.*

En invierno Paul acudió con Cécile a Seelisberg, donde se había instalado Gala, para pasar los tres juntos unas vacaciones. A los pocos días Gala se aburrió de estar con ellos y se fue sola, lejos de Paul. Solo así recuperaba las ganas de reír, de vivir. Entonces volvía a buscar hombres guapos, inteligentes, los descubría, los devoraba y los abandonaba poco después. Solo contaba ella, qué más iba a contar, a los amantes los decapitaba una vez utilizados.

—Viajar, ir, venir... ya ni siquiera esto me entretiene. Necesito otras cosas... —le confesó a Paul en uno de esos reencuentros que cada vez duraban menos.

—Querida...

—Arosa, París, Berlín, París... y al fin qué queda, en realidad nada. Siempre regreso y al regresar, qué queda... esta ciudad, de nuevo esta ciudad, París, que ya no logra interesarme. La ciudad, sus gentes, pertenece a una parte de mi vida que ya no siento como mía. Ni siquiera ahora que sé que Breton ha oficializado eso que llamáis el surrealismo y que te incluye como miembro destacado del grupo. Ahora ya ni siquiera me parece nuevo, incluso siento que conocía hace tiempo todo lo que él describe como novedoso y que en realidad no aporta nada.

—No sé por dónde quieres ir. Son modernos, es todo nuevo, somos...

—Igual no deberíamos asistir más a sus reuniones. Olvidarlos...

—Pero yo debo volver con ellos...

—Hazlo... tienes razón además —le indicó señalándole una de las cartas de tarot que acababa de coger al azar del mazo—. Mira, parece que tendrás suerte, pronto se te acercará una jovencita con la que harás el amor. No te apures, bien sabes que no soy celosa, como bien sabes también que las cartas no mienten. Aprovecha, disfruta, a mí han conseguido agotarme y hacerme perder el interés. No me atrae ya su búsqueda de belleza, tengo que buscarla por otro lado.

Paul escuchó a Gala, sabía que tenía razón. A ella no le importaban los cuerpos de otras mujeres con los que, las noches que su *petite fille* no estaba a su lado, disfrutaba. Pero no podía dejar de pensar en Gala, porque a él sí que le importaba que hubiera otros hombres:

*Quisiera que, completamente desnuda, ciñéndome con tus piernas, me beses los pechos y que después me masturbes, no quiero a nadie más que a ti. Solo te quiero a ti. Si te amo, es hacer el amor lo que quiero, terriblemente. Y tenerte en mis brazos, lamerte por todas partes, aplastarte, hacerte más suave, más dura que todo, más mojada, más caliente, más ligera. Mi lengua está por dentro de tu boca, en tu sexo, mi sexo te adorna con esperma. Está en tus manos, sobre tu vientre, sobre los pechos, sobre tu rostro, locamente vivo y volveremos a acariciarnos de nuevo, a besarnos, a perforarnos. Quiero amarte más que nunca.*

Mientras, Gala, sola, se instaló en el Hôtel du Parc en Lucarno y se encontró a una ardilla que adoptó como mascota. La Gala frívola, la fácil, la ligera, siguió su vida errante por los hoteles; ya no contaba los meses que estaba fuera de París, no le importaba. Sombreros, vestidos, zapatos, la mujer-niña se distraía y su marido no le ponía objeciones.

Estaba cansada de deambular, pero pensar en regresar a París con Paul y Cécile aún la hastiaba más. Pronto acabaría todo, se lo decían las cartas. No debía dejar pasar mucho tiempo hasta que decidiera qué hacer con el resto de

su vida. Por ahora, se hallaba en un limbo particular, limitándose a disfrutar de las cosas que le gustaban. Sin nadie que le marcara horarios ni ritmos, pero sin encontrar nada ni nadie que le atrajera lo suficiente para detener su anhelo de búsqueda de la belleza.

Aquella mañana siguió caminando hasta girar la esquina y entró en el hotel. Era pequeño y sin pretensiones. Las últimas veces que le había pedido dinero a Paul este empezaba a quejarse de que las cosas ya no estaban tan boyantes como antes y prefirió sacrificar un poco de lujo a cambio de seguir viajando unos días más. Al pasar junto a la entrada, oyó un agudo grito del portero.

—¡Mademoiselle!

El hombre, otro ruso que como ella vivía fuera de sus fronteras, se esforzó por marcar cada una de las sílabas y al llamarla acabó por darle un tono que parecía acusador, como si le recordara al mismo tiempo que él sabía que ninguno de los hombres que había pasado por su habitación era en realidad su marido. Gala sonrió, nada le provocaba más placer que sentirse acusada por aquellos a los que ella ignoraba.

—Ha recibido una carta —le dijo y levantó el sobre, dejándolo con delicadeza sobre la mesa de la recepción y se retiró a la penumbra de la cabina a observar su reacción.

«Paul», pensó, «otra vez Paul», de sobra sabía que era él. ¿Quién si no iba a escribirle cartas a diario? Todo era como cuando tenían veinte años... No había cambiado nada. No progresaba, había crecido todo lo que podía a su lado pero ya no lo haría más, porque ella ya no esperaba esas cartas con deseo.

*Puesto que tú tienes a B. y a los otros que vendrán, yo no puedo frenar mi soledad. Hago el amor con demasiada frecuencia.*

*Vuelve, regresa a mi lado. Solo pienso en ti. Te cubro de besos.*

Paul ya no dormía solo y seguía contárselo a ella, que era a la que menos le importaba, aunque le repitiera una y otra vez que no le satisfacía. La separación avivaba el dolor de amar o de ser amado, pero ella no sentía nada.

El amor había desaparecido para dar paso a la búsqueda del otro, de su vida, de la belleza...

En verano Paul decidió alquilar un apartamento en la calle Becquerel de París, amueblarlo por completo y llenar el armario del dormitorio con vestidos comprados en las mejores tiendas de París para impresionar a Gala a su regreso:

*Gala, mi hermana, mi amante, mi amiga, tus cartas me gustan mucho. Te sigo amando, eres el único y gran misterio para mí. Misterio de tu cuerpo, tan hermoso, tan joven, contra el mío, un cuerpo que se me ofrece siempre. Te quiero, no quiero a nadie más que a ti, a tu placer. Vuelve, ven. En la casa tendremos todas nuestras cosas y podremos viajar desde allí, pero también podremos encontrarnos y hacer el amor, los dos seres más unidos de la Tierra se irán para anular todos los demás. Ven, ven, hermosa mía, mi solo ser, Gala, Galotchka. Voy a mandarte algo más de dinero. Avísame de tu llegada. Seré feliz.*

Era un piso muy caro, cerca del Sacré-Coeur, desde donde se disfrutaba de una de las mejores vistas de París. Paul pensaba que el piso ayudaría a que Gala deseara estar con él de nuevo, harta ya de vivir en Eaubonne, donde todas las paredes de la casa estaban pintadas por Max Ernst, de quien no habían vuelto a tener noticias. A la espera de recibir una respuesta a su carta, Paul ponía orden a sus asuntos, se ocupaba de su hija y seguía sus relaciones con los que ya se llamaban a sí mismos surrealistas, pero Gala no se implicaba en nada. Eran días de movimientos, de nuevas aventuras amorosas mientras Gala no regresara a su lado, poemas, reuniones del grupo... con todo no renunció a mantener su vida nocturna.

Una noche, en el Tabarin, una *boîte* de moda en el barrio de Pigalle, Camile Goemans, un poeta belga que, además, tenía una galería de arte, le presentó a Paul a una joven promesa de la pintura de veinticinco años: Salvador Dalí. Paul lo miró sorprendido, el bigote que llevaba era tan fino como un trazo de lápiz. Sostuvieron una breve conversación que, junto con alguna muestra de su pintura, le hizo pensar que el joven sería una promesa

en pocos años.

—Venga a verme a mi taller en Cadaqués —le pidió de inmediato Dalí con un pésimo acento francés.

—Le tomo la palabra —contestó seguro Éluard—, iremos a pasar el verano. Hacía unos días comentaba con Gala, mi mujer, dónde podíamos pasar unos días de vacaciones estivales y España será un lugar perfecto para los tres; iremos con Cécile, nuestra hija.



## VII

### EL CARRO AVANZAR HACIA EL ÉXITO

*Cadaqués, 1929*

Atravesaron las montañas cercanas a la costa catalana en dirección a Cadaqués subidos en un pequeño coche. Hacía tiempo que no salían los tres juntos de París. Habían decidido que la niña los acompañara y no se quedara con la madre de Paul, a pesar de que Gala sabía que Cécile sería una carga durante el viaje.

Su hija siempre había sido un estorbo para ella, desde el momento mismo en que supo que estaba embarazada. Si al menos hubiera sido un chico...

Ese día salieron de París sabiendo que el trayecto era no solo pesado, sino también peligroso. Habían oído hablar del mal estado de las carreteras en España. Se dirigían a un país atrasado que poco tenía que ver con la próspera Europa de la que venían y, además, Paul conducía bastante mal. Pero no dudaron, cualquier cosa era mejor que quedarse en París entre cuatro paredes en las que se empezaba a respirar un ambiente enrarecido.

—Deja ya las manos quietas —ordenó Gala a Paul con mal tono.

—*Ma petite*, no puedo hacer nada —contestó aferrándose con fuerza al volante para controlar los temblores—. Ya nos dijo el médico que esto podía pasar, que la medicación que me tenía que tomar era muy fuerte y quizás me dejaría secuelas.

—Y tú estate quieta también —le gruñó a su hija, que subía y bajaba del asiento jugando en la parte trasera del auto—. Pero ¿es que no podéis quedaros tranquilos los dos hasta que lleguemos? ¿Habéis decidido darme el viaje?

Últimamente cualquier cosa hacía que Gala perdiera la paciencia, aunque sabía que el movimiento de Paul era involuntario, un tic consecuencia de la medicación en el que antes casi ni se fijaba, ese temblor, junto al calor, el polvo sofocante, las cigarras chillando, Cécile moviéndose inquieta... no hacían más que aumentar su nerviosismo y mantener un terrible mal humor que la acompañaba desde que salieron de París. Parecía que el viaje no iba a llegar nunca a su fin. Además, para acabar de complicarlo, estaba claro que no había sido buena idea traer a Cécile. La niña había heredado la salud enfermiza de sus padres y tampoco le gustaba viajar, y se pasó el viaje entre incómoda y aburrida, moviéndose, poniendo mala cara o preguntando cada cinco minutos a qué hora llegaban, o diciendo que se mareaba. Gala no estaba segura de que hubiera sido buena idea decirle a su suegra que no se quedara con ella. Ni siquiera sabiendo lo harta que estaba de que la usara para controlarla y criticar sus idas y venidas. Así que, por más que le incomodara su compañía, acabó decidiendo que la prefería cerca a tener que discutir con madame Grindel, a pesar de que el paso de los años había suavizado la relación.

Un buen rato después de haber atravesado la frontera francesa, pasado ya el puerto de montaña de Le Perthus, vieron aparecer, algo más abajo de donde se encontraban, la llanura del Empordà. Esa tierra parecía estar envuelta en un halo de trigales, pero a los tres les pareció que tenía poco brillo, si uno recordaba los ricos colores de la zona de la frontera francesa, sus viñedos y albaricoqueros, sus melocotoneros rebosantes de frutos, sus almendros, sus algarrobos, al pie de la montaña alfombrada de violetas, y los contrafuertes de los Pirineos que desembocaban en el valle. Los numerosos giros y el paisaje mineral a Gala le resultaron monótonos y poco risueños. Los pueblecitos parecían distantes pinceladas de blanco, mientras el horizonte se encogía, tornándose más austero y más gris conforme avanzaban.

Al fin, al fondo, entre los pliegues de las montañas, apareció el pueblecito

al que se dirigían: Cadaqués. La sensación que tuvieron durante todo el viaje era que debían superar una prueba tras otra antes de llegar al destino, algo que se vio confirmado con creces al dejar atrás los viñedos, las arboledas de olivos y robles, cuando subieron por la cresta de una montaña pizarrosa hasta encontrarse, al fondo, una especie de mancha cubista de casas blancas. Más tarde supieron que a lo largo de los siglos los hombres de Cadaqués habían construido terrazas de piedra, casi tan estrechas como escalones, para aprovechar la falda de la montaña.

Hasta hacía poco el pueblo de Cadaqués había estado aislado durante siglos por tierra y solo era accesible por mar; que ahora se pudiera llegar en coche era una especie de milagro con el que ni los mismos habitantes de esas tierras contaban. En realidad, uno, al estar allí, tenía la sensación de que era un pueblo con vocación de isla y que le gustaba estar escondido al pie de la montaña inaccesible.

A pesar de ser verano, el viento de las cumbres azotaba el coche, aumentando su sensación de desamparo. De vez en cuando, aparecía un desvaído roble, exhausto e inclinado, o algún campesino que trabajaba en la tierra. A Gala no le gustó la aridez del paisaje de Cadaqués, para ella fue casi tan debilitante como el calor. A ambos lados había montañas de colores púrpura y negro que se zambullían en el mar sin dejarse tocar por él.

—No parece demasiado acogedor —refunfuñó Gala.

—Mujer, date tiempo —contestó Paul mientras caminaban por sus empinadas calles pavimentadas con piedras pulidas por el mar.

Se detuvieron y admiraron las puertas pintadas de azul, las casas marineras blancas, las flores trepando por las fachadas... vieron cómo la luz cambiaba a lo largo del día transmitiendo serenidad... todo parecía gustarle a Paul.

—Busquemos el hotel que nos dijo Salvador. ¿Cómo se llamaba?

—Lo mejor será preguntar a quien sea para no acabar perdiendo el tiempo buscando.

—Miramar, creo que se llama hotel Miramar.

—Deja que lo mire —respondió Gala, sacando de su bolsillo un papel arrugado donde ponía el nombre y la dirección del establecimiento.

—No será difícil encontrarlo, esto no es una gran ciudad.

Entonces, a lo lejos, vio una gran iglesia que sobresalía y contrastaba con el mar, como si fuera la proa de una reluciente barca de pesca. Situada al final de un campo de olivos con forma de anfiteatro y al extremo de una bahía, disfrutaba de un emplazamiento envidiable. Parecía perseguir a una roca negra que, como si fuese una aleta de tiburón, surgía de la bahía.

—Sí, no debe de ser complicado dar con él. Al fin y al cabo, es el único hotel que hay en el pueblo.

A los pocos minutos, sin necesidad de hablar con nadie, dieron con un edificio de estuco blanco construido sobre una playa de guijarros en cuyo rótulo de entrada se leía: «Hotel Miramar».

—Segundo piso —anunció Paul enseñando las llaves a su mujer cuando volvió de hablar con el encargado.

—No estaremos cómodos —dijo por toda respuesta Gala.

—Mujer, espera y verás —quiso tranquilizarla.

—¿Cuándo vamos a la playa? ¿Nos podemos bañar ya? —interrumpió la chiquilla.

—¿Quieres dejar de preguntar sin parar? Tiempo habrá de bañarse. Ahora vayamos a ver esa mansión de lujo que dice tu padre que tenemos esperándonos dos plantas más arriba —añadió irónica.

Por desgracia para los tres, Gala tuvo razón. Las habitaciones no eran demasiado confortables y no tenían ni agua corriente, ni luz eléctrica.

—Aquí no nos podemos estar mucho tiempo. Este país está a años luz de Francia. Parece un pueblucho primitivo. ¿Qué voy a hacer por las mañanas? ¿Y mi ducha?

—Lo arreglaremos, *ma petite*, ya verás. Quizás Salvador pueda darnos una alternativa.

—Mucho confías tú en ese amigo tuyo al que apenas si conoces de un par de veces, en las que imagino además que estaríais borrachos de alcohol o de absenta. No sé cómo habré dejado que me convenzas para venir aquí a pasar estas vacaciones. No lo sé, de verdad.

—Iremos a la playa, beberemos, comeremos... nos lo pasaremos bien, *ma petite*, ya lo verás. Y este clima irá bien para tus pulmones, para los nuestros.

Además, no solo está Salvador, están los Magritte, los Goemans...

—¿Esos son los que van contigo de borracheras todas las noches?

Gala tenía razón, estaba borracho la noche que conoció al pintor catalán y fue entonces cuando se le acercó Goemans. Pasaba un buen rato en uno de esos burdeles parisinos de luz tamizada donde las prostitutas languidecían a la espera de un cliente que no siempre llegaba y donde él se dejaba caer las noches en las que se sentía más necesitado de cariño, aunque fuera un cariño pagado. Goemans se le acercó para señalarle a alguien que entraba en ese momento acompañado de una joven vestida de negro.

—Este es el poeta del surrealismo —le dijo Goemans a Salvador presentándole a Paul—, deberías dejar que compre alguno de tus cuadros, tiene, además, un ojo muy bueno para descubrir a nuevas promesas de la pintura.

—En realidad es Gala, mi mujer, la que mejor ojo tiene para descubrir a los genios —aclaró enseguida Paul.

Fue esa breve presentación la que hizo que el joven catalán añadiera de inmediato:

—Que venga con vosotros este verano a casa de mi padre —dijo tendiéndole la mano.

Sí, no recordaba que la conversación hubiera sido mucho más larga. El joven lo había invitado casi sin conocerlo, pero ese mismo ímpetu le hizo pensar que le pareció un personaje interesante, aunque no lograba recordar los motivos por los que se lo pareció: la estridencia en su ropa, sus gestos histriónicos... Seguramente Gala estaba en lo cierto, estaban todos borrachos, porque poco más volvía a su mente de aquella noche.

—Y menos mal que no está Breton. Lo detesto. Hubiera sido el broche perfecto para acabar de amargarme estos días —apostilló Gala.

—Goemans es un buen tipo, en su galería siempre programa a uno de los nuestros.

Todo lo que Paul deseaba, al aceptar la invitación, era pasar unas vacaciones familiares y baratas, que los ayudaran a recuperar su relación de pareja, rota tras un sinfín de infidelidades pasajeras de los dos y que habían acabado por hacer de ellos unos extraños y, además, para terminar de

estropearlo todo, hacía unos meses que la economía no iba tan bien como para permitirse ni grandes lujos ni lejanos viajes. Por eso cuando Salvador le propuso que vinieran a pasar el verano a Cadaqués, no se lo pensó dos veces.

España tenía un punto exótico que le atrajo de inmediato. Estaba tan cerca de Francia que los franceses no le prestaban atención. Otra opción hubiera sido ir a Bretaña y luego a Suiza, junto a su amigo André Breton y su familia, pero la descartó de inmediato tras los últimos enfrentamientos de este con Gala, tras erigirse en el líder máximo del surrealismo. Además, Gala acababa de someterse a un tratamiento en Arosa y prefería cambiar de aires.

—Venga, vamos a ver si damos con Salvador. ¿Señorita, sería tan amable de darme su brazo? —le preguntó Paul con coquetería a su hija, quien se agarró del brazo de su padre visiblemente satisfecha y miró a su madre pensando que esta, a su vez, haría lo mismo.

Sin embargo, Gala estaba más pendiente de encontrar la casa de los Dalí que de mirar a su hija y de seguir la corriente de lo que ella consideraba las payasadas de Paul.

—Según pone en la carta, la casa de verano de los Dalí está algo alejada del pueblo —dijo ella de mala gana leyendo las indicaciones que Salvador les había enviado—. No sé si será buena idea que vayamos andando.

—Pues cogeremos el coche —contestó de inmediato Paul—. Seguro que hay una vista preciosa de esa bahía en forma de semicírculo, creo que valdrá la pena hacer un último esfuerzo. Además, Salvador me comentó que disfrutaban de una pequeña cala privada.

\* \* \*

La casa familiar de los Dalí era blanca, estaba rodeada de eucaliptos y geranios rojos y se erguía solitaria ante una playa de pizarra negra y arena fina. Avanzaron con el coche hasta donde pudieron con el camino cubierto de baches. Aparcaron y vieron de fondo a un grupo de gente.

—¡Mira! Te lo dije —gritó Paul—. Allí están.

—No sé quiénes son —comentó lacónica Gala.

—Sí, mujer, los conoces a casi todos. Vamos.

—Haz el favor de andar poco a poco para que me puedas ir diciendo quiénes son.

—Mira —le señaló tranquilo—. Los dos de la derecha son René Magritte y su esposa Georgette, son los que van de blanco.

—Al menos es un buen pintor...

—Enfrente están los Goemans. ¿Los recuerdas? Y mira, ya llevan puesto el bañador, el agua debe de estar estupenda —añadió Paul satisfecho, mirando a su hija.

—¿Podemos bañarnos? —preguntó la niña, de inmediato.

—No sé qué te parece a ti, pero creo que han puesto cara de alivio al vernos llegar.

—¿Qué quieres decir?

—¿Y quién es ese que gesticula de pie?

—¿Nos bañamos? —insistió la niña.

—Espérate, Cécile, no seas pesada. Acabas sacándome de quicio. El mar no se va a mover de ahí. Estate quieta, ya nos bañaremos en otro momento —contestó haciéndole un gesto con la mano a la niña.

—Ese es Salvador. Te caerá bien. O, al menos, de lo que estoy seguro es de que no va a dejarte indiferente —aseguró Paul, intentando distraer la atención de Gala sobre Cécile, para que la niña se acercara al agua.

Se acercaron al grupo y vieron que Salvador ni se había dado cuenta de su presencia. Estaba demasiado enfrascado dando explicaciones sobre algo de lo que solo pudieron escuchar el final.

—Si pudierais ver lo que se me pasa por la cabeza ahora mismo —le decía al grupo, moviéndose con una estudiada teatralidad y sin prestar atención a los recién llegados—, entenderíais mis risas y todos reiríais más que yo. Imaginaos, por ejemplo, a cierta persona muy respetable. Muy bien —afirmó gesticulando y confirmando que todo el mundo le prestaba atención—. Seguid imaginando un pequeño búho esculpido, colocado sobre su cabeza... un búho bastante estilizado, a excepción de la cara, que debe ser muy realista. ¿Comprendéis lo que quiero decir? —insistió acompañándolo

de una risa que a todo el mundo pareció demasiado teatral—. Bien, imaginad que sobre la cabeza del búho hay un residuo, ¡mi propio excremento! ¿Lo estáis oyendo? ¡Encima de la cabeza del búho se encuentra mi propio excremento!

Si Dalí hubiera tratado de causarle deliberadamente peor impresión a Gala, no habría podido lograrlo de un modo más efectivo que con esa risa histérica y esas referencias escatológicas. Lo que más odiaba Gala en este mundo era el humor escatológico, le repelía tanto como la suciedad, y ahora, además, estaba cubierta de polvo a causa del fatigoso viaje.

Gala miró a Paul y sin mediar palabra este entendió de inmediato qué significaba esa mirada.

—Nosotros nos retiramos, solo queríamos saludar. Estamos muy cansados del viaje y tenemos que descansar. Esta tarde nos vemos —dijo y se levantó para despedirse.

—Sí, dormiremos una buena siesta —añadió Gala y se levantó sin decir adiós. Mientras, al oído de Paul, añadió—: Este viaje ha sido un terrible error. No creo que sea capaz de aguantar muchas estupideces más de Salvador, que me parece insoportable y antipático y, si sigue con ese humor escatológico y esas risas histéricas, yo misma le diré que se calle.

Nada más llegar al coche, cerró los ojos, solo quería volver al hotel, estirarse en la cama y descansar todo lo que el cuerpo le pidiera. No, estaba claro, no había sido buena idea aquel viaje, no.

Pero ya estaban allí y tenían que volver a verse. Aquel mismo día, al caer la tarde, Gala y Paul volvieron a reunirse con los Goemans y los Magritte en la terraza de un café, bajo la sombra de los árboles y junto a la playa.

—Necesitamos que acabe esos cuadros. Por eso estamos aquí —le confesó a la pareja Camille Goemans bastante preocupado.

—¿No los ha pintado? —se extrañó Paul.

—Llevamos más de cinco meses insistiéndole y no hace más que darnos largas. Como no los acabe pronto, no sé si podrá realizarse su exposición en París, solo con el poco material que nos ha enseñado hasta ahora, no podemos ni llenar media sala —explicó el marchante con cierta pesadumbre, mientras recordaba con preocupación que había hecho ya una oferta de tres mil francos



por la obra de Dalí y, todavía, no había visto ni un cuadro.

—Es en noviembre, ¿sabéis? Está a la vuelta de la esquina —apuntó su mujer, confirmando la situación de premura en que se encontraban.

—El problema no es que no trabaje, que sí lo hace, sino que es capaz de pasarse horas, días, completando una pequeña esquina de una pintura. Como si la diferencia entre una soberbia obra de arte como la suya y una simple obra de arte de cualquier otro pintor fuera esa minuciosidad que tiene y que le puede hacer dedicar días enteros a mejorar lo acabado.

—Es que seguramente la diferencia es esa —cortó Gala a Goemans, entendiendo en ese mismo momento que el universo de Dalí se movía por distintos derroteros que el de los demás y pensando que quizás sí tenía que ver algo con el suyo.

—¿Ahora vas a ponerte de su parte? ¿No dijiste que te parecía insoportable y antipático? —apuntó Paul, sorprendido de la respuesta de Gala.

—Yo no estoy diciendo lo contrario, solo que una obra de arte inacabada no es una obra de arte —sentenció.

—Eso por no hablar de que es capaz de pasarse horas enteras pintando un par de calzoncillos manchados de excremento a los que añade detalles continuamente y que nada tienen que ver con los cuadros de la exposición —insistió Goemans, suponiendo que así iba a conseguir el rechazo de la audiencia.

—El surrealismo es así —intervino entonces Paul.

—No me irás a decir ahora que unos calzoncillos manchados es arte —comentó escandalizada Georgette.

—Pues claro que lo son —contestó Gala de inmediato, mirándola con aire de superioridad—. Eso es más surrealista que cualquier cosa que tú consideres como surrealista.

Gala, al escucharse, se dio cuenta de que el personaje de Salvador empezaba a cobrar para ella cierto atractivo. Calzoncillos manchados, claro que sí. Eso era arte, aunque ella prefiriera no tener cerca el modelo y que en lugar de calzoncillos fuera otra prenda, pero eso era arte y él, probablemente, era un genio.

—Pues a mí me parece que es algo infantil —insistió Georgette.

—Pues a ti te parecerá lo que sea, pero no tienes razón. ¿Es o no?, René —le preguntó desafiante Gala a Magritte.

—Bueno, sí, en cierta medida... —respondió el hombre al verse atrapado entre dos mujeres.

—No, amigo, estás muy equivocado, sin medias tintas, mi mujer tiene razón. Eso es arte y el que no lo vea quizás es que no es un verdadero artista —añadió Éluard, a quien la intervención de Gala le hizo pensar que a su lado volvía a estar aquella jovencita con la que compartió charlas en Clavadel. Que esa escapada a Cadaqués quizás había sido mejor idea de lo que parecía al principio.

—El caso es que el chico, como lo llama su padre, lleva horas encerrado en su atelier. Parece que se levanta muy temprano para trabajar, pero la realidad es que no adelanta y cada vez que le hablamos de la exposición cambia de tema.

—Dice que el amanecer en Cadaqués le inspira.

—Y no solo eso, está obsesionado con ser tan famoso como Picasso, a quien ni siquiera conoce todavía en persona, pero del que sabe que ha hablado bien de uno de sus cuadros.

El debate quedó interrumpido por la llegada inesperada de Dalí. El joven se acercó por la playa gesticulando, haciendo unos movimientos exagerados que obtuvieron la ansiada atención que buscaba hacia su persona. Iba vestido con un pantalón blanco y estrecho recién planchado, una camisa de seda con pechera en la que sobresalía un collar de perlas falsas y un brazalete de tejido metálico. Llevaba el pelo alisado con pomada, siguiendo la moda de los dandis de la época, y se había afeitado meticulosamente. En realidad, más parecía un bailarín de tango que cualquiera de los autóctonos que se cruzaban por la calle. Afectado, extravagante, incluso uno diría que tenía un porte un tanto afeminado en sus movimientos, a primera vista no parecía un pintor.

Gala se fijó en sus pies y se sorprendió de que en ellos se observara una extraña concesión a la moda de la gente del pueblo, rompiendo por completo la estética buscada... o tal vez no. Calzaba unas alpargatas negras con cordones que se enrollan hasta las pantorrillas.

—Se llaman *vigatanes* —le aclaró Dalí de inmediato a Gala, al darse cuenta de que esta la miraba extrañada—. Te puedo conseguir unas.

—Gracias —contestó Gala, sorprendida por el ofrecimiento sin dejar entrever si aceptaba o rechazaba la oferta.

Mientras él siguió caminando a lo largo de la playa sin detenerse a hablar más. Lo hizo con paso airoso por la arena, resplandeciente, vanagloriándose en su fuero más íntimo de algo que solo él sabía, la camisa de seda y las perlas se las había tomado prestadas a su hermana. En la playa, saludó a lo lejos con grandes movimientos a un par de pescadores que le devolvieron a su vez el saludo. Los hombres no lo miraron sorprendidos. Estaba claro que los habitantes de Cadaqués ya estaban acostumbrados a que Dalí, hijo del próspero notario de Figueras, llevara esa extraña vestimenta y actuara de esa manera, pero Gala y los demás allí reunidos quedaron asombrados.

—Sin conocerlo, una diría que tiene la habilidad de un profesional argentino del tango y que va a conquistar con cada uno de los pasos, con cada uno de sus gestos, de sus movimientos.

—Conocer es sinónimo de saber, querida. Y todavía tienes que saber muchas cosas más de él.

Lo que más sorprendía era que de entrada no hablaba y parecía muy tímido e introvertido, mientras que mostraba ese aspecto desinhibido frente al mundo. Y, contra todo pronóstico, era un buen anfitrión, siempre pendiente de que a sus invitados no les faltara de nada. Les hizo degustar los manjares de la zona, incluido su plato favorito, los erizos de mar. Mientras los demás conversaban e intimaban, él bebía un líquido amarillento, mirando a su alrededor continuamente y, sin que estos conocieran el motivo, de pronto rompía a reír. Con una risa tan violenta y estrepitosa que muchas veces no podía parar. A todos les parecía que se comportaba como un tonto cuando estaban delante, hasta que comprobaron que esa bebida con la que rellenaba una y otra vez su copa era Pernod Fils y asumieron que la absenta estaba haciendo su efecto en Salvador.

—Cadaqués es un pueblo de pescadores, coraleros, contrabandistas y brujas —le explicó Salvador a Gala, hablando pausado y gesticulando mucho, queriéndole dar cierta intriga a sus palabras—. Cuando uno pasea por

sus calles, tiene la sensación de que sus habitantes tienen más relación con el mar que entre ellos.

—A veces es mejor no relacionarse con los hombres —contestó ella sin más y siguió caminando.

\* \* \*

*En ese momento no sabía lo que decía. ¿Por qué habría dicho que no había que relacionarse con los hombres cuando siempre he querido hacerlo? Entonces no lo pensé, pero estaba claro que Salvador también estaba influyendo en mí. Quiero creer que no en la misma medida en que yo le influí a él.*

\* \* \*

Aquella mañana, frente al caballete, los sonidos matutinos lo distrajerón del recuerdo de la escueta conversación que había mantenido con Gala, pero que lo había dejado totalmente conmovido: una llave que giraba una cerradura, el sonido de los badajos procedente de un rebaño de ovejas que pasaba, el cadencioso chapoteo de fondo de los remos de un pescador, el rítmico chocar de las olas contra las rocas y la animada conversación de sus invitados bajo la ventana de su habitación charlando entre risas... todo le recordaba a Salvador que lo esperaban. Pero no quería bajar sin antes saber cómo podía impresionarlos, a todos, aunque muy especialmente a Gala, y llevaba horas pensando en cómo hacerlo. Al fin, decidió rasgarse la camisa de seda y darle la vuelta al bañador. Una mirada en el espejo lo convenció de que eso no era suficiente para atraer su atención, que más bien lo hacía parecer un excéntrico desaliñado y no era eso lo que buscaba para llamar la atención de sus invitados. Entonces, se afeitó las axilas hasta hacerse sangre, que después secó con el azulete de la ropa blanca. No contento con eso, se untó con cola

de pescado y cagarruta de cabra la cabeza, y decidió que la usaría a modo de colonia; al fin, se puso un geranio rojo detrás de la oreja. Entonces se miró al espejo.

—Ahora sí —dijo en voz alta, sintiéndose preparado para unirse a Gala y a los demás, pero, en el último momento, perdió los nervios al verla de espaldas bajo el alféizar de la ventana.

Desde allí, la imagen que tenía de la mujer, sentada en la playa, frente al mar, mostrando la espalda desnuda, superaba cualquier otra visión que nunca hubiera tenido de una mujer. No era solo una más de las chicas que había visto, era una diosa. Nunca hasta entonces había visto a nadie igual. Esa belleza andrógina lo trastocó con tan solo una mirada. Esa imagen le bastó para saber que sentía algo que nunca antes había sentido por una mujer, y que lo aterraba y fascinaba a partes iguales.

—¿Cómo he podido pasarme todo el día anterior a su lado sin reconocerla, sin sospechar nada? —gritó en su estudio vacío, sin nadie que pudiera escucharlo, mientras, nervioso, se movía de un lado a otro, sin decidirse a bajar a la playa—. ¿Cómo voy a salir así ahora a recibirlos? Mi aspecto es lamentable, ni se fijará en mí —se dijo mirándose al espejo y arrepintiéndose de la indumentaria que había elegido.

A su cabeza acudió, entonces, una anécdota de cuando tenía siete años. En ese momento, único tiempo en el que él fue a la escuela municipal de Figueres, su excéntrico profesor, Esteban Trayter, invitó a sus alumnos a su casa. Quería mostrarles a los niños del pueblo una serie de modernos aparatos que había comprado en su último viaje a París. De entre todos los objetos, el que más le fascinó a Salvador era una caja cuadrada que contenía una especie de teatro óptico. Era un dispositivo muy simple, con cuatro pequeños espejos, ubicados de forma que permitían desviar las imágenes correspondientes a cada ojo puestas una al lado de la otra de tal manera que, al verse montadas, daban un efecto tridimensional a los dibujos. Todos ellos se quedaron fascinados al ver las imágenes.

Ese día Trayter, creía recordar Dalí, también trajo con él a una niña al pueblo. En ese aparato, o mejor, a través de él, se colaron una serie de paisajes rusos, nevados, y de entre todas las secuencias, una de una niña

rusa en un trineo. Esa niña se mantuvo en su retina fija hasta que, más adelante, un día que nevaba mucho en Figueres vio a lo lejos a una pequeña niña rusa que corría por las calles de la ciudad, como si estuviera perdida. Salvador quiso acercarse a hablar con ella, pero no fue capaz de superar la vergüenza y saludarla, le entró el mismo miedo que sentía ahora al pensar en Gala. Ahora el destino había puesto de nuevo a aquella niñita a su alcance. Salvador estaba seguro de que aquel recuerdo había vuelto a su memoria porque debía ser la misma chica que reposaba ahora bajo su ventana. Era ella, Gala, aquella niña que desapareció ante su vista para reaparecer ahora en persona, estaba seguro.

Esa mujer hecha y derecha tenía diez años más que Salvador. Lo que, lejos de ser un problema, resultaría una ventaja para el pintor, ya que a ella le permitiría tomar todas aquellas decisiones que, por simples que fueran, él no era capaz de llevar a cabo. Estaba claro que sus experiencias de la vida los situaban a años de distancia y eso al catalán le parecía una suerte. Además, a sus veinticinco años Salvador era todavía virgen, lo que era a todas luces un contratiempo, aunque de inmediato comprendió que Gala era la única que podría entenderlo y seguir a su lado.

Pero en ese momento, esa mañana, el hombre apuesto, delgado como un junco, con un cuerpo fibroso que, sin ser esquelético, tenía una apariencia atlética, estaba acobardado. Tanto que varias veces intentó cambiar su apariencia, colocar ordenadamente su cabello negro, dejar que su piel tersa y bronceada le diera la estampa de un joven atractivo, que ocultara que en realidad era un muchacho temeroso y tímido, poco acostumbrado a tratar con las mujeres.

—¿Cómo lograré que se fije en mí? —se repetía una y otra vez.

Él solo había acabado por decidir la manera en que lo haría: sería su extraño comportamiento el que lograra que Gala le prestara atención.

Aquella mañana los Magritte, los Goemans y un recién llegado amigo de Salvador, Luis Buñuel, sorprendidos por el estado de ánimo del pintor, pensaron que tal vez si Dalí estaba tan loco por Gala, quizás ella fuera la única que pudiera convencerlo de que debía retomar su trabajo. Desde que llegaron lo habían intentado todo sin suerte. Ni siquiera Luis, el amigo con el

que tenía más confianza y con quien había trabajado los últimos meses codo a codo en un guion cinematográfico, podía calmarlo, hacer que se sentara y trabajara. El director de cine, que lo conocía desde los tiempos de Madrid en la Residencia de Estudiantes, había llegado dos días antes a Cadaqués con la única intención de convencer a Salvador para que escribieran juntos el guion de una nueva película que se titularía *La edad de oro*. A sus obligaciones con la galería de los Goemans se sumaba, ahora, la escritura del guion pendiente.

Al fin, mientras Salvador seguía sumido en sus dudas e inseguridades para acercarse a Gala, los demás se reunieron por la tarde en Es Llané, la playa que estaba cerca de la casa de los Dalí. Sin duda era el reducto perfecto donde disfrutar y hablar con tranquilidad, para decidir cómo le planteaban a Salvador todos sus problemas.

—Hay que hacer algo, no podemos seguir así. Esperando a que un día se levante y cumpla con algo de lo prometido si tiene a bien hacerlo. Tenéis que ayudarme, si no no lograremos sacar adelante la exposición —se lamentaba Goemans.

—Salvador se está volviendo loco y entre todos tenemos que rescatarlo de su locura —insistió su mujer.

—Es otra persona, está transformado. Esa mujer tuya lo ha vuelto loco —dijo Luis colérico, demostrando una inquina contra la rusa que a todos sorprendió—. He venido a Cadaqués solo para que hablemos del guion de la película y él lo sabe y todavía no he conseguido hacerlo. No deja de hablar de Gala.

Hacía poco, después del éxito de su primera película, *Un perro andaluz*, en la que Salvador ya había participado como guionista, ambos se habían planteado dar rienda suelta a un nuevo proyecto y la idea era llevarlo a cabo ese verano. Ahora ya contaban, incluso, con un mecenas que estaba de acuerdo en financiar su siguiente proyecto y Buñuel no quería desaprovechar la oportunidad.

Paul miraba a Buñuel sorprendido. Conocía su reputación como director surrealista, pero desconocía que Dalí también hubiera participado con él en su último guion. Además, ni siquiera se había percatado de que Dalí le prestara tanta atención a Gala, seguro como estaba de que la mujer, aun no siendo

ejemplo de fidelidad ninguna, no perdería ni tres minutos con el catalán, a quien consideraba demasiado femenino para los gustos de su esposa. Eso sin tener en cuenta las habladurías acerca de la sexualidad de Dalí que aparecían veladas en todas las conversaciones y que evidenciaban que le interesaban mucho menos las mujeres que los hombres.

—No te preocupes por Gala, Luis, Salvador puede ser un genio, pero no es un hombre que a ella pueda interesarle —le aclaró Paul al verlo preocupado—. Y no parece que las mujeres estén entre los intereses de Salvador.

Pero la realidad era muy distinta, bien lo sabía Buñuel, que conocía a su amigo y sabía que podía cambiar de pensamiento con la misma facilidad que con la que cambiaba el viento.

—¿Dónde ha quedado aquello que hablamos de escribir otro guion tras rodar *El perro andaluz*? —le insistía, una y otra vez, el aragonés a Dalí.

—¿La has visto? ¿Te has fijado en sus nalgas, en sus ojos, en su forma de andar? ¿En su tono de voz susurrante? —contestaba Salvador mirando embobado a Gala, sin hacer caso de lo que Buñuel le decía.

—¿Quieres atenderme? Tenemos que empezar a trabajar —repetía Luis de nuevo.

—¿Qué puedo hacer, Luis, qué puedo hacer para que se fije en mí? No lo entiendes, la amaba antes de conocerla —explicaba suplicante el pintor.

Buñuel estaba corto de ideas y necesitaba a Dalí, casi tanto como el propio Goemans, pero no lograba que este dejara de pensar en Gala, quien, además, parecía no darse cuenta de la obsesión que sentía el pintor por ella. Esta, a diario, seguía dando largos paseos por la playa, con poca ropa, ignorando las habladurías que provocaba cada vez que salía acompañada del catalán.

Al fin, un día, cansado de no obtener respuesta de su amigo, Luis se lo llevó a dar una vuelta por el Cap de Creus. Quería intentar sacarle al pintor una propuesta de trabajo en firme y le pareció que alejarlo de todos y hablar con él a solas sería la mejor forma de conseguirlo.

—He llamado a Lidia y nos ha preparado una barca. Vendrá con nosotros uno de sus hijos —dijo el aragonés, confiado de que este era el último recurso



al que podía recurrir y que surtiría efecto.

Conocía Buñuel la debilidad que sentía Salvador por la hija de la que había sido la bruja oficial de la zona, Lidia Sabana, y por los hijos de esta. Así que dedujo que un paseo en barca junto a ellos sería bien recibido. Quizás, en alta mar lejos de todo, sería más fácil tratar el tema del guion.

—¡Lidia!, mi querida Lidia y esos hermosos hijos suyos dotados con el envidiable don de la locura —contestó Salvador, cambiando el semblante—. Qué no haría ella por mí. Vamos, no la hagamos esperar. Con las brujas no se juega.

Y se subieron en la embarcación. El mar estaba en calma, y se disfrutaba de una de las mejores vistas de la costa a la distancia que se encontraban.

—Mira... —dijo Luis, señalando a un grupo de turistas que se veían a lo lejos desde la barca y que dormitaban bajo las sombrillas, queriendo iniciar cualquier conversación antes de sacar el tema que, de verdad, lo había llevado allí.

—Es el paisaje más bello del mundo —aseguró Salvador sin dudarlo.

—Razón no te falta, este paisaje es digno de Sorolla. Ningún otro pintor podría plasmar un espectáculo tan grandioso como el que se ve desde aquí —comentó Buñuel de forma despreocupada.

Al oírlo, Salvador se lo quedó mirando casi sin parpadear y empezó a gesticular, moviéndose como si hablara, pero sin poder emitir ni una palabra, como si algo se le hubiese quedado enganchado en la garganta. Hasta que al fin, dando una bocanada, dijo:

—¿Cómo se te ocurre decir esas burradas de unas rocas tan hermosas? ¡No debería haber venido contigo! ¡Este paseo en barca ha sido un error! ¡Tendría que haberme quedado en la playa! —gritó muy irritado.

—Pero... ¿qué te pasa?

—Alguien que es capaz de mencionar a Sorolla en mi presencia, alguien que lo considera un buen pintor, difícilmente podrá valorar el arte, ¡mi arte! ¡Con alguien así no puedo compartir mi genio en un guion!

Y le indicó al joven, muy enfadado, que acercara la barca a la playa, que no quería estar ahí ni un minuto más.

—Pero... —se sorprendió Buñuel, sin entender muy bien lo que había

pasado.

—¿Estás ciego? Esta naturaleza que ves aquí nada tiene que ver con los patéticos dibujos de un pintor de tercera fila que solo se merece nuestro desprecio. ¿Y tú te llamas surrealista? ¿Tú hablas de arte?

—¿Y tú? —contestó de inmediato Luis, sin dejarse amilanar, entendiendo por fin lo que había ocasionado el enfado de su amigo—. ¿Acaso ves en lo que te has convertido estos días? Pareces un perro en celo, todo el tiempo detrás de Gala. ¿Así quieres escribir el guion de una película que lo será todo para el surrealismo? ¿Esa es tu forma de plasmar tu arte? ¿Dejándote llevar por una mujerzuela que apenas si se fija en ti?

La barca varó de golpe en la playa. Allí estaban todos, esperando ansiosos pendientes de la charla que iban a mantener los dos. Sin embargo, cuando, a lo lejos, los vieron pelearse y escucharon los gritos, enseguida adivinaron lo peor. Luis no solo no había conseguido que Salvador se implicara en su trabajo, sino que además había surgido algún conflicto entre ellos.

—¡Tú, tú tienes la culpa de todo! —gritó Luis a Gala muy enfadado una vez llegaron a la zona de la playa donde se encontraban sus amigos—. Y voy a matarte. ¡Lo haré con mis propias manos! —Y echó a correr en dirección a la mujer hasta que, atrapándola, la sujetó por el cuello y la tiró al suelo estrangulándola con las dos manos.

Gala, aterrorizada, no tenía fuerza para resistirse. Cécile, a un lado, asustada, gritaba y lloraba sin saber qué hacer para ayudar a su madre, hasta que salió corriendo por entre las rocas para refugiarse junto a la mujer de un pescador que observaba todo a un lado boquiabierto. Mientras, los Goemans se acercaron de inmediato intentando separarlos, todos conocían de sobra los arranques de ira de Luis. En medio, Dalí, petrificado, miraba a la extraña pareja que forcejeaba en la arena de la playa sin saber cómo actuar. Entonces, se arrodilló en la arena implorándole a Luis que no la matara, mientras murmuraba un tímido:

—Déjala, es una diosa, mi diosa... no la toques, no le hagas daño...

—Esta rusa se interpone en mi trabajo, ¿no os dais cuenta? Es la maldad personificada —gritó Luis Buñuel, una vez ya lo habían separado de ella—. No pensaba matarla, solo quería que saliera su lengua entre los dientes, ¡es

una víbora!

—¡Es una mujer magnífica! —exclamó Dalí arrodillado en la arena, tirándose de forma teatral de los cabellos y sin entender demasiado qué era lo que había pasado—. ¡No le hagas nada! ¡Déjala! ¡No vuelvas a poner las manos encima de ella! —seguía sollozando el pintor una vez separados.

—¡Señoritos!, compórtense —gritó entonces Lidia acercándose a grandes zancadas—. Pelearse con mujeres no es cosa de hombres —le dijo entonces.

—Es una bruja —contestó airado Buñuel.

—Aunque lo fuera —le reprendió ella, mientras ayudaba a Gala a levantarse ante el estupor de todos los que estaban delante por haber conseguido semejante logro con apenas dos frases.

—Gracias —balbuceó Gala.

—La miel es más dulce que la sangre, señorito Buñuel. Hágame caso. Más dulce —sentenció entonces.

Buñuel se la quedó mirando, se quitó la arena que tenía en sus brazos y se alejó, airado, en dirección a la casa de los Dalí.

—¡Esa mujer nos matará a todos! ¡Es la peste! —se escuchaban sus gritos de fondo—. ¡Nos hundirá, os hundirá a todos! ¡Ha vuelto loco, completamente loco, a Salvador!

Esa misma tarde, con los ánimos algo más tranquilos, el resto del grupo decidió, al fin, que Gala tenía que ser la encargada de hablar con Salvador.

—Nadie más puede rescatarlo de esa locura en la que vive. Tienes que reconducirlo, ejerces una atracción sobre él que nadie más tiene —le dijo Paul a Gala planteándose, por primera vez, que quizás la lanzaba en manos de un hombre que, podría alejarla de él para siempre.

—Reconducirlo, ¿hacia dónde? —preguntó Gala extrañada.

—Hacia Buñuel, tienen que escribir el guion de la próxima película, y hacia Goemans, para que acabe de pintar los cuadros para la exposición que tiene comprometida. Parece que Salvador no puede hacer nada más que pensar en ti —le aclaró Paul.

Gala lo miró satisfecha. Volvía a ser ella la que tomaba las riendas, a ella se lo estaban pidiendo, sin ella, lo sabía bien, no lograrían que Salvador volviera a mostrarse dócil y trabajador.

—¿Estás seguro, Paul? —preguntó con una mezcla de orgullo y satisfacción—. No haces más que hablarme de él, de su elegancia, de su talento... Es como si quisieras empujarme a sus brazos. Y ni siquiera lo conozco. ¿Qué es lo que esperas de mí?

—Galuska, bien sabes que te quiero tanto que no me importa compartirme con otros hombres. Lo sabes, lo has sabido siempre. Confío en ti. Aunque creo que en esta ocasión no tendrás que desplegar por completo tus encantos, valdrá con que le prestes un poco de atención, poco más necesita Salvador de las mujeres según me han dicho.

¿Así que era eso? Todos tenían claro que solo ella podía jugar una baza muy importante a su favor, que era la encargada de reconducir a los genios y ahora le tocaba hacerlo con Dalí.

## VIII

### LA JUSTICIA EL EQUILIBRIO Y LA PERFECCIÓN NO SON SIMÉTRICOS

Los días pasaron y parecía que Salvador volvía a estar tranquilo y le dedicaba tiempo a la pintura. Sin embargo, Luis había decidido hacer sus maletas. Estaba claro que no iban a escribir juntos ningún guion y prefería no perder el tiempo. Mientras, los demás, algo más confiados en que lograrían regresar a París con alguno de los cuadros prometidos por el pintor, procuraban no generar ningún tema de conversación que lo pusiera nervioso. Tomaban el sol, paseaban, hablaban de cosas banales, observaban a los pescadores cómo cargaban las redes en sus barcas de colores... Por las noches, se juntaban en la playa para hablar y beber mientras, a lo lejos, los faroles de las embarcaciones parecían las antenas de los peces surgiendo de las grandes profundidades.

Poco a poco, Dalí empezó a recuperar su rutina. Se levantaba temprano, se quedaba trabajando en su estudio hasta que los oía llegar para darse el primer baño matinal tras el desayuno... Una mañana, apareció en la playa luciendo una camisola ancha que, se encargó de aclarar, él mismo se había diseñado. Todos estaban estirados en la arena, disfrutando del sol y del rumor de las olas, definitivamente Salvador había recuperado el ánimo y el ritmo de trabajo.

—Queridos amigos, deseo que os lo estéis pasando bien.

—¿Te despiertas ahora? —preguntó Paul, al darse cuenta de que no lo habían visto en toda la mañana.

Dalí se lo quedó mirando y sonrió. Quiso soltar una de sus grandes risotadas histriónicas, pero se contuvo al recordar que la última vez le había parecido que Gala lo miraba como si lo despreciara.

—Mi querido amigo —contestó gesticulando grandilocuente, mientras se movía a un lado y otro—. Lo cierto es que cada día desayuno, me baño, pinto, como, duermo... y hacia las siete empiezo a hacer de Dalí —explicó y señaló el reloj de la iglesia para confirmar su explicación con una sonrisa de triunfo.

Gala pensó que había llegado el momento de ponerse manos a la obra. Se lo quedó mirando con detenimiento, hasta entonces no había pensado que su rostro tenía un aire intelectual, mucho más interesante de lo que nunca pudo tenerlo Paul, y sin duda eso mismo le auguraba un futuro más que prometedor. El poeta, a decir de Gala, ya había conseguido lo máximo que lograría con su obra y eso hacía que le hastiara tenerlo a su lado. Salvador, sin embargo, estaba claro que acabaría convirtiéndose en un genio si se dejaba guiar por la persona adecuada. Sin duda sería más famoso que ninguno de los hombres con los que había estado hasta entonces y más que ninguno de los que en ese momento estaban en la playa. Por eso se levantó y le hizo una señal para que la siguiera.

—¿Yo? —preguntó un Salvador sorprendido, mirando a un lado y otro.

Gala lo miró, y sin contestarle, movió la cabeza afirmando, se levantó y empezó a caminar por la playa en dirección a una cala cercana. Dalí se le fue acercando hasta que, sin decir palabra, juntaron sus manos y siguieron caminando. Al notar su mano temblorosa, Gala se arrepintió de haber pensado que era detestable cuando lo vio por vez primera y se enterneció. Debía mostrarse todo lo cálida que fuera capaz para relajar la situación y ganarse, así, su atención. ¿Qué le importaban a ella los guiones de cine, o las exposiciones, si no lograba antes que Salvador le hiciera caso en todo lo que dijera? Habría que empezar conquistando al hombre para saber hasta dónde podía manejarlo.

—Si quieres, mañana podemos vernos de nuevo en la playa —le dijo sin más, sentada en la arena mirando al horizonte.

Dalí titubeó, no estaba preparado para recibir un ofrecimiento de ese estilo.

—¿Querías?

—Eso te estoy diciendo.

—Así sea, entonces —le contestó y, sin que ella se moviera de su posición, se levantó silencioso de la roca donde se había sentado y se dirigió hacia su casa esbozando una sonrisa que, de haberla visto Gala, hubiera tildado de infantil.

Los demás no habían vuelto a verle ese día, pero sí estuvieron con Gala.

—De acuerdo, hablaré con él más tranquilamente —les explicó—. Daremos otro paseo. Solo tengo una condición que poner —les aclaró Gala al regresar.

—¿Condición? —preguntó extrañado Goemans.

—Alguien tiene que decirle a ese catalán histriónico que controle su risa histérica, si no no seré capaz de volver a pasear a su lado.

Gala sabía que poco podían hacer los demás a ese respecto. También que ella sola era capaz de controlarlo. Que si estaba loco, le habían preguntado todos a su regreso. Qué sabrían ellos de locura. Salvador era alguien especial, muy especial, tanto que solo alguien como él cuando hablaron de la locura fue capaz de contestar algo que lo acercaba a los genios: «La diferencia entre un loco y yo es que yo no estoy loco». Y era cierto. Gala había entendido de inmediato cuál era su «locura», era su obsesión por la pintura, por el detalle, por que uno no puede pintar los sueños solo con grandes brochazos, tiene que detallarlos al máximo, y que todo eso estaba metido en su cabeza, solo había que ayudarle para que lo dejara salir, para que la belleza quedara atrapada en todos y cada uno de sus lienzos.

\* \* \*

*Hacer de madre de un chiquillo de más de veinte años. Eso hice. Sin eso, Salvador no hubiera llegado a ser lo que fue. Una maternidad en exclusiva por la que he acabado dando la vida. ¿Cécile? No, ella nada tenía que ver con el cuidado que yo dispensaba al hombre-niño que nunca acabó de crecer. Ella para mí ya entonces no era más que la hija de Paul.*

\* \* \*

—A mí me gusta esto, este pueblo, sus gentes, sus calles. No sé si quiero o no alejarme de aquí... —confesó Salvador, limpiándose las manos con su camisa—. Eso por no hablar de que es el único lugar del mundo donde puedes comer sardinas bebiendo champán Bollinger.

Salvador estaba radiante. Cualquiera que lo conociera sabía que algo había pasado en su vida que lo había cambiado, de otro modo nunca se hubiera ni planteado dejar de vivir en Cadaqués.

—Parece que has cambiado de camisa —observó Camille, como queriendo hacerle un reproche—. La tela es más gruesa que la de la mañana, tiene escote y manga ancha.

—Te da un aspecto femenino de lo más atractivo —contestó Gala, quien, en ese mismo momento, se dio cuenta de que había salido en su defensa sin que este pareciera necesitarla.

—La ropa de mi hermana me favorece más por la tarde, por eso me la pongo entonces y dejo la mía para las mañanas —explicó haciendo un giro completo de trescientos sesenta grados para dejar que los demás admiraran su vestuario, como si fuera un maniquí.

Estaba claro con solo mirarlo que Dalí se amaba a sí mismo más que a nada en este mundo, y no solo eso, sino que no dejaba nada al azar. Su coqueta puesta en escena lo confirmaba cada vez más. Sin duda había pasado horas de tocador, por más que quisiera parecer lo contrario, antes de presentarse así ante sus invitados. Gala se lo quedó mirando y sin darse cuenta pensó que era su propia imagen reflejada lo que veía en él y se asustó



de sus propios pensamientos. De nuevo volvía a verse en otra persona como en un espejo y ahora ya no era Paul.

Salvador y Gala estaban en la playa tomando el sol. Disfrutando del paisaje, el Cap de Creus. Cada poco, el ojo del faro barría el paraje de forma rítmica. Uno diría, al verlos a lo lejos, que Salvador parecía que iba siguiendo los pasos de Gala. Se levantaron a la par, se miraron y sin decir nada empezaron a andar. Al fin, los dos juntos comenzaron a caminar alejándose del grupo, dirigiéndose hacia el laberinto de terrazas más allá de los olivares.

Una vez llegaron a la cala elegida, permanecieron un buen rato callados, disfrutando de la cadencia que les había proporcionado el paseo por la playa y dejando que sus pies desnudos se llenaran de arena y agua de mar.

—Quería hablarte de tu pintura *El juego lúgubre* —dijo Gala al fin, recordando a la perfección las imágenes en las que se reflejaban represiones sexuales, masturbación culpable, miedo a la castración, escatología, angustia, coprofagia...—. Lo estuve admirando con detenimiento y creo que deberías evitar que tu fascinación por los excrementos se apodere de tu obra, caerás en el ridículo.

—El título se lo ha dado Paul —respondió, tímido, el pintor, queriéndose disculpar nombrando a su marido, pero sabiendo que lo escatológico permanecería para siempre en su obra y en su vida.

—No te estoy hablando del título. No me escuchas —replicó no demasiado enérgica, hasta comprobar si la reacción de Salvador hacia las críticas era o no abierta—. Quiero, necesito, que seas sincero conmigo, que me escuches, que me atiendas. Siento que vamos a empezar algo que podría ser muy grande, pero tengo que confiar en ti. Si todas esas «cosas» se refieren a tu vida, están en ella, no podemos tener nada en común, porque a mí me parecen repugnantes. Además, si intentas utilizar tus pinturas como medio de hacer proselitismo y propaganda de ti mismo, de tu vida, corres el riesgo de debilitar tu obra de manera considerable, y reducirla, así, a un documento psicopatológico. Dirán que eres un loco y no el genio que yo sé que eres y que todo el mundo tiene que admirar. Mirarán tus cuadros y te tratarán como un demente, porque tu pintura puede parecer la de un loco —concluyó.

Gala lo tomó de la mano, no se arrepentía de lo que había dicho. Sabía

que el arte de Salvador podía ir mucho más allá, superaba con creces a todos aquellos pintores que se llamaban a sí mismos surrealistas, no le cabía duda, pero era muy frágil la línea que separaba la locura del arte, el arte de la locura, y tenía que saber si Salvador era capaz de mantenerse entre las dos sin cruzarlas. En realidad no quería asustarlo, sino tranquilizarlo, que pensara en lo que hacía, y que meditara sobre lo que le acababa de decir. Sin embargo, en contra de lo previsto, la reprimenda provocó una nueva convulsión de risa histérica en él.

—Tienes la intuición de una médium —gritó, exultante, Salvador, levantándose y moviéndose de un lado a otro—. Has comprendido el significado exacto de mi pintura. ¡Tan inexplicable para los demás...! Para ti parece como si fuera un libro abierto, pero no soy un loco, los locos son los demás. —Y se puso a reír con una risa diferente, alegre, de felicidad.

Gala se lo quedó mirando. Había mucho trabajo que hacer para pulir a Salvador y llevarlo en la dirección que ella sabía que era la correcta.

—Al menos he conseguido que cambies el tono de tu risa. La de los primeros días me resultaba francamente insoportable.

—Cambiaré mi risa, mi pelo, mi ropa por ti, cambiaré lo que quieras, pero quédate a mi lado para siempre —le pidió—. Lo único que no puedo cambiar son mis cuadros, déjalos que hablen, que nos cuenten lo que soy yo mismo, incluso aquello que ni yo conozco.

—¿Te ocultas tras los dibujos? —preguntó sorprendida, recordando que justamente los poetas hacían lo contrario.

—Dejo ver lo que quiero sin que los demás atisben ni la mitad de lo que de verdad estoy pensando. La pintura me sirve para que yo huya y me esconda, sin que los demás lo sepan. No es un signo de frivolidad, sino el miedo al cataclismo, al abismo, a confesar el terror que le tengo a conocer lo que de verdad habita dentro de mí.

—Pequeño mío, no tengas miedo. Yo estoy aquí —le dijo y, sentados en una roca, sujetó su cabeza entre las manos, como si fuera una madre protectora, tratando de tranquilizar a su retoño. Salvador era como Paul en sus inicios, frágil, inseguro, mimado, protegido, un niño que no acababa de crecer a la sombra de su padre—. No temas, nosotros no vamos a separarnos

nunca. Pero tendrás que hacerme caso, mucho, porque solo así alcanzarás la gloria que te mereces y bien sabes que te mereces la más alta de las glorias — le aseguró Gala.

Salvador la miró satisfecho. Quizás la rusa tenía razón. Quizás lograría cambiarlo, incluso podía ser que llegara a tranquilizarlo, pero no lograría alejar lo que era desde siempre. Y entonces se le vino a la mente una imagen suya, de niño, escondiéndose de las criadas para buscar los lugares más insólitos donde depositar sus heces. Se recordó corriendo perseguido por los sirvientes, quienes no lograban nunca dar con él, hasta que había encontrado una caja de zapatos, una azucarera o un cajón para usarlos como escondite de sus deposiciones. Miró a Gala, sonrió, pero no fue capaz de contarle la anécdota.

Sin embargo, las predicciones de Gala se hicieron realidad. Y a partir de ese momento su relación dejó de ser una misión imparcial de compasión para ayudar a un marchante de arte y a un director de cine a ser su nuevo proyecto personal y, quién sabe, quizás también de pareja. Poco a poco empezaron a ser uno solo. Se les había ido de las manos, observó desconsolado Paul, que no podía hacer nada más que intentar distraerse jugando con Cécile. La niña nunca dejaba de reclamar la atención de su madre, por más que esta no le prestara ninguna.

Poco tardaron en ver desaparecer a Gala todas las tardes en compañía de Dalí para dar su paseo habitual por las calas de la playa. La rutina era parecida. Iniciaban su recorrido y, al poco, se fundían con el horizonte de donde no regresaban hasta muchas horas después, sin dejar entrever qué había pasado durante ese tiempo.

—¿No estás preocupado? —le preguntó una tarde al fin Georgette a Paul.

—¿Por?

—Gala, Salvador... sus desapariciones durante horas...

—No —contestó este, mirando a la mujer, poco convencido de que lo que le estaba diciendo era verdad—. Solo confío en que ella no sufra —sonrió resignado.

Pero estaba claro que Gala no sufría, había tomado las riendas de lo que hacía Salvador. Así, el comportamiento de Dalí parecía empeorar cada vez

que estaba en grupo, como si no lograra encontrar su sitio entre sus amigos y solo se tranquilizara estando junto a Gala, a quien había empezado a considerar como esa parte de sí mismo que le faltaba.

Mientras, la paciencia de Éluard se agotaba. Quería a Gala, sí, y no le importaba que esta tuviera relaciones con quien quisiera, no le había importado hasta que las tuvo con Max Ernst, pero eso ya había pasado, y ahora... quizás ahora tampoco había calculado bien hasta dónde podía aguantar compartiendo a su mujer. Hacía poco que el alemán había desaparecido de su vida y no sabía si estaba dispuesto a soportar una pareja en las mismas condiciones. Era cierto que en este caso, a diferencia de otros, no había sexo por medio, ni situaciones picantes, en las extrañas relaciones que se estaban desarrollando entre su esposa y el artista español; que ni siquiera se sentía excitado al observar los actos de servil devoción de Dalí para con Gala, como le había ocurrido en otras ocasiones al ver a Gala mantener relaciones con otros hombres, pero quizás eso mismo era lo que le preocupaba. Porque lo que estaba claro era que, como nunca, se sentía celoso ante su creciente pérdida de intimidad con Gala.

—Pero... ¿no os acostáis? ¿No tenéis relaciones?

—¿Nosotros? ¿Con Salvador?

—¿Con quién, si no? Desaparecéis durante horas. ¿Qué hacéis? ¿De qué habláis?

—Salvador tiene unas metas más altas...

—*Ma petite*, entonces...

Gala se lo quedó mirando. Calló un rato que a Paul se le hizo eterno hasta que al fin contestó.

—Es un genio, Paul, Salvador es un genio aún por descubrir, como lo eras tú en Clavadel cuando te conocí. Tengo que ayudarlo. Tiene que dejar que salga todo lo que lleva dentro.

Pero Paul no pudo más y puso punto y final. La paciencia que tenía con Gala había disminuido bastante desde que esta formara pareja en su propia casa con Max. No era capaz de soportar ni un día más la relación que estaban manteniendo Salvador y ella.

—Mi querida *petite fille*, ya es hora de que regresemos a París.

—Qué prisa tienes de pronto —contestó Gala sorprendida.

—Recuerda que todavía no hemos firmado los documentos para la compra del piso. Y que yo debo atender a los clientes que me esperan, no están los tiempos para dejarlos abandonados. Necesitamos ese dinero, no nos sobra como antes y debemos empezar a vender alguno de los cuadros de nuestra colección.

—¿Vender?

—Si queremos seguir viajando de vez en cuando, no hay más remedio.

—Creo que me quedaré unos días más —replicó Gala, que hacía días que había decidido que esos problemas de los que le hablaba su marido ya no eran los suyos y las cartas no dejaban de repetir que junto a Salvador se encontraba su futuro.

—¿Aquí? —preguntó Paul asombrado.

—Sí. El verano no ha acabado y Salvador me gusta...

—Pues tendrás que quedarte con Cécile —dijo, intentando condicionarla de esa manera.

—De acuerdo, nos vemos en unos días entonces. En realidad Cécile no necesita demasiado de mí, total para bajar a la playa y darse un baño —contestó y dejó a Paul en la habitación con la palabra en la boca y haciendo las maletas.

Paul la miró marcharse. Su Gala ya no era la misma. En pocos días se había realizado la metamorfosis casi sin él darse ni cuenta. La *parisien* de pelo corto, uñas esmaltadas en rojo, trajes de alta costura y zapatos a juego era ahora una mujer vestida con pantalón corto y una camisa, calzada con alpargatas y con las uñas sin pintar.

## VIII

### EL ERMITAÑO

## HAY MESES QUE PASAN COMO AÑOS Y AÑOS QUE PASAN COMO MESES

—Tus ojos, tu boca, tus cabellos, tus senos, tu vello, tus nalgas, tu sexo, tus manos que no abandonan jamás lo que masturban...

Gala leía en voz alta la carta que acababa de recibir de Paul. Lo hacía pausada, saboreando cada una de las sílabas, paladeando las palabras, deteniéndose intencionada mientras les daba un rítmico acento francés, pero sin perder su deje ruso que las hacía más sugerentes si cabía. No era involuntariamente, ella no dejaba nada al azar; conocía a la perfección los resortes de su voz y las reacciones que provocaba su tono en Salvador y no dudaba en utilizarlos para condicionar su respuesta.

—¿Qué lees?

—Una carta que acabo de recibir de Paul.

Salvador sonrió al escuchar la respuesta.

—¿Y esa sonrisa?

—Me imaginaba que era suya, pero no por eso deja de sorprenderme. Sigue llegando una carta tras otra. Uno diría que tu marido no sabe vivir sin ti y que necesita escribirte todos los días.

—Es que no sabe hacerlo. Sigue enamorado, ya lo sabemos —dijo sin darle demasiada importancia—. No acaba de entender que me voy a quedar

aquí, contigo, para siempre. Mi pobre Paul... A veces creo que debe estar recordando mi historia con Max y cómo volví al fin a París junto a él... y pensará que el final de esta relación contigo es parecido. Quizás la culpa es mía y no debería ir y venir tanto y quedarme aquí unos meses...

—Mi pequeña Gala, te confieso que yo tampoco entendería que te separaras de mí.

Salvador le lanzó una mirada cómplice y se la quedó mirando, a la espera de que se la devolviera, pero ella andaba demasiado interesada en la carta para fijarse en sus ojos.

—En cualquier caso, dejemos las cosas como están, de momento eso nos va bien. Necesitamos una casa a la que acudir cuando vamos a París y la de él sigue teniendo las puertas abiertas para nosotros —contestó ella levantando la mirada mientras pensaba que había hecho bien plantando a Max Ernst. Al fin y al cabo no llegaría a cubrir sus expectativas mientras que estaba claro que Salvador sí lo haría.

—Visto así...

—Es la única forma en que lo podemos ver, ¿no crees?

—Mi Oliva, Oliveta, ¿me harías un favor? ¿Podrías leerme toda la carta en voz alta como solo tú sabes hacerlo? —dijo al fin, no queriendo a hondar más en unos terrenos materiales en los que no se sentía cómodo—. Ya sabes lo mucho que me excitan los escritos de tu marido... especialmente si se refieren a tu sexo, a lo que te haría, a lo que os hacéis cuando estáis juntos, a ti —añadió.

El sol empezaba a esconderse por el horizonte, lento, calmado. Descendía dejándolos disfrutar de sus últimos rayos sobre la arena de la playa de Cadaqués. Entonces, Gala sonrió al fin y Salvador se dispuso a dejar a un lado la libreta y el carboncillo con los que estaba esbozando un nuevo dibujo a la espera de que Gala le diera el capricho de la lectura. Como siempre, las ideas brotaban alocadas en su cabeza, en desorden, creando un desbarajuste en el que se cruzaban las imágenes más disparatadas, asociaciones que lo aterraban, y seguían ahí, juntas, revoloteando en su interior hasta que lograba darles forma en un lienzo o en un papel para evitar que lo aterrorizaran. No recordaba cuándo empezó a sucederle eso, suponía que desde siempre. De

niño, a veces, tenía tantas pesadillas, y eran tan espantosas, que no lo dejaban ni dormir. Pero por suerte ahora estaba Gala. Solo ella tenía la virtud de que desaparecieran sus miedos, de lograr que dejara aparte la oscuridad y la luz, mezclada con sus sueños, y brotaran entonces las imágenes. Con Gala su sueño se había ido sosegando poco a poco, hasta casi conseguir dormir de un tirón. La miraba, sabía que las imágenes aterradoras seguían ahí, y seguirían para siempre, pero también que si ella estaba a su lado conseguiría darles forma.

Salvador se sentó en la arena dispuesto a escucharla.

—¡Claro, querido! Si a ti te excitan las cartas de Paul, ya sabes lo mucho que a mí me excita leértelas.

Gala se estiró con ademanes seductores, dejando entrever su silueta cubierta con solo la parte de abajo del biquini. Sabía de la fascinación que su espalda y sus pechos provocaban en Salvador. Y sin saberlo, hacía un alarde de modernidad del que ni ella misma era consciente. De lejos, salvo mirones muy avezados, no se distinguía si los que hablaban eran dos hombres o un hombre y una mujer tendidos bocabajo en la arena. El cuerpo de Gala era fibroso, casi masculino, pero cuando se ponía de pie, sus nalgas, en perfecta armonía con sus caderas, la mostraban femenina, tanto que uno no dejaría nunca de mirarla.

*Mi niña hermosa adorada.*

*Tu carta de esta noche me ha hecho mucho bien. Si no te importa, escíbeme mucho y a menudo. Desde tu partida atravieso una absurda crisis de melancolía. Estoy repleto de ti. No hablo, pienso más que en toda nuestra vida, en nuestro amor, en nuestra grandeza. Duermo bastante mal: tantos sueños tengo de ti, que estás siempre también en todos mis despertares, más grande, más fina, más viva que nunca, pero inaccesible.*

*Eres mi único amor. Pienso en ti. Estate tranquila.*

*Pensar en ti es lo único capaz de inquietarme. Quizás por eso lo hago en cada minuto de tu ausencia. Te deseo tanto que enloquezco. Muero con la sola idea de volverte a encontrar, de verte, de tocarte, de besarte... Quiero que tu mano, tu boca, tu sexo no se aparten nunca de mi sexo. Cuando*



*vuelvas nos masturbaremos en la calle, en los cines, con la ventana abierta... Esta mañana me he masturbado pensando en ti. Mi imaginación no se cansa de hacerlo. No sabes lo que te echo de menos. Muero de amor por ti. Todo en ti es hermoso, tus ojos, tu boca, tus cabellos, tus senos, tu vello, tus nalgas, tu sexo, tus manos que no abandonan jamás lo que masturban, ese espacio que hay entre tus muslos, cerca de tu sexo, tus hombros...*

*¿Te diviertes?*

*¿Te encuentras bien?*

*¿Volverás pronto junto a mí?*

*Te adoro.*

*Cécile te manda muchos besos y pregunta por ti. Y yo, yo te adoro.*

*¡No sabes cómo me gustaría estar contigo, aquí, allí, donde sea! ¡Cómo podría hacerte el amor! Solo quiero hacer el amor contigo. Solo pienso en eso. Las otras han sido divertimentos, puro diletantismo, y ahora ni siquiera son nada.*

Antes de acabar de leer la carta, Gala supo que no hacía falta seguir leyendo. Salvador hacía rato que no prestaba atención a sus palabras. Había alcanzado el orgasmo.

El pintor, escuchándola, empezó a tocarse como hacía siempre, mirando hacia un infinito que solo él era capaz de alcanzar y en el que solo él sabía lo que veía. Al poco, dejó de prestarle atención para centrarse en su propio cuerpo. Gala no sabía qué pensar. El primer día que se conocieron ya intentó hacer el amor y no pudo.

—La penetración me da miedo y asco —le confesó con cierto pudor al poco de conocerla sin saber cuál sería la respuesta de Gala.

—Eso cambiará —le aseguró ella—. Arderás de deseo de estar entre mis brazos y dentro de mí.

Pero nada había cambiado, al menos no en esos meses, y a Gala todavía le costaba entender esta única forma que tenía Salvador de disfrutar, de satisfacer sus deseos sexuales, centrándose en sí mismo y prescindiendo de ella en esos momentos de máximo deleite placentero del cuerpo donde hasta ahora, con otros hombres, siempre había sido pieza fundamental.

¿Sería siempre así? ¿Cambiaría con el tiempo? ¿Al fin podría disfrutar junto a él y con él como lo había hecho con otros? ¿Olvidaría las noches con Paul, con Max, con tantos otros de los que ni recordaba los nombres? ¿Aprendería a vivir sin esas relaciones?

Sin querer interrumpir a Salvador, se sentó frente al mar y pensó en Paul. Tenía ganas de verlo, de hacer el amor con él. Lo echaba de menos, sin que eso supusiese una vuelta atrás en su relación que no estaba dispuesta a dar. Llevaba semanas sin hacer el amor con nadie. Sin separarse de Salvador, por miedo a que este tuviera pesadillas que le impidieran trabajar. Se lo imaginó solo, en el apartamento de Montmartre, frente al Sacré-Coeur. Lo había elegido y decorado solo pensando en ella, había comprado muebles, la cama, hasta unos cuantos vestidos... Se lo imaginó allí, leyendo una y otra vez la carta que ahora tenía entre las manos antes de meterla en un sobre y enviársela. Seguro que habría llorado sobre el papel antes de mandar la carta, preguntándose cómo habían podido llegar a esa situación, qué había pasado con su pareja, con sus promesas de lealtad eternas, con ese amor que los dos pensaron que duraría más allá de los meses y de los años que los mantendría unidos toda la vida.

—Te querré siempre, *ma belle petite fille*.

—No nos separaremos nunca, mi *maltchik doroigo*.

Pero se separaron.

El tiempo agota las relaciones.

Fue ella la que lo decidió.

El verano que conoció a Salvador supo que había llegado el momento en que debían viajar solos. Cada uno por su parte. Acabar ese amor compartido del que había disfrutado desde hacía más de quince años. Esta ruptura poco tenía que ver con las otras. Esta se apoyaba en un amor resquebrajado que, a fuerza de ponerlo a prueba con mil y una infidelidades consentidas, acabó desgastando la relación hasta destruirla por completo y facilitar el fin.

Ella tampoco sabía dónde había quedado todo aquello, ni qué haría a partir de ahora, solo que su relación había llegado a un punto muerto. Entonces, volvió a imaginarse a Paul, con la carta ya escrita entre las manos y esos bellos ojos azules suyos anegados de lágrimas, descendiendo lentas por

las mejillas. Lo vislumbró retirándolas con el dorso de la mano, con esa mano fina, elegante, que le hacía parecer un dandi. Supuso que él se habría esforzado en no dejar ni rastro de esas lágrimas sobre la carta. No hacía falta que ella se enterara de su tristeza, debió de pensar. ¿O sí?

Quizás, al principio, Paul creyó que era una buena forma de enternecerla, que se sentiría halagada si le llegaban cartas llenas de borrones desteñidos por las lágrimas... Pero al final desistió, no hubiera funcionado. La conocía demasiado bien para saber que a Gala no le gustaban los perdedores. Unas cuantas lágrimas no conseguirían que se apiadara de él. De pronto, Paul, mientras escribía, quizás imaginó que ella volvería a su lado. Así, sin más, porque lo amaba más que a todas las cosas. Siempre había sido así. Era eso, solo tenía que dejarle tiempo. Darle espacio para que pudiera volar en otra dirección, con otra compañía, junto a otros hombres. Como pasó con Max y con tantos otros. Unos meses de amor, unas semanas, en ocasiones unos días de pasión, de locura quizás tan solo unas horas y luego de vuelta al hogar. A unirse de nuevo, a compartir las experiencias vividas, a hacer el amor con la misma pasión que la primera vez. Gala supuso que Paul la veía tan débil como cuando la conoció en Clavadel, pero enseguida alejó este pensamiento de su mente, ella no tenía ese aspecto quebradizo. Esa imagen no era real y él lo sabía bien. Gala ocultaba una fortaleza, una determinación que la hacía capaz de conseguir aquello en lo que creía sin moverse ni un centímetro del camino decidido que no la hacía tambalearse. Esa misma determinación que, sola y enferma, con tan solo dieciocho años, la ayudó a emprender un largo viaje por tren a través de Rusia occidental y el Imperio austrohúngaro hasta llegar a Suiza, donde debía curar sus pulmones tuberculosos. No flaqueó entonces y no lo haría ahora.

—Cuánto tiempo ha pasado ya desde aquellos días —rememoró Gala hablando en voz alta, sin darse cuenta de que Salvador estaba a su lado y se encontraban en la playa de Cadaqués, tirados en la arena.

Por suerte, el catalán estaba demasiado entretenido con su miembro como para prestar atención a sus comentarios y pasaron desapercibidos para él. «Cuánto tiempo desde que Paul se convirtió en mi *maltchik doroi*go y yo en su *belle petite fille*», siguió pensando esta vez ya para sus adentros. Desde

que había salido de Moscú habían pasado más de quince años, y ahora ella estaba allí, en Cadaqués, junto a Salvador. La distancia entre Rusia y España era igual de amplia que la que había entre Paul y Salvador. Qué distintos eran. Mientras que Salvador seguía entretenido consigo mismo, sin prestar atención a nada más que a su propio cuerpo, disfrutando del contacto con sus manos, del placer obtenido por sus propias caricias, Paul la hubiera devorado a besos y realizado con ella todo tipo de prácticas sexuales, juntando sus cuerpos hasta fundirse como si fueran solo uno. Pero había que tomar las riendas, El Carro no lo podía dejar más claro. Dos caballos, vehículo y conductor encaminándose hacia el éxito. Sin pasado y sin futuro, lo único posible era el presente.

Así, dobló la carta y se dirigió a la caseta de pescadores donde hacía poco que se habían instalado. Qué distinto era Cadaqués de París, qué distinto era todo a como ella lo había imaginado, pensó, y se quedó mirando al fondo hacia la carretera por la que llegó la primera vez a estas tierras catalanas. A lo largo de un camino en el que el coche zigzagueaba rodeado de arbustos.

No hacía ni un año que había pasado por primera vez por aquellas tierras en dirección al pueblo más oriental de España y ya en aquellos días tuvo la sensación de que viviría en ellas el resto de sus días. «Y todavía Salvador sigue tocándose, como si fuera adolescente embobado, y me mira con los ojos vidriosos, como si no me conociera, como si fuera la primera vez que me viera y se hubiera enamorado de mí», pensó Gala. Y se giró para comprobar que eran ciertos sus pensamientos y que Dalí se bastaba para disfrutar de sí mismo.

Pero las cosas habían cambiado, tanto que Paul ya no era el adinerado joven que fue un día y no podía ya ayudarlos como antes. La crisis que se estaba viviendo en Norteamérica empezaba a llegar a Europa.

*Aquí hace frío y todo es triste. No tengo muchas esperanzas de poder ir a verte, porque el dinero... el dinero falta. Y lucho inútilmente por encontrarlo. En cuanto tenga te mandaré, pero vivo muy mal con altibajos, de chiripa. Aunque si lo necesitas telegrafía, venderé lo que sea, a cualquier precio. Pero si no es indispensable, prefiero que no sepan que tengo tanta necesidad.*

*Te cubro de besos.*

Gala decidió entonces regresar a París a pasar unos días. Tenía que comprobar en primera persona que era verdad esa falta de dinero, de la que se quejaba Paul, que no era su suegra quien, con triquiñuelas, le estaba escondiendo sus ahorros. Y allí emplazó a Salvador, que a finales de octubre inauguraba una exposición en la Galería Goemans, para verse en casa de Paul.

Y así fue. Dalí llegó a la Gare du Nord llevando consigo varias pinturas para la galería entre las que se encontraba *El gran masturbador*. Estaba nervioso, el metro le aterrizaba, de modo que le dijo a un taxista que lo llevara a la mejor floristería de París.

—Quiero tres mil rosas —le dijo al tendero con un francés un tanto peculiar.

—¿*Pardon?* —se extrañó el hombre.

—Son para mi mujer.

—Monsieur... tres mil...

—Póngame todas esas —aceptó al fin Salvador, entendiendo que la realidad y lo que su mente establecía como real poco tenían que ver, y salió tambaleándose de la floristería, con los ramos, los cuadros y las maletas, y salió en dirección a la Galería Goemans.

—¡Salvador! ¿Qué haces aquí? —preguntó Paul, que se encontraba en ese momento en la galería.

—Los cuadros... —titubeó, mostrando con dificultad todo lo que cargaba.

—Gala te está esperando en casa —le dijo Paul, recogidoselos y acompañándolo de nuevo a la puerta.

—Mi Oliva... ¿está bien?

—Sí, sí, está muy bien, pero no te quedes aquí parado, te está esperando y a Gala no le gusta que la hagan esperar. Ya me quedo yo aquí con los cuadros, anda, no te preocupes —le explicó Paul abriéndole la puerta y ayudándole a salir.

El apartamento de Becquerel, comprado pensando que uniría al matrimonio, en realidad sirvió para cobijar a Gala y a Salvador los primeros

días que estos estuvieron juntos en París. Paul se mantuvo al margen. La habitación ovalada que Paul había decorado con esmero tenía una mesa tocador *art déco* y un espejo central. En él el poeta enamorado había dejado escrita una frase: «Con una caricia puedo hacer que brilles como la más luminosa». De nada sirvieron los buenos deseos, las vistas de las campanas del Sacré-Coeur quedaron para disfrute de los nuevos amantes.

—¡Mira, Gala!, Paul te ha llenado el armario de vestidos de seda. Tiene un gusto exquisito —exclamó Salvador sorprendido por todos los detalles que había tenido el poeta para con Gala, a pesar de que esta ya le había comunicado que no quería volver con él.

Gala abrió una de las puertas del armario y vio cómo con el movimiento la seda de los vestidos se arremolinaba a un lado. No, de momento dejaría que Paul siguiera creyendo que quizás ella regresaría un día a su lado, no hacía falta dejarle claro que no pensaba hacerlo. Salvador era un genio, bien lo sabía ella, pero no tenía dinero. Y sin dinero no se podía vivir.

—Todavía actúa como si fuera mi marido —le aclaró Gala, pasando la mano por cada uno de los vestidos.

—Pero... ¿no le molesta que yo esté aquí? —preguntó Salvador asombrado.

—Por qué iba a molestarle. Mi vida es mía.

Salvador la miró, definitivamente Gala estaba llena de sorpresas.

—¿Quieres que me ponga uno de estos? —preguntó coqueta.

—El que quieras, Oliva, pero apúrate, que fuera hay muchos amigos —le dijo prestando poca atención a su atuendo y más preocupado por la flor que él quería colocarse apoyada en una de sus orejas y que no lograba sujetar.

—Esperarán, no te preocupes, todos quieren conocerte.

Salvador puso cara de sorpresa. ¿A él? No estaba acostumbrado a los recibimientos de extraños y no se encontraba cómodo entre personas que no conocía.

—Preferiría caminar a tu lado por las calles de París, no soltarme de tu mano en las fiestas, asistir como tu sombra a todos y cada uno de los *vernissages*...

—Mi pequeño Dalí... no te asustes, no tengas miedo... yo estaré contigo.

Gala se lo quedó mirando con una sonrisa tranquilizadora. Desde que volvió de Cadaqués, cada vez que estaba en compañía de los surrealistas alababa la pintura de Salvador, hasta tal punto que a fuerza de oírlo Breton quedó intrigado por su trabajo, pero también por el personaje. Había tardado semanas en convencer a todos de la genialidad de Salvador, pero lo había conseguido. La prueba era que no había faltado nadie a la cita. Que estuviera también en el salón esperando a conocer al catalán era el indicio más claro de que quería reclutarlo para el movimiento. Claro que también estaba Luis Buñuel, que acababa de ser admitido en el grupo, y eso, a Gala, le provocaba rechazo, pero los pros eran muchos para detenerse en ese personajillo demasiado pagado de sí mismo y a quien la suerte quiso premiarle con el estreno en una sala comercial de *Un perro andaluz*. El éxito había sido tan apabullante que el aragonés había recibido elogios de todo el mundo, aunque nadie olvidaba que la mitad del mérito del film era del guion de Salvador. Ella lo tenía muy claro. Superaría al cineasta sin problemas, al fin y al cabo, pensó Gala, todos los que estaban en su casa querían ver la exposición de la obra de Dalí que se estrenaría pocos días después. Así pues, ahora era Salvador el que debía acabar convenciéndolos de que era un genio y que debían comprar uno de sus cuadros.

Sin embargo, los planes no se acabaron cumpliendo. Dos días antes de la inauguración de la exposición los dos amantes no pudieron soportar más el ambiente parisino y huyeron de París, para pasar unos días alejados de todo y de todos.

## X

### LA RUEDA DE LA FORTUNA EL SURREALISMO VENDE MAL Y SALE CARO

Quince días después de regresar de nuevo a París, Gala y Salvador lo abandonaban otra vez. Necesitaban estar solos, conocerse, comprender cómo eran el uno y la otra. Aprender de gustos, costumbres, fobias... En esta ocasión se quedaron en Francia, hospedados en un hotel de Carry-le-Rouet.

—Paul se cansará de nosotros.

—¿De nosotros?

—De que le pidamos, de que necesitemos de su dinero para vivir. Además, nunca podremos devolverle todo lo que nos ha prestado y encima tú...

—Salvador, dedica tu mente al arte, yo me encargo de todo lo mundano, no te preocupes —le tranquilizó Gala quitándole importancia y sin querer explicarle que también salía del dinero de Paul la estancia de dos meses que iban a pasar en ese hotel.

Gala se había aprovechado del sentimiento de culpabilidad de Paul por que en esa ocasión no había podido darles cobijo en su casa, que todavía estaba en obras, lo que los obligó a estar en un apartamento cochambroso que, sin duda, había perjudicado la salud de la mujer.

—En cuanto lleguemos, entramos en la habitación y no saldremos de ella —le dijo Gala a Salvador con una sonrisa—. Así podrás acabar ese cuadro que te ronda por la cabeza.



—¿*El hombre invisible*, dices?

—¡Ese!

Hacía semanas que Salvador hablaba de ese lienzo. Se le había ocurrido una tarde, leyendo un libro sobre el antiguo Egipto. Con él quería exorcizar todos sus temores y ponerlos en juego. Por eso decidió Gala salir de París, para que pudiera pintar con tranquilidad. Cargaron sus bártulos en uno de los coches que les dejó Éluard y se pusieron rumbo al pequeño hotel en medio de la campiña. Una vez allí, Gala decidió que vivirían con las contraventanas cerradas, una pila de leña para la chimenea, unos cuantos libros, pinturas, lienzos y un caballete. Con eso sentían que tenían mucho más de lo que podían desear. Apenas abrían la puerta lo suficiente como para que la doncella les pasara la comida. Ellos dos, juntos, solos, sin nadie que interrumpiera el torrente creador de Salvador, porque tenía que acabar unos encargos. Allí fue donde, por fin, Gala sintió que Salvador había tomado el relevo de Paul por completo y las cartas se lo confirmaron.

Esos días, juntos, bajo la manta y frente al fuego, Gala decidió que había llegado el momento de quitarse la blusa y dejar sus pequeños pechos al descubierto. Dalí, sin hablar, se la quedó mirando con cara interrogante. Ella quiso, entonces, acercar los labios a los de él. Salvador se apartó, con el mismo gesto de un perrito asustado, tímido, indefenso. Sin atreverse siquiera a tocarla.

—Mi querida... —empezó a decir mientras con las manos estiraba hacia sí la manta que antes los había cubierto a los dos, intentando crear con ella una barrera.

—No te preocupes, no pasa nada —cortó Gala, entendiendo que no podía continuar por ahí, que Salvador seguía sin estar preparado para enfrentarse a una mujer.

—Piensa que soy tu mascota, tu animal de compañía...

—Lo sé... —contestó resignada.

—¿Y si te tocas tú? —comenzó tímido—. Y así... yo puedo disfrutar de esa magnífica visión.

Aquel día Gala tuvo que dejar de mirarlo sin contestar. No porque no pudiera masturbarse en presencia de Salvador, para ella eso no era un

problema, sino para disimular su extrañeza y lograr calmar su desazón, frente a una situación que no había vivido antes. ¿Mascota? ¿Animal de compañía? ¿Tocarse teniendo a un hombre al lado que podía tocarla?

—Salvador...

—Te necesito más que nunca, más que a nadie. Pero no me pidas que haga algo con tu cuerpo, no sabría... bueno, no podría —dijo él bajando la cabeza atemorizado.

—Espero que eso sea suficiente para que envejezcamos juntos —contestó serena.

—Lo será, mi Oliva, lo será —replicó algo tímido.

Esa noche Gala comprendió que sería para siempre su musa eterna, que a partir de ese momento la pintaría obsesivamente, en cien posturas diferentes, y firmaría junto a ella sus mejores lienzos, pero que nunca la haría su mujer. Le repugnaba demasiado lo físico, tenía demasiado clavadas en su mente las imágenes de las consecuencias de las enfermedades de transmisión sexual que su padre había dejado a su vista de forma estratégica como para atreverse a tocarla. No, ni siquiera Gala escapaba a su asociación con esas imágenes.

—¿A dónde vas? —preguntó Salvador, extrañado de que Gala se vistiera y se dirigiera a la puerta.

Las frías temperaturas del exterior seguían igual y eso no daba mucho margen para paseos, más si tenía en cuenta la precaria salud de Gala.

—Salgo al jardín, aprovecharé el sol que queda. Tengo que escribirle a Paul, decirle dónde estamos, que se quede tranquilo. Al fin y al cabo, él ha sido quien nos ha pagado el viaje. Es mejor que no se preocupe por nosotros, que se sienta recordado. Tendremos que volver a París en algún momento y volveremos a necesitar su ayuda.

Dalí no contestó, miró al infinito con aire absorto, luego a su paleta de colores y se dispuso a iniciar un lienzo. Una idea le flotaba, de nuevo, por la cabeza.

—Tengo que mantener la llama encendida con él, lo sabes, necesitamos dinero —se justificó Gala sin que nadie se lo hubiera pedido—. Tú sigue pintando. Cuando volvamos a París, tendremos unos cuantos cuadros que ofrecer, necesitamos dinero.

—¿Más dinero?

—No —lo cortó antes de que siguiera hablando—, ahora no, pero quién sabe si en unos meses volveremos a necesitarlo.

—Tienes razón. Tú siempre la tienes. No me dejes nunca, mi Oliva. No sabría qué hacer sin ti.

—No te preocupes. No te dejaré. No te dejaré nunca.

*Mi querida petite belle:*

*Te deseo tanto que enloquezco, muero por la sola idea de volver a verte. Tu sexo cubre el rostro, devora el mío, me cubre con tu belleza, envuelve todo con tu belleza, con tu genio. Todo en ti es hermoso. Me embriago pensando en cada una de las partes de tu cuerpo.*

*Te cubro de besos.*

Gala sonrió al releer la última carta de Paul. Seguía preso de su amor y por suerte en esta ocasión no le decía nada de su hija.

—¿No has pintado nada? —preguntó sorprendida una vez dentro del cuarto tras acabar de leer la carta y escribir una respuesta un tanto escueta. Salvador seguía frente al caballete, inmóvil.

—Sí, bueno, no he adelantado la pintura tanto como había previsto, pero mira este dibujo.

Y Salvador le mostró una hoja, pintada a carboncillo, en la que había trazado el esbozo de la habitación en la que se encontraban en ese momento y en medio se veía la figura de ellos dos agazapados, abrazados, en el suelo, y rodeados de montones de leña.

—Querido, deberías pensar más en tus cuadros —le riñó cariñosa—. Estos dibujos no se venderán tan rápido como un lienzo y si lo hacen, será por poco dinero. A mí ya me tienes aquí, a tu lado, deja que tu imaginación te lleve a otros lugares con tus cuadros, deja que salga todo eso que llevas escondido en tu cabeza dándote vueltas hasta casi volverte loco, deja que esa cabeza tuya no descansa —le contestó y, sin más, se sentó a un lado de la cama y sacó las cartas del tarot del bolso y empezó a tirarlas—. ¡Lo que nos faltaba! Un hombre con dinero nos ronda, querido, no sé si vamos por buen

camino, porque no es de fiar. La Luna y el Sumo Sacerdote, está claro —le explicó a Salvador mostrándole las cartas y este no contestó.

—¿Y?

—No son buenas noticias —respondió lacónica y siguió moviendo las cartas un buen rato—. Los arcanos no han salido en el orden que deberían para que nos alegráramos.

Gala miró la cara que puso Salvador y de inmediato se arrepintió de haberle dicho lo que de verdad pronosticaban las cartas. Tendría que haber suavizado la lectura. El catalán, aunque no las conocía demasiado, le tenía respeto a lo esotérico y cuando tras una tirada estas no daban buenas noticias, se llenaba de miedos y de inseguridades que acababan afectando a su pintura.

\* \* \*

En ese mismo momento en que Gala, junto a Salvador, se echaba las cartas en la pequeña habitación de hotel, el destino quiso que Éluard encontrara a Nush por las calles de París. La muchacha parecía una niña abandonada, con unos ojos de luna llena. Paul no lo sabía, pero la joven había fracasado como actriz en todos sus intentos y se había quedado sola, vagando, a la espera de dar con alguien con quien poder refugiarse.

Era primavera de 1930, hacía pocos meses que Gala se había instalado con Dalí y el poeta se sentía solo, más solo que nunca.

—No puedes quedarte en casa, lamentándote, salgamos a dar una vuelta —le dijo su amigo René Char una noche—. Divirtámonos, busquemos mujeres, juguemos con ellas, disfrutemos del sexo como hemos hecho otras veces, dejemos de pensar en el pasado, pensemos en el hoy, en el ahora.

Paul echaba de menos a Gala, mucho más de lo que él mismo se podía haber imaginado cuando decidió regresar de Cadaqués sin saber que era la separación definitiva. ¿Cuándo volvería? ¿Qué habría decidido acerca de Salvador? ¿Qué sería de su vida? «Quiero que seas feliz junto a Salvador», le había escrito en una de sus últimas cartas. ¿Pero era verdad? ¿De verdad

quería que Gala lo fuera o deseaba con toda su alma que volviera a sus brazos cansada de aquel extraño personaje que calzaba zapatillas de esparto, se duchaba poco, y se vestía de vez en cuando con la ropa de su hermana? No sabía ya qué pensar. La melancolía estaba dando paso a la desesperación, de sobra lo sabía, y eso no desembocaría en nada bueno.

Al fin salieron a pasear por el bulevar Haussmann, en las cercanías de las Galerías Lafayette. Las calles eran puro bullicio a última hora de la tarde. Circulaban por ellas muchos hombres que, como ellos, salían en busca de compañía para pasar la noche. En una esquina, una chica desvalida, sentada en el suelo, parecía mirar a todo el que pasaba.

—¿Quién eres tú? —le preguntó Paul, dando un salto a un lado, porque casi tropieza con ella.

De inmediato puso su mejor cara de conquistador acostumbrado a abordar mujeres y por primera vez y por un momento se olvidó de Gala, atraído por la inocencia que se veía en la cara de la chica.

—Perdone... —contestó tímida, haciendo amago de levantarse—, no me he dado cuenta de que podía molestar aquí.

—¿Molestar? No, no molestas —le aclaró René.

Estaba claro que la muchacha estaba algo perdida, los miraba con los ojos asustados y la cara hambrienta. Iba vestida como si fuera una actriz, con un vestido largo, calzada con zapatos de tacón de aguja y con un sombrero rematado por un cuervo negro, bien maquillada... Pero estaba desnutrida, tenía una delgadez que sus ropas no lograban ocultar.

—Dime, chica, ¿quién eres y qué haces aquí? —insistió.

Aunque tímida, acabó por explicarles que se llamaba Nush y que se encontraba ahí porque carecía de techo y de trabajo. No tenía más sitio donde vivir que en la calle. Siguió contándoles que sus padres eran saltimbanquis y había crecido en un circo, en el que acabó siendo trapealista. Luego, cuando creció, pasó al teatro y, aunque a los dieciocho años representó a Strindberg con cierto éxito, apuntó orgullosa con una sonrisa, de poco sirvió ese triunfo. Luego, ningún director se interesó demasiado por su talento, por eso había acabado haciendo variedades, pero tampoco en eso había tenido suerte.

—Pero si eres preciosa. ¿Por qué estás sola? ¿Cómo es que nadie se ha

fijado en ti? —se extrañó Paul.

Al oír esto la muchacha pensó que había vuelto a dar con el hombre equivocado. Todos se dirigían a ella de la misma manera, con las mismas miradas y dejando entrever las mismas intenciones. Y, entre asustada y tímida, se levantó poco a poco y empezó a andar alejándose de los dos caballeros. Al poco, aceleró el paso hasta acabar corriendo en dirección al metro. Tenía las piernas largas y esbeltas, y una ligereza que cuando caminaba hacía parecer que bailaba, más que andar, por las aceras. Los dos amigos, rápidos, se miraron y le dieron alcance, impidiendo que se fuera.

—Venga, mujer, no te vayas y tómate algo con nosotros. No te haremos nada. Mira, aquí mismo. —Paul señaló hacia una terraza de un café—. ¿Lo ves? Ese café de ahí enfrente, entre la rue Chaussée d'Antin y el bulevar Haussmann, cerca del metro, no está ni a diez metros de nosotros. Come algo, bébete algo caliente y luego, si quieres, desaparece en los túneles del metro de nuevo.

La joven dudó, los chicos parecían simpáticos e inspiraban confianza pero... tantos hombres le habían inspirado confianza antes... con tantos se había equivocado hasta acabar en las calles... que suponía que le iba a pasar lo mismo una y otra vez.

—Tengo hambre —respondió.

—Comeremos algo —contestó resuelto Paul.

Ni Paul ni René fueron capaces de dejar de mirar embelesados a esa joven de labios finos, pintados de violeta que, al fin, aceptaba acompañarlos. Enseguida devoró los dos cruasanes que había pedido.

—Háblanos de ti. Nosotros somos Paul y René, y somos poetas. Habíamos salido a dar un paseo por las calles y el azar ha querido que nos encontremos contigo —se presentaron sonrientes.

Nush los miró sorprendida. ¿Poetas? ¿Volvería a caer de nuevo en el mundo de los artistas que tantos quebraderos de cabeza le había dado? Los miró. Sus ojos eran demasiado limpios, su mirada demasiado serena como para pensar que también ellos la podían engañar.

—En realidad me llamo María Benz —dijo algo más relajada y con un marcado acento alemán—. Y tengo veintitrés años, aunque todo el mundo me

llama Nush.

Su mirada era dulce e implorante, como la de una niña grande abandonada que nunca había recibido el cariño que se merecía. Casi sin darse cuenta, Paul se enamoró de ella en ese mismo momento. La suavidad de sus ojos, de su rostro, era tan distinta de la dureza que veía a diario en los ojos de Gala que los de Nush le parecieron una balsa de agua, una tabla de salvamento en medio del océano enfurecido en que se debatía su vida. La muchacha siguió hablando, contándoles anécdotas de su vida, y enseguida comprendieron los amigos que su vida era puro surrealismo, la calle, el teatro, las fotografías desnuda, los amores desgraciados, la miseria y, al final, el arroyo.

—¡Tenéis que iros! ¡Taxi! —exclamó entonces un decidido René al salir del café. Con el automóvil parado, abrió las puertas traseras y los empujó a los dos dentro sin mediar palabra—. ¡Llévelos al 7 de la rue Becquerel!

Esa tarde había empezado una nueva historia de amor para Paul. Aunque la presencia de Nush no iba a colmar por completo la ausencia de Gala, la mitigaría, en buena medida. Ella no iba a ser rival para la todavía esposa del poeta, aunque sí sería una buena compañía y la encargada de ayudarlo a seguir viviendo el diálogo del amor en pareja.

Mientras, Nush aprendió a pasearse por un piso lleno de muebles antiguos y cuadros y disfrutaba de todo extasiada. Ella, que nunca había ido a la escuela, que nunca había leído libros, aunque deseaba con toda su alma hacerlo, se sintió maravillada ante todo lo que tenía delante. No se arrepentiría de compartir aquella primera noche con el poeta.

—Quitaremos toda esta ropa. Te compraré nueva. Todo esto es de Gala, mi esposa. Está aquí para cuando ella vuelva... ahora vive con Salvador. Un amigo.

Ella lo miró sin saber qué decir y decidió que no le importaba.

—¿Estás casado?

—Es una larga historia, pero no temas, no la encontrarás en casa, vive en España —le aclaró.

Al día siguiente, Gala recibió carta de Paul. El poeta no podía evitar esa necesidad que seguía teniendo de compartir con la que todavía consideraba su

esposa sus aventuras amorosas como lo había hecho siempre.

*He conocido a Nush. Te gustará.*

*Creo que nunca encontraré mejor compañera que ella. ¿Sabes?, ahora me doy cuenta de que mi problema es que tengo mucho mie-do de estar solo. Estoy tan cansado, me siento tan pobre... te echo tanto de menos.*

*Te deseo y no te olvido.*

Nush se quedó observando a ese hombre alto y delgado, parecía lento y nervioso a la vez, mirando cómo le escribía a la mujer que, hacía tan solo unas semanas, había dormido en la cama en la que ella lo había hecho esa noche. Paul entendió enseguida la mirada y se la devolvió tranquilizándola, mostrándole con sus ojos claros que no tenía nada que temer. Dándole a entender que Gala siempre estaría allí, junto a ellos, pero que ella también tendría su sitio en esa casa. Nush, acostumbrada a alternar con hombres que tenían pareja, decidió que tiempo tendría para conocer toda la historia y no siguió preguntando. Se encontraba bien. Paul le transmitía serenidad. Podría llegar a amarlo. Poco más importaba en ese momento.

—Me gustaría que me explicaras todo un día.

—Te lo explicaré, mi niña hambrienta, te lo explicaré. Iremos a verla, a Gala y a Salvador. Los conocerás a los dos, te gustarán.

*Iremos a Cadaqués.*

*Quiero que conozcas a Nush. Ella me ama y por eso me deja libre para estar contigo, podremos hacer el amor. Mi querida petite belle fille: la querrás tanto como yo. La mujer a la que amo no es ni inquieta ni celosa y ella también te querrá a ti. Nush entiende que muchas veces no soy capaz de hacer el amor, porque estoy pensando en hacerlo contigo. Solo contigo tengo ganas de hacerlo todos los días, todas las noches, a todas horas.*

*Estamos muy contentos con la invitación que nos habéis hecho. Explícame bien cómo podría ir a veros con Nush unos días, dime dónde estáis ahora y qué necesitas. Solo un favor, me gustaría tener fotos tuyas haciendo el amor. Y haré el amor contigo delante de Nush, que tendrá que*



*masturbarse y todo lo que quieras.*

Ella se lo quedó mirando y vio cómo en el cristal del tocador estaba escrito, aunque algo borroso por el paso del tiempo, con carmín rojo: «Con una sola caricia puedo hacer que brilles como la más luminosa», y en ese mismo momento decidió que si se quedaba junto a él no tocaría nada de la casa en la que había empezado a vivir. Debía respetar el pasado de Paul, y aprender a vivir con él, la relación no funcionaría de otra manera. Así, dejó los objetos y los muebles, incluso cuidó del perro de Gala, que esta no se llevó consigo a Cadaqués, y se dispuso a organizar la agenda de Paul. Entendió que no tenía que rivalizar con la esposa de su marido y lo aceptó sin problemas. La vida era lo suficientemente complicada para buscar explicaciones e ir con exigencias y Paul parecía un buen hombre. Mucho más incluso que cualquiera de los que habían pasado con anterioridad por su vida.

A finales de agosto llegaron a Cadaqués.

El francés había avisado con tiempo a su todavía esposa de que se acercaría con Nush y así lo hizo. Paul soñaba con hacer el amor a tres, incluso hubiera aceptado ser el mirón de una aventura que tuvieran ella junto a Salvador y su pequeña Nush. Llegaron acompañados de René, el único de sus amigos a quien Gala soportaba. Pensaban pasar unas cuantas semanas allí, pero no habían contado con la opinión de Gala.

—No podéis quedaros más. De hacerlo, la concentración de Salvador se verá perturbada —dijo Gala al poco de llegar, un tanto arrepentida de no haberle dicho a Paul que prefería que no vinieran.

Pero decidió aprovechar el viaje, no iba a dejar pasar una oportunidad como aquella de decirle a Paul lo que pensaba de su situación y cómo creía que debía resolverse.

—Paul, tengo un regalo para ti —le anunció.

—¿Para mí? —contestó sorprendido. Se esperaba cualquier cosa de Gala, pero por la cara con la que ella se lo estaba diciendo le pareció que sería la mayor sorpresa de su vida.

—He decidido darte la libertad. Nos divorciaremos enseguida —sentenció con el tono de quien hace un obsequio inesperado, pero sabiendo

que era un regalo envenenado.

La frase cayó encima de él como un jarro de agua fría.

—¿Divorciarnos? ¿Es que acaso no piensas regresar más? ¿Te quedarás con Salvador para siempre?

Nush, a su lado, los miraba atónita.

—Paul...

—Pero puedo esperar, lo he hecho otras veces, sabes que para mí eso no es un problema. El tiempo que necesites. —Gesticulaba, se movía de un lado a otro—. Eso, sí, eso, el tiempo que necesites.

—Es que ya no necesito tiempo. Te estoy diciendo que te regalo la libertad. Las cartas me dicen día tras día que no debía esperar.

—*Ma petite belle fille* —contestó y las lágrimas aparecieron de inmediato.

—Piénsalo, será mejor para ti. Piensa en Nush, os podréis casar.

—Es que yo quiero estar casado contigo...

—Paul...

—¿Y Cécile? ¿Qué pasará con ella?

—Está tu madre, ¿no?

—Pero ella es su abuela, tú eres su madre. Es por ti por quien pregunta cuando no te ve.

—Es mayor, lo entenderá. Estará mejor con ella —contestó Gala y decidió no seguir con la conversación. Para qué alargarla si ya había decidido lo que iba a hacer.

\* \* \*

Al poco de regresar a París, Paul recibió una carta en la que le informaban de que Gala había iniciado los trámites del divorcio, tal como le había anunciado en Cadaqués.

—No podemos quedarnos aquí —le dijo Paul a Nush por toda explicación.

—¿Aquí? ¿Dónde?

—Aquí, en esta casa. El piso lo alquilé pensando en Gala. En los dos. Para que viviéramos juntos... bueno, en cualquier caso, para ella. Además... quizás lo necesitará cuando venga a París con Salvador.

Nush no hizo ningún comentario. Se limitó a abrazar a Paul, quien, casi sin darse cuenta, empezó a llorar.

—Iremos donde tú quieras —contestó entonces la muchacha, mientras trataba de consolarlo—. Yo lo único que quiero es que vivamos juntos, que tú estés bien, que seas feliz.

—Además —añadió Paul, intentando calmarse—, Gala ha asumido toda la culpa en el proceso de divorcio. No recibirá dinero. Nada. Me necesitará a mí. Salvador no vende demasiados cuadros y de los que vende no consigue el dinero suficiente como para cubrir sus necesidades.

Pronto tuvieron que volver a verse las caras en el juicio. La realidad siguió sin detenerse.

—Abandonó a su marido para vivir con un amante —precisó al juez, quien no duró en dar por disuelto el matrimonio tras escuchar a la mujer.

—Solo quiero recuperar mi libertad de nuevo para disfrutarla junto a otro hombre.

—¿Quiere usted alegar algo más? —preguntó el funcionario—. ¿Pedir una pensión? ¿La custodia de su hija?

—Solo quiero volver a ser yo quien dirija las riendas de mi vida. El dinero y la niña pueden quedarse con mi marido.

El juez hizo constar el adulterio, eximió a Paul de responsabilidades económicas, ordenó que Cécile quedara a cargo de su padre y firmó la sentencia de divorcio el 15 de julio de 1932.

—Es usted libre de decidir qué hace y con quién lo hace a partir de ahora, señora.

\* \* \*

*Lo había conseguido. «Es usted libre», me dijo aquel hombre. No sabía él lo importantes que eran esas tres palabras para mí. Libre salí de Rusia y acabé atada. No sé cómo ocurrió, ni siquiera fueron unas ataduras dolorosas, forzadas, más bien pesadas, molestas. Tenía que cortarlas y lo hice.*

## XI

### LA FUERZA ESPÍRITU Y CUERPO RECLAMAN DINERO

A fuerza de controlar el trabajo de Salvador, Gala había conseguido que las pinturas siguieran fluyendo de su pincel, a pesar de que en París no era capaz de tener la misma disciplina que en su casa. Pero la constancia, la paciencia que Gala mostraba con él era providencial, no se cansaba, no cejaba en su empeño. Siempre estaba presente, delante o detrás del lienzo, recordando, animando, sugiriendo... Sin separarse del pintor en ningún momento, en numerosas ocasiones era ella la que daba los primeros pasos, preparaba los colores, limpiaba los pinceles, seleccionaba las telas, incluso pensaba en los futuros marcos...

Cuando se conocieron, Dalí se sintió un tanto extraño con las obligaciones horarias que le imponía Gala, pero acabó por agradecer la presión que ejercía sobre su trabajo. Para ello, muchas veces, y como castigo para recuperar su presencia, lo dejaba solo en casa y le prohibía salir.

—Cuando regrese del cine tiene que estar acabado —le dijo Gala contundente—. No puedes aplazarlo más, la exposición se inaugura en menos de diez días.

—Podríamos salir juntos y luego...

—Salvador, me voy yo sola. No puedes estar perdiendo el tiempo, esto tienes que acabarlo hoy mismo. Mañana debo llevarlo a los compradores.

Esa noche, tras quedarse un rato inmóvil frente a la puerta de la casa por

la que acababa de salir Gala, sin tener claro qué hacer, decidió que primero comería algo. Sentado frente a la pequeña mesa de la cocina, se quedó absorto mirando un rezumante queso camembert. Antes de que regresara Gala, frente al lienzo, la prodigiosa imaginación de Dalí había realizado el milagro y horas después esperaba a su esposa para mostrarle unos relojes semihundidos que había dibujado y que acabarían siendo reconocidos internacionalmente como uno de los símbolos del surrealismo.

—¿Crees que habrás olvidado esta imagen dentro de tres años? — preguntó dudoso, buscando su aprobación.

—Nadie la olvidará jamás después de haberla visto. Ni en tres años ni en tres siglos —contestó Gala con seguridad.

—*Persistencia en la memoria*, ese es su título.

—Desde luego, no podría ser otro —lo felicitó Gala sonriente y lo acarició como a un niño.

—Tiernos, extravagantes, solitarios y paranoico-críticos, así se sentirán todos aquellos que admiren su belleza. Así me siento yo ahora —sentenció feliz Salvador.

Gala había vuelto a conseguir su propósito. Delante de ella había una nueva obra del genio que sin duda era Salvador y así se vio reflejado poco después en las críticas que se publicaron en los diarios y en los comentarios de todos sus amigos.

Tras la exposición, aquel verano regresaron los dos a Cadaqués.

—Llegaremos hasta la estación, en la frontera, y una vez allí nos trasladaremos en carros de mulas.

—¿Carros? —preguntó Gala extrañada.

—Mi Oliva, es la única manera de conseguir que todo lo que nos llevamos llegue entero a España.

—Pero... ¿qué van a decir de nosotros?

—Nada, mi querida Gala, no dirán nada. Todo el mundo me conoce. Vendrán los hijos de Lidia a recogernos, les he escrito una carta. Al fin y al cabo, ella mejor que nadie sabe cómo llegar hasta su cabaña de Port Lligat.

Gala no siguió hablando y miró a su alrededor, donde se amontonaban raros insectos en cajas de cristal, lámparas que parecían máscaras de acero,

libros de maravillosas torres y palacios, bocetos que nunca acabarían siendo un cuadro y, claro está, sus cuadros acabados. ¿Cuánto tardarían en sacarlo todo para llegar hasta la estación?

—Port Lligat es una buena elección para los meses de más calor, Oliva, ya lo verás. Tus pulmones no se quejarán —aseguró Salvador, sin darle demasiada importancia a los gestos de impotencia que hacía Gala mientras se movía entre los objetos que debían trasladar.

Y así fue.

La salud física de Gala y la salud mental de Salvador propiciaron que el viaje se realizara sin buscarle más peros y que de inmediato disfrutaran del clima de la zona. En esa época del año, el calor se posaba en la costa y se alargaba durante más semanas que en otros lugares. El verano se teñía de flores salvajes púrpuras y amarillas. Las montañas de la costa ya no eran una ciudadela de piedra, prohibida y aislada, sino que aparecían salpicadas de color. Pero daba igual el tiempo que hiciera, para Gala solo había un lugar en el que sentarse: frente al caballete. Se trataba de un caballete de madera giratorio que siempre los acompañaría en sus viajes.

Mientras Salvador pintaba, Gala se ocupaba de tareas menos lucidas, pero igualmente necesarias en aquel momento. Así, la rusa traía agua del pozo cercano, se enfrentaba a la invasión de moscas y hormigas, imponía cierto orden en el caos de dibujos, páginas arrancadas de revistas científicas, pinturas y pinceles con los que Dalí se rodeaba y preparaba algo de comida. Solo de vez en cuando tenía que dejarlo todo y acudir corriendo junto a Salvador: cada vez que entraba un saltamontes. Tenía que salvarlo. Los saltamontes horrorizaban al catalán y, si alguno llegaba a posarse cerca de él, podía estar semanas sin pintar, un lujo que no podían permitirse.

El padre del pintor contempló enojado cómo se instalaban en Port Lligat y, a pesar de las dificultades con las que tenían que convivir, ni a Gala ni a Salvador eso les suponía un problema. Todavía en su cabeza se repetía una y otra vez el insulto que su hijo había lanzado sobre su madre y no estaba dispuesto a perdonarlo, al menos no mientras siguiera compartiendo su vida con esa rusa inmoral que había acabado junto a él. «A veces escupo para divertirme sobre el retrato de mi madre», ¿cómo se le habría ocurrido a

Salvador semejante frase? Y no solo eso, ¿qué clase de mujer había elegido Salvador, que era capaz de dejar abandonada a su hija y después separarse de su marido?

Dalí nunca imaginó que sus palabras no iban a ser bien entendidas por la familia, que lo que para él había sido una más de sus actuaciones, pondría en peligro lo que hasta ese momento era su círculo más cercano. La ruptura le había dolido mucho, y no acababa de entenderla. Por eso, por las tardes, cuando acababa de pintar, se sentaba a contemplar desde el acantilado con nostalgia la casa blanca de su padre, con la esperanza de intuirlo moviéndose a lo lejos.

—Parece un terrón de azúcar... ¿lo ves?

—Empapado de hiel, pero con agua corriente —añadió Gala de muy mala gana.

La rusa no dejaba pasar la oportunidad para recordarle a Dalí que su familia y nadie más que su familia eran los que los habían obligado a comprar una casucha de pescadores en Port Lligat para vivir allí, impidiéndoles instalarse de forma comfortable en Cadaqués.

—Quizás...

—Ven, vamos a bañarnos —sugirió Gala, queriendo distraer a Salvador.

El físico de la rusa, con aspecto de muchacho poco musculado, hacía dudar a bañistas y lugareños frente a quién se encontraban a su paso y eso fascinaba a Dalí. Gala, sabedora de esa ambigüedad que provocaba, no se molestaba en corregirla, y no solo eso, sino que en algún caso la acentuaba, llevando zapatos masculinos y pantalones largos o cortos y dejando sus minúsculos pechos al descubierto. Además, en esa época dejó de rizarse el cabello, haciéndose un corte de pelo más propio de un jovencito que de una mujer de casi cuarenta años.

Pero no contenta con provocar habladurías por su estética, cada día inventaba nuevas formas de ser el centro de atención. Desde quitarse la ropa y lanzarse al agua desnuda, pasando por llamar a alguno de los pescadores de la zona para navegar con ellos hasta las calas del Cap de Creus, o incluso hacer el amor sobre la arena o acabar comiendo al aire libre pescado a la parrilla o chuletas de cordero espolvoreado con romero recién cogido.



Cualquier idea, por estrafalaria que fuera, era bienvenida para llevarla a la práctica.

En algunas ocasiones, mientras remaban sin prisas, Dalí le mostraba a Gala cómo, en su cabeza, se metamorfoseaban poco a poco las figuras de las rocas, y muchas de las veces acababan en sus sueños y, con el tiempo, plasmadas sobre un lienzo:

—¡Mira!, un ángel transformándose en camello... ¡no! Es un león.

Lo explicaba gesticulando y gritando como si fuera un chiquillo y lo hacía con tanta vehemencia que uno diría que los estaba tocando de verdad.

Al rato, volvía a emocionarse con otra roca.

—Mi Oliva, mira allí. Esa nube se asemeja a un águila, mira, mira... si parece que se está convirtiendo en gallo...

La rusa disfrutaba de estas y de otras muchas ocurrencias de Salvador. Estaba claro que, a sus ojos, eran muestra de su genialidad, infinitamente mayor de la que el resto de los humanos podrían llegar a alcanzar alguna vez.

Pero no siempre estaban ellos dos solos. A veces bajaban hacia el sur hasta llegar a la masía de un gran amigo de la pareja, José María Sert, un pintor catalán de reconocido prestigio y que por aquel entonces vivía junto a su segunda esposa, Roussy, con quien también coincidían en París en ocasiones.

Sert era muy rico. Y a menudo se llevaba a Dalí y a Gala a realizar cruceros por la costa, cuando no compartía con ellos su casa y su comida. Lo que para los Dalí era un banquete de lujo, porque equivalía a comer caliente esos días, obligados como estaban a alimentarse muchos días con poco más que erizos, tal era su precaria situación económica en ese momento. A pesar de que se sentían en agradable compañía, la pareja fascinaba y molestaba a la rusa a partes iguales. A Gala la joven esposa rusa de Sert lograba sacarla de sus casillas.

—Esa chiquilla es la peor imagen que los rusos podemos dar. ¿Quién se creería que está enamorada de José María? ¿Cómo no pensar que los rusos somos unos advenedizos cazafortunas si la oímos hablar a ella?

—Mi Galuska, qué más da. José María es feliz.

Gala prefería no discutir. Al fin y al cabo, cuando llegaban al Mas Sert les

esperaba una pequeña casita que permitía a Salvador pintar con total concentración y ella, que en aquellos tiempos había descubierto lo entretenida que podía resultar salir sola con los pescadores de la zona, podía aprovechar para hacerlo siempre que tenía ocasión, sin tener que andar con cumplimientos. Fue en aquellas calas donde Gala descubrió el placer de practicar sexo sobre una barca, o a acercarse a playas recónditas a las que apenas se podía llegar y en las que pasar las horas sin tener que preocuparse por el qué dirán ni por su marido, solo dejando que la arena y las olas la observaran. Dalí estaba demasiado ocupado pintando y ella, a quien le gustaba demasiado hacer el amor, aquellos días lograba olvidarse de él.

Le había costado, pero al fin había conseguido asumir no solo la particular relación que tenía Salvador con el sexo, sino que esta no cambiaría. Fue entonces cuando decidió que este tipo de relaciones serían las perfectas para mantener la pareja y, sin consultárselo a su marido, empezó a buscar parejas esporádicas con cierta asiduidad con las que realizar pequeños cruceros amorosos. Junto a ellos se detenía con la barca en alta mar y nadaban hacia alguna cala recóndita, donde había rincones suaves y cálidos en los que poder tumbarse y disfrutar en compañía. A veces Gala regresaba a casa con una langosta bajo el brazo que había caído en una de sus trampas mientras hacía el amor y luego la cocinaban.

—¡Langosta con chocolate! Cómo me conoces Galuska, hoy comeremos mi plato preferido...

De este modo, Gala se ahorraba las explicaciones sobre sus infidelidades, aunque no le hacían mucha falta. La realidad era que Dalí no tenía problema alguno con las aventuras de su mujer. Y no solo eso, sino que en alguna que otra ocasión había premiado a los pescadores para que fueran discretos regalándoles dibujos firmados por él, dinero o contratos para hacer algún trabajo en la casa. Le ahorraban a él el mal trago de tener que repetirle a Gala que no estaba preparado todavía.

Pero no podían seguir en la costa catalana, por muy a gusto que se encontraran, ese no era el sitio adecuado para hacer dinero, debían volver a París a exponer en las galerías más prestigiosas.

—Mira, ¿te das cuenta? Cadaqués se va haciendo cada vez más pequeño

en la distancia —le explicaba Salvador a Gala sentado en sentido inverso en el coche que los llevaba a Francia—. ¿Te das cuenta de lo grandioso del paisaje? El viajero que ama ese pueblo no puede evitar volver la cabeza para echar una mirada amistosa de despedida. Yo siempre he hecho lo mismo, mirar hacia atrás disfrutando de la vista de Cadaqués hasta el último minuto. Mantener la mirada fija en esa carretera, en esas curvas, en ese paisaje... Como si con eso no me fuera a separar de él. Pero no es así, lo sé, Oliva, lo sé. Nada más salir ya sabía que mi decisión era irrefutable, que no echaría de menos el pueblo, que quería volver contigo a París y, desde aquí, empezar una nueva vida. Quién sabe lo que tardaremos en regresar allí —le confesó nervioso Salvador a Gala.

Ella lo miró.

En realidad no parecía apenado, ni siquiera podía deducirse de su mirada ni de sus gestos que estuviera triste por alejarse de su pueblo. Había decidido cambiar de vida. Y, más que de desarraigo, la sensación que tenía era de liberación, como si el destino le ofreciera una nueva posibilidad que lo encaminara hacia su éxito, hacia su emancipación. Atrás quedaban sus pertenencias, sus cuadros, sus libros, sus dibujos y montones de correspondencia que en algún caso ni se había molestado en leer.

—Bien hecho. De nada sirve pensar en el pasado. Y ahora a trabajar —le animó Gala ya en París con una sonrisa, mientras le mostraba un ejemplar de *La Révolution Surréaliste*, donde, por vez primera, constaba el nombre del catalán en la lista oficial de los artistas que formaban parte del movimiento.

—¡Vaya! Veo que Buñuel también está —dijo sorprendido Salvador, que hacía tiempo que no tenía noticias de su amigo.

—Sí —contestó Gala con mala cara—. A él también lo han añadido, pero espero que no tengamos que encontrárnoslo.

El rencor que sentía Gala por Buñuel, tras el intento de asfixiarla en la playa de Cadaqués, no se correspondía con el sentimiento que tenía Dalí, a quien la anécdota casi se le había olvidado y no solo consideraba al aragonés un genio, sino que lo tenía por un amigo. Salvador la miró y no quiso añadir nada, aunque supuso que a él lo habían incluido en el grupo gracias a Luis, quien les había llevado fotografías de sus cuadros y les había hablado de su

obra, durante los meses en los que él no pudo estar en París. El aragonés actuaba con él como lo había hecho siempre, como si Gala no existiera.

—¡Mira!, han reproducido *La adecuación del deseo* y *Los placeres iluminados* —comentó feliz Salvador, mientras ojeaba la revista.

—Sí, la elección de esos cuadros es un acierto, y también han incluido el guion completo de *Un perro andaluz*. ¿Ves? —contestó Gala satisfecha, señalándole la página—. Parece que por fin los franceses os van a tener en cuenta.

—Trae, dame, deja que lo lea —le gritaba Salvador saltando emocionado a su lado como si fuera un niño a quien lo estuvieran privando de un caramelo—. «La publicación de este guion en *La Révolution Surréaliste* es la única que autorizo» —leyó muy solemne, con grandes gestos imitando al aragonés—. «*Un perro andaluz* no existiría si no existiera el surrealismo. Un film logrado, eso es lo que piensa la gente que lo ha visto. Pero ¿qué puedo hacer yo contra los que adoran todo lo nuevo, incluso cuando la novedad en cuestión atenta contra sus convicciones más profundas? ¿Contra la masa de imbéciles que encuentran bello o poético lo que en realidad no es otra cosa que una desesperada y apasionada incitación al asesinato?» —prosiguió Salvador con la revista y al fin se quedó callado—. Desde luego, Luis no tiene pelos en la lengua.

—Eso le pasará factura. Como tantas cosas —aseguró Gala—. Uno no puede insultar a los mismos que luego tienen que pasar por taquilla, eso sin pensar que siempre va a tener que buscar financiación para sus películas. No es muy inteligente morder la mano de quien te tiene que dar de comer.

—Ya buscaré otra forma de conseguirlo, como lo ha hecho ahora con Noailles, no te preocupes.

—Sí, pero nosotros, al menos, deberíamos ser más comedidos, todavía no tenemos resueltos nuestros ingresos. No me gusta que te relacionen con él. No mientras lo que digamos pueda perjudicar a las ventas de tus cuadros. Ten —le dijo dándole un sobre—, ábrelo a ver quién te escribe.

*Mi muy querido amigo Salvador:*

*Conocedor de las dificultades económicas por las que pasa en este*

*momento y de que muchas de sus obras de hallan en manos de nuestro común amigo Camille Goemans, sepa que en breve este va a cerrar la galería. Sin embargo, creo que debería usted adelantarse a la noticia del cierre y hablar con él para conseguir (pues no está arruinado por completo) que, al menos, le compre alguno de sus cuadros, antes de devolvérselos todos y dar por cerrado su negocio.*

*Sin más, espero que la información sea de su interés.*

*Esperando verlo próximamente.*

*Atentamente, su amigo, el vizconde de Noailles*

—Te lo dije, el tarot no engaña: hay un hombre que nos quiere perjudicar.

—Pero... querida, es un hombre moreno, y Noailles es pálido y está casi calvo.

—Bueno, hay que saber interpretarlas, antes de quedarse calvo tenía pelo —aseguró Gala—. En cualquier caso, no tenemos muchas alternativas —aseguró Gala tras leer de nuevo la carta que acababa de recibir Salvador—. Si Noailles escribe esto es que, sin decirlo directamente, lo que quiere es hacer de sustituto de Goemans.

—¿Quieres decir...?

—Claro que lo quiero decir, pero me parece que me voy a tener que poner yo manos a la obra.

—¿Tú?

—Hagamos las cosas bien. Primero, vete a hablar con Goemans y consigue que te compre un cuadro. De regreso ya te diré lo que he pensado y hablaremos con Noailles.

—Pero... ¿cómo voy a pedirle eso a Goemans?, se ha portado muy bien conmigo...

Gala se empezó a vestir mientras mantenía la conversación con Salvador. Al verla, uno hubiera dicho que poco importaba lo que este le estaba diciendo, que ella ya tenía claro lo que debían hacer, y no solo eso, sino también cuándo y con quién. Pero a él no pareció importarle.

—Salvador, cariño, es fácil. No tienes más que conseguir que su corazón se entristezca. No olvides que tú serás uno de los mayores pintores de la

historia, el mayor, para ser exactos, y no tienes ni una casa a la que acudir. ¡Eso! ¡Dile eso! La sinceridad en este caso puede jugar a nuestro favor, que sepa que necesitamos dinero. Y mientras, yo pediré a Noailles veinte mil francos para pagar esa barraca que tanto te gusta en Port Lligat. Lidia seguro que agradecerá que le paguemos de una vez lo prometido. Además, podremos hacer obras y dejarla algo más habitable de lo que está ahora. No hará falta que ella nos la ceda, se la compraremos. ¿Tu padre no te quiere en Cadaqués? —preguntó muy seria, mirándolo con unos ojos que a Salvador siempre le amedrentaban—, pues nosotros viviremos en el pueblecito de al lado y tú podrás trabajar sin problemas mundanos que te impidan pintar todo ese universo que tienes en la cabeza y que es más surrealista que lo que nunca ha hecho cualquiera de estos charlatanes que están vendiendo sus obras en las galerías de por aquí.

—Yo, es que...

—Tu padre se equivoca al tratarte así y se arrepentirá. Dile a Noailles —continuó sin prestar atención a las caras de extrañeza que ponía Salvador al escucharla y sin darle opción a este a discutir— que, a cambio, le enviarás un cuadro de las dimensiones que él quiera.

Salvador no siempre era capaz de hablarle a Gala, de decirle lo que de verdad pensaba. Parecía que tenía una sensación, un presentimiento de que quizás, de hacerlo, se rompería el hechizo de esa unión indestructible de la que, en realidad, aún no estaba convencido del todo. Siempre había sido un experto en llamar la atención, incluso en llevar la contraria, pero no con ella. Gala lo superaba con creces. Cortejar a una mujer siempre había escapado de su ámbito de actuación y lo había paralizado. Ahora, con una mujer a su lado, a veces, sentía miedo y vergüenza al mismo tiempo, pero intuyó que no debía contradecirla.

—¡Déjalo, ya iré yo! Al fin y al cabo, soy mejor convenciendo que tú. Tú ponte a pintar, necesitamos más cuadros. Y cuando puedas acércate a ver a los Noailles. ¡Ah!, y pienso hablar con Breton, estoy harta de que cada vez que bajamos la guardia aprovechen para no incluirte en cualquiera de sus actos, para no tenerte en cuenta.

Gala se quedó mirándolo como para confirmar que Salvador había

entendido bien lo que le había dicho. Habían regresado a París y todavía no habían ido a visitar a nadie. La gente le disgustaba. En realidad, si de ella dependiera, no les dirigiría la palabra si no pensara que en algún momento tendría que volver a recurrir a ellos...

—En París —solía explicarle excusándose y quedándose en un segundo plano— todos me miran esperando que los sorprenda y yo no tengo nada que ofrecerles. Eres tú.

—Pero Gala, mi Oliva, tú tienes mucho que decirles, igual que me dices a mí.

—No, no te engañes. Desde que estoy solo contigo me siento feliz, no tengo ganas de estar cerca de nadie más, a no ser que sea seguro que nos dan dinero. Los que tienen dinero no son más que burgueses ávidos y yo prefiero tenerlos lejos.

Por eso muchos días ni salía de casa. Los días corrían iguales. Por la mañana, ya despiertos, permanecían acostados, juntos, dejando pasar el tiempo. Y por la noche, vaciaban botellas de champán, tras haber dedicado Salvador la tarde a pintar y Gala a supervisar su trabajo.

—Gastamos sin parar —le decía Salvador cada vez que abrían una botella— y no ganamos nada. Hay que pensar en ello.

—Bah —contestaba Gala—. Ya es bastante desagradable no tener dinero. Solo faltaría que nos quedáramos también sin otras cosas. Ya lo tendremos. Aprovechemos que Paul lo tiene.

Pasaban los días, las semanas, y muchas veces ni aparecían en sociedad. Gala no olvidaba, la pareja había sido recibida con un silencio escandaloso en alguna de sus anteriores visitas por el grupo de los surrealistas y no quería ser rechazada de nuevo. Mientras Salvador se lo tomaba con filosofía, Gala se sentía herida.

—La gente no se alegra de que estemos juntos —comentaba entonces Gala.

—Mujer, eso son imaginaciones tuyas.

—No, no lo son. Se creen que estamos todo el día sin hacer nada.

—A veces, solo a veces, es cierto. Mi Oliva.

—La ociosidad es la madre de todos los vicios, pero el vicio es el padre

de todas las artes. Y tú eres un artista. Lo que ellos llaman ocio es arte, creación. La cabeza no puede descansar.

Luego se lo quedaba mirando, dudando si la decisión que había tomado era o no la acertada. Sin saber bien con quién había decidido compartir su lecho y por qué lo había hecho. Estaba claro que en el amor, Salvador no tenía mucha experiencia. Y que en la cama, Gala lo hacía temblar hasta enrojecer con sus imaginativas proposiciones, a las que él no se atrevía a responder y se limitaba a esconder la cabeza bajo las sábanas.

—Ni te puedes imaginar el miedo que me das —le aseguraba cuando ella se acercaba y le daba una mano temerosa.

Gala, acostumbrada a los hombres y a disfrutar de noches de placer, trataba de arrastrarlo al éxtasis sin conseguirlo.

—En el amor no hay que dar rienda suelta a todo. No temas. Poco a poco, sin prisa —lo tranquilizaba noche tras noche sin conseguir, ni una sola vez, que acabaran haciendo el amor. —Mirar sin tocar —le insistiría Salvador a Gala una y otra vez—. Ese será nuestro secreto.

—Lo sé, Salvador —contestó Gala resignada, dando casi la batalla por perdida.

—De pequeño, la niñera que teníamos en casa me contaba un cuento —empezó a relatar—. Se titulaba *El maniquí de la nariz de azúcar*.

Mientras lo escuchaba, Gala se iba imaginando la escena. No solo la del cuento, sino también la del pequeño Salvador, mirando a su querida niñera con ojos anhelantes de historias, tapado hasta la barbilla. La cama, en medio de la enorme habitación, tenía una mesita de noche al lado en la que había un retrato de su hermano muerto, recordándole a diario que él no era el Salvador original, sino una copia de aquel que se fue antes de tiempo.

—Cada día eran conducidas a su presencia tres de las más hermosas muchachas del reino —siguió explicando Salvador—. Desde lo alto de la torre, el rey las contemplaba y vacilaba largo tiempo antes de recoger a la que habría de pasar la noche en la real cama junto a él. La adornarían con los más preciosos vestidos y joyas y tendría que dormir, o fingir que dormía, toda la noche. El rey no la tocaba, solo la miraba. Mirar es bastante. Es mucho. Lo es todo —sentenció Salvador entonces, dando por finalizado el relato.



Poco después, Gala salió a pasear, dejando tranquilo a Salvador para que pintara. Una fina lluvia caía sobre París. El final del invierno iba a ser más frío de lo que habían imaginado y a la salud de Gala no le sentaban bien las humedades y las bajas temperaturas. Se detuvo en una calle, un poco más allá de la *boutique* de Coco, y se quedó mirando una de las farolas que la alumbraban, proyectando unos halos de bruma que daban cierto aire fantasmagórico al local. En ese momento lo comprendió, no podían quedarse a vivir allí, tendrían que irse, buscar otro sitio, ella sabía que su salud no aguantaría demasiados meses con estas temperaturas. Hacía poco que, por las mañanas, casi todos los días sentía cómo el pecho y los pulmones volvían a reclamarle a gritos una atención que hacía tiempo que no les prestaba. Debían instalarse definitivamente en la Costa Brava.

Al entrar en el pequeño apartamento que habían alquilado cerca de la estación, en un callejón de Montparnasse, sintió que el frío de la calle seguía acompañándola hasta el interior. Salvador, ajeno a su estado, la estaba esperando eufórico, rodeado de objetos inverosímiles que superaban, con mucho, la modernidad de algunos de los surrealistas, que iban mucho más allá de lo que hubieran soñado. La mesa de la cocina estaba llena de diseños de maniquíes de plástico cubiertos con peces de colores, zapatos provistos de muelles, vestidos con senos que surgían de la espalda, uñas artificiales con espejos... objetos que adquirirían un significado en su universo.

—Vengo de ver los nuevos modelos de Coco —dijo—. Sin duda son magníficos.

—Te lo dije. Parece que en París es la maestra indiscutible.

—Y no solo eso, creo que ha cambiado la silueta de las mujeres y yo no puedo seguir vistiendo con los retoques que le he hecho a las ropas que traje de Rusia, que se caen a pedazos.

—Paul tiene un armario con vestidos nuevos que te compró. ¿No te lo dijo hace tiempo?

—Sí, pero solo pensar en volver a pasar por ese apartamento... no sé... ya iré, pero no tengo ahora ganas de verlo a él ni a Cécile, ni a Nush. Por más que reconozco que la aparición de esta muchacha me ha ahorrado muchos quebraderos de cabeza. Quién iba a decirme que al fin Paul iba a encontrar

quien lo atendiera... Pero bueno, ya quedaré con él en unos días.

—Quizás...

—Déjalo. Ahora lo importante es que nos movamos. Ya me compraré trajes en otro momento. No podemos seguir aquí —añadió sin dejarlo seguir con la conversación.

—Aquí, ¿dónde? —preguntó Salvador extrañado, todavía absorto mirando la mesa en la que tenía sus últimas creaciones.

—Aquí, en este cuchitril lleno de humedades, en París. Paul nos dará el dinero —aseguró en voz alta, sin hacer caso a la pregunta que le acababan de formular.

—¿Qué dinero?

—El que necesitemos para irnos de viaje.

—¿De viaje? ¿Y las exposiciones? ¿Y los marchantes?

—No podemos quedarnos mucho tiempo, ni mi salud, ni tu obra nos lo permiten. Fuera tendrás más tiempo para pintar, estaremos mejor. Yo descansaré y tú trabajarás sin que nada ni nadie te moleste.

—Pero...

—No te preocupes, hablaré con Paul. Nunca se ha negado a darme dinero. Solo tendrá que seguir haciéndolo por un tiempo, hasta que todo el mundo hable de ti como el único pintor del surrealismo y, créeme, no tardarán en hacerlo. En menos de lo que te imaginas, en tus exposiciones no dejarán ni un cuadro en las paredes de las galerías. Tú no pienses en nada, solo pinta —le contestó segura, mientras le sujetaba la cabeza como si fuera un niño—. Yo me encargaré de todo, como siempre.

—De acuerdo —contestó—, se hará como quieras. No sé qué haría si no te tuviera cerca. Pero antes de irte, mira esto.

Y le mostró un boceto.

—¡Vaya! ¿Soy yo?

—Pues claro, esto será un enorme lienzo, lo tengo todo aquí, ¡aquí! —le dijo haciendo gestos exagerados y señalando su cabeza—. ¡*Monumento imperial a la mujer-niña!*, lo he titulado. Tigres, leones, en un horizonte difuso y las rocas del Cap de Creus, y al fondo la bahía de Es Cayals, donde te declaré mi amor. Quién sino es mi mayor, mi única fuente de inspiración.

Era el primer lienzo en el que Salvador inmortalizaba a Gala, y no sería el último. «Quiero a Gala más que a mi madre, más que a mi padre, más que a Picasso e incluso más que al dinero, os lo aseguro», contestó firme al intento de chantaje de su padre, que le propuso olvidar el agravio si renunciaba a la rusa.

Salvador quiso explicarle que había ido pensando en darle forma casi desde el mismo día en que ella regresó a París, tras su primer encuentro en Cadaqués. Que en ese mismo instante había empezado a darle vueltas a cómo plasmar lo que había sentido por ella. Que esa gigantesca estalactita, el Cap de Creus y la bahía de Es Cayals eran el sitio donde pocas semanas antes le había declarado su amor, que por eso afloraban en su interior, junto al busto desnudo de la mujer amada. Y por eso, también, en torno a ella, se apretujaban los espectros amenazadores que siempre lo habían acompañado, rostros cuyas bocas semiabiertas y ojos desorbitados traslucían una libido obscena; manos abiertas cubriendo la cara en señal de vergüenza; fauces de feroces leones con dentaduras monstruosas. Pero no le dijo nada. La miró, sonrió, supo de inmediato que la rusa lo había entendido y siguió retocando alguno de los detalles del lienzo mientras Gala, sin perder un minuto, empezaba a recoger aquello que necesitarían llevar en su viaje.

Al fin le pidieron algo más de dinero a Éluard, pero tuvieron que cambiar de planes a la hora de gastarlo. En una de las frecuentes visitas al médico, este descubrió que Gala padecía un tumor fibroso que estaba creciendo.

—Hay que operar —dijo contundente.

Aquel invierno en París, mientras Gala se encontraba en el quirófano, Dalí recorría las calles frenético, desorientado, asustado... ¿Se podía morir? ¿Lo dejaría solo? Salvador había construido toda su vida y su obra alrededor de Gala, logrando superar sus muchos temores gracias a la firme claridad de ella, a su convicción de que el destino de ambos, juntos, sería sublime y todo se le venía abajo de pronto. Incluso llegó a creer que Gala era su talismán contra la muerte. ¿Y si ella moría en la operación? Se desmoronaría toda aquella catedral de seguridad, construida con tanto cuidado. Dependía de ella para todo: las comidas, la compra, los billetes de tren, la venta de sus pinturas e, incluso, la elección de la ropa que se ponía. Dalí no pudo decidirse a

visitarla en el hospital; la posibilidad de la muerte de Gala lo aterrorizaba demasiado.

Gala no solo sobrevivió a la operación, sino que al salir del hospital se encontraba mucho mejor que antes en todos los aspectos. Sin embargo, al poco le programaron una segunda operación, que no tuvo tan buen pronóstico. Habían detectado un segundo tumor, este de útero, y no había más remedio que realizar una cirugía un tanto agresiva. En ese momento, Salvador tenía veintiséis años y Gala diez más y ya sabía que nunca más podría volver a ser madre.

Pero no todo iban a ser malas noticias, poco después de salir del hospital se enteraron de que su plan había dado los frutos esperados, y Salvador recibió un cheque por la cantidad que le había pedido al vizconde de Noailles. De inmediato, contestó con una carta.

*Mi querido amigo:*

*Le agradezco infinito el cheque que acabo de recibir. Le debo un cuadro que usted podrá escoger entre los que realice el próximo año. Estoy muy emocionado con la idea de poder comprar una pequeña barraca con este dinero, gracias a usted tengo resueltos mis problemas de vivienda. No dude que le tendré al corriente de mi actividad.*

*Reciba mi más sincero agradecimiento, querido señor de Noailles.*

—Ahora ya, podemos disponernos a ir al estreno —dijo Gala satisfecha—. Y en cuanto el doctor me dé el alta en unos días, volvemos a Cadaqués.

—¡A Port Lligat, mi Oliva! ¡A Port Lligat! Ahora ya tenemos una casa para nosotros —apuntó Salvador.

—De acuerdo, pero antes resolveremos todos los temas que tenemos pendientes en París —accedió Gala.

## XII

### EL COLGADO LA PACIENCIA SE PREMIA

Empujó con fuerza la puerta de la *boutique* del 31 de la rue Cambon. Al entrar, Gala se sorprendió de que el espacio fuera más amplio y lujoso de lo que uno podía deducir con solo asomarse al escaparate de la estrecha calle en la que se encontraba. La tienda estaba situada en el barrio comercial por excelencia de París, a pocos metros del hotel Ritz. En ese momento, había tres chicas atendiendo a dos clientas en animada conversación. Coco, la dueña, estaba sentada al fondo, a un lado, en una mesa pequeña, medio oculta por un biombo y con la cabeza baja revisando unos papeles. Al oír el tintineo de la puerta, levantó la cabeza.

—Buenos días —dijo con autoridad la mujer al entrar.

—Buenos días —respondieron a coro las jóvenes, haciendo a la vez un gesto de saludo con la cabeza.

Una de ellas se acercó para preguntar qué quería.

—Busco a mademoiselle Chanel —contestó, sin darle tiempo a que abriera la boca.

La muchacha, entonces, movió la cabeza en dirección a donde Coco se encontraba sentada, dudando sobre lo que tenía que hacer. Todas ellas sabían que a mademoiselle no le gustaban las visitas en la *boutique*, más que de clientes dispuestos a gastarse dinero. Las chicas intercambiaron miradas entre sí. Quién sería la recién llegada que preguntaba por la dueña.

—Hola, Gala —contestó Coco acercándose a saludar, sin dar tiempo a que la dependienta fuera a avisarla—. Me alegro de que hayas venido. Hace un par de días que Misia me comentó que quizás te pasarías por aquí.

—Parece que en París no hay duda, si quieres vestir bien, del lugar al que debes dirigirte —le contestó sonriendo.

—Me agrada oír eso.

—Es cierto. No hago más que escuchar tu nombre allá por donde vaya, acompañado de comentarios halagüeños de tus diseños cada vez que pregunto cuál es la mejor modista de la capital —añadió zalamera—. Así que no he podido resistirme a visitarte —concluyó con una sonrisa que la modista no supo interpretar.

—Yo también he oído hablar mucho de vosotros dos en estos últimos tiempos. Uno diría que Dalí va a hacer más surrealista el surrealismo —contestó, en un tono que podía interpretarse como si no pudiera estar ella detrás de los mismos comentarios—. Parece que cualquier aparición de Salvador da mucho que hablar más allá de los ambientes artísticos.

—Y más que dará, querida, ni lo dudes —añadió contundente, mientras miraba a un lado y otro de la tienda, como si buscara una intimidad que no se lograba con todos los empleados de la *boutique* pendientes de sus movimientos.

Coco le dio la mano firme, segura, y se sorprendió de que también Gala saludara con la misma firmeza, acostumbrada como estaba a mujeres que más bien dejaban que los hombres controlaran el saludo y dejaban caer su mano de forma delicada. Definitivamente iba a ser verdad todo lo que había oído de ella, la rusa no se parecía en nada a las débiles mujeres con las que estaba acostumbrada a tratar en la *boutique*. Ni a esas rusas que llegaban dispuestas a dejarse cobijar por el primero que les ofreciera la mano. Nada más verla uno diría que tenía las cosas claras. Demasiado incluso.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó, haciendo un gesto para que la acompañara al interior de la *boutique*, y poder alejarse, así, de miradas y, sobre todo, de oídos indiscretos.

—Necesito algo distinto. Hasta ahora yo misma he ido retocando mis vestidos, añadiendo esto y aquello —explicó mostrándole la falda y la blusa

que había elegido para la ocasión y que llevaban un ribete de un color y material distinto al del resto de la pieza—. Pero ahora debo vestirme de otra forma. No tengo tiempo que perder haciendo de costurera, debo centrarme en Salvador, pero al mismo tiempo no puedo vestir en París como lo hago en Cadaqués, con un pantalón y una camisa blanca. Ayer estuve con Misia y me ha dicho que el nuevo «estilo Chanel» me iría a la perfección y aquí estoy.

Coco se la quedó mirando, disimulando la sonrisa por el comentario de su amiga Misia, al tiempo que intentaba que pasara inadvertido su gesto contrariado al ver la ropa que llevaba Gala. No podría asegurarlo, pero diría que estaba toda cosida a partir de retales de distintas prendas, intentando que no se notara demasiado. Aunque eso no le quitaba cierta originalidad que la francesa no pudo más que valorar de forma positiva. Lo que sí estaba claro era que necesitaba un cambio de estilo. Estaba por ver que la rusa se dejara aconsejar.

—La buena de Misia siempre habla bien de mí —contestó para desviar su mente del vestuario que llevaba puesto la que se perfilaba como una nueva cliente y que intuía no sería fácil de contentar.

—Tienes una buena aliada en ella —aseguró y mostró de nuevo su enigmática sonrisa—. Supongo que te pasa un buen número de clientas. Por cierto, ¿cómo le va? Ayer éramos muchos en la cena como para andar preguntando, pero, aunque ella no me lo ha dicho, todo el mundo comenta que está medio sumida en una depresión. No acaba de llevar demasiado bien eso de estar de nuevo soltera.

—Bien, querida, yo diría que ya está bien. Poco a poco va superando sus achaques. La relación de Sert con Roussy la ha dejado más tocada de lo que ella misma imaginaba...

—No hay que dejar que los hombres dirijan nuestros sentimientos, nuestros estados de ánimo. Parece mentira que eso no lo tenga claro —replicó Gala, que no parecía que prestara demasiada atención a lo que Coco le estaba contando, y siguió mirando a todos los lados, moviéndose hacia uno u otro colgador—. Tus vestidos tienen que darme fuerza. No quiero que nadie, al verme, piense que soy una frágil mujercita que está al lado de su hombre para complacer todos sus caprichos, acostumbrada a retocarse las faldas y las

blusas en la intimidad de la cocina. Necesito mi feminidad, pero también parte de lo que suponen los principios de la elegancia masculina. Tengo que conseguir que me respeten para poder hacer negocios. Estoy harta de que hablen de mí diciendo que soy «la mujer de». Yo no soy la mujer de Éluard, soy Gala y ahora ya la mujer de Salvador Dalí y su mejor marchante.

La rusa habló gesticulando todo el tiempo, mientras se movía alrededor de los espejos, los maniquís y los percheros que había en esa parte de la *boutique*. Coco la observaba valorando sus gestos y sus movimientos. Gala se paró para observar con detalle las chaquetas marineras, con sus botones dorados, las boinas que se parecían a las que usaban los marineros del *Cutty Sark*, unos jerséis que le parecieron tan cómodos como aburridos... Mientras, Coco se detuvo en una percha que aguantaba el *petite robe noir* del que tanto había oído hablar Gala. Ella sabía que ese vestido había causado furor desde el primer día que lo había empezado a vender. Este simple vestido de tubo de crepe negro, con manga larga y ajustada, que acababa justo por debajo de la rodilla, parecía que se había convertido en el uniforme para toda mujer que quisiera ser elegante, sin llamar la atención. A Gala desde el primer día que lo vio le pareció un tanto soso, pero prefirió no hacer ningún comentario.

—El negro es el antídoto del mal gusto —le dijo Coco de inmediato, al ver que se detenía en el vestido, pensando que le interesaba, y aprovechó para mostrarle una chaqueta de *tweed* que podría ser el complemento ideal para ese vestido—. Pero, a lo que íbamos, ¿qué necesitas? ¿Quién te tiene que respetar?

—A mí, pero también a Salvador, nos tienen que respetar a los dos —contestó muy enfadada—. El grupo de surrealistas. Ya estoy harta. Por lo visto tienen suficiente con que Salvador haya dibujado la mejor portada que han visto en su vida para el *Segundo manifiesto surrealista*, ni siquiera son capaces de ser agradecidos con nosotros. Son envidiosos y lo apartan de casi todos sus actos. Y encima a mí no me dejan participar en las reuniones. Así que he de buscar dinero y mecenas.

—Poco tendrá eso que ver con que seas mujer.

—Te equivocas, querida, es justo porque soy una mujer. Nos temen.

—A lo mejor es que...



—No, a lo mejor nada. Breton y su pandilla parece que han decidido tratarme como mera acompañante, como si fuera una de sus mujercitas sin boca y sin cerebro, y por eso no me dejan asistir a sus reuniones, y no estoy dispuesta a que hagan eso conmigo. Ellos verán lo que hacen con sus mujeres, pero no harán lo mismo conmigo. Y, por si fuera poco, tengo la extraña sensación de que no valoran lo suficiente a Salvador, no saben lo que puede llegar a ser. Y creo que eso le está perjudicando.

A Coco le pareció pura contradicción lo que escuchaba.

Los elogios sobre la obra de Dalí se sucedían esos días en la capital. ¿Cómo sus mismos compañeros iban a ignorarlo? De inmediato pensó en Elsa Schiaparelli y recordó una anécdota de la modista italiana. «Hay una poesía costurera, un dadaísmo costurero y un estajanovismo costurero, el de madame Schiaparelli, que presenta sus vestidos en las fábricas», le contestó ella a ese mismo grupo un día que estaban cenando juntos y quisieron ponérsela de ejemplo de modernidad en el vestir.

«¿Qué se había creído la italiana? ¿Cómo se había atrevido a retarla, abriendo, incluso, una tienda a dos pasos de su *boutique*? ¿Qué se habían creído ellos para erigirla en ejemplo de la modernidad en el vestir?». Sí, ella también había tenido algún que otro encontronazo con los surrealistas, pero quizás no era buena idea sacarla ahora en la conversación. La suerte había querido que la mujer de uno de los mejores pintores que había ahora en París llamara a su puerta y ella la vestiría. La italiana, no había duda, no tenía nada que hacer.

—Las extrañas relaciones de sumisión y entrega que los hombres del grupo surrealista mantienen con sus respectivas mujeres no van a afectarme —seguía insistiendo Gala, como si ese fuera el único tema en el que pudiera pensar—. Me lo habían dicho las cartas, ¿sabes? El tarot lo decía bien claro.

—¿El tarot? —Coco la miró con cara de extrañeza.

—Querida, el tarot lo es todo, porque lo sabe todo. Sin él yo no sería nada —le confesó Gala mientras, con un gesto enigmático, le abría su bolso para mostrarle el mazo de cartas que llevaba envuelto en un paño de seda—. Y estas me han asegurado que hay alguien que nos quiere mal y que está cerca de nosotros y ese solo puede ser Breton.

Las cartas... siempre las cartas. Primero le dijeron el orden de las letras de un acta, luego la hora de llegada de un telegrama, algo después la mística de los colores y el simbolismo de los números eran los que le daban pistas sobre cómo actuar, el tarot, siempre el tarot... Al final todo influía constantemente en sus decisiones, pesaban sobre ella en los momentos que precedían a la toma de cualquier resolución. Las cartas ofrecían la explicación perfecta del presente, del pasado y, sobre todo, de ese futuro que tanto la atemorizaba.

Gala observó la cara de sorpresa de Coco. Ella ya sabía que el uso del tarot no estaba bien visto entre las clases pudientes rusas, pero poco le importaba lo que dijeran de ella. En realidad, pensó, nada había cambiado demasiado desde los tiempos en que la disposición de los posos del café decidían la suerte de un imperio. ¿Por qué no usar el tarot si podía ser de utilidad? Las cartas daban explicaciones más certeras.

En ese momento, la cabeza de Gala voló años atrás, muchos, más de veinte, cuando todavía vivía en Moscú, con sus padres.

Una noche que andaba sola por las calles de la ciudad, decidió ir caminando hacia su casa, pensando qué iba a ser de su vida, hacia dónde iba a encaminar sus pasos, qué le depararía el destino. Fue entonces cuando, desde el final de la calle, vio acercarse a una gitana. Una mujer mayor, algo encorvada, con la cabeza cubierta con un pañuelo y una sonrisa intrigante. Desde lejos, le hizo una seña para que también ella se acercara.

—¡Guapa! Cambia esa cara y dame tus manos. Intuyo que estas no predecirán más que triunfos —le dijo y, sujetándole la mano derecha, sonrió tras seguir con su uña un par de líneas de su mano.

—De verdad que... —balbuceó Gala tímida, intentando soltarse, pero sin poner demasiado empeño en ello.

—¡Lo sabía! Mi intuición no me ha fallado nunca. Lo he visto desde lejos. Tienes luz, un halo, algo, no hay más que verte. Serás importante, mucho, llegarás lejos, todo el mundo hablará de ti, pero...

—Pero ¿qué?, ¿qué más ve? —preguntó entonces, algo preocupada al fin por esa última frase.

—No serás tú, serás siempre el otro. Los hombres son malos compañeros de viaje para las mujeres que triunfan, mi querida niña. Ten paciencia, no

desesperes, pero, recuerda, solo tú podrás ayudarte a ti misma haciendo que sean ellos los triunfadores a través de ti.

Gala se la quedó mirando. No estaba segura de que lo que le había dicho fuera realmente bueno, pero se sentía bien. En el fondo ella ya sabía que nadie más que una misma puede andar el camino de la vida. Ella siempre había caminado sola, pero para eso tenía que alejar los fantasmas del pasado. Y desde allí le llegaba su convicción. No quería que le sucediera como a su madre. Rodeada de hijos que ni le prestaban atención, buscando siempre el cobijo de un marido por miedo a quedarse sola.

Frente a la gitana, por su cabeza rondaron miles de preguntas sin respuesta. Apretó los ojos con fuerza para que desaparecieran, pero no hubo suerte. ¿Qué tendría que hacer para cambiar de vida sin tener dinero suficiente? ¿Qué esperanzas tenía de conseguir una vida mejor? ¿Debía irse de Moscú, de Rusia?

—Gracias, buena mujer —le contestó esbozando una sonrisa, sin atreverse a hacerle ninguna pregunta más, y metió la mano en el bolso, para darle unas monedas—. Tenga.

—¡Dios te lo pague! —exclamó agradecida y metió una mano en uno de los enormes bolsillos de su delantal, buscando una cosa—. Ten este anillo. Llévalo siempre encima. Te dará suerte.

Y la mujer desapareció casi sin que ella se diera cuenta. Si no hubiera sido porque lo tenía en las manos, podría haber llegado a pensar que todo había sido fruto de su imaginación. Pero ahí estaba. Miró el anillo y se lo colocó en el dedo anular de su mano izquierda. Quién sabe, quizás sí que le daría suerte.

Razón no le había faltado a la gitana. Estaba sola. Aunque no durmiera sola ninguna noche, si miraba el fondo de su corazón se encontraba sola. Pero al menos había conseguido empezar a cambiar las cosas, Salvador era su perfecto reflejo, era ella misma.

Las cartas estaban en lo cierto y explicaban parte de ese distanciamiento que sentía la rusa, aunque se guardó mucho de comentárselo. Había aprendido a callar muchas de las cosas que pensaba. La imprudencia, la impulsividad era un arte que no hacía más que granjearle enemigos y no los

necesitaba.

—Creo que deberías centrarte en ser tú misma —le dijo, al fin, Coco, moviendo la cabeza como si así alejara sus recuerdos.

—A veces, cuando hablan pensando que nosotras estamos entretenidas con nuestras chácharas, yo sigo pendiente de sus conversaciones. Y les oigo decir que somos todas unas histéricas, que actuamos de forma irracional, que no hay que hacernos caso... Y entonces, cuando veo que nos tratan como niñas con cuerpo de mujer y nos impiden ser independientes, me levanto y me voy —le explicó Gala.

—Os dejan en segundo plano —concluyó Coco.

—Eso, en segundo, en tercero... Senos, madres, esposas... solo les servimos como complemento de sus sueños eróticos siempre y cuando no hayamos tenido hijos, y la mitad no sabe ni lo que es disfrutar haciendo el amor con la pareja hasta acabar agotada como lo sé yo. Buscan solo su propia satisfacción.

Escuchándola estaba claro que era un absurdo que a Gala la hicieran representar ese papel. Coco sabía que ninguna de ellas había aparecido mencionada en el manifiesto y ellas, tras leerlo, acabaron aceptándolo sin demasiados problemas, tratándolos como genios y sentándose a escuchar en silencio lo que Breton y compañía les decían, casi como si fuera un credo. Pero Gala era distinta. Ella no quería hacer nada, solo controlarlo todo, al menos todo lo que pudiera afectarla directamente, y no tenía intención de quedarse ahí. Por eso Breton, quien se había erigido en líder del grupo, y que en algún momento pudo llegar a pensar en convertirla en musa, en cuanto vio cómo iba escalando posiciones, cómo emitía juicios y opiniones que en ocasiones podían hacer dudar a alguno de los miembros, se arrepintió y prefirió eliminarla.

—Y ese Breton, André, mucho predicar el *amour fou* para acabar siendo un reprimido —añadió de inmediato Gala.

—Mujer...

—¿No te has dado cuenta? ¿No lo has visto? Todas las restricciones moralistas brotan de él y sin darse cuenta está defendiendo las contradicciones del mismo movimiento surrealista.

—Pero... ¿y todas las mujeres que han ido siempre a las reuniones?

—¿Esas? Lo hacen en calidad de musas, guías, niñas, esfinges... no te engañes, como alguna de ellas opine o haga algo sin cogerse de la mano de sus mariditos, harán con ella lo que conmigo, la expulsarán. El día que quieras te paso algunos de los textos de sus «informaciones sobre la sexualidad», están todos reprimidos.

—Pues no es eso lo que tengo entendido —apuntó Coco, ahora ya, tras haberla escuchado, sin demasiado convencimiento.

Estaba claro que ninguno de los hombres del grupo surrealista era capaz de enfrentarse a sus mujeres, por eso se habían limitado a dejarlas fuera del grupo, o a convertirlas en simples oyentes, a pesar de que muchas de ellas eran capaces de innovar tanto o más que sus parejas. Pero todas habían aceptado ese segundo puesto menos Gala. Ella no estaba dispuesta a quedar eclipsada.

—Breton solo quiere esposas sumisas y madres devotas... por eso no consigo hacerme un hueco en el grupo. Hablo, opino, comento, sugiero... y soy la única, por eso me miran con recelo, por eso malinterpretan mis deseos, porque me tienen miedo, creen que hay algo más allá y no entienden que más allá de Gala solo está Gala. Ni Paul, ni Max, ni Claudio, ni siquiera Salvador, solo Gala.

Coco la escuchó sonriendo y pensó que ella también había tenido que luchar contra esos prejuicios. Aunque no pudo evitar recordar que ella, al fin y al cabo, había conseguido sola el respeto de los demás, aferrada a su profesión, no sujeta del brazo de un hombre. Por más que en alguna ocasión sin su dinero no hubiera podido seguir adelante en el trabajo, había sido siempre de ella.

—Has entrado en el sitio adecuado, querida, déjame a mí —contestó entonces y pensó que Gala debía ponerse un traje y dejarse de divagar acerca de lo que los demás opinaran de ella. Las mujeres que adoptaban papeles masculinos demostraban su masculinidad, era cierto, como a ella misma le había pasado, pero en el fondo era un juego. Lo que de verdad sacaba a la luz era una cuestión importante, la feminidad era una máscara que podía cambiar la falda por el pantalón, pero la masculinidad también lo era.

—Lo sé.

—La elegancia del vestido es libertad de movimientos y es poder, y tú tienes que poder moverte sola.

—Exacto, aunque mi principal problema ahora es otro.

—Dime —respondió, dispuesta a escucharla atentamente.

—El tiempo me dará la razón, pero de momento, basta con que me ayudes a conseguir tener un buen aspecto. Imponer respeto y credibilidad cuando me vean. Quiero dejar de ser la pobre rusa que viste remiendos. Ya me encargaré yo de moverme. He decidido que, si la próxima exposición de Salvador no funciona según lo previsto, me voy a recorrer las calles intentando vender su obra, y los marchantes no son... cómo decirte... ni todo lo modernos, ni todo lo arriesgados que deberían. ¿No dicen que tus trajes son lo que un Ford a los coches?, pues yo necesito una buena carrocería. Del motor ya me encargo yo.

—Vaya, te veo decidida.

—He de tomar muchas decisiones por Salvador, por nosotros dos, por nuestro futuro.

—¿Adónde quieres llegar?

—El otro día, en una de las fiestas a las que asistimos, muchas de las mujeres que había allí me miraron y ocultaron sus risas.

—Querida, nos pasa a muchas de las que no entramos cogidas del brazo adecuado. En París existe la clase, y cuesta mucho romper la barrera y que te dejen saltarla.

—Lo sé... la mayoría son unas analfabetas que aspiran a que sus maridos ricachones las colmen de caprichos, pero tengo que convencerlos a ellos para que me compren la obra de Salvador, y nunca lo lograré si ellas no me toman en serio y les dicen a sus maridos que se gasten el dinero. Así que tengo que tener un estilo que les agrada, me tienen que mirar y ver a una mujer seria, respetable, no a un rival que podría meterse en su cama en cuanto salgan de viaje. Aunque con la mayoría acabe haciéndolo. Necesito, necesitamos, el dinero de sus maridos. Me tienes que vestir como te vestirías a ti misma si quisieras cerrar un gran negocio, porque yo tengo, todavía, que montar el mío.

—Ya veo.

Coco la observó con detalle y no dudó ni por un segundo que conseguiría lo que se propusiera. Era muy lista. Aunque hablaba sin parar, parecía que siempre tenía pensado todo lo que iba a decir. Lo mismo que las amistades que frecuentaban, se diría que lograba arreglárselas para relacionarse con las personas más interesantes, a sabiendas de que, tarde o temprano, podría necesitarlas para sobrevivir o que podría aprovecharlas para algo. Como si no hiciera nada espontáneo. Si se acercaba a saludarte en medio de una fiesta, lo tenía previsto. Si hablaba de tal o cual personaje, más tarde te diría o pediría algo relacionado con él. De momento, sin pedirlo, ya había insinuado que, al no tener dinero, no iba a pagar los trajes que se llevara. Le había vuelto a pasar. Coco sabía que no tenía que hablar directamente con las clientas, sobre todo con según cuales, ya que acababa cediendo si le comentaban que la pieza era demasiado cara. Gala ni se molestó en hacer el comentario, dio por hecho que no iba a pagar.

—El otro día, en casa de los Sert —siguió Gala—, dijeron que una mujer elegante tiene que poder ir al mercado sin provocar la risa de las amas de casa.

—Quien se ríe siempre tiene razón, querida —puntualizó segura Coco.

—Exacto. Esas mujeres son amas de casa con dinero y, de momento, no deben reírse de mí. Más adelante seré yo quien se ría de ellas, pero ahora no tienen que saberlo.

Coco se la quedó mirando. Era muy peculiar la rusa. Mucho más incluso de lo que le habían contado amigos comunes. Cuando le contara a Misia la visita que acababa de tener y la conversación que habían mantenido, seguro que esta sentía también rechazo de inmediato.

—La moda que no se hace para las masas no es moda, pues muere al nacer —contestó—. Pero esa misma moda nos hace diferentes de los demás. Y tú quieres demostrar que eres diferente. Déjalo en mis manos. —Y se la ofreció para despedirse mientras la acompañaba a la puerta de la *boutique*.

\* \* \*

—Viendo las calles y los bulevares, las fiestas y las celebraciones que tenemos aquí, en París, parece imposible que en América lo estén pasando tan mal como dicen los periódicos, ¿no creéis? —comentó Coco, mientras se colocaba unos cuantos alfileres en la boca para marcar los retoques que necesitaba el vestido que se estaba probando Gala.

A Coco no le gustaba trabajar con gente delante, prefería marcar los vestidos y luego quedarse sola, en su taller, a lo sumo acompañada de alguna de sus costureras. Pero a veces había que ceder, sobre todo si estaba Misia o Gala, que en estos últimos tiempos venían más de lo que era habitual a hablar con ella y se quedaban mirándola mientras acababa su trabajo. Así que no le quedó más remedio que ponerse a coser mientras mantenía la conversación.

—Será cosa de unos meses, en América está todo, el poder, el dinero... nos creemos que Europa es el centro del mundo, pero lo tienen ellos, y más pronto que tarde nos daremos cuenta. Nosotros no tardaremos en intentar dar un salto al Atlántico, tengo que convencer a Salvador de que viajar no es sinónimo de morir ahogado. ¡Es como un niño! —bromeó y no disimuló una carcajada—. ¡Si vierais lo que es España! Tenemos que alejarnos de allí. Me llevará tiempo convencerlo, pero lo lograré, porque si en algún país va a ser valorado como se merece, ese no es, desde luego, el suyo, ni tampoco lo será este. Está lleno de envidiosos exiliados que solo procuran ser ellos el centro de todo y de franceses que se creen que sin ellos el arte moriría. Aún tendré que esperar un poco. Salvador anda demasiado apegado a su familia, pero no tardaremos en irnos. Por más que parece que aquí la recesión que están teniendo ellos no va a llegar con la misma fuerza, seguro que sufriremos algunos coletazos, entonces cogeremos un barco.

Gala tenía razón.

El Martes Negro americano, provocado por el derrumbamiento del mercado de valores de Wall Street, acabaría llegando a Europa, a París, aunque tardaría más de un año en hacerlo, a pesar de que desde el principio estaba claro que no iba a afectar de igual manera a Europa. Mientras, en ese impás económico, en la Ciudad de la Luz seguían disfrutando de los efectos



de la Belle Époque, fiestas, ballets, teatros, las primeras proyecciones cinematográficas con asistencias masivas de público... Uno diría que la ciudad no solo era la capital de Francia, sino que se había convertido en el centro del mundo cultural y económico y que su poder de convocar a artistas no desaparecería nunca.

Pero las preocupaciones inmediatas de las tres mujeres eran otras. En unos días asistirían a un baile de disfraces al que, según todos los rumores sugerían, acudiría la flor y nata parisina. No podían perder el tiempo, debían vestirse para la ocasión.

—Parece mentira que me haya liado a hacer estos trajes. No me gustan ni los disfraces, ni los ampulosos vestidos de fiesta. Me siento como si estos patrones los hubiera diseñado otra persona por mí y los asistentes a estas fiestas acudieran como payasos a un circo del que estoy formando parte sin tener ganas de hacerlo. Deberían estar preocupados por asistir con sus mejores galas y prefieren ir vestidos como unos fantoches —se quejaba Coco.

A su lado iba colocando los restos de telas sobrantes, mientras marcaba minuciosa los pliegues del vestido de Gala.

—Querida, deberías pensar que allí estará todo el mundo y eso te conviene. Tu *boutique* es conocida, pero tus ambiciones son mayores y una fiesta es un escaparate como cualquier otro para ver y dejarse ver. En realidad, es mejor que cualquier otro, diría —apuntó Misia, que las observaba a las dos desde un cómodo sillón que había en una esquina del taller de Coco y que su amiga había comprado para ella.

—Es verdad, empiezas haciendo un vestido de Cleopatra y quién sabe si todas las que lo vean acabarán viniendo a tu tienda a comprar trajes.

—Además —añadió Misia—, más vale aprovechar, ya lo has oído, seguro que tarde o temprano llegará la recesión por estos lares, habrá que tener dinero en la recámara. Sin ir más lejos, ¿sabes lo que he oído comentar hoy en el café? Un camarero le decía a otro que acababa de escuchar en boca de un cliente que había vuelto a Europa que allí los pequeños establecimientos que viven exclusivamente de los negocios con América hacía quince días que no vendían ni un falso Chanel. Con eso te lo digo todo.

—¡Querida, tú mejor que nadie sabes que me encanta que me copien! — exclamó sin hacer caso a las funestas previsiones.

—Sí, pero todavía más te gusta que te compren.

—Quizás tienes razón —reflexionó claudicando—. En realidad, hace semanas que pienso en ello. ¿Dónde nos llevará la crisis? Y puede que haya llegado el momento de incluir vestidos con géneros que sean más asequibles para todos o me quedaré sin clientela.

—Sí, entre los que piensan que no queda bien gastar en tiempos de austeridad y los que no pueden hacerlo...

—Exacto, ya he hablado con una fábrica de Londres para pedirles presupuestos e incluir piqué, encaje, organdí y tul. Telas económicas y lavables... no queda otra. Una diría que hasta los que tienen dinero no lo gastan, como si en esta época parecer rico se considerara una vulgaridad.

Para ir a la fiesta, Daisy Fellowes, la anfitriona, había pedido que los asistentes lo hicieran disfrazados de un personaje conocido. Coco, al fin, comprendió la oportunidad que le brindaba el evento y cortó y probó trajes para sus amigas, convirtiéndolas en las emperatrices más poderosas o en las actrices y bailarinas más provocativas. Y, haciendo un último esfuerzo, decidió dedicar las últimas semanas a atender a los jóvenes hombres que pasaron por la *boutique* deseosos de disfrazarse también de alguna de las mujeres más famosas de París.

Todo el mundo sabía que las fiestas de Daisy Fellowes eran memorables. Tanto por lo selecto de los invitados, como por su duración y esplendor, no había ninguna que se pudiera comparar con ellas. Además, su repercusión en los diarios, que, poco a poco, empezaban a mostrar cómo vivían esos artistas de los que todo el mundo hablaba, pero que todavía pocos conocían, era segura.

Arte, baile, espectáculo, gastronomía... Daisy no quería dejar escapar a nadie. Ella, dotada para la música, tocaba el órgano y el piano, e incluso a veces se atrevía con la pintura y quería presumir de todo ello en su casa ante lo más granado de los círculos artísticos parisinos. Amaba, en realidad, todas las artes y su más que holgada situación económica le permitía dar fiestas a las que invitaba a todos aquellos a los que admiraba.

Daisy vivía feliz, tras un sonoro divorcio y con un nuevo marido que le permitía todo tipo de deslices sexuales tanto en público como en privado, lo que los convertía así en la pareja perfecta. Él prefería a los hombres y ella a las mujeres. Hecho el pacto antes de la boda, al poco se harían construir un hotel particular en el 43 de la avenida Georges Mandal y le encargarían a José María Sert la decoración del gran salón de música. A partir de ese momento, el edificio sería el centro de las mejores fiestas de París y Misia, una de las fieles invitadas a ellas, a las que acudiría, siempre, acompañada de su amiga Coco.

En esta ocasión llegaron las tres juntas a la fiesta, Gala, Coco y Misia, cuando ya hacía un buen rato que los invitados habían empezado a llegar. Daisy saludaba en una esquina del enorme salón y ellas, queriendo dejar pasar un rato antes de acercarse, se dirigieron hacia otra sala.

—Mi querida Suzanne, tú siempre tan elegante —saludó Misia al encontrarse de frente a la joven joyera de moda en esos momentos, que lucía un enorme colgante hecho por ella misma, en el que se mezclaba el cristal de roca y el coral.

Desde hacía unos meses ella y sus originales creaciones se habían empezado a convertir en una de las señas de identidad de aquellos que no dejaban pasar todo lo novedoso. Colgaban en los brazos y los cuellos de las mujeres más ociosas y acaudaladas de París, como signo de distinción y modernidad, a pesar de ir a contracorriente de las creaciones de la época. Hasta tal punto se había creído Suzanne Belperron su papel original en el mundo del arte de la bohemia parisina que nunca firmaba sus piezas. Insistía, cada vez que le preguntaban, en que su estilo era su mejor firma, por eso ella misma era la que las entregaba en mano a los cada vez más numerosos clientes de su salón de la calle Châteaudun. Sus joyas habían sido diseñadas y aprobadas por ella misma, cumplían al pie de la letra con su famosa máxima. Estaba convencida de que la originalidad de sus piezas las hacía identificables fácilmente y que por lo tanto no era necesario firmarlas.

—Queridas, qué alegría veros —contestó.

Vestida con un elegante kimono negro de seda, estampado con vistosas flores de colores y representando el papel de la joven emperatriz de un lejano

país asiático, pareció que la joyera se ruborizaba al oír a Misia.

—Un día de estos iré a encargarte una joya —le comentó.

—No tienes más que decírmelo. Diseñaré para ti una sin igual —contestó y se despidió de ellas.

—Poco va a durar su joyería —dijo al punto Coco viéndola alejarse, pero con un tono de voz tan alto que, a buen seguro, la había escuchado la francesa antes de alejarse de ellas.

—¡Deberías ser más cordial! —la reprendió Misia.

—Debería pensar en hacer bisutería, esas joyas tuyas pasarán de moda —sentenció.

## XIII

### LA MUERTE

### ROMPER CON EL PASADO E INICIAR LA MARCHA

Los miércoles, el grupo de amigos de Paul hacía en París unas reuniones que dieron en llamar sesiones de «investigación sexual». A ellas Gala acudía de la mano de Salvador, mientras que Paul lo hacía de la de Nush. Las nuevas relaciones se normalizaron. Al principio Gala intentó impedir la presencia de alguna otra mujer, para ser ella la única que llevara la voz cantante, y Salvador permanecía callado y quieto a un lado, casi sin atreverse a abrir la boca, a menos que se le ocurriera alguna fantasía que solía ser escatológica, y entonces irrumpía con voces y gritos, dejando a todos los asistentes boquiabiertos. Pero lo más frecuente era que no lo hiciera, que dejara a Gala agasajar a los participantes con meticulosos detalles de sus hazañas sexuales y de sus amantes. Los demás, atentos a las explicaciones de Gala, sentían repulsión hacia esa obsesión de Dalí por los excrementos en la misma proporción que se veían atraídos por las prácticas íntimas de las que presumía Gala. Pero nada era casual, Gala sabía que con sus explicaciones no hacía más que estimular la imaginación de Salvador para sus futuras pinturas. Más tarde el éxito con el que era acogido el catalán en todos los círculos artísticos propició que asistieran modelos, que se prestaban encantadas para representar sus fantasías.

Pero no siempre habían sido bien recibidos, a Paul le costó mucho que dejaran participar a la pareja.

—¿No crees que deberíamos llamar a Dalí? —insistía una y otra vez Paul sin demasiado éxito—. No siempre está en París y podríamos aprovechar estos días para incluirlo en las investigaciones. Seguro que sus respuestas son de lo más sugerente —apuntó Paul, sin mucho convencimiento de que su amigo André, que se había erigido como líder en esas reuniones, aceptara su propuesta.

—No, no quiero que asista a ninguna de las sesiones —contestó enfurecido Breton—. Estoy harto de ese español que se pasea por nuestros locales y acude a nuestras exposiciones como si estuviera perdonándonos la vida.

—Hombre...

—He dicho que no y no se hable más. Allá tú y tus relaciones con ellos dos, te envenenarán, esa rusa envenena a todo el que se acerca —le dijo a Paul mirándolo muy enfadado—. Lo que tú te traigas con Gala es tu problema y las relaciones que hayas decidido mantener con ella también son cosa tuya. Haz lo que te plazca, por más que a mí sigan sin parecerme bien, pero mientras yo esté aquí, entre los surrealistas, ni Gala ni Dalí participarán en nuestros actos más que lo necesario.

—Creo que eso deberíamos decidirlo entre todos.

—Eso lo decido yo y no hay más —zanjó Breton—. No me cae bien. Tu rusa no me cae bien. Hay algo en su forma de ser, de mirarnos, de tratarnos, incluso cuando no dice nada y se queda toda la sesión sentada al final de la sala, que hace que no me fíe de ella.

Pero la decisión de Breton no fue secundada por los demás y Gala asistió a algún que otro encuentro, alimentando con su participación el rechazo que este sentía por ella.

Sin embargo, nada les llamaba ya la atención en París a Salvador y Gala y decidieron, de nuevo, volver a España. A pesar de que Gala era consciente de que antes de poder instalarse en Port Lligat tenían problemas que solucionar, muchos de los cuales eran puramente de intendencia. La casa no estaba ni siquiera preparada para vivir con cierta comodidad. La barraca en la que se alojaban, y que todavía no habían podido pagar del todo, no tenía ni las mínimas condiciones para poder vivir en ella, ni siquiera de forma modesta, y

ambos lo sabían.

Gala, desde París, encargó a un carpintero que hiciera los arreglos necesarios para que, llegado el verano, pudieran trasladarse a vivir allí. Poco a poco se fue convirtiendo en un lugar habitable gracias al dinero de Noailles y algunos arreglos en la minúscula y única habitación que les serviría de vivienda y que al fin acabaría haciendo las veces de salón, dormitorio, cocina y taller. Tan solo les hacía falta un caballete, suministros para pintar, algunas piezas modernistas de muebles de segunda mano, una estufa de gas y los objetos de los que Salvador no podía separarse en ninguna de las casas en las que vivía: una mariposa encerrada en un cristal, una colección de insectos y un montón de libros de texto capaz de romper el espinazo a aquel que quisiera moverlos.

Pero no bastaba con la casa para que estuvieran tranquilos, la salud de Gala seguía siendo frágil.

—Hace más de un año de la pleuresía —comentó—. Y parece que no acabo de estar curada del todo.

—En Cadaqués se te pasarán todos los males. El clima que tenemos aquí ayudará a tus pulmones —aseguró Salvador.

—Quizás, porque las facturas del médico, a este paso, no vamos a poder pagarlas.

Salvador se la quedó mirando.

—Creo que no podré seguirle pidiendo dinero a Paul en esta ocasión —contestó ella sin que hiciera falta que él le sugiriera nada—. Lo mejor será que lo convenza de que vendamos alguno de los cuadros o de las antigüedades que compramos juntos.

—En unos días lo veremos en el estreno de *La edad de oro...* —apuntó Salvador.

—Sí, aprovecharé para pedirle dinero allí.

—¿Seguro? ¿Estarás bien como para asistir?

—Tenemos que dejarnos ver. Necesitamos que compren tu obra.

—Empieza de nuevo el ejercicio de la mundanidad —dijo Salvador muy solemne sonriendo.

Y así lo hicieron. Por más que a ninguno de los dos les gustara mucho,

acabaron metamorfoseándose entre los parisinos en todos los actos sociales que pudieron.

Dalí con traje y Gala con traje sastre y sombrero, siguiendo los consejos de Coco, eterna defensora de ver y dejarse ver, empezaron a frecuentar la noche parisina. Teatros, inauguraciones, cenas... no dejaron de asistir a ningún evento en el que pudiera acudir un posible comprador de la obra de Salvador. Un universo al que acababan de acceder y por el que todavía caminaban de puntillas, porque hasta ese momento se habían mostrado poco interesados en él. Por suerte, un pintor catalán amigo, Joan Miró, que ya era bastante conocido en la ciudad y en los distintos círculos artísticos, les hacía de puente entre las fortunas que se movían en París en esa época. Y a partir de ahí, se fueron introduciendo en una red de múltiples y encopetadas relaciones que les supusieron algunos ingresos.

Una tarde acudieron al palacete de los Noailles, en la Place des États Unis. El edificio había sido transformado en *modern style* por el conocido arquitecto Jean Michel Frank y en ese momento era uno de los puntos de reunión preferidos del Tout Paris. Modernos, ricos, artistas, aspirantes a pintores, novelistas, poetas, actores... se acercaban allí para divertirse. Un lugar fabuloso inundado de lujo, con una sala de baile y un *fumoir* con las paredes forradas de pergamino y grandes salones desnudos y blancos, donde, bajo la lámpara de cristal de Venecia o de Baccarat, la fiesta alcanzaba su apogeo casi todas las noches.

La vizcondesa de Noailles —Marie Laurie para los íntimos— vestía siempre de verde. Biznieta del marqués de Sade, se enorgullecía de ese parentesco que daba lustre a su inconformismo. Ella pertenecía a ese pasado tan poco convencional y así entraba de pleno en el campo de las vanguardias. Tener en la mesa a un artista desgredado que, a buen seguro, daría que hablar sabía que daría pie a que se rumoreara sobre ella. A pesar de que recordaba a la perfección que los surrealistas no le daban más que quebraderos de cabeza y que, tras el estreno de *La edad de oro* en su palacete, el escándalo la obligó a alejarse de París durante un tiempo.

Se acordaba con detalle de que aquella noche, después de la proyección de la que iba a ser la más fiel visión del surrealismo en el cine, los silbidos y



los abucheos comenzaron a oírse casi de inmediato. Al principio, la mayoría de los asistentes no prestaron demasiada atención a los disturbios, e incluso hubo quien prefirió fingir que aquello no estaba sucediendo. Pero poco a poco aumentaron de volumen y se hizo imposible ignorarlo. Los grupos de derechas lanzaron bombas a las pantallas y destruyeron butacas amenazando a los surrealistas y a todos aquellos que los apoyaran.

De nada sirvió que hubieran montado un foso para la orquesta y ella, con la vista clavada en los músicos, procuró estar por encima de cada nuevo abucheo, de cada murmullo. Pero a medida que continuaron sonando los compases de la obertura, una creciente intranquilidad fue filtrándose entre todos los asistentes. Por un momento pareció que la orquesta hubiera dejado de tocar, pues se hizo un silencio hondo y todo pareció de pronto detenerse. El público contuvo el aliento. Pero luego un primer proyectil voló por encima de las cabezas de unos espectadores estupefactos y a partir de ese siguieron los otros.

Sin embargo, aquello ya había pasado hacía tiempo y Salvador asistió al suceso casi sin protagonismo, ahora era cuando Dalí necesitaba de nuevo ser conocido y, sobre todo, reconocido, para poder vender su obra. Así, él mismo decidió que no comería ni hablaría en toda la velada. Cuando uno de los sirvientes le presentó la fuente, la apartó con un ademán exagerado, obstinadamente mudo ante su plato vacío. Su anfitriona, al fin, acabó por inquietarse ante el rechazo de su invitado y le preguntó si se encontraba indispuerto.

—En casa he comido un trincherero —contestó, sujetándose la garganta con las dos manos y mostrando un cierto dolor en la zona—. Un trincherero de cristal y de madera, pero lo que más me ha costado tragar ha sido la madera.

Esa respuesta bastó para que se hiciera un silencio general en torno a la mesa.

—¿De madera, señor? —preguntó uno de los camareros, que estaba recogiendo los platos.

—Me costaba masticarlo y tragarlo, y creo que me duele bastante el estómago porque la digestión se me ha hecho un poco pesada —seguía hablando muy serio.

Su acento era muy poco parisiense y tenía esa manera peculiar de recalcar las sílabas y de pronunciar con énfasis la «e» muda, que lo hacían más estrafalario aún. Su discurso marcó una pausa en el monótono flujo de la conversación. Dalí había acudido con la intención de hacerse notar y lo había conseguido. Gala sonrió y cogió su mano por debajo del mantel dándole su aprobación y animándole a continuar tal y como lo estaba haciendo. No se le ocurría a la rusa mejor público que el que los estaba atendiendo, ¿cómo no iban a comprar todos estos un cuadro surrealista? ¿Cómo no iban a ver en Salvador un genio?

La vizcondesa, para distraer a los comensales de una conversación que no era capaz de intuir hacia dónde podía encaminarse, llamó a su marido para enseñarle, de inmediato, *El juego lúgubre*. Al menos debía dejar claro que, a pesar de ser un personaje extraño, el innegable genio de su arte podía llegar a disculparlo.

Pero a pesar de las fiestas y las nuevas relaciones, los Dalí seguían sin conseguir el dinero que necesitaban para vivir sin preocupaciones. Antes de irse a Cadaqués, se trasladaron a un pequeño cuarto de un barrio más obrero del que estaban hasta ahora. Un modesto piso, sin muebles ni decoración, pero con espacio suficiente para un taller.

—Cada habitación tendrá un color —anunció Salvador muy serio—. Y ese color hará al mismo tiempo de tela de fondo en mis cuadros.

—No quiero ver danzar ni un solo pincel cuando acabes de trabajar —le ordenó Gala, que seguía sin soportar el desorden.

Poco a poco su ritmo de vida se fue modificando y acabaron por llevar una existencia pequeño burguesa: Dalí trabajaba, Gala trajinaba, cocinaba y salía a vender pequeñas piezas. Al caer la noche, Gala acompañaba a Salvador en todas las cenas: le ayudaba a vencer sus miedos, a salir a la calle desafiando sus viejos temores adolescentes. Tan solo bastaba con mantenerse al margen hablando poco o nada. Y eso le daba alas a Dalí para ser quien era. No aprobaba ni desaprobaba nada, pero todo su ser era solidario y, dijera lo que dijera, o hiciera lo que hiciera, ella era y actuaba como si fuera su otra mitad. Esta misma situación le permitía asumir el papel que desde los inicios había querido interpretar, su agente en la sombra.

Mientras Dalí se dedicaba en París a hacer de surrealista de pura cepa, sin conseguir que sus cuadros se vendieran, centrado como estaba el mundo del arte en pintores como Picasso. Intentó compensarlo dando conferencias en las que no decía nada y a las que asistía encerrado en una escafandra, o con una mariposa gigante en la cabeza, o en una piscina...

—Tienes que ponerte a trabajar. Necesitamos contar al menos con algo de dinero —le apremió un día Gala muy seria.

Allí Salvador se dedicó a inventar, crear y fabricar cantidad de objetos que hacían soñar y reír; objetos surrealistas que eran una respuesta a la cretinización del arte que, según él, se estaba viviendo en esos momentos. Uñas artificiales provistas de espejos, maniqués de cera desnudos, cubiertos de insectos y de bogavantes para adornar los escaparates de los grandes almacenes, gafas caleidoscópicas para utilizar en el coche mientras se atraviesan abruptos paisajes, maquillajes especiales, zapatos con muelles, pechos falsos para llevar a la espalda, bañeras sin agua...

—Saldré con ellos a venderlos. Quién sabe. Quizás por fin reconozcan en todo esto tu genialidad.

No hubo suerte. Por más que Gala enseñó los objetos, no consiguió más que vanas promesas de futuras compras que bien sabía ella que no se realizarían nunca.

—Odio a los judíos —acabó diciéndole Gala a Salvador un día—. Se dedican a toquetearlo todo y, al final, no se deciden a comprar nada. Solo porque yo soy la mujer del artista creen que haré cualquier cosa con tal de vender.

—No nos moriremos de hambre —le aseguró Salvador.

—Quizás no, pero de momento casi ni tenemos dinero para pagar un taxi que nos lleve hasta Cadaqués.

Estaban en la estación de tren, al otro lado de la frontera, esperando a que llegara el automotor que, a través de viñas y campos de albaricoqueros, bordeando al mar los acercara a lo que ya consideraban su casa, el lugar de descanso al que volvían asiduamente. París no había resuelto su problema, seguían teniendo demasiados gastos.

—Igual podríamos coger un tren.

—Querido, parece que no recuerdas la lentitud e incomodidad sin igual de los trenes españoles. Parecen pensados para evitar que los demás entren en el país.

Salvador no contestó. Él, mejor que nadie, sabía que la ventaja de dejar el tren en Port Bou era evitar un nuevo y pesado cambio a un tercer tren que les haría eterna la llegada a su destino. Se giró y miró con detenimiento el despliegue de baúles, maletas y paquetes que llevaban consigo. Daba la impresión de que partían a las indias, o que emprendían un inusitado traslado a una remota colonia. Gala tenía razón, un tercer tren no era buena idea, y acabarían rompiendo o perdiendo algo. Y de sobra sabía la rusa que un suceso de ese calibre podía acabar con la concentración y la estabilidad de Salvador durante varias semanas. No podían permitírselo. Llegarían con todo a Port Lligat.

Esta vez no habían dejado nada en París, cajas de colores, un caballete, unos cuantos lienzos, las colecciones de insectos y de postales de Salvador, el amplio vestuario de Gala, sus libros, un maletín atestado de medicamentos sin los que sus pulmones se resentían... incluso se había llevado algún pequeño mueble que Paul comprara para ella en la casa de la rue Becquerel. Ninguno de los pasajeros que estaba en ese momento en el andén evitaban lanzarles una mirada de extrañeza.

—¡Aquí, aquí, chico! —gritó de pronto gesticulando y moviendo nervioso los brazos Salvador al ver a un mozo llamando la atención de todo aquel que en ese momento estaba en el andén.

—¿Señor?

—Todo esto —le dijo—. Nos lo llevamos todo, ¿puedes ponerlo a buen recaudo hasta que llegue el automotor?

Movía su bastón al aire, ejecutando peligrosos molinetes de los que el chico se apartaba cuidadoso. Gala, mucho más resolutiva, sobria y eficaz, ya había comenzado a colocar los bultos apilados a un lado, mientras con el rabillo del ojo vigilaba que no se quedara nada en el andén o se perdiera.

—No te preocupes, ni se perderán ni se romperán —le tranquilizó Gala al ver que con los ojos desorbitados intentaba localizar sus lienzos, aterrado ante la idea de perder uno por el camino o dejárselo olvidado.

—¿Qué sería de mí sin ti? —le dijo Salvador al verla ordenarlo todo diligente.

El taxi, hundido por el peso del equipaje, con el maletero, el techo y el asiento delantero atestados, se llevó por fin a los viajeros encogidos detrás con sus bultos. Todavía quedaban cuarenta kilómetros de curvas en zigzag al final de los cuales Salvador sabía que les esperaba el paraíso.

—Déjenos aquí mismo, en el hotel Miramar —le dijo Salvador al taxista.

—¿Está usted seguro, señorito Salvador?

—¡Claro!, dónde sino. —El taxista guardó silencio con una actitud que, a Gala, le hizo pensar que ocultaba algo.

—Mire... señorito Salvador... —empezó a hablar poco seguro el dueño del hotel—, comprenda que no soy yo... es su padre. Nos dijo que usted querría dormir aquí con una mujer casada y esta casa es... bueno, una casa seria. ¿Sabe? —Sin llegar a entrar en la recepción, en la puerta del hotel, le explicó lo mejor que pudo a Salvador que no iba a tener una habitación a su disposición, que no eran bienvenidas las adúlteras.

—¿Qué me estás queriendo decir con eso? ¿Acaso yo no soy una persona seria?

—No, no es eso, yo... —se disculpaba el hombre como podía—. Su padre nos ha dicho que de dejarle hospedarse aquí esto sería un escándalo, y no podemos permitirnoslo. Comprenda...

—Déjalo, Salvador. No conseguiremos nada. Tu padre no nos quiere aquí y hará lo que sea por hacernos la vida imposible. —Gala no necesitaba tantas explicaciones para comprender que el padre de Salvador había decidido hacerle la vida imposible a su hijo.

—Pero, mi Oliva... Qué haremos. ¿Cómo ha sido capaz mi padre? —contestó compungido Dalí.

—Shhh, shhh, señorito Salvador, venga. —Un poco más allá de donde se encontraban, un hombre le hacía gestos desde una esquina de la calle—. Venga, señorito.

Gala y Salvador se miraron. Ella no sabía quién era, pero Salvador de inmediato recordó que había trabajado como criado en casa de su padre cuando él era niño.

—Vengan a mi casa, señoritos. Mi mujer les arreglará nuestra habitación hasta que vean donde pueden dormir. No está bien eso, no señor. No está bien dejar a un hijo en la calle —siguió rumiando el hombre mientras movía la cabeza a un lado y a otro en señal de rechazo.

—¿Ves, Salvador? A veces tu familia, tu verdadera familia, poco tiene que ver con el lugar en el que hayas nacido.

—Pasen, pasen, ahora le diré a mi mujer que lo prepare todo. Será un honor que se queden en nuestra casa el tiempo que necesiten.

—Muchas gracias, Manelet —le dijo Dalí.

—Yo no sé qué le habrá hecho usted a su padre, pero no está bien dejar a un hijo en la calle. Eso no está bien —insistió el hombre desapareciendo por lo que, desde lejos, parecía la cocina.

—Estaremos un solo día —anunció ella—. Mañana por la mañana seguiremos nuestro viaje, está claro que aquí no tenemos nada que hacer. Pero estaría bien que tu padre se enterara de que hemos venido a quedarnos, a instalarnos en la zona.

La hostilidad que encontraron aceleró aún más su deseo de trasladarse a su pequeña posesión en Port Lligat, aunque esta no estuviese del todo acondicionada. Si Cadaqués era un pueblecito aislado, mucho más lo era Port Lligat. A él había que llegar andando, tras veinte minutos siguiendo una vereda que pasaba por delante del cementerio. Sin duda el pueblo también era mucho más accesible por mar que por tierra. El camino de Cadaqués a Port Lligat era escabroso y ellos siempre lo recorrían a la luz del día, siguiendo una pequeña carretera que serpenteaba alrededor de un cementerio y que a Salvador le llenaba de pavor.

—Fantasmas, tumbas, muertos... —susurró asustado.

—Salvador, no saldrán de sus tumbas. Los muertos, muertos están —aseguraba Gala.

—Yo los veo.

—Dame la mano, cierra los ojos y déjate guiar por mí... te llevaré hasta nuestro palacio en la arena.

La cabaña en la que iban a vivir era lo más alejado de un palacio que uno pudiera imaginarse, en realidad era muy pequeña, poco más que un refugio

contra la feroz tramontana. Un lugar donde los pescadores se cobijaban y preparaban los anzuelos mientras bebían vino, celebrando que ese día habían regresado sanos y salvos de la faena. En su estado actual estaba sucia y desprovista de toda comodidad. Estaba claro que los pescadores, por muy borrachos que estuvieran, preferían recorrer el camino montañoso para regresar a dormir a Cadaqués que quedarse a hacer noche en ella, pero los Dalí harían de la choza su hogar.

El lugar, sin embargo, era espectacular. Las hileras de olivos, de un tembloroso plateado, se elevaban sobre las terrazas de las colinas negras. Las olas y los vientos marinos eran rechazados por una península de roca hendida de aspecto meteórico, proporcionando así una especie de cargada tranquilidad a la bahía, como si se encontraran en el ojo del huracán, pero protegida al mismo tiempo de posibles temporales.

Por suerte Dalí conocía a todo el mundo en la zona y no le costó encontrar a un pescador que aceptó transportarlos en su barca con una parte de los bultos. El resto llegaría más tarde a lomos de una mula.

\* \* \*

*Los cambios son necesarios. Aligeran. Mejoran la vida. Nos hacen soñar, crecer. Creer de nuevo en el mañana. Nos dejan ser libres. Libres. Cómo me había gustado esa palabra desde la primera vez que la oí. Libres... La dije en voz alta en el tren que me trajo a Francia. La libertad de la mirada. La libertad del reflejo. La imagen libre en el espejo que nos muestra lo que somos.*

\* \* \*

La pareja se acostumbró a llegar a Port Lligat a remo; lentamente, al ritmo de

los viajes más antiguos que se recordaban en la zona, contorneaban colinas, y bordeaban calas hasta llegar a la suya, más agreste, más abrupta que las otras, en la que solo vivían pescadores. Pero estos, al contrario que los aldeanos, los acogieron con simpatía. Era una pareja de enamorados que intentaba adaptarse al medio en que les había tocado vivir. Ni la pareja, ni los pescadores se andaban con tapujos, organizando la vida como les daba la gana, sin estar pendientes de los chismes del pueblo.

—Como si fuéramos Carlos V, ¿te das cuenta? —exclama Salvador.

Gala lo miró, en el fondo seguía siendo un niño que buscaba nuevas emociones.

—¡Preparados! ¡Marineros! Llegamos a Port Lligat —gesticuló con exageración como si se tratara de un viejo pirata queriendo conquistar un puerto, levantando una mano y poniéndosela de visera, mirando hacia el horizonte—. ¡Ahora sí hemos conquistado la playa! —exclamó Salvador al llegar, arremangándose los pantalones hasta las rodillas y arrojando los zapatos a la arena seca.

Nada más hundir las piernas en el mar, estalló en una carcajada. Gala lo escuchó, nada tenía que ver esta risa franca con sus ataques de histeria a los que ya se había acostumbrado, a pesar de que cada vez eran más espaciados. Su risa reflejaba la alegría de hallarse de nuevo, por fin, en casa, descalzo en ese mar que adoraba y con el que había convivido de niño. Gala le siguió: actuó con la misma naturalidad que él, queriéndose apropiarse de esa felicidad que todavía no compartía, por más que sentía que todo en ese momento seguía los cauces correctos para conseguir alcanzar la belleza y, con ella, una tranquilidad económica que tardaba en llegar. Así, se despojó de los escaupines y de las medias, y sin dudarlo se enrolló la falda hasta los muslos. Entre los dos ayudaron al pescador a descargar la barca y subieron hacia su caseta, cargados de paquetes.

—Parece que el carpintero ha trabajado bien y la barraca cada vez es más habitable —comentó la mujer bastante satisfecha—. Tendremos que darle las gracias al vizconde de poder dormir bajo techado —dijo Gala casi riendo—. Cuando quieras invitamos a tu padre y a tu hermana a que vengan a vernos.

Al fin habían comprado la casa a Lidia Noguer, hija de la señora Sabana,



la bruja de la zona. Habían pagado doscientas cincuenta pesetas que les había dado el vizconde de Noailles por veintiún metros cuadrados.

—¿Qué quieres decir?

—¡Ay! Salvador, nada, que gracias al dinero de Noailles tenemos tejado y paredes y que tu padre y tu hermana pueden guardarse sus amenazas, que no nos afectan.

—¡Mira y también está instalada la ducha y el retrete! —exclamó de pronto cambiando de conversación. No quería hablar de su familia, ahora no—. Solo nos falta luz eléctrica. Menos mal que pensé en eso y he traído lámparas de petróleo.

—Aquí dormiremos, comeremos y pintarás sin que nada ni nadie te moleste —dijo mirando la minúscula y única habitación que les serviría de vivienda.

Los pescadores acogieron con simpatía y sin prejuicios a esa pareja de enamorados que irrumpía en su elemento y que, en contra de lo que imaginaban, eran casi tan pobres como ellos y, que, a pesar de sus orígenes, supieron adaptarse de inmediato a su austero y frugal modo de vida y a sus más que notables estrecheces económicas.

Poco tardaron en ser conocidos. Salvador, el joven paisano, y Gala, la mujer de oscura procedencia que siempre iba vestida de una manera muy sencilla, no tenía miedo al mar, donde se bañaba desnuda, ni a las faenas habituales de las mujeres de los pescadores. Ninguno de los dos obraba como si fuera distinto a ellos y a menudo se les veía acarrear leña, restregar ropa blanca en improvisados baldes e incluso fregar con abundante agua en el suelo de su remozada barraca.

—Duermo bastante mal. Tengo sueños contigo, estás presente también en mis despertares, más alta, más esbelta, más viva que nunca, pero desesperadamente inaccesible.

—Tienes que pintar más, soñar más frente al lienzo y dejarte de perder todas esas obras desperdiciadas en tus sueños por la noche.

—Gala, mi Galuska.

La vida en la solitaria cabaña de piedra era tan primitiva que sus privaciones fueron desalentadoras: la humedad marina del invierno agitaba

los débiles pulmones de Gala y, a pesar de eso, le estaban pidiendo que cambiara su lujoso piso con vistas de todo París por la estrechez de esa cabaña con un solo ambiente, sin luz eléctrica, calefacción ni agua corriente. Les compensaba esa soledad. Desde la cama y a través de un espejo, y dada la situación geográfica, el genio se sentía orgulloso de ser el primero en todo el país en ver salir el sol; de hecho el sol, decía eufórico, salía para él.

—Pondremos unos huevos enormes en el tejado y unos maceteros en forma de tazas de té... —le explicó él la primera noche que, al fin, lograban dormir en lo que consideraban como su casa.

En su cabeza Gala, con su piel apenas bronceada, vestida con un elegante traje sastre de lana —el mismo con el que iniciara el viaje—, con una larga falda de talle alto, ceñida justo debajo de los senos. ¡Esos senos!, no hacía ni media hora que se había separado de ella y ya necesitaba volver a tocarlos. Llevaba un sombrero de ala ancha, zapatos con un poco de tacón y un lazo, el mismo lazo que adornaba su cabeza.

*Gala mía:*

*He estado haciendo el amor, a menudo, demasiado a menudo. Pero ¿qué no habría dado por pasar una noche contigo? Te deseo mucho. Tanto que a veces creo que voy a volverme loco. Me muero ante la simple idea de que regreses y volver a verte, a besarte. Te deseo tanto que no quiero que tu mano, tu boca, tu sexo abandonen jamás el mío. Gala, si se te ocurre el pensamiento de que todo podría terminar entre nosotros, me siento como alguien condenado a muerte y qué muerte.*

—¿Lo estás escuchando?

—Sigue, por favor, cada carta de Paul logra superar la anterior, y sabes que desde que me leíste la primera, ejercen sobre mí una extraña fascinación —dijo y notó cómo en su entrepierna su miembro empezaba a endurecerse. No era la primera vez que le pasaba escuchando una de las cartas que le escribía Paul.

*Estoy muy nervioso. Te deseo tanto que me vuelvo loco. Me muero por estar*

*contigo, verte, besarte. Quiero que tu mano, tu boca, tu sexo no se separen más de mi sexo.*

*Te cubro de besos, ma petite.*

—No sabes lo que daría por que yo pudiera sentir lo mismo, en las mismas zonas, completar contigo, con tu cuerpo, lo que siente mi alma. Alejarme de masturbaciones y de sueños que se convierten en pesadillas cuando veo que no tienen final.

La pareja se entregó a la tarea de convertir la barraca en un lugar habitable. Contrataron a un carpintero para añadir una cocina. El trabajo, no obstante, tardaría varias semanas en quedar terminado, y mientras tanto tuvieron que pagar su tributo al frío invierno y al tratamiento gélido que los habitantes del pueblo les dispensaron. Una mañana, Gala se despertó tosiendo.

—Mis pulmones, Salvador, algo les pasa a mis pulmones —se quejó Gala, asombrando a Dalí, poco acostumbrado a que fuera ella la que reclamara atención y sin saber bien cómo actuar.

—Mi Oliva, ¿qué haremos? —preguntó Salvador esperando que fuera ella la que tomara las riendas.

—Tienes que pedir un taxi, no puedo respirar bien, no llegaré a ningún sitio de otro modo. Nos iremos a Barcelona.

—¿A Barcelona?

—Sí, Salvador, en el hospital sabrán qué hacer. Aquí solo hay pescadores...

—Como digas, Oliva —contestó sin saber bien qué suponía esa decisión de Gala, pero intuyendo que se avecinaban tiempos complicados.

Por primera vez, Dalí debía mostrarse sensible a las necesidades de Gala y quedarse en un segundo plano. Y así lo hicieron, por suerte para Gala, que pudo ser tratada en la ciudad. Salvador, más asustado por la posibilidad de tener que hacer algo solo mientras Gala estaba ingresada, que preocupado por Gala, decidió no separarse de ella ni de día ni de noche.

—No puedo verla así —le confesó al médico—. Hundida en su camisa roja parecía un hada dibujada por Kirchner, como si estuviera a punto de

morir por el mero esfuerzo de oler una de las decorativas gardenias, cuyo tamaño y peso eran el doble que su cabeza.

El médico lo miró deseando también la pronta curación de Gala, que, por suerte, le había advertido antes del carácter de Salvador.

—No se preocupe.

—¿Morirá?

—Moriremos todos, Salvador, pero Gala no lo hará de esto.

—No, doctor, ella no morirá nunca —aseguró el catalán.

El médico lo miró sin contestarle y esbozó una media sonrisa.

—Déjela descansar —le insistían las enfermeras al ver a Salvador día y noche sin moverse de la habitación ni para comer—. Coma algo.

—Es que no sé hacer nada sin ella —les confesaba Salvador.

—Nosotras lo acercaremos a comer algo, no se preocupe, está en buenas manos y la enfermedad está ya controlada —le insistían.

Las palabras de médicos y enfermeras no lo tranquilizaban. La fiebre de Gala no desaparecía y a Salvador eso le provocaba ansiedad, generándole una urgencia de extinguirla, de sofocarla con sus besos y aplastarla como una pequeña flor con sus manos. Como si comprimiéndola con su cuerpo fuera a fundirse con él.

Lo único que necesitaba Gala era estar caliente y quedarse en la cama. En lugar de eso, Dalí la obligó a salir al aire de la noche y la condujo hasta un parque, donde la arrastró haciéndola subir un largo tramo de escalera, para que pudiera contemplar las luces multicolores y los fuegos de artificio de un parque de atracciones. La reacción de ella fue extraordinaria.

—Nos iremos a Málaga —le aseguró Salvador—. Lo que necesitas es sol, calor.

—¡Sabes todo de mí! ¡Siempre consigues hacerme llorar!

Los doctores habían prescrito calor, así que Dalí, sin dudarlo, se la llevó a Málaga. Lo sensato hubiera sido que permaneciera en reposo, pero hicieron un pesado y penoso viaje en tren por España hasta la ciudad en segunda clase. A pesar de su débil salud, Gala no se quejó jamás.

El tren llegó a Málaga durante la hora de la siesta y ella y Dalí viajaron en coche de caballos a lo largo de la costa. El conductor estaba borracho de anís

y el vehículo traqueteó sobre un puente, por encima de las marismas, hasta que llegaron a su destino: Torremolinos. En aquellos tiempos, la localidad solo tenía casas de pescadores.

—Alquilaremos una de esas casas. Una que esté sobre un acantilado, para ver y escuchar el mar.

Gala sonrió, solo ella era consciente del poco dinero con el que contaban y que Éluard había mandado, haciendo grandes esfuerzos. Y con el que podían pagar poco más que una pequeña choza con el sitio justo para colocar un caballete y un colchón en el suelo.

—¿Y el dinero?

—Se lo he regalado a un gitano.

—¿A un gitano?

—Mi Galuska, me quería ir a vivir con ellos —le confesó Salvador.

—Pero... ¿no nos queda nada entonces? ¿Nada de nada?

Gala no tenía ni fuerzas para salir en pos del gitano y reclamarle su dinero, y optó por no seguir la conversación. ¿De qué iba a servir al fin hacerlo?

—Lo que tengas tú —contestó Salvador y la miró, y viendo cómo se le escapaba una lágrima de impotencia no quiso seguir hablando.

Salvador los días siguientes la mimó sin atreverse a confesarle que, asustado como estaba por lo que había hecho al entregar el dinero, se dirigió tambaleándose hacia el centro del campo de claveles reventones y se masturbó hasta quedarse dormido y solo. Se había castigado a sí mismo, con frenesí infantil, golpeándose tan duramente el rostro con los puños que se había roto un diente y no supo qué hacer. Por eso había regresado corriendo junto a Gala.

—¿Dime qué es? —le preguntó a la rusa, que estaba ya algo recuperada.

—Una luciérnaga —contestó ella, casi sin demasiadas fuerzas, a sabiendas de que a Dalí le gustaba hacer acopio de ellas.

—¡No! Es mi diente... Me he roto mi diente de leche; tenemos que regresar para dejarlo en casa colgado de un hilo.

Gala tomó baños de sol en la playa con el pecho descubierto, nadó, y ayudó a Dalí a preparar el texto final de su libro: *Mujer invisible*.

Empezarían de nuevo.

## XIIII

### LA TEMPLANZA

## LANZARSE A LA BÚSQUEDA DE UN RITMO NUEVO

De regreso en París, la situación económica de la pareja empezó a mejorar. Dalí comenzaba a tener éxito entre los compradores, aunque los ingresos no aumentaban al ritmo que Gala esperaba. Así, después de que se hubieron instalado en un moderno, pero pequeño, estudio de la rue Gauguet, un callejón sin salida en el que los trenes que pasaban cerca hacían temblar los cristales de las ventanas, Gala decidió emprender una serie de acciones drásticas en las que llevaba pensando un tiempo. En primer lugar debía solucionar a toda costa la situación económica en que vivían.

Ya había comprobado que vender los extraños objetos de Dalí no llevaba a ninguna parte, más que a hacerla regresar a casa con los pies doloridos y de mal humor. Así pues, había que cambiar de técnica.

—He organizado una cena con el príncipe De Faucigny Lucigne. No voy a dejar escapar al rico patrocinador de los surrealistas sin que nos preste atención a nosotros también. No serás tú el que se quede sin su ayuda. He quedado para comer en Maxim's con él, pero he decidido que iré yo sola. Es mejor que tú te quedes aquí pintando —le ordenó a Salvador sin darle la opción a que se sumara a la cena y cogiéndolo de la mano mientras lo dejaba frente al caballete.

El restaurante había cambiado desde los gloriosos días de la Belle Époque. En aquellos tiempos, los reyes de Inglaterra, España y Bélgica

recibían a las cortesanas de moda allí. Había pasado el tiempo y su encanto no había desaparecido, todavía conservaba su opulencia inspirada en el *art nouveau* de sus diseños. Entrar en el local era encontrarse con líneas curvadas y columnas de caoba, lujosas banquetas y estatuillas de damiselas azotadas por el viento que recordaban a otros tiempos.

—Si es tan amable de seguirme —le dijo el *maître* nada más verla entrar, acompañándola a una mesa.

Ella sonrió con amabilidad, y mientras se adentraba en el local, iba mirando el techo de cristal, decorado con flores, frutas y hojas de limonero. No había duda de que la decoración era exquisita. El salón, iluminado por lámparas en miniatura colocadas en cada mesa, facilitaba las confidencias. De fondo solo se notaba el murmullo de las conversaciones discretas y amables que tenían otros clientes. En las otras mesas, algo alejadas, y en las que parecía que las conversaciones poco tenían que ver con los negocios, mujeres de elegantes peinados y collares de diamantes mantenían entretenidos a sus acompañantes. Seguía siendo el restaurante más lujoso de la capital, haber quedado aquí era un buen inicio para sus negocios.

—Citarme en este restaurante demuestra su buen gusto —aseguró Gala al saludar, mientras él se levantaba cortés a darle la mano.

El hombre la miró sin entender bien si el comentario era positivo o negativo. Y ella, sin perder detalle de lo que ocurría a su alrededor, se dio cuenta de los sentimientos de envidia que levantaba en todas las mujeres presentes en el local y, sobre todo, de que él se sentía a gusto con esa situación.

Gala miró a su alrededor haciendo un alarde de falta de discreción que a buen seguro a Paul le hubiera molestado y que, por contra, a Salvador le hubiera parecido de lo más sensual. En ese momento, todas las aburridas matronas, todas las esposas entradas en carnes, incluso todas las amantes que había en el restaurante la observaron con envidia. Era evidente que rondaba los cuarenta, que ya no estaba en lo más florido de su juventud, pero pese a ello su talle y su enigmática belleza constituían una grave afrenta para quienes la miraban, que no podían retirar de ella sus ojos, alejándolos de todas esas jovencitas que tan solo contaban con el atractivo de la edad.



—Puede que Maxim's sea ahora un establecimiento más respetable. Pero le aseguro que sigue siendo el tipo de sitio al que un hombre no llevaría a su esposa —aclaró con una sonrisa enigmática, quitándole importancia al local.

Ella entendió de inmediato que estaba acostumbrado a quedar allí con sus amantes ocasionales y aún se sintió más halagada. Estaba claro que había sido buena idea no hacerlo acompañada de Salvador. A buen seguro el local le habría parecido anticuado y aburrido y no habrían logrado llevar la conversación en la dirección que a ella le interesaba, eso por no hablar de que habría querido ser el centro de atención de la mesa.

—Monsieur, madame, ¿desean algún aperitivo para empezar? —preguntó el camarero.

El príncipe miró a Gala.

—¿Champán?

—Una idea excelente.

—Tráiganos una botella.

—¿Y para comer? ¿Qué preferirán los señores?

—¡Tienen el mejor bistec de París! —exclamó el príncipe, sugiriéndoselo con un gesto.

Gala se rio de la impetuosidad del príncipe, algo que no se imaginaba.

—Prefiero, si no le importa, pedir un poco de caviar —contestó sin dudar.

—Como guste —contestó el príncipe y le hizo una señal al camarero—. Y ahora... usted dirá.

—Salvador necesita tranquilidad y por lo tanto dinero para pintar —dijo Gala.

Los rodeos no eran su fuerte, y mucho menos en lo que a cuestiones económicas y necesidades se refería.

—El dinero es un buen sirviente, pero un mal patrón, querida —le respondió el príncipe a Gala.

—No esté tan seguro. Basta con ser el patrón para que todo se vuelva a tu favor y a Salvador todavía tienen que ponerle muchas cosas a su favor, como bien sabe. Los genios no lo tienen fácil para vivir de su genialidad en un mundo de mediocres y envidiosos.

Parecía mentira que la que hacía poco era una tímida muchachita que casi acababa de llegar de Rusia se hubiera convertido en una incisiva habladora que no dudaba en pedir lo que quería.

—Igual puede hacer como mademoiselle Chanel, que ha logrado crear casi una pequeña empresa. Eso sí, a fuerza de muchas horas, de mucho empeño y de trabajo, según tengo entendido.

—El problema, querido, o la diferencia, es que ella no es una artista. Es una costurera. Por más que crea lo contrario. Sus trajes... —meditó—, quizás en algún caso pueden considerarse arte sus vestidos, lo que sí son desde luego es una revolución en el mundo de la moda, pero es mejor que no entremos en detalle en comparaciones que no nos llevarían a ningún sitio. Salvador es otra cosa, como bien sabe usted.

Rápidamente, ella se le acercó y, rozando su pierna por debajo de la mesa, le expuso el plan que quería proponerle.

—Se trata de crear una lotería entre sus amigos más íntimos.

—¿Una lotería?

—Es fácil —contestó seria—. Cada miembro formaría parte de algo que podría llamarse el Club del Zodíaco. Un grupo de doce coleccionistas que, convencidos de la genialidad de Salvador, pondrían una suma anual de dos mil quinientos francos que iría a parar a sus bolsillos. Realizada la entrega por parte de todos los miembros, durante una cena se celebraría un sorteo, de modo que el ganador obtuviera la obra más reciente de Salvador.

—Me sorprende su claridad —confesó el príncipe.

—No puedo dejar que el genio que Salvador tiene dentro se desperdicie por unos cuantos francos y usted y sus amigos tiene el dinero suficiente para impedir que eso suceda.

—Tiene razón, querida. No se preocupe de nada, yo me encargaré de buscar a los doce miembros y, mientras tanto, mañana mismo me pasaré por su estudio y compraré uno de sus últimos cuadros.

El aristócrata de la vieja Francia poseía todas las cualidades de un mecenas: capacidad de entusiasmo y generosidad. Estas, unidas a la fortuna, le permitirían a Salvador Dalí evitar privaciones y liberar al artista de apuros económicos.

—¡Por el Club del Zodíaco! —brindó.

—¡Por Salvador Dalí! —exclamó Gala.

—No se preocupe por nada —añadió antes de despedirse—. Los seleccionados poseerán la fortuna suficiente y también la sensibilidad necesaria para apreciar el arte de un genio como Salvador —le aseguró a la mujer.

—¿Pagarán por adelantado cuadros que aún no ha pintado? —se apresuró Gala a preguntar.

—No se preocupe por el dinero, querida.

Y así se hizo. Se unieron a esta aventura el vizconde de Noailles, el príncipe Paul de Serbia, Robert de Rothschild, Robert de Saint-Jean, el arquitecto Emilio Ferry, la marquesa de Cuevas de Vera, la condesa Pecci-Blunt, Cresse Crosby, el escritor Julián Green y su hermana Anne Green. Gala acabó de completar el círculo por recomendación de Paul Éluard con el editor René Laporte. La rusa no dudó en que el ofrecimiento los beneficiaba y más de lo que ella podía haber imaginado.

—Yo me encargaré de que Salvador pinte sin descanso y tenga los cuadros preparados para la fecha en que sean necesarios.

\* \* \*

Mientras, Paul no dejaba de pensar en Gala, su *petite belle*; incluso pensó en ella el día que se casó con Nush.

*Mi querida Gala:*

*Siento una gran nostalgia de ti, me acompañan recuerdos infinitos de los días y de las noches que hemos pasado juntos. Te deseo más que nunca, aunque empiezo a entender que ese deseo no se cumplirá. Me gustaría vivir a tu sombra, bajo tus pechos al sol, provocadores, dulces, suaves... Vivo pensando en ellos. Te veo levantarte, despertarte, bañarte, te veo hablar, dudar, reír o enfadarte. Te veo nítida, desnuda, cansada, pequeña, a veces*

*miserable. El hecho de casarme mañana me sume en abismos de melancolía. Nada cambiará mi vida, nada salvo que al estar casado, si quisiera abandonar a Nush porque tú me reclamaras, tendría menos escrúpulos, pues su situación material sería fácil de arreglar. Pídemelo, llama a mi puerta de nuevo para que seamos aquellos que fuimos un día. Podríamos vivir a la distancia que quisieras, bastaría con sentirme querido. Empiezo a estar harto de todo, de la vida, de la poesía, de las mujeres, de los grandes viajes, de los pequeños paseos, nada de eso me atrae, si no puedo verte ni oír tu voz. Necesito verte desnuda para desear ver a otras mujeres desnudas, sin tu cuerpo el de las demás no es nada.*

Gala, sin embargo, quiso cortar del todo con Paul, aunque comprendió que no era un buen momento. Lo primero seguía siendo Salvador, de modo que tenía que ver qué hacía con los demás surrealistas para que Dalí destacara sobre todos ellos y quizás necesitaría la ayuda de Paul.

—Tendrás que ser más arriesgado.

—Galiuska, bien sabes tú que poco tengo que hacer para conseguirlo.

—Ellos defienden la modernidad, tú la tradición; ellos el igualitarismo, tú la jerarquía; si ellos son ateos, tú deberás defender la fe.

Salvador se la quedó mirando y, cogiéndola de la mano, la colocó delante de un lienzo, cubierto todavía por una sábana a la espera de que la pintura se secara por completo.

—Mira. ¡*El enigma de Guillermo Tell!*

—¡Perfecto! Será difícil que superen esto —contestó Gala.

En primer plano aparecía Lenin en cuclillas, con el trasero al aire, obsceno y ridículo, que provisto de ligeros y tocado con una gran gorra, intentaba devorar a un Dalí niño con cara de terror. Ninguno de ellos superaría esa osadía.

Y así fue. Poco tardaron en llegar las reacciones.

—¡Blasfemia! —gritó Breton al verlo.

Salvador había rebasado los límites. No solo estaba en contra de la política y a favor de la religión, sino que se atrevía a burlarse de uno de los líderes más venerados por ellos.

A los pocos días se convocó una reunión a la que asistiría un tribunal de surrealistas dispuestos a proceder a la expulsión del catalán del grupo. Los surrealistas no estaban metidos en política, pero reírse así de uno de los líderes a los que se sentían más próximos fue la gota que colmó el vaso. Dalí se presentó a la reunión vestido con un amplio abrigo de pelo de camello y zapatos sin cordones, y llegó renqueando y dando trompicones, como si estuviera borracho.

—No puedes llamarte surrealista.

Salvador los miraba sin contestar.

—Eres culpable de no interesarte más que por ti mismo y no preocuparte de las desdichas que asolan el planeta —aseguró Louis Aragon.

—Cómo se te ocurre dar preferencia a los regímenes que se aferran a las élites, las estructuras jerárquicas, la pompa y la ceremonia pública. Eres, de verdad, una criatura perversa.

—¿No os dais cuenta de que es un genio? —interrumpió Gala, no demasiado segura de que fuera a servir de algo su comentario—. ¿Qué mejor que provocar a medio mundo riéndose de uno de los líderes que está más en boga en el momento? No hay nada más surrealista que esto.

—¡Le amo, Breton! —exclamó entonces Salvador como si fuera un adolescente enamorado, rompiendo el mutismo que había mantenido hasta ese momento—. ¡He soñado que esta noche le daba por el culo! —añadió tirándose a sus pies cuando lo tuvo enfrente.

El francés se quedó aturdido.

—¡No se lo aconsejo! —dijo Breton como única contestación, alejándose un tanto de Salvador, temeroso de que el catalán, de quien en París se escuchaban mil y un rumores referentes a su sexualidad, llevara a cabo de verdad lo prometido.

—Sigamos con el juicio.

—A partir de ahora serás considerado un individuo al que hay que combatir por todos los medios —sentenció Breton, suspirando aliviado, mientras levantaba en alto su mano señalándole la salida.

Y dieron por finalizado el juicio. En pocos días le darían un veredicto que parecía que estaba más que claro.

—Parece que he superado con creces las expectativas, ¿no crees? No hay ambición más alta que convertirse en Salvador Dalí —comentó excitado a Gala mientras salían.

—Tenemos varias exposiciones en marcha —le recordó Gala—. No perderemos el tiempo con estos botarates.

—Atraeremos a más público a nuestras exposiciones. A todo el público. ¡Al mundo entero! Y todos se rendirán ante el genio que soy —contestó eufórico.

Pero la realidad era que volvía a sentirse solo o mejor dicho, que solo contaba con Gala. Como cuando su padre lo expulsó de Cadaqués tras enterarse de lo que había escrito en la litografía de *El Sagrado Corazón* durante su última exposición parisina: «A veces escupo para divertirme sobre el retrato de mi madre». Caro pagaría Salvador su atrevimiento. Su padre ni siquiera le permitió explicarse, decirle que era una muestra más de surrealismo que poco o nada tenía que ver con lo que él pensaba de su madre, a quien adoraba. Era una forma más de llamar la atención, de centrar el interés de los demás sobre su persona... en definitiva, una forma más de hacer caso a Gala.

*Mi estimado amigo:*

*Si conserva todavía amistad con mi hijo, podría hacerme un favor. Dígale que no vuelva a Cadaqués, porque no podrá permanecer aquí ni tres horas. Cadaqués es mi refugio espiritual, y mi tranquilidad se perturba con su sola presencia. Por eso lo he preparado todo para que no me moleste y no nos ensucie con su presencia este verano, ni el siguiente.*

*Recurriré a todo lo que tenga a la mano, a todos los medios que pueda, incluso valiéndome de gente que me ayude a darle palos. Esto no es ninguna vileza, porque lo pongo en su conocimiento antes.*

*Mal espiritual no puedo causarle, porque ya está envilecido, pero puedo causarle un mal físico, porque todavía tiene carne y huesos.*

*Le abraza, su amigo,*

*Salvador Dalí-Cusí*

La carta llegó a manos de Buñuel, enviada por el notario de Figueres. Luis no tardó en transmitir el mensaje a su amigo, con el que ya volvía a hablarse, siempre y cuando Gala no estuviese presente. Sin embargo, su padre, no contento con ese rechazo, había logrado que en todo Cadaqués fuese vista con mal ojo la relación que mantenía con Gala, quien pasó a ser considerada como una rusa drogadicta que abandonaba a su familia y pervertía al hijo del notario. Salvador se sintió morir ese día. Sin amigos, sin familia, sin lengua materna... solo le quedó raparse al cero y enterrar sus cabellos en la playa de Cadaqués como símbolo de su paso a la madurez. Por fin era, como había leído en su admirado Freud, un héroe, un hombre que se enfrentaba a su padre, lo estaba matando, aunque eso le hubiera dejado más secuelas de las que él imaginaba.

Pensó Salvador que las cosas cambiarían con el tiempo, que volvería a hablar con su familia, a dormir en la casa de su padre, pero no fue así, y no volvieron a hacerlo hasta mucho después; se sintió solo durante muchos años y, además, a esa soledad se sumaba a la de los surrealistas, que habían decidido expulsarlo del grupo.

—A partir de este momento tú serás yo y yo seré tú —lo consoló Gala, sonriendo para sus adentros, sabedora de que esa separación de su familia y del grupo de artistas no hacía más que afianzar sus lazos con él.

El expulsado y la exiliada.

El solitario y la diosa.

Por eso Gala lo convenció de que los dos iban a renunciar a su historia y que juntos formarían una en común, que nunca se separarían, ella sería su guía, Salvador y ella serían uno. Decidieron partir entonces hacia Nueva York, había llegado el momento de hacer las Américas. No sin antes decirle al grupo que acababa de expulsarlo lo que pensaba de ellos:

—La única diferencia entre los surrealistas y yo es que yo soy surrealista.

Durante la travesía trasatlántica a bordo del *Champlain*, Gala se pasó la mayor parte del tiempo burlándose de Dalí, que estaba petrificado por el miedo de estar rodeado de agua.

—Moriremos ahogados —repitió sin cesar Salvador durante todo el viaje, sin quitarse ni por un momento su chaleco salvavidas.

El pensamiento de cruzar el Atlántico, separado de las profundas aguas solo por las delgadas planchas de metal del barco, era algo que lo llenaba de pánico.

—¿Qué pasará si se hunde el barco? ¿Se perderán mis pinturas?

—No va a hundirse —contestaba Gala paciente.

—Gala, Galuska, cómo sabes eso —insistía el catalán.

—Salvador, he dado la vuelta al mundo en busca de Éluard y he sobrevivido. No hay motivo para pensar que el barco acabará por hundirse en este viaje.

—Puede ser distinto ahora.

A bordo del barco se encontraba Caresse Crosby. La amiga y admiradora de Dalí era una de las mejores valedoras de su obra, y que también había participado en aquel Club del Zodíaco que pocos años antes los había salvado de la ruina. La señora Crosby ocupaba un camarote de primera clase y aguantó, junto a Gala, todos los temores de Salvador durante la travesía. Al llegar a puerto, fue ella quien dirigió las cámaras hacia Dalí y Gala. Ella era un celebridad, y poco después de que el barco atracara en Nueva York, los periodistas se arremolinaron alrededor de aquella representante de la alta sociedad que sujetaba de la cadena a dos lebreles que la habían acompañado en su viaje.

—Amigos, una vez más os agradezco las atenciones —les dijo a los fotógrafos haciendo tiempo mientras Gala, en el camarote, intentaba convencer a Salvador de que ya podía salir, que habían tocado tierra y ya no podían hundirse—, pero en esta ocasión, creo que os interesará más fotografiar a uno de los mayores genios de la pintura que ahora mismo hay en Europa y que ha viajado a Estados Unidos. Un español que ha venido también en el barco: Salvador Dalí.

Los fotógrafos la miraron sorprendidos, sin saber de quién les estaba hablando, pero enseguida se multiplicó su asombro cuando vieron descender de la cubierta de tercera clase a un hombre nervioso que llevaba bajo el brazo una enorme barra de pan francés de dos metros y medio de longitud y que se había atado por lo menos una docena de pinturas a su propio cuerpo.

—Tenía miedo de los ladrones —les explicó de inmediato a los



periodistas—. He oído decir que Nueva York es un lugar peligroso.

Dalí fue mostrando las pinturas, mientras la señora Crosby traducía los títulos. Lo que llamó la atención de los periodistas fue un retrato realista de Gala con una chuleta en cada hombro, a modo de hombreras.

—Señor Dalí, ¿por qué pinta a su mujer ataviada con cordero?

—Me gustan las costillas y me gusta mi mujer. No veo razón alguna para no pintarlas juntas.

—¿Por qué una costilla cruda?

—Porque Gala también está cruda.

Surgió entonces un gran debate, de lo más apropiado para el ambiente surrealista que había creado Dalí con solo poner los pies en el nuevo mundo. ¿Qué era lo que pretendía la pareja? ¿Eran crudas o estaban cocinadas? ¿Importaba eso? A Dalí sí.

—Qué importa —les aclaró de inmediato a los boquiabiertos periodistas—. Esto que ven es algo más que chuletas. Quiero animalizar a mi mujer. Pero no lo duden —dijo haciendo grandes aspavientos mientras Caresse traducía—. Sería mucho más sano comerse las chuletas de cerdo —aseguró Dalí— aun cuando estuvieran crudas.

Sonaron los flashes y los periodistas regresaron a Manhattan, para informar de la existencia de un artista loco, con un extraño bigote, y de su compañera incomedible.

Gala sonrió satisfecha. Había sido más fácil de lo imaginado, en pocas horas el idilio entre Dalí y la prensa había comenzado y ella tan solo tenía que mostrarse como un producto de Dalí. Simplemente formaba parte de su arte tanto como los relojes blandos y las pequeñas muletas. Ciertamente lo regañaba y lo dominaba, lo vestía y, hasta le ataba los cordones de los zapatos y que había sido la encargada de hacer de él un ser extraordinario. Pero eso qué importaba si los demás no lo sabían. Ella era la que manejaba los negocios, imponía los precios y hacía un ávido recuento del dinero, y al final Dalí insistía en pintar los cuadros con una firma conjunta enmarcada en una corona.

Gala también era su mejor y más estricto crítico de su obra, porque sin ella no podría pintar. Ella comprendía su arte y discutía sobre el tema y el

contenido de la pintura. Después de que Dalí hubiera trazado las líneas geométricas maestras en cada lienzo, invitaba a los criados y a los pescadores y les preguntaba qué veían. Una vez terminado el desfile, Gala expresaba su opinión, que a menudo era bastante dura. A veces, Dalí escuchaba y hacía caso, pero en otras muchas ocasiones se enojaba y resistía, tozudo, a las sugerencias de Gala, argumentando que, después de todo, él era el artista. Cuando esto sucedía, Gala siempre salía del estudio a paso precipitado. Sus disputas solían terminar varias horas más tarde.

—¡Oliva! —gritaba Dalí arrepentido al ver alejarse a la mujer—, ven a darme un abrazo. ¡Mi Oliva!

Y acababa así la discusión. Un abrazo para su Daris, que era el nombre cariñoso que ella le daba.

Dalí estaba lleno de inseguridades, y Gala también, pero ella sabía protegerse y no dejaba que se le notara. Si alguien les preguntaba por su vida pasada, la respuesta no se hacía esperar:

—Eso a usted no le importa.

Solía ser la respuesta más utilizada y, en algunos casos, en los que el humor les daba para dejar a los periodistas con ganas de saber más, trataban su pasado como algo misterioso, perteneciente a una vida que no querían confesar a nadie.

—Mira, querido, el verdadero secreto de mis secretos es que no los cuento.

Era la forma que los dos tenían de preservarse, ella de su pasado y de haber abandonado a su marido y a su hija enferma, y él de su expulsión de la familia y del grupo de los surrealistas.

Por eso Salvador confirmaba a diario que eran complementarios.

—¿Quién es el mayor artista vivo en la actualidad? —acabó por preguntarle un periodista.

Dalí dudó y al fin respondió:

—Picasso.

—¿Y después?

—Después... Giorgio de Chirico.

—¿Y a continuación?

—Después todos vienen juntos.

El entrevistador tuvo curiosidad por saber dónde se situaba Dalí. Y se giró a preguntar a Gala, deseoso de que esa misteriosa mujer que acompañaba al genio en todas sus entrevistas hablara también con la prensa.

—Bueno —se dirigió a ella mirándola—, para no poner en aprietos a nadie, ¿dónde sitúa usted al señor Dalí?

—Es el primero, el más grande de todos —contestó ella sin dudarlo.

—Estoy de acuerdo —confirmó Dalí entonces.

Pero ni siquiera Gala tenía tanta seguridad como aparentaba en las entrevistas cuando debía enfrentarse a un grupo de desconocidos en Nueva York. Sin quererlo, se convirtió en el centro de un furioso escándalo. La última noche de su estancia en Estados Unidos, la señora Crosby organizó, para ellos, una fiesta de despedida, la primera fiesta surrealista que se celebraba en Estados Unidos.

Los invitados formaban parte de una poderosa mezcla de propietarios de galerías de arte, miembros de la alta sociedad y amigos de la señora Crosby, que hicieron un precipitado curso de surrealismo para tratar de descubrir qué significaban todos aquellos relojes blandos y chuletas de cerdo.

Aprendieron rápido, tanto que los macabros vestidos que imaginaron para ese baile de máscaras asombraron al propio Dalí, que se sentía confuso. Respetables mujeres de la alta sociedad, cuyas vidas solían girar alrededor de funciones caritativas, aparecieron por el restaurante Coq Rouge con jaulas de pájaro alrededor de la cabeza; la carcasa de una vaca colgaba del techo, llena de tocadiscos... en medio de la sala había un gran trozo de hielo que se derretía sobre una bañera que amenazaba con desbordarse y mojar a todo el mundo...

En comparación con las extraordinarias creaciones de las hermosas mujeres de Nueva York, los vestidos de Gala y Dalí parecían bastante remilgados. Él llevaba un peto de cristal sujeto al diafragma, que contenía un sujetador de mujer. En cuanto a Gala, Dalí la vistió como un «cadáver exquisito», a partir del juego surrealista de salón del mismo nombre. Llevaba una falda de celofán rojo y una blusa verde que le ceñía el cuerpo, una muñeca encaramada sobre la cabeza, como un bebé, con hormigas y con la

cabeza embutida en una langosta fluorescente, provista de alas negras, y las manos cubiertas con unos guantes blancos... No parecía que aquello fuera a provocar ninguna controversia. Pero en aquellos momentos, toda Nueva York estaba pendiente del juicio de Bruno Hauptmann, el raptor y asesino del bebé de Charles Lindbergh. Un periodista francés que estaba en Nueva York y que trataba de buscar una historia sugirió que el bebé de Gala parecía el niño muerto, lo que provocó un inmediato revuelo.

Así, en sus pocas semanas de estancia en Nueva York, Dalí y Gala habían conseguido más publicidad y dinero de lo que era posible en París.

\* \* \*

—La fuerza no consiste en inspirar piedad, sino vergüenza —le dijo muy segura a Éluard.

—Pero... el dinero.

—El dinero lo es todo, Paul. El mundo material es la única forma de inspirar piedad, deseo, envidia... y todo eso acaba haciendo que el dinero llegue a tus manos, no lo dudes. Pero poco a poco, más despacio de lo que me gustaría.

—*Ma petite...* pues yo no creo que pueda ayudarte mientras tanto —confesó el francés apesadumbrado.

Éluard hacía días que había tenido que dejar el piso de la rue Becquerell, porque no lo podía pagar. Gala lo miró, no hacía falta confesarle que ya no necesitaba tanto su dinero, pero no estaba dispuesta a ofrecer parte del que ella y Dalí habían conseguido.

—Pondremos espejos en nuestro pequeño apartamento y parecerá más grande.

—¿Y Salvador? ¿Podrá pintar?

—Pintará, no te preocupes, de eso me encargo yo.

Pero la realidad era que ya no vivían con las estrecheces de antaño. Gala casi tocaba a diario los billetes con los que había regresado de América.

Incluso descontando las comisiones de los marchantes, no había día en que no le llegara un pago de alguna venta. Fue en esa época cuando empezó a tomar la costumbre de exigir que se les pagara en efectivo, con preferencia en dólares, o con un cheque certificado. En el pasado se habían encontrado con demasiados cheques sin fondos y no volvería a pasarle. Más tarde, cuando hubieron instalado el teléfono en Port Lligat, ingenió el truco de aceptar un precio en pesetas por teléfono y después aparentar haber establecido el acuerdo en dólares.

—Tampoco aumento tanto el dinero, y ellos están comprando un cuadro que el día de mañana será vendido por mucho, muchísimo más de lo que ellos pagan.

Cuando, en casa, sola, de vuelta de Nueva York, hizo un repaso, estuvo segura de que había tomado el camino correcto para conseguir riqueza, que al fin se había alejado del grupo de los surrealistas, que estaba claro que eran unos perdedores, mientras a ellos les reclamaban nuevas obras los ricos compradores americanos.

Para no poner sobre aviso a Paul de que las cosas empezaban a funcionar, por miedo a que él pidiera ahora dinero, tardaron unas semanas en dejar el taller de la rue Gauguet para instalarse en un espacio más amplio en el número 10 de la rue Tombe-Issoire. Paul seguía sin ser capaz de olvidar a Gala, acudía a buscarla, la llamaba, le escribía y a ella cada vez le molestaba más su presencia:

*Mi querida, pequeña y adorada Gala:*

*Hoy, cosa extraordinaria, me siento muy bien, pero te echo de menos de manera intolerable. Me gustaría apoyarme en tu hombro, verte, estar contigo.*

Pero, para Gala, Paul ya no formaba parte de su vida, y ni siquiera se molestaba en informarle de sus viajes. Ella tenía otros planes, en España les esperaba una casa de piedra, modesta, a la que habían empezado a unir otras de alrededor, conectándolas como un laberinto. El dinero que estaban ganando por fin podía utilizarse sin problemas.

—Son los mejores erizos de mar del mundo —dijo Salvador mirando al mar.

Gala sonrió: ¡con qué poco se podía contentar a un genio!

Mientras, la situación política en España se complicaba. A Dalí no parecía preocuparle el tema, era Gala la que quería salir del país. No estaba dispuesta a pasar por lo que ya había vivido en Rusia, y quería alejar a Dalí de corrientes anarquistas, separatistas, comunistas y fascistas. Decidieron marcharse a Barcelona, con tan mala suerte que coincidió con un momento en que los políticos catalanes estaban a punto de separarse de España para formar un estado independiente y la ciudad se hallaba paralizada por una huelga general. Los burgueses tuvieron que disfrazarse como los obreros de sus factorías para pasar desapercibidos. En la ciudad, de todos los grandes edificios colgaba la bandera de Cataluña, y la roja y negra de los anarquistas. Sus amigos les aconsejaron que huyeran y atravesaran la frontera francesa, antes de que llegara el ejército español con el fin de restaurar el orden. Algunas de las declaraciones que había hecho poco después de pintar el cuadro de Lenin, para llamar la atención de los surrealistas, habían atravesado la frontera y no habían sido muy bien recibidas.

—Saldremos mañana mismo, y tendrás que ser tú quien haga las gestiones —apuntó Gala.

—¿Yo solo?

—Sí, Salvador... yo no hablo suficiente catalán...

Salvador se la quedó mirando. No había pensado ni por un momento que él tuviera que hacerse cargo.

—¿Tengo que comprar yo los billetes?

—Sí, y luego iremos a pedir un visado.

—Para vivir en Francia...

—Sí, Salvador, aquí no estamos seguros. Y una vez estemos en París nos casaremos. Así evitaremos futuros problemas de pasaporte —dijo Gala, práctica en sus decisiones, al tiempo que intentaba que Salvador no se contrariara demasiado—. Y de ahí nos iremos a Nueva York.

España estaba desolada. Llovían los desastres sobre Barcelona. El estado catalán proclamó la independencia, violentas manifestaciones sacudían la

ciudad y se ejecutaban sentencias de muerte en las plazas públicas como si se tratara de un auténtico tribunal. Ni siquiera viviendo en una realidad muy alejada, Salvador podía obviar esa situación.

—Aquí no tardará en reinar el caos, Salvador. Debemos irnos.

—Se hará como tú digas.

Pero la huida no fue fácil. Antes de salir, tuvieron que esconderse en el interior de un lavabo hasta que un amigo suyo contactó con un taxista anarquista que aceptó llevarlos hasta la frontera, por una considerable suma de dinero. El viaje fue horroroso, ya que cada pocos kilómetros se encontraban con bloqueos de carreteras ordenados por milicias rivales. Gala y Dalí cometieron el error de detenerse en un pueblo de la costa. Un grupo de hombres vio las numerosas y caras maletas de Gala y los tomaron a ellos dos por capitalistas, de modo que quisieron matarlos. El taxista se ganó la suma colosal al convencerlos de que no lo hicieran. Después de dar un rodeo para recoger los cuadros en Cadaqués, el taxista terminó por dejarlos sanos y salvos en Francia, en Cerbère, y de ahí fueron a París, a la estación de Saint-Lazare con la sensación de haber escapado por los pelos.

—Iremos a casa de Paul.

—De acuerdo —contestó Salvador mientras, casi por inercia, levantaba un brazo para llamar un taxi.

—¡No! —exclamó Gala.

—¿No? ¿Cómo iremos entonces a casa de Paul?

—En metro, Salvador, no tenemos casi dinero. Nos lo hemos gastado todo...

Gala no siguió hablando. No, no irían en metro hasta la otra orilla del Sena. La cola de gente que serpenteaba frente a las taquillas y las multitudes que entraban y salían dándose empujones la hicieron desistir de su idea. Salvador no era un hombre acostumbrado a sentirse cómodo en las aglomeraciones y llevaban días de trayecto. Además, necesitaría tiempo para hacerse a la idea de viajar bajo tierra. Lo miró. Estaba absorto mirando la boca de metro y a las personas que subían y bajaban las escaleras, como si fueran engullidas por el subsuelo.

—Se las traga la tierra —murmuraba—, se las traga la tierra...

—Cogeremos un taxi —aceptó finalmente—, no te preocupes. —Y abrió el monedero y comprobó los francos que llevaba, aunque sabía perfectamente cuánto dinero tenía.

Solo había una pareja y una joven esperando en la parada y no pasó mucho tiempo hasta que uno se detuvo junto a ellos.

—Rue Becquerel —le dijo al conductor, que se apeó del taxi para ayudarles con el equipaje.

Fue en París, durante esos días, donde Salvador acabó de pintar *Construcción blanda con porotos hervidos*, un gran cuerpo humano agitando los brazos y las piernas que se estrangulaban en el delirio.

—Deberías cambiarle el título.

—¿El título?

—Qué más da cuándo lo hayas acabado, será mucho más premonitorio si le ponemos otro.

—¿Y qué sugieres?

—*Premonición de la guerra civil*.

—*Premonición de la guerra civil*, me parece bien —añadió, mirando el cuadro.

—El que quiera interesar a los demás tendrá que provocarlos —sentenció Gala.

—Un día acabaré pensando que eres tú el artista —contestó Salvador con un tono que a la rusa le hizo pensar que estaba algo molesto.

—Salvador, tranquilo... De acuerdo, yo seré una artista sin obra. Pero soy una artista, eso nadie puede dudarlo. No habrá más que esperar a que la más compleja de mis obras, tú, se convierta en el genio más admirado.

—Soy una obra, una obra —repitió satisfecho, dando saltitos como un niño alrededor de ella.

—Sí, eres mi obra...

Cuando Gala se encontraba en estas situaciones, recordaba a Éluard. Él había sido su primera obra. Entonces le escribía cartas al poeta, muchas, con todo el erotismo del que era capaz, para que no la olvidara. Y el francés, a pesar de todo el daño que le había causado la separación de Gala y sobre todo su actitud, seguía manteniendo los recuerdos de cuando se conocieron y se



deshacía al leerla:

*Aunque solo puedas quererme débilmente, debes decírmelo.*

Le dijo en el telegrama. Seguía albergando una pequeña esperanza de reencuentro. Ella, sin embargo, tenía una gran capacidad para alejar de sí los lazos emocionales y, cuando veía que el francés se tomaba de nuevo en serio su inexistente relación, reaccionaba con brusquedad. Su respuesta, en este caso por telegrama, no tardó en llegarle, se había excedido dándole falsas esperanzas y debía cortarlo:

*Estúpido.*

Sin embargo, pronto recordó que tenía razones prácticas para no cortar por completo con su todavía esposo para la iglesia: el dinero. Así, al poco, le envió una nueva carta:

*No deseo nada más que volver a verte.*

Estaba claro, cuando viajaran a París, no dudaría en quedarse, junto a Dalí, en la casa que Éluard había decorado pensando en ella. Aunque Éluard ya no fuera el acaudalado marido que fue un día. Bien sabía Gala que había perdido, y gastado, mucho dinero, y Cécile necesitaba unos costosos tratamientos médicos.

Las cosas no iban bien, además, en París la euforia por la obra de Salvador se había extinguido, y primaba el arte de Picasso, frente al de los surrealistas. Dalí en esa época consiguió pocos encargos y no pudo evitar recordar, con cierta envidia y mal sabor de boca, su primer encuentro con Picasso.

—He venido a usted a verlo antes de ir al Louvre —balbuceó un joven Salvador, temblando al encontrarse frente a uno de los pocos pintores vivos que de verdad admiraba.

De eso hacía casi diez años. Picasso ni le prestó atención, se limitó a

contestarle con un «hace usted bien». Pero Salvador lo admiraba, sin conocerlo, desde que vio sus primeros cuadros.

Eso fue todo. El malagueño lo ignoró aquel día y luego fueron coincidiendo en distintas ocasiones en grupo.

Dalí se quedó sin palabras y no logró entablar la amistad que le hubiera gustado. Aquel día salió del taller tras ver los cuadros que tenía. Picasso tampoco lo había entendido, él era el salvador del arte moderno y el malagueño ni lo había mirado siquiera. Tenía que haberle explicado que por eso trabajaba de forma miniaturista cada lienzo. Aunque eso no diera dinero todavía. Sin embargo, el tiempo pasaba y ahora estaba ahí de nuevo, en el estudio del malagueño y oía cómo admiraba todos sus cuadros.

—¡Pero si tiene usted la misma peca que yo! —exclamó Picasso sujetándole la oreja a Gala.

Dalí se los quedó mirando, era una prueba más de que Gala había sido elegida por el destino para estar a su lado. Sin pensar ni por un momento que las intenciones del malagueño podían encaminarse hacia otra cosa.

## XV

### EL DIABLO LA UNIÓN DE CONTRARIOS NOS HACE FUERTES

Los Dalí fueron en ese verano al Mas Juny, como lo harían otros muchos veranos. Ya lo sabían, no volverían a formar parte del grupo surrealista, Breton lo había conseguido, Dalí sería expulsado, y no había marcha atrás, por eso se refugiaron en Cataluña y se acercaron a sus amigos.

—¿Es una solución el suicidio? —preguntó Salvador, sin darse cuenta de que esos temas no eran los más adecuados para tratar en ese grupo, por más que al catalán le parecieran de gran interés.

—No, sin duda —opinó Gala, comprendiendo que tenía que ser ella la que dialogara con su marido, ante la cara de sorpresa de los demás.

—A veces estoy muerto, porque no soy yo, eres tú... —le dijo entonces Salvador a Gala—, mis cuadros firmados como Gala-Dalí no hacen más que dar nombre a una verdad existencial, porque no existiría sin mi gemela.

—Uno puede morir por querer ser el otro —confirmó Misia al oírlos, que también se había sumado al viaje.

La rusa saludó enigmática a su compatriota, pero no le contestó, sabiendo que uno no puede morder la mano que te da de comer.

—El rostro de una muchacha bonita que de pronto se pone a hablar de seguros de vida, acciones y beneficios, vidas y muertes se afea al instante —sentenció entonces Coco, con la intención de que la conversación no siguiera.

—No estoy diciendo eso —aclaró Misia.

—Lo sé, pero lo que trato de decirte yo es que hay que luchar mucho, demasiado, diría, para conseguir tener cabida en las mismas reuniones en las que solo aceptan hombres, sin que lo hagan, tan solo, porque alguno de ellos te quiere llevar a la cama.

Coco se subió las mangas de la camisa mientras hablaba. Llevaba una camisa azul marino y una falda negra de punto. Una cinta negra sujetaba sus cabellos y acababa anudada en la nuca. Gala la miró admirada, así tenía que ser ella, así tenía que vestir. Solo de ese modo conseguiría que la respetaran por completo.

—La moda es una buena excusa.

—Siempre que esta no suponga una necesidad, porque, entonces, los hombres también la verán como una amenaza —aclaró Misia.

—No lo creas. Basta con que nosotras sepamos que la moda es una necesidad que comienza allá donde acaba la necesidad. Por suerte dios ha creado a los hombres desnudos, y alguien tiene que encargarse de vestirlos si, además, esto se convierte en un arte... el segundo arte de la creación —aseguró Coco tajante.

Coco se mostró convincente, como lo hacía siempre que hablaba de su trabajo. Pero no era solo la sensatez con que argumentaba su discurso; la elegancia de sus gestos, la dulzura de su mirada... te hacían comprender que esa simplicidad, llevada a la moda, podía, de verdad, revolucionar algo. Sin embargo, Gala no estaba dispuesta a dejarse eclipsar por la francesa, ni por nadie. Ya había visto lo que quería, sabía a lo que aspiraba, pero no podía dejar de ser ella misma y sentir que estaba muy por encima de todos los demás.

—¿No querrá que siempre salgamos a la calle adornadas como huevos de Pascua? —preguntó irónica Gala.

—No estoy diciendo eso. No somos simples objetos de decoración, somos algo más, somos seres humanos y necesitamos movernos, hacer cosas. Lo que quiere decir: menos telas, menos lazos, fuera todo aquello que nos haga estar atadas. ¿Es tan difícil de comprender?

Misia la miraba admirada. Envidiaba su capacidad de exaltación, su feminidad, la confianza que depositaba en sí misma con cada frase. Le

gustaba escucharla, aunque a veces se sentía un poco incómoda. Sabía que su amiga estaba defendiendo a un tipo de mujer que ella ya no podría ser, una mujer moderna que había nacido con este cambio de siglo que, justo a ella, la hacía quedar muy atrás.

—Nos podemos acostumbrar a la fealdad, querida —añadió Coco—. Pero nunca a la negligencia.

—Lo dudo mucho —puntualizó segura Gala—. La fealdad es la peor de las compañeras.

Gala no quiso quedarse sin decir la última palabra. Eso de la moda estaba bien, incluso era útil en según qué ocasiones, pero no pudo callar. Su sinceridad era criticada por todos y ella lo sabía. Por eso a nadie le sorprendió que la rusa aprovechara para criticar a Picasso y un arte que a todas luces poco tenía que ver con lo bello.

—Querida, no es un imbécil como tú dices, ni un genio como dice todo el mundo, pero hemos de tenerlo en cuenta, por más que sus criterios artísticos no se ajusten a lo que Salvador y tú tenéis ahora mismo en la cabeza —respondió Coco.

—¿Y qué lugar le asignas a Dalí entonces? —quiso saber Gala.

En ese momento estaban comiendo guisantes y quedaba uno en el plato de Coco, con un dedo, lo hizo saltar.

—Pues este.

Coco se la quedó mirando, esbozando una media sonrisa.

Pequeño Dalí, pequeña Gala. Juntos como dos pajaritos, se contaban historias obscenas, mientras él subía su bigote en el aire y la miraba sin atreverse a tocarla.

Cuando Gala lo conoció, Dalí era un guapo y atractivo joven que llevaba un clavel detrás de la oreja y que miraba atemorizado a las mujeres sin saber cómo dirigirse a ellas. Comía sardinas y se las ponía en el pelo y después olía muy mal, pero Gala supo de inmediato que lo hacía solo para provocar y decidió no prestarle atención.

No todo el mundo era capaz de hacerlo.

Era demasiado intuitiva para no dejarse guiar por lo que veía en cada momento.

Demasiado solitaria para no entender la necesidad de buscar un amor.

Demasiado inteligente para no acercarse sin suponer las consecuencias del acercamiento.

A Coco le costaba entender la relación que existía entre Gala y Dalí. No era un secreto que él era virgen, al menos siempre presumía de ello, mientras que a Gala, sin embargo, se enorgullecía de haberse acostado con un montón de hombres y de seguir haciéndolo sin que eso supusiera un problema en su matrimonio.

—¿Y resulta cómoda una convivencia a medias? —preguntó al fin Coco, sin saberse resistir a la curiosidad.

—Se puede, querida, sin que eso sea un problema. Al principio pensé que hacer el amor sería un modo de conocerlo mejor y que, si no lo hacíamos, era porque él no estaba preparado. Pronto me di cuenta de que con él las cosas no funcionaban de igual manera que con el resto de los hombres.

—¿Y?

—Nada, entonces, nada. Estaba dispuesta, y lo estoy ahora, a esperar lo que hiciera falta. ¿Sabes? Hombres hay muchos, no creo que sea difícil conseguirlos, ni en París, ni en el pequeño pueblecito de Port-Lligat.

—¿Renuncias a tener relaciones con él?

—Yo no he dicho eso, digo que no me hace falta tenerlas para saber que estaré a su lado toda mi vida. Quién sabe si en el futuro pueden acabar cambiando las cosas.

A Coco le parecía imposible entender el discurso de la rusa. ¿Hasta cuándo sería capaz de aguantar Salvador a esa horrible mujer?

Sin embargo, los mismos motivos que las hacían mirarse con recelo provocaban que acabaran atrayéndose como imanes. Así, acabó convertido en una rutina, pasados ya los veraneos, juntarse los sábados a última hora de la tarde en el nuevo apartamento de París al que se había trasladado Misia sabiéndose sola.

*Me miran como si les costara entenderme. Soy distinta. Lo sé. Pero Coco... pensé que me entendería y no lo hace. Lo intento sin conseguirlo. Las mujeres son distintas, piensan distinto, sueñan distinto, incluso las que lograrán grandes triunfos con su oficio. De qué te sirve tener una de las boutiques de moda más importantes de París si vas a caer atrapada en las garras de un hombre que ya tiene mujer. Libre. Esa es mi palabra. ¡Yo soy libre! Lo soy incluso ahora que quizás empiece a dejar de ser alguien, o también precisamente por eso.*

\* \* \*

A Gala empezó pareciéndole pesado, pero necesario, reunirse con las dos mujeres, pero al final, con el paso de las semanas, acabó cogiéndole gusto. Ella no había sido nunca de hacer amigas, y ni siquiera las consideraba como tal, siempre había preferido el trato con los hombres, de igual a igual, sin rivalidades, pero estaba convencida de que, de un modo u otro, las dos mujeres acabarían por ser importantes en su vida, aunque solo fuera por las relaciones que podían facilitarles.

Aquel día, nada más llegar, hizo sonar los tacones de sus zapatos contra el mármol de la entrada para hacer notar que estaba allí.

—¡Gala, querida!, no te habíamos oído, pasa —exclamó de inmediato Misia desde la *chaise longue* en la que estaba estirada, sin molestarse en levantarse.

—¿Habéis despellejado a alguien antes de que yo llegara? —preguntó no sin cierta malicia.

—Cómo eres —exclamó de inmediato Coco acercándole una copa de bourbon—. Hablábamos del amor, de sexo, más bien. ¿Con quién dirías que has hecho mejor el amor? —preguntó de sopetón.

—Vaya, veo que arrancamos fuertes hoy —comentó Misia con cierto tono de sorpresa, poco cómoda con estos temas—. No esperaba que lanzaras

así, sin más, la pregunta.

—Si queréis que os sea sincera, cada uno de los hombres con los que he estado tiene algo por lo que merecería la pena repetir al menos una sesión de sexo con él. Bueno... al menos de los que recuerdo ahora —añadió con una sonrisa irónica—. Quizás todos aquellos de los que me he olvidado no lo merecían.

Coco y Misia no podían evitar asombrarse con muchas de las respuestas de Gala. Por lo general, sorprendentes y provocadoras a la vez, y con toda seguridad nunca claramente ciertas. Uno se preguntaba muchas veces qué la unía a Salvador, y a Salvador a ella, y cuánto duraría esa unión.

Estaba claro que ella llevaba la voz cantante de la pareja, pero ¿qué había de verdad acerca de su relación no culminada con Salvador? ¿Serían ciertos los rumores que aseguraban que este tenía preferencias masculinas en sus gustos sexuales y por eso no le importaban las relaciones que pudiera tener su mujer? De ser verdad, ¿qué hacía casado con una mujer que presumía de practicar el sexo con quien quería, siempre que le apeteciera y no iba a hacer nada por evitarlo? ¿Sería cierto que en sus cortas estancias en la capital francesa aprovechaba para hacer el amor con Paul mientras Salvador, atento espectador, disfrutaba de esa unión sentado en un sillón?

—Vaya, no parece que te quejes.

—En absoluto, querida.

—Pero y el amor... dónde queda el amor que le tienes, o le tenías a todos esos hombres —preguntó Misia, fiel a sus principios.

Las dos, sin necesidad de mirarse, rompieron a reír al unísono.

—No aprenderás nunca, querida. El amor —le contestó Coco, adelantándose a Gala— no es un arte meticuloso, eterno y único, que va asociado al sexo. El sexo es otra cosa.

—Se trata de ser práctica y no perder el tiempo, ¿sabes? Cada uno sabe lo que quiere del otro, se lo ofrece y, al acabar, podemos seguir con nuestra vida —añadió Gala.

Misia movió la cabeza de un lado al otro, queriéndoles decir que la conversación, si seguía por esos derroteros, poco tendría que ver con ella. Hacía tiempo que no pensaba en los hombres, al menos no como cuando



estaba casada. Pero cuando lo hacía era, sin lugar a dudas, una romántica.

—Yo fui capaz de aguantar muchas infidelidades —confesó Misia al final—. Para mí era un esfuerzo, pero no entiendo el matrimonio de otra manera, haciendo sacrificios para seguir al lado de la persona amada.

—Pero... ¿acaso no sabías con quién te casabas? —apuntó Coco.

—Perfectamente, por eso me casé. Una actriz, una corista, una rica heredera que quería comprar alguno de sus cuadros... al principio me preocuparon, quizás sería más honesto decir que me molestaron, no estaba acostumbrada a ellas, pero luego comprobé que Jojo volvía una y otra vez a mis brazos una vez acabado el encanto pasajero. Al fin, creí que nunca perdería la cabeza del todo por ninguna y me contenté con eso, hasta que llegó Roussy. Me equivoqué.

—Tú pudiste hacer lo mismo —dijo entonces Gala.

—La infidelidad es un rasgo de la personalidad, tiene más que ver con uno mismo que con los deseos.

—O con las relaciones que se establezcan después —puntualizó Gala.

—Entonces, solo tú eres culpable de no ponerte a la altura de tu marido... o tu contrincante, llámalo como prefieras —intervino Coco.

—Son formas de ver las cosas. Yo, más bien, creo que en estos tiempos algunas mujeres parece que tienen demasiada prisa como para tener la paciencia de comprender al otro.

—Sí, claro, pobrecitos... creo que se te ha olvidado añadir que los pobres, como tienen a tantas a su alcance, les resulta difícil elegir solo una y que, por eso, se ven obligados a ser infieles de vez en cuando.

—¡No es eso! —cortó Misia.

—Pues lo parece y déjame que te diga que, por lo que se ve, no has ido muy acertada con esas elecciones románticas tuyas.

—Eso ha sido un golpe bajo.

—Más bien intento abrirte los ojos a una realidad que está pasando a tu lado y que desconoces.

Misia las oía sin escucharlas.

Habían pasado horas, días que le parecían años, siglos desde que se había instalado en la nueva casa que ya no compartía con nadie y tanta soledad la

ahogaba. Desde su sillón, miraba el reloj que tenía en el salón dejando pasar el tiempo. El péndulo parecía desgranar los minutos lentamente... recordándole que se había quedado sola, pero confirmándole a la vez que esta situación no sería eterna, que alguna vez se pararía el reloj para ella. Miraba a diario los contornos de los sillones, los sofás que había compartido junto a José María y que ya no volvería a usar. Todo lo que había en la estancia le seguía recordando a él. Cerró los ojos, quiso hacer un repaso en su memoria de aquellos días de gloria que compartieron los dos, adivinar cómo sería ahora. Los espejos, los cuadros, las alfombras persas, las esfinges elegidas en este o aquel viaje, los veladores del siglo pasado... hubiera podido moverse por entre todos los muebles casi sin rozarlos... todo eran José María y todo seguía sin él. Unas voces la sacaron de sus ensueño.

—La suerte hay que merecerla, cariño. Una tiene que trabajar duro para que se ponga de su parte —aseguró Gala.

—No tengo tiempo para esperarla. En realidad, no tengo paciencia, no la he tenido nunca. Y esa italiana me está sacando de mis casillas —contestó Coco.

—No es bueno que ella se dé cuenta —le dijo Gala.

—¿De quién habláis? —intervino Misia como salida de un sueño.

—De la Schiaparelli —contestó Gala.

—¡Ah!, otra joven que nos está quitando el sitio, que nos está relegando al pasado...

—¿Te estás volviendo loca? No es más joven que nosotras, ni lo pienses, es una advenediza que se ha querido sumar a las modas. Pasará de largo, te lo aseguro, mientras el estilo Chanel perdurará.

—Mucha confianza tienes tú... todo pasa, los tiempos cambian, los gustos se modifican.

—El mundo no vestirá de plásticos, ni se colgará langostas del cuello, con todos mis respetos para la obra de tu marido —se quiso excusar Coco con un tono que no denotaba demasiado convencimiento con su disculpa y Gala hizo un gesto con la cabeza aceptando las disculpas, pero no contestó—. El mundo querrá el estilo Chanel, ya lo quiere tener. Ella no es más que una mosca molesta y hay que dejar que pase el tiempo hasta que desaparezca.

—Muchas molestias te está dando para ser una simple mosca —añadió algo irónica Gala.

—Lo mejor serás que pienses que el estilo está cambiando, que el París de nuestro queridísimo y desaparecido Lautrec ha dado paso al París de Cocteau y los surrealistas —comentó Misia con acierto.

Coco se levantó y se las quedó mirando...

—Si Salvador ha revolucionado el arte, yo lo he hecho con los trajes, no lo dudéis.

\* \* \*

Poco tardaron en coincidir los Dalí con la costurera de la que les había hablado Coco. Fue en un viaje de camino a Estados Unidos. La italiana parecía centrada en hacer surrealismo con las telas y por eso el grupo de artistas de esta corriente no tardó en acercarse a sus talleres. La colección de sombreros que estaba creando en ese momento hizo morir de envidia a Gala, a quien esa pieza le atraía más que cualquier otra prenda.

Dalí, al final, no creó un vestido para la italiana, sino que se pasó horas enteras dando los últimos retoques a una obra surrealista inspirada en la terrible mujer de negocios que era Elsa Schiaparelli, aunque le reconocía mucho talento. Gala se mezcló en las discusiones, y no tardó en detestarla.

En esa época, con más ingresos que en otras anteriores, los Dalí se instalaron en un piso burgués y dejaron de colaborar con la Schiaparelli. Atrás quedaron los vestidos de hadas con botones en forma de bombones, las incrustaciones de patas de bogavante en una falda, los bolsos con forma de teléfono y también ese magnífico sombrero negro con un escaquin del mismo color con tacón de aguja... Retomaron su amistad con Chanel y empezó Dalí a colaborar con ella en la creación de los trajes para el Ballet de Mónaco.

Pero poco más les quedaba por hacer en París.

El tiempo pasaba raudo.

Hacía poco que había tenido lugar la última exposición surrealista en la

capital francesa, donde Dalí presentó su taxi lluvioso, con un taxista al que le había puesto cabeza de tiburón y una pasajera cubierta de caracoles de Borgoña, particularmente siniestro por su humor negro.

Cécile crecía, tanto que se había casado. Claro que lo hizo sin el consentimiento de sus padres.

—Ni eso sabe elegir. Ni un buen marido.

—Es joven, pero parece buen chico.

—La dejará preñada.

Y así fue.

Gala y Salvador abandonaron París y alquilaron una confortable casa en Arcachon, la villa Flamberge, donde disfrutar gratamente del clima, los buenos vinos y los grandes restaurantes. La estación balnearia hacía las delicias de numerosos escritores desde el siglo XIX y los refugiados descansaban cómodamente en las tumbonas colocadas en la arena cuando había marea baja, ante un sol de otoño extraordinariamente luminoso y tranquilizador, olvidándose de la guerra.

Sin embargo, al entrar las tropas alemanas en París, Gala y Salvador volvieron a estar aterrorizados.

—No podemos seguir aquí —sentenció asustado Salvador.

—No se acercarán —quiso tranquilizarlo Gala, sabiendo que probablemente no estaba en lo cierto, por lo que acababan de leer en la tirada del tarot.

—Sí lo harán. Esto ha dejado de ser una riña de chiquillos —dijo Salvador—. Y ha empezado a hacer un estruendo excesivo. Además, esto está siendo demasiado histórico para mi gusto. No quiero quedarme más aquí.

—Nos iremos a Norteamérica, entonces —aceptó sin problema Gala, mientras pensaba qué era lo mejor para desaparecer.

—Aunque yo... —balbuceó dudoso Salvador—. A mí...

—Dime, ¿qué piensas? ¿Qué quieres?

—Lo cierto es que me gustaría pasar a despedirme de mi padre y de mi hermana, antes de cruzar de nuevo el Atlántico.

—¿Por? ¿No nos han humillado bastante?

—Mi Oliva... son mi padre y mi hermana... son mi familia. ¿Y si el barco

se hunde? ¿Y si no llegamos? ¿Y...? —Se quedó pensativo buscando más argumentos.

—¿Y qué? —preguntó ya algo enfadada.

—¿Y la casa? Habría que decirle a Lidia que se queda a su cuidado. ¿No crees?

—Haz lo que quieras —aceptó Gala de mala gana—. Yo iré directamente a Lisboa a comprar los pasajes. Las cartas me recomiendan viajar sola —afirmó sin darse cuenta de que Leonor Fini, una de las pintoras que vivía en la zona, estaba trabajando muy cerca de ellos.

—Pero... ¿usted cree en la magia? —preguntó la pintora, sorprendida.

—Sobre todo en la sabiduría de las cartas del tarot —aclaró Gala, no queriendo darle demasiadas explicaciones.

—¡Ah, la magia! —continuó Salvador—. ¡La magia!, claro que creemos en la magia. Es más, querida, créame cuando le digo que es preciso leer los libros sobre la magia de Ramón Llull y también las recetas de magia cotidiana de Giambattista della Porta y no debe olvidarse incluso de leer a Freud.

Leonor lo miraba sin saber a qué atenerse, sin tener ni siquiera claro si estaba hablando en serio o no, tantas eran las gesticulaciones y aspavientos que estaba haciendo mientras daba las explicaciones.

—Mi marido hace poco que los ha empezado a leer —quiso justificar Gala su estridencia.

—No se preocupe, siga, siga.

—¿Conoce las teorías de Freud sobre las supersticiones? ¿Ha leído *Tótem y tabú*?... La magia es la religión más primitiva y más antigua que existe. El hombre siempre ha necesitado magia. La superstición es la aplicación cotidiana de la magia a los acontecimientos de la vida de cada día. Por ejemplo, usted tira sal; inmediatamente, para conjurar la mala suerte, arroja un pellizco por encima del hombro. En realidad, el gesto desgraciado que le ha hecho tirar el salero es una evidencia. Tira la sal porque está preocupada por algo importante y su subconsciente la advierte de este modo: «Cuidado, hoy no debes firmar el contrato, hay algo que no está claro, es mejor esperar hasta mañana». La superstición sirve para esto. Es cuestión de mentes, de

inteligencias privilegiadas. ¿Verdad, cariño?

## XVI

### LA TORRE SALIR DE LO NEGATIVO Y ADENTRARSE EN LO POSITIVO

El trayecto hasta el puerto de Nueva York se le hizo a Salvador eterno. Sabía lo que era el mar, casi podría decir que estaba perdiéndole el miedo, según Gala, pero la realidad era que ni dormía ni comía ni podía pintar pensando que iban a acabar ahogados, aunque controlaba mucho mejor sus muestras de pánico.

—Parece como si Europa entera se quisiera escapar —comentó Salvador.

—Europa no es nada, no queda nada allí más que guerras y hambre —confirmó Gala mientras intentaba pasar a través de los colchones que estaban extendidos en el suelo de la biblioteca del barco, tal era la cantidad de gente que había embarcado.

—¡Gala, Galuska! ¡Piel nueva, tierra nueva! ¡Mira! —exclamó Salvador al llegar a puerto.

—Hemos llegado sin problemas.

—No parece que haya nadie esperando —dijo entonces algo preocupado.

—Una de las ventajas de los viajes son esas cuarenta y ocho horas antes y los ocho días después que se ganan por no advertir a nadie de que una no ha partido aún o que no está de regreso.

—¿Qué quieres decir?

—Que no hace falta hacer publicidad de todas y cada una de las cosas que hacemos.

—Pero yo quiero que vengan a recibirme, que nos esperen...

—No te preocupes, Salvador.

—Quizás deberíamos haber avisado de que llegábamos... ¿Y si hay compradores?

—Nos buscarán, no te apures.

—Vivimos en una época en la que las cosas se separan de nosotros más deprisa de lo que nosotros nos separamos de ellas y a veces me da miedo. No podemos quedarnos sin dinero, ni sin compradores...

—Tú no te preocupes. Yo sé bien cuándo tendré, tendremos en realidad, bastante para que seamos felices. En ese momento ya no hará falta que los demás estén pendientes de lo que hacemos, o nosotros de avisarlos a ellos. Y viviremos sin hacer nada.

—¿Nada?... ¿Podrás?

—Puedo vivir muy bien sin hacer nada.

La noche se acercaba. Gala estaba sentada muy cerca de la ventana, mirando con los ojos fijos más allá de lo que le dejaba el horizonte. Sus ojos volaban igual que lo hacía su cabeza y su cabeza le decía a diario que no había empezado a acercarse ni un poco a todas las aspiraciones económicas que imaginó cuando conoció a Salvador.

—¿En qué estás pensando?

Gala se estremeció sorprendida de que Salvador estuviera a su lado. Enseguida, sin contestar, se levantó y fue a arrodillarse a sus pies.

—Contemplaba ese mar sin altos ni bajos. No pensaba en nada —mintió; de qué servía decirle a Salvador lo que realmente pensaba si no tenía sus mismas miras—. Soy tan feliz que me pregunto si no debería dejar de vivir ahora mismo a tu lado.

—¿Feliz? Con mis sueños, con mis pesadillas —se sorprendió Salvador.

—Lo prudente es pasar el tiempo aprovechándolo al máximo, pero quizás ya está.

—No te entiendo —balbuceó Salvador.

—Quizás tienes razón y esta felicidad no es real —apuntó Gala y añadió



—: El problema es que tú eres un pesimista triste, querido. Está claro. No harías nada sin mí. Mientras que yo soy una pesimista alegre y, frente a eso, tampoco podemos hacer nada —le dijo—. Yo hace mucho que decidí salir del paso como pudiese, a mi gusto, luchando contra el mundo si hiciera falta, convencida de que soy yo la que lo dirijo, mientras que en tu caso es lo contrario.

—Luchar.

—Sí. Luchar por conseguir aquello que creo que el mundo nos debe.

—¿A nosotros?

—Sí. Quiero vivir y morir sin preocuparme de los otros, demasiado me he preocupado a lo largo de la vida. Ahora ya está, que sean los otros, a mí, poco me importa. Por eso hemos venido aquí.

—No podemos quedarnos para siempre.

—¿Por qué no?

—Porque no tenemos dinero.

—Se arreglará. Basta con que tú vayas haciéndote a la idea de que para ello no puedes pasar un solo día sin trabajar.

Podrían acostumbrarse poco a poco al nuevo continente. Alojados y alimentados por la rica viuda norteamericana, librados de las preocupaciones del alojamiento. Sin recibir críticas por el tipo de vida que llevaban, adulados y bien tratados...

Por fin el matrimonio entraba en una época fecunda. Gala no se equivocaba, el dinero no estaba en Europa, había cambiado de continente, de manos. Por eso debía dejar claras desde el principio las obligaciones de cada uno. Gala se encargaba de conseguir telas, pinturas, de seleccionar colores, incluso de sugerir ideas... Sucedió lo mismo que con Éluard. La pareja vivía por y para lo que ella decidía, que siempre era por y para el trabajo de Salvador. Huían de juntarse con la gente. Los otros podían ser una amenaza. No fumaban, no se drogaban, no querían estar cerca de los que propagaban enfermedades venéreas, condenaban el uso de los estupefacientes... acabaron por encerrarse en una atmósfera aséptica. Cualquiera podía ser sospechoso de transportar microbios mortales y no querían correr ese riesgo. Mientras, Éluard seguía pendiente de Gala, a pesar no solo de vivir ya junto a Nush,

sino también de los miles de kilómetros que los separaban:

*No albergo esperanzas de poder ir a verte, mi querida Galuska, no tengo dinero. Y lucho inútilmente para conseguirlo. Cuando tenga te lo haré llegar, pero la verdad es que vivo mal, muy mal, sobrevivimos de milagro. Menos mal que nuestra pequeña Cécile está con mi madre, y con ella no pasa penurias. Aunque si vosotros realmente necesitáis dinero, házmelo saber. Envíame un telegrama y venderé lo que sea para conseguirlo.*

*Si no es indispensable, prefiero que no se sepa que estoy pasando estas penurias. Aquí el tiempo es triste y gris. Lo es desde que he empezado a vender mis cuadros. Mañana le venderé un Picasso a un amigo. Eso te beneficia, ma petite, en cuanto lo cobre te ingresaré la mitad. Además no me encuentro muy bien, mis pulmones empiezan a quejarse de nuevo y tengo que ir al hospital regularmente para que me controlen. Menos mal que Nush, mi Nush, está siempre a mi lado. Aunque no sé qué daría por que fueras tú la que me acompañara. Tengo tantos recuerdos de Clavadel cada vez que atravieso las puertas de ese hospital. No puedo evitar recordarte aquellos días, tu sonrisa, tu cariño, tus primeros besos. Mi cuerpo siempre me ha hecho sufrir mucho, pero le doy las gracias, porque mi enfermedad me hizo conocerte. Qué hubiera sido de mí sin ti...*

—Estamos preocupados por el dinero, de acuerdo, pero es importante que nadie más se dé cuenta, en eso coincido con Paul. Pero nosotros ni siquiera se lo vamos a decir a él —le dijo entonces Gala a Salvador. Ella nunca confesaría por carta, como había hecho Paul, la situación en que se encontraba—. Nuestra fuerza consiste en no inspirar piedad. Aunque estemos muertos de hambre no debe saberse. Paul nos ayudará y eso nos dará más margen para vender tus cuadros a mejor precio.

—Pero... si dice que está en mala situación, que la crisis le está afectando.

—Logrará hacerse con dinero, no te preocupes por eso...

Salvador se sentía arropado, protegido por Gala cada vez que le surgía una preocupación, no tenía ni que pensar en el mínimo problema cotidiano. Gala siempre estaba allí, con una respuesta, una idea, y, sobre todo, con una

solución pensada.

—Lo sé.

—Aunque... —tanteó Gala—. Creo que debería ir a verlo en cuanto volvamos. Se siente solo.

\* \* \*

—No te lo vas a creer —dijo Coco.

—¿El qué? —preguntó Misia.

—Acaban de decirme que Paul se sigue viendo con Gala —aseguró Coco con cierta sonrisa pícara.

—Tendrán que arreglar todavía sus cosas —contestó Misia.

—No, mujer, han quedado solo para acostarse. Me lo acaba de decir ella misma.

—¿La has visto? —preguntó Misia sorprendida.

—Me la he cruzado esta mañana.

—¿Y cómo lo hará?

—No he querido seguir indagando para no parecer una cotilla, pero como Gala no logra hacer el amor con Salvador, siempre que puede aprovecha para acostarse con Paul —aseguró Coco.

—Sigue enamorado... —dijo Misia un tanto melancólica.

—¿Y Salvador? ¿Qué pasará por la cabeza de ese hombre?

—Parece que no le importa lo más mínimo.

—Entonces no tendrán problema —contestó Coco.

—Mujer, no es eso.

—Bueno, no es eso, o sí es eso.

—Quiero decir que no es muy normal seguir viéndote con tu exmarido, mientras tu marido se queda en casa trabajando, y que a todos os parezca de lo más normal la situación.

—Ay... si yo te contara —replicó Coco.

Misia se quedó mirando a su amiga.

—No, no lo es —aseguró Misia.

—La normalidad la marca uno. Si no recuerdo mal, hay una larga lista de amantes oficiales de Gala que han ido apareciendo durante su matrimonio con Salvador. Acostarte de nuevo con el que fue tu esposo, bien mirado, en realidad es como acostarte con tu marido —aseguró la diseñadora.

Cuanto más la escuchaba más se sorprendía Misia. Cómo envidiaba esa facilidad que tenía Coco no solo para acercarse a los hombres que quería en cada momento, sino para no tener reservas a la hora de cambiar de pareja. En cambio ella... cuánto le costaba a ella elegir y luego atreverse a tomar la iniciativa... Sonrió al recordar lo poco que le costó a su amiga, un buen día en el que se había comprometido a acompañar a España a Stravinski, su amante en aquel momento, cambiar de opinión solo unas horas antes e irse junto al duque Dimitri a Montecarlo, para estrenar el Rolls Royce que este acababa de comprarse.

En un arranque de fidelidad hacia su amigo, Misia le envió en aquel momento un telegrama a Stravinski: «Coco es una modistilla que prefiere los grandes duques a los artistas». Este, desde el país vecino, la llamaba constantemente lamentándose de lo que había hecho Coco. Pero ella era así. No podía evitarlo, y Misia tenía sentimientos encontrados respecto la actitud de su amiga, tan pronto envidiaba su capacidad de saltar de uno a otro sin que eso supusiera un problema, como que rechazaba su actitud. Sin embargo, nada podía hacer por cambiar, así que, acabó aceptándola tal y como era y decidió evitarle problemas.

Acto seguido le mandó también un telegrama a Coco: «No vengas, Stravinski te matará», la fidelidad tenía dos caras. Más valía que estuviera avisada. En realidad los dos tenían que estar al tanto de lo que sucedía. Solo así la pareja podía funcionar.

Pero lo de Gala era distinto.

Ella había estado casada con Paul, tenían una hija juntos a la que ignoraba. ¿Qué le pasaba a esa mujer por la cabeza? ¿Cuáles eran sus prioridades? Ay, si ella hubiera tenido la suerte de tener una hija.

Salvador y Gala vivían ajenos a todos los rumores y comentarios malintencionados que se fraguaban a su alrededor. De regreso de Estados

Unidos, tras un frugal paso por París durante el que Gala, efectivamente, había aprovechado para hacer el amor un par de veces con Paul, decidieron que la capital no era segura y que se alejarían de ella hasta que mejorara la situación.

Llegaron a Arcachon rebosantes de los dólares recibidos en Nueva York, queriendo olvidar que unos cuantos kilómetros más allá se libraban batallas. En la Gran Manzana, Dalí había tenido más éxito del que se podían imaginar. Incluso había salido en los titulares de los periódicos por haber sido detenido gracias a una sugerencia de Gala.

Los grandes almacenes neoyorquinos Bonwit Teller le habían encargado diseñar dos de sus escaparates. Dalí y Gala trabajaron durante toda la noche recubriendo una vieja bañera con lana de oveja de color negro, llenándola de agua y dejando flotar en ella unos brazos de cera que sostenían espejos. Se fueron a dormir muy tarde y al día siguiente bajaron por la Quinta Avenida, curiosos por observar las reacciones de los neoyorquinos. Parece ser que los grandes almacenes recibieron tantas quejas del público que censuraron la obra de arte de Dalí en su ausencia, poniéndole un batín al maniquí colocado en actitud de entrar en la bañera. Dalí enloqueció al verlo. Envió a Gala de regreso al hotel para traer refuerzos. Después se lanzó contra el escaparate desde el interior y derribó la bañera, que, al chocar contra el cristal, lo rompió en mil pedazos, dejando abierto un hueco por el que Dalí salió a la calle. Un detective que pasaba lo detuvo en ese mismo instante acusándolo de daños intencionados. Gala llegó pocos minutos después dispuesta a arrancarle los ojos a cualquiera. Había seguido al coche de policía hasta donde estaba la comisaría y permaneció dócilmente sentada junto a él, en el banco, mientras comía pera en almíbar y bebía leche. El juez del juzgado de guardia, más acostumbrado a tener que vérselas con gánsters y ladrones que con extraños personajes, suspendió la sentencia de Dalí y los envió a casa recomendándoles que se comportaran.

—Estos son algunos de los privilegios de los que parece disfrutar un artista con temperamento —dijo el magistrado sin darle más importancia al altercado del artista.

Los ecos de las noticias en las que Dalí era mencionado atravesaron

rápidamente el Atlántico y, cuando llegaron a Francia, más que de burla, fue objeto de envidia por la repercusión que había tenido como consecuencia su obra.

Por eso, cuando se instalaron en Arcachon, un pueblecito que se había puesto de moda entre los escritores y actores parisinos, construido alrededor de una dársena sometida a las mareas, Dalí pintó febrilmente, sumergiéndose en la alquimia de los óleos, la pintura y el barniz, como si se tratara de buscar una combinación química capaz de transformar la locura de la guerra europea y la forma en que había invadido su propia psique o más bien en un intento de reflejar eso sobre el lienzo.

—Los caballos y las figuras humanas del *Guernica* de Picasso aparecen desgarrados y agónicos. No lo entiende, pero la guerra no es un enfrentamiento entre el bien y el mal, ni consecuencia de imperativos geopolíticos.

—Razón no te falta. Poco tiene que ver la geografía si son los hombres los que quieren sumarse a las peleas.

—Por eso defenderé su tradición. Tengo que luchar contra deficiencias, naderías y revoluciones. Qué me importan las colectivizaciones, para qué voy a reivindicar un destino común en el que no creo.

—Lo individual, lo único...

—Eso.

Pero Salvador sabía que a eso no podía enfrentarse solo. Que no habría adelantado, si no hubiera contado con la rutina que imponía ella en su día a día. Mientras él pintaba, Gala leía libros de ciencia, de filosofía, metafísica, arquitectura... cualquier cosa capaz de proporcionarle una visión del mundo existente más allá de la oscuridad de la guerra. Se pasaba horas enteras tirándose las cartas del tarot, no importaba cómo las barajara, siempre le salían los mismos arcanos: El Verdugo, un joven con dinero, El Diablo y La Muerte. ¿Llegaría la guerra a Francia? ¿Se les acercaría? ¿Tendría que huir de esas hordas de rojos que habían destruido la casa de sus padres allá en Moscú y los habían obligado a vivir como si carecieran de recursos?

—No debes poner el arte al servicio de nadie que no seas tú mismo —le dijo entonces Gala.

—Lo sé.

—No es que yo lo piense, es que lo acaban de confirmar las cartas. Qué más da que todos hayan decidido afiliarse al partido comunista, nosotros, si hace falta, crearemos nuestro propio partido.

—Ellos también lo harán.

—No lo creo, ha desaparecido ya de sus mentes aquello de: «No a todo. No al orden. No a la disciplina...».

—Creen que es la forma de alejarse de la burguesía.

—La política no es cosa de artistas, de genios.

—Yo solo soy daliniano, mi Oliva. Y eso lo seré hasta la muerte. Por eso soy un genio.

Gala se lo quedó mirando y sonrió. Estaba dando los primeros pasos en la creación de su obra y no podía ser más halagüeña la evolución. Salvador lo había entendido a la perfección, él era en realidad el atractivo. Sin él su obra no era nada, necesitaba de esa interpretación, de ese creerse a sí mismo un genio para poder llamar la atención con esa pose, con esos gestos, porque, al fin y al cabo, un genio podía no existir para la gente si no lograba atraer la atención del público.

Estaba claro. Había que hacer cualquier cosa para atraer a las masas, desde derramar una tortilla sobre los cabellos grises de una anciana, hasta incluir cruces gamadas en sus conferencias, o inventar una piscina en la que nadaban falsas sirenas. Esa era la premisa. Pero hasta conseguir sacar al genio, Gala tenía que armarse de paciencia para impedir que saliera la locura, la paranoia que llevaba dentro Salvador y que en ocasiones podía convertirlo en un loco furioso capaz de los peores actos.

Todavía recordaba Gala la ocasión en la que lo dejó acudir solo a los actos de la primera exposición surrealista internacional que tuvo lugar en Londres. Desde allí la llamó llorando, asegurándole que podía morir si ella no estaba con él. Ella solo estaba unos metros más allá, tomándose un café, pero tuvieron que salir a buscarla. Salvador se ahogaba dentro de una escafandra de la que había perdido la llave y que solo podía abrir Gala.

—Unos segundos más y el público hubiera asistido a tu muerte —le dijo entonces.

—Hubiera sido un acto surrealista —contestó Dalí, dejando boquiabiertos a todos los que estaban a su alrededor—. Quería demostrar que estaba sumergiéndome profundamente en la mente humana.

Por eso, Arcachon era el sitio ideal para vivir. No solo había todo lo que ellos necesitaban, sino que eran tratados como genios. Ambos preferían el orden al desorden, la paz a la guerra, el confort a la revolución y también eso lo encontraban en el pueblo. Además, allí dieron con unas cuantas celebridades con las que a él le gustaba mezclarse. Los Dalí renovaron su amistad con Marcel Duchamp y con Coco Chanel. Aunque ahora ellos tenían dinero, no era como antes. Y, a pesar de eso, Gala no cesaba de acosar a Coco para que esta le regalara vestidos o se los dejara mucho más baratos.

—Esta francesa no es capaz de hacer un regalo. ¡Un vestido! Solo le he pedido un vestido...

—Pero... mi Oliva, podemos pagarlos... cómprate lo que quieras...

—Hoy sí tenemos, mañana quién sabe de qué dinero dispondremos. Mejor guardarlo.

Al fin y al cabo ella siempre la había preferido frente a Schiaparelli y así se lo había demostrado, consiguiendo que Dalí se alejara de la italiana; no entendía cómo no se mostraba más generosa con ellos.

—Todo instante de la vida tiene que representar una revancha, una conquista, o una desventaja —aseguró Gala.

Fue allí donde Gala empezó a coleccionar moscas. Resultó fácil, pues Dalí apenas se bañaba o cambiaba la camisa manchada de comida y todas acudían a él. Era solo cuestión de esperar. «Lo mismo que tenemos que hacer con el dinero», pensó la rusa.

Mientras, la radio informaba de las noticias más sombrías de los campos de batalla. En mayo de 1940 los alemanes se apoderaron de Holanda, Bélgica y Luxemburgo. A finales de mayo, los nazis habían atravesado las defensas de Francia y el 14 de junio, el ejército alemán desfilaba bajo el Arco de Triunfo. Pero allí, junto al pequeño lago de Arcachon, la guerra pareció quedar en el olvido.

Gala se sentía como en una isla intocable. Hasta que aparecieron los refugiados de París y la rusa intuyó que el peligro se acercaba demasiado. Así



que decidieron huir una vez más.

—Ya están todas las cosas en el coche —dijo muy seria.

—¿No podríamos irnos mañana?

—¿Y que los demás se enteren?

—No hacemos nada malo.

—Cuanto menos sepan de nosotros mejor.

Así, los Dalí se marcharon de noche, sin despedirse de nadie.

—Los cuadros... las pinturas... mis cosas...

—Yo iré a París, lo dejaré todo en manos de Paul. Él cuidará de nuestras cosas. Tú vete a ver a tu padre y a esa hermana tuya. A mí no me reconocerá nadie, en cambio tú eres demasiado conocido. La Gestapo no tardaría en detenerte.

—¿A mí? ¿Y qué he hecho yo?

—No hace falta que hayas hecho nada.

—Pero si yo siempre he hablado bien de Hitler... —se lamentó.

—Lo sé, pero tendríamos que dar con alguien que conociera esas declaraciones tuyas. Es más fácil dar con alguien que haya oído hablar de la guerra de España y de los rojos que tenéis allí y de los catalanes separatistas, y eso te perjudicaría. Hazme caso. El Tercer Reich no necesita amigos como tú, no reconocerán tu arte, la visión que tienen los nazis del surrealismo es que todos vosotros tenéis que estar encerrados en asilos psiquiátricos y esterilizados, para así impedir que vuestras ideas contaminen otra generación. Vete a Cadaqués unos días y nos encontraremos en Lisboa. Desde allí iremos juntos a América.

Gala, además, tenía pasaporte francés y podría pasearse hasta París sin demasiados problemas.

—¿Y tu cara?

—¿Qué le pasa a mi cara? —replicó Gala.

—Pensarán que eres judía, esos rasgos, Oliva. Esos rasgos marcados y maravillosos...

Se lo quedó mirando sin decir nada. Tenía razón, los nazis podían confundirla...

—Sabré explicarlo si me paran, no te apures —contestó con seguridad.

Los nazis no habían bombardeado París, la ciudad estaba intacta, vacía a excepción de los conquistadores teutónicos, convertidos ahora en turistas que tomaban fotografías junto al Arco de Triunfo y la tumba de Napoleón. Unos pocos cafés permanecían abiertos. Lo que veía ahora de la ciudad que la enamoró nada más llegar con poco más de dieciocho años poco tenía que ver con lo que contemplaba entonces. No se detuvo más que el tiempo justo para hablar con Paul, explicarle dónde y en qué condiciones dejaba las cosas, y dejarlo encargado de custodiar todas sus posesiones.

—¿Y Cécile? ¿No vas a ir a verla?

—Ya es mayorcita.

—Pero le gustaría verte...

—Bastará con que no le digas que he estado aquí.

—Gala, *ma petite*... ¿qué va a ser de ti si te vas? ¿Y de mí sabiéndote tan lejos?

—En América no nos pasará nada. Tú procura que los cuadros no caigan en manos de nadie.

—Se va a llevar un disgusto... tiene tantas ganas de verte...

Gala se acordó entonces del pequeño conejo blanco que habían adoptado en Cadaqués, al poco de llegar. Lo quería tanto que lo llevaba a todos los lados. Dormía en su cama y comía con ellos en la mesa. Se había convertido en una especie de hijo de todos y las criadas lo adoraban. Gala lo mimaba mucho. En octubre, poco antes de emprender su viaje a París, las criadas le preguntaron a Gala qué pensaba hacer con el conejo: llevárselo durante el invierno o dejarlo en Cadaqués donde se ocuparían de él en su ausencia. Gala no había pensado en ello y ¡decidió que se lo comerían en *civet*! No dudó ni un segundo. Las criadas se quedaron horrorizadas. ¿Matar al conejo para comérselo?

—Claro, ya no puede servirnos más —les contestó serena.

¡Ay! Si hubiese podido apartar tan radicalmente otras cosas o personas, los disgustos que se hubiera ahorrado. Solo Salvador la entendía. A ambos les gustaba presumir de sus crueldades hacia los animales, era como si así evitaran hacérselas a las personas. Dalí contaba cómo, siendo adolescente, incendiaba árboles, habiendo primero crucificado un erizo vivo debajo; o

cómo había aserrado el pico de un pelícano para verle morir de hambre.

—Te escribiré, Paul. Cuando estemos asentados en algún sitio, te escribiré.

\* \* \*

*La guerra, la muerte, el dolor, las persecuciones, las envidias. Yo ya había vivido eso y no quería volver a revivirlo. Salvador dudó, no había pasado por lo mismo que yo, era un niño, es un niño, hay que darle pocas explicaciones y muchas órdenes. Yo ya lo sabía. Había que coger las maletas de nuevo. No había discusión posible al respecto.*

## XVII

### LA ESTRELLA EL CAMINO YA NO TE PIERDE

—Tienes el éxito garantizado, créeme —le dijo Gala eufórica—. Norteamérica está pensada para ti.

Y Gala tenía de nuevo razón. La vocación de *showman* de Salvador era innata y su paso por Estados Unidos la hizo definitiva. No había país más proclive a las novedades que ese, al tiempo que aceptaba de buen grado las peculiaridades de todo aquel que llegaba y a Salvador lo recibieron con los brazos abiertos. Por eso fue un acierto, tras sus desacuerdos con los surrealistas franceses, marcharse a hacer las Américas de forma definitiva, o, al menos, sin fecha fija de retorno.

Sus primeros seis meses en Norteamérica, los Dalí vivieron en la casa de campo de Caresse Crosby, en una finca en Virginia. Caresse era una mujer pequeña y enérgica. Su hospitalidad era para ellos un regalo del cielo, podrían acostumbrarse poco a poco al nuevo continente y no tendrían que usar los recursos económicos con que contaban. Lo que a Gala acabó de convencerla de lo acertado de su decisión. Cuando la conocieron, vivía en un castillo en el bosque de Ermenonville, cerca de París. El interior del castillo, le Moulin du Soleil, estaba completamente decorado en blanco y los invitados siempre bebían leche. Había paredes blancas y alfombras blancas, y hasta ella iba toda vestida de blanco. Fue allí donde Gala y Dalí escucharon por primera vez *Night and Day*, de Cole Porter, y se sintieron hechizados por

las imágenes de Estados Unidos que les sugería la canción.

Los Dalí no tardaron en convertirse en los pilares de la casa de Caresse, a la que acudían también otros artistas e intelectuales de la época. Allí se encontraron al llegar con Anaïs Nin, una escritora francesa muy de moda en aquel entonces en Estados Unidos. En cuanto los vio se convirtió en espectadora atenta de esa extraña pareja que combinaba timidez, arrogancia y poseía el suficiente ingenio para ser el centro de atención y conseguir que todos actuaran en su beneficio.

—Tenéis que escuchar esto —dijo un día la escritora, aprovechando que los Dalí estaban echándose la siesta—. Creo que la pareja nos va a dar muy buenos momentos como para poder hacer un buen retrato de ellos y no me he resistido a dejarlo por escrito.

—Lee, lee, querida, no nos dejes en ascuas —la apremió uno de los que la rodeaban.

—¿De los dos? —preguntó alguien—. ¿Has escrito sobre los dos?

—Sí, sí, sobre los dos. A pesar de que he dudado —comentó Anaïs—. A veces sorprendida, comprendo que Gala, frente a la fragilidad de Salvador y sus aires infantiles e inseguros, tome las riendas y creo sin duda que es el pilar de la pareja, sin cuya fuerza desaparecería. Pero otras me indigno comprobando la gran distancia que existe con su mujer, tanto que casi nunca me atrevo a llamarla por su nombre.

—¡Señora Dalí! Seguro que la llamas señora Dalí.

—No te quepa duda y lo hago sobre todo para molestarla y que deje de ser ella y piense un poco en los demás.

—No lo conseguirás.

—Lo sé.

—Venga, no te entretengas más y lee, no vaya a ser que aparezcan ahora —dijo entonces Caresse.

—Antes incluso de que nos diéramos cuenta —empezó a leer Anaïs poniendo voz de suspense—, toda la casa estaba funcionando para y por el bienestar de Salvador. Gala se había encargado inteligentemente de hacer que todos nos moviéramos en su dirección. Como él trabajaba en la biblioteca, no nos dejaban entrar más que a las horas en que este no estaba. Si alguien

bajaba al pueblo, tenía que hacerlo para buscar unas baratijas que necesitaba Salvador para sus pinturas —seguía explicando mientras teatralizaba un poco la lectura—. Incluso a mí —dijo con énfasis— me pidieron si no me importaba que tradujera un artículo para él del inglés al francés, y así lo hice, amigos.

Todos rieron a carcajadas.

—A mí me pidieron, si no me importaba, que llamara a los de la revista *Life* para que fueran a verle... —comentó Caresse.

—Y a mí que arrancara unas flores que le molestaban cuando miraba al infinito —añadió otro.

—De esta manera —prosiguió Anaïs— cada uno de nosotros cumplimos con la tarea que nos había encomendado Gala para mayor satisfacción y tranquilidad del genio. ¿Cómo lo hicieron?, os preguntaréis, ya que la señora Dalí no levanta nunca la voz, ni trata tampoco de seducir o conquistar. Con inteligencia, no lo dudéis, y con el aplomo que da el saber que el mundo se mueve para que Salvador pinte. Que todos tenemos la obligación de ayudar en el trabajo del genio. Así, la señora Dalí dio por supuesto que todos cuantos nos encontrábamos allí estábamos única y exclusivamente para servir a Dalí, el gran genio indiscutible.

Y así siguieron hablando un buen rato, riéndose y comentando cómo Gala había sido capaz de transformar la vida de la casa; casi sin que ninguno de ellos se diera cuenta y utilizándolos a todos y cada uno de ellos para sus necesidades, había logrado que Dalí consiguiera todo aquello que necesitaba para trabajar.

Y es que en realidad apenas sí se los veía. Al artista le gustaba levantarse temprano, a eso de las siete y media, y a las ocho ya estaba absorto con sus lápices y sus colores hasta la hora del desayuno, que tomaba en el comedor. Era el único momento en que se juntaba con los otros invitados de la casa. Poco más de media hora después para el café, que se servía en el jardín, Salvador tenía su propio rito. Se sentaba en la escalinata negándose en redondo a aventurarse a pisar el césped, donde temía tropezarse con el terror de su vida, los saltamontes, haciendo toda clase de aspavientos hasta que conseguía atraer la atención de todos los demás. Luego, los dos se despedían

con un suave movimiento de cabeza y Salvador se sentaba frente al caballete.

El resto del día cada uno campaba a sus anchas hasta que Gala sugería hacer algo. Pero una noche la tranquilidad se rompió. Ya estaba todo en silencio cuando Salvador lanzó un grito de terror y se levantó sobresaltado, tirando la silla, abriendo a golpes puerta y ventanas y yendo a esconderse bajo la enorme mesa del salón, como si hubiera visto el demonio.

—¡Un saltamontes! ¡Allí, un enorme saltamontes! ¡Que lo maten, que lo maten!

Estaba realmente aterrorizado. Una vez atrapado el insecto se tranquilizó.

—Es horrible, no puedo evitarlo, pero los saltamontes me aterrorizan. Llevan marcada la imbecilidad en su cruel carita, se te pegan y no te sueltan.

Gala, sin hacer demasiado caso, se acercó a la sala, miró a Dalí sin decirle nada y lo cogió de la mano hasta que lo llevó de nuevo a la habitación de donde solo salieron a la mañana siguiente.

—Dalí ha soñado con un piano de cola —anunció Gala.

—¿Un piano?

—Sí, un piano de cola que hay que colocar al lado de una vaca atada a una estaca.

—Pero...

—Perderá su arte. Lo necesita. Tenemos que ponerlo, Caresse. Sus ideas, sus sueños son lo primero...

No hubo mucha discusión. A final de la mañana el piano y la vaca esperaban en el campo al que daba la ventana de la habitación de los Dalí. Y mientras Salvador reanudaba su trabajo, Gala salía a caminar por el campo y a leer estirada sobre la hierba.

—Me parece muy interesante lo que has escrito —comentó Gala a su regreso del paseo aquel día—. Pero ¿memorias? Pensarán que estás enfermo, que piensas morir.

—Eso solo lo pensarán los idiotas. Está bien claro lo que hago. A diferencia de todo el mundo, me parece más inteligente escribir primero mis memorias y luego vivir. ¡Vivir! Para eso es necesario haber liquidado la mitad de tu vida, a fin de proseguir la otra mitad enriqueciéndose. Y yo la liquidaré escribiéndola.

Gala lo miró y dio por buena su explicación. Se sentó a su lado y empezó a echarse las cartas. ¿Qué supondría la publicación de *La vida secreta de Salvador Dalí*? La Emperatriz y su triunfo sobre él se repetía una y otra vez en las distintas tiradas. Estaba claro, el libro iba a ser un canto a Gala, a sus diez años de vida en común.

Pasaron así los días sin problemas, hasta que una noche el marido de Caresse, un apuesto joven con quien estaba en ese momento en trámites de divorcio, se emborrachó. Ensilló un caballo y se puso a galopar en torno a la casa disparando pistoletazos al aire.

—¡Fuera todo el mundo de esta casa! ¡No quiero zánganos aquí! ¡Fuera!

Ninguno de los invitados se movió, sorprendidos de lo que estaba pasando.

—¡He dicho que no quiero a nadie en esta casa! —siguió gritando, como enloquecido y, sin dar tiempo a que reaccionaran, empezó a destruir todos los cuadros de Dalí depositados en el taller—. Empiezo con esto y seguiré con todo lo demás —amenazó.

Los Dalí, todavía en la cama, saltaron asustados en pijama.

—Salvador, vámonos —dijo Gala de regreso a la habitación de nuevo, tras ver la que se estaba formando en el salón.

Dalí, a un lado de la estancia, sentado en una esquina, temblaba de miedo.

—Levántate, no nos quedaremos en esta casa ni un minuto más.

—Mis cuadros...

—Ha roto los que tenías en el taller. Nos llevaremos estos —contestó Gala mientras empezaba a empaquetar los lienzos que estaba pintando en ese momento.

Pocos minutos después, con los cuadros en los asientos traseros del Cadillac de Gala, los Dalí salían de la finca sin despedirse de nadie.

\* \* \*

*Hacer dinero, conseguir dinero, acumular dinero... ¿había algo que pudiera*



*superar ese placer? Los hombres, sí, quizás los hombres, pero esos ya habían vivido conmigo siempre, ya los había disfrutado, ya había tenido cerca muchos, todos los que había querido. Dinero, dinero, dinero... el placer que proporcionaba tocarlo era difícilmente comparable a nada más.*

\* \* \*

—¿Qué te pasa?

—Son tantos los artistas que han cruzado el charco que Nueva York parece la *rive gauche*... no sé si me apetece seguir aquí.

Habían salido de casa de Caresse y pensaron que lo mejor sería ir a Nueva York, donde estaban todas las galerías y se acercaban todos los ricos compradores norteamericanos.

—Aquí nadie te molestará y tu pintura se verá más.

—Incluso han vuelto a formar los mismos grupos —insistía Salvador, algo molesto por tener que volver a encontrarse con aquellos que lo habían apartado del surrealismo.

—Nosotros somos un grupo aparte, siempre lo hemos sido y así seguiremos —lo tranquilizó Gala—. Son tus cuadros los que quieren comprar, no los poemas de unos cuantos europeos lloricas que han apostado por el caballo perdedor y por eso han tenido que irse de París. No somos como ellos, Salvador, bien lo sabes. Tenemos que quedarnos aquí. Lo que quieren es aprovecharse de nuestro trabajo, de nuestras relaciones. No dejaremos que se junten con nuestras nuevas amistades y se queden con tus clientes.

—Igual podríamos regresar a España.

—De aquí no nos mueve nadie —sentenció Gala en cuanto calculó las posibilidades que tenían en el país y sabiendo de nuevo que las cartas no engañaban, que sus sueños de hacerse ligeramente multimillonarios estaban a punto de cumplirse.

El Carro, La Emperatriz y La Estrella se repetían una y otra vez en todas

las tiradas, asegurándole un futuro de lo más halagüeño, avanzando en el camino correcto, enmascarando sus intenciones, para al final lograr el éxito deseado y merecido.

Entre los conocidos que se habían trasladado se encontraba André Breton. Este, que no quería coincidir con Salvador incluso en el extranjero, tan solo tenía un punto en común con Dalí: se negaba, como el catalán, a aprender inglés. Breton, además, no se sentía a gusto en Norteamérica e intentaba reproducir a su alrededor un pequeño París.

Sin embargo, coincidir antes o después era cuestión de días, los extranjeros acababan acercándose a los mismos establecimientos y contactando con los mismos marchantes. Al fin, no solo no tuvieron ningún vínculo en el exilio, sino que además fue el momento en que rompieron definitivamente su amistad. Breton no olvidaba algunas de las declaraciones fascistas que había hecho Salvador antes de salir rumbo a Norteamérica. Y Dalí no ocultaba que estaba allí para hacer dinero, lo que más podía repugnar al francés.

—Apenas desembarqué en Nueva York, hice saber que estaba dispuesto a aceptar cualquier encargo bien remunerado —le confió uno de los pocos días que se vieron.

—¡Y no te da vergüenza decirlo así! El arte es otra cosa.

—El arte, amigo, bien sé yo lo que es, pero una cosa no tiene por qué estar reñida con la otra y yo prefiero hacer dinero en esta tierra de oportunidades, que pintar cuadros que luego tengo que ocultar en España porque no sé quién va a acabar ganando la guerra.

Salvador tenía bien aprendido el discurso que Gala le daba cada una de las veces que cerraba un contrato con alguna empresa para hacer publicidad utilizando sus dibujos.

—Ávida Dollars, no se te puede llamar por ningún nombre más. Ávida Dollars —le dijo un día Breton, poco antes de jurarle que nunca más volvería a dirigirle la palabra.

—Gala, Breton acaba de hacerme un cumplido —ironizó al escucharlo a su esposa.

—Lo sé, querido, pero él no es capaz de entenderlo.

—En América querer ganar dinero es lo mejor que hay. Voy a triunfar con ese nombre y me servirá para ganar incluso más. Ellos ya no son nada y así lo diré cada vez que me lo vuelvan a preguntar —aseguró el catalán.

La ocasión no tardó en llegar, casi cada semana acudían periodistas al hotel donde se hospedaban para hacerle alguna entrevista al artista.

—¿Cuál es su definición de surrealismo, señor Dalí? —le preguntó en una ocasión uno de ellos.

—¡El surrealismo soy yo! Puesto que soy el único en perpetuarlo. Los demás andan demasiado ocupados en pensar en sí mismos y en juntarse bajo las faldas de un brasero para recordar el tiempo en que vivieron en París, olvidándose por completo de lo que nos habíamos prometido a nosotros mismos. Yo, en cambio, no he renegado de él, sino que lo he perpetuado. Todos los demás que han ido llegando no son más que un mal intento de hacer un arte para el que sin duda no tienen las cualidades necesarias.

—¿Le molestan las acusaciones que ha ido recibiendo de otros colegas de profesión acerca de su ansia por hacer dinero?

—Hay que tener dinero. ¿Qué hay de malo en ello? Todos queremos conseguirlo. Producir oro rápido y en suficiente cantidad como para poder subsistir sin problema. ¡Oro y salud! No necesitamos más.

—Pero es que no solo le critican sus ganas de hacer dinero, también que haya entrado en terrenos... llamémoslos poco artísticos, poco dignos del arte, alejados de la pintura —siguió el periodista—. Que ponga usted al servicio de las empresas su enorme talento, su pincel, su imaginación... en una simple lata de conservas o en un cartel publicitario.

Dalí, por aquel entonces, llevaba meses dedicado a pintar cuadros por encargo. Y, además de libros de arte, diseñaba ropa, decorados de ballet... Pero los más denostados ataques tuvieron lugar cuando empezó a trabajar en la publicidad de distintas firmas: decoró escaparates, inventó modelos de vestidos, joyas, e incluso Gala tuvo la idea de que empezara a cobrar por salir en las portadas de las revistas, algo que probó solo para ver si tenía suerte y fue aceptado por los medios sin problemas.

Dalí vendía, y mucho, cualquiera de las cosas que hacía y Gala sabía que no podían desaprovechar una situación que no duraría una eternidad.

—No me entienden. No saben nada. ¿Y qué si quiero ganar dinero con otras cosas? ¿Acaso no saben que Miguel Ángel pintaba los ligeros del papa y los trajes de los guardias del Vaticano? ¿Es menos artista por eso? ¿Alguien lo critica como hacen conmigo?

Salvador, desesperado, no acababa de entender la obsesión de los periodistas por preguntarle siempre sobre lo mismo. Gala lo escuchaba dándole la razón, al fin y al cabo suya fue la idea de trabajar con distintas empresas. Una idea que les estaba reportando enormes beneficios económicos, más incluso de los que Gala había pensado nunca que tendrían.

—Por cierto —dijo Gala—, te ha llamado Alfred Hitchcock. ¿Sabes a quién me refiero?

—¿Ese director gordo? ¿El inglés?

—Ese mismo. Quiere que hagas los decorados para alguna de las escenas oníricas de *Recuerda*. Están a punto de empezar el rodaje y no dan con el escenario adecuado. Y Walt Disney también quiere hablar contigo acerca de otra película.

Salvador acabó trabajando con el conocido director. Al fin y al cabo, una de las secuencias más importantes de la película era la de un sueño surrealista, y quién mejor que él para idearlo.

—Crearé una especie de jeroglífico que permitirá a la protagonista dilucidar el misterioso pasado de su paciente —le dijo tras leer el guion entusiasmado.

Cualquiera que los viera en esos días se daría cuenta de que las cosas le iban bien a la pareja. Tenían compradores asiduos, Dalí era conocido a nivel mundial, no les faltaban las ofertas de trabajo bien pagadas... Sin embargo, el enriquecerse no era suficiente para que Gala se sintiera más tranquila. Por sorprendente que pueda parecer, no hacía más que avivar su obsesión de volver a ser un día pobre.

Comenzó entonces a cambiar un poco de parecer. No amaba ya el dinero por sí mismo, sino por lo que representaba y por lo que se podía hacer con él. Y poco a poco, cada vez de forma más evidente, el misticismo dio paso a la adoración del dinero como si fuera una religión. A pesar de que el dinero le creaba angustias a Gala, sobre todo la de no poseerlo, no por eso dejaba de

soñar con acumularlo, y pasó a tener otra obsesión: la ruina financiera. Ese día compró un maletín de cuero negro y decidió que siempre tendría a su alcance uno repleto de cheques reconvertibles en dólares.

—Yo pilotando la barca de nuestra vida, Gala llevando el timón —le explicaba Salvador a su mujer un día acerca de un sueño que había tenido.

Por eso decidieron no vivir en una casa, sino en un hotel, primero en el Saint-Moritz y luego, conforme aumentaron su fortuna, se trasladaron al St. Regis, uno de los más lujosos de Nueva York, situado en la Quinta Avenida con la calle 55.

—Es una *suite* maravillosa —le aseguró Gala.

—¿Tiene dos camas? —preguntó asustado.

—Dos individuales y un gran cuarto de baño y un salón.

Así, a partir de ese momento, nada más desayunar, Dalí dibujaba o pintaba y Gala se demoraba en la cama o en el cuarto de baño, después de concertar las distintas citas para el mediodía en los mejores restaurantes, para que el comprador o el marchante con quien habían quedado citados les pagara los menús más caprichosos.

Empezaron a surgir a su alrededor entonces los primeros *groupies* del pintor. Muchachos y muchachas jóvenes, muchos de ellos estudiantes de arte de alguna universidad, que solo querían acercarse a un genio y que acabarían sirviendo de modelo de las fantasías más arriesgadas de Salvador, mientras Gala, sabiéndolo acompañado, aprovechaba para salir a pasear o para irse de tiendas, y regresaba de noche para cenar con él en la habitación.

Fue una época en la que Dalí se dirigía a los medios, escribía, hablaba en público, se dejaba querer y adular, mientras Gala se quedaba a un lado, discreta, contando los billetes que habían ganado ese día.

Pero Paul seguía en París, en una Europa sumida en una profunda crisis donde los negocios inmobiliarios no marchaban como antes.

*La vida es muy difícil aquí. Mucha gente cae enferma, no tengo calefacción. Hace un frío impresionante. La vida es muy dura y triste. El horror ha estado casi siempre presente ante nuestros ojos. Hemos esperado, desesperado, rabiado. Todo ha cambiado menos mi corazón. Y todo el pasado está lejano*

*menos tú. Porque tú estarás siempre presente en mí.*

*Gala, ma petite belle, cuándo vas a volver a mi lado. A nuestro lado. Cécile también tiene ganas de verte. Quiere que conozcas a su hijita. Una niña. ¡Has sido abuela, Gala!, somos abuelos de una criaturita maravillosa.*

*Te cubro de besos, Paul.*

Gala no contestó la carta, como no contestó muchas otras que fue recibiendo de él. Le bastó con enviarle a Paul leche condensada, vitaminas, café, aceite, jerséis...

¿Qué le importaba a Gala haber sido abuela?

¿Por qué habría decidido Cécile tener una hija?

Paul no la había educado lo suficientemente bien como para que entendiera que los hijos no son más que una carga innecesaria.

Una niña. Encima había sido una niña.

El tiempo no se detenía. Aunque en esos días lo hizo para Nush. Quien, una noche, apoyada en la cabecera de la cama de madame Grindel, descansó para siempre. El suceso, por inesperado, hizo pensar que Paul no lo superaría. Los más íntimos llegaron incluso a temer que se suicidara. Fue la única vez que Cécile se atrevió a escribirle a su madre, para pedirle consejo sobre qué hacer con su padre.

Gala prefirió no contestar.

¿Qué le iba a decir a alguien que ni conocía ni le importaba? Cuando al fin volvió a recibir una carta de Paul, este estaba sumido en plena depresión, consciente de que de ese amor que empezó en Clavadel con dieciocho años ya nada quedaba.

*Espero que pienses como yo, que debemos evitar dejar tras nosotros el rastro de nuestra vida íntima. Así que rompo tus cartas. Rompe tú las mías.*

Gala leyó la carta y sonrió. Desde cuándo era Paul quien decidía lo que ella debía hacer. Se levantó y se dirigió al cajón donde estaban guardadas todas las cartas que se habían ido intercambiando y, con paciencia, se dedicó a ordenarlas cronológicamente, para acabar guardándolas en el mismo cajón

en el que estaban.

No supo bien por qué no lo hizo. Pero aquel día, leyendo la carta de Paul, una de las últimas que recibiría de él, miró al horizonte y no vio más que unos acantilados. Hacía unas semanas que se habían trasladado a Monterrey. Salvador tenía que aislarse y concentrarse para pintar y entregar a tiempo todos los encargos a los que se había comprometido Gala y con la corte de jovencitos aduladores que tenía a diario se hacía muy difícil.

Gala eligió el sitio, pensó que el viento había dado a las montañas, a los montes, una forma similar a las que se veían en Port Lligat y eso le ayudaría. Sin embargo, vivían muy apartados del mundo y Gala empezó a sentirse inquieta. No era lo mismo estar en Nueva York rodeados de gente, que en medio del desierto, y solo la lectura y la posibilidad de escapar de allí en coche lograban que el ambiente no le pareciera opresor incluso a ella. Al final, Gala se dedicaba a conducir. Dejaba a Dalí en su estudio blanco y arqueado, a varios kilómetros del Mount Lodge, y recorría la serpenteante costa en su Cadillac. Pasaba junto a pinos retorcidos y calas rocosas donde los leones marinos rugían y se sumergían en las gigantescas olas del pacífico. Estaba acostumbrada a la serenidad del Mediterráneo, el océano Pacífico, en cambio, resultaba violento.

El Cadillac era su única liberación, cuando lo conducía, Gala era tan pequeña e invisible que parecía una muñeca arrojada en el asiento delantero. Sin embargo, era muy buena conductora, y a menudo tomaba la carretera 66, acompañada de Dalí, en dirección al este, hasta Nueva York, y después regresaban. No se atrevía a abandonar la carretera 66 por temor a perderse.

Pero no querían quedarse eternamente en Estados Unidos, un país en el que se encontraban cómodos, aunque se sentían extraños, y los Dalí se dispusieron a retornar a Port Lligat, sabiendo además que Paul, en París, seguía velando por el patrimonio de Gala.

## XVIII

### LA LUNA PROBANDO NUEVOS MUNDOS

Los Dalí desembarcaron en Le Havre de regreso de Estados Unidos. Se detuvieron en París lo justo para reclamarle a Paul parte del dinero de las ventas de obras de arte y antigüedades y se dirigieron a Port Lligat. Trece años habían estado ausentes de España y Salvador casi no era capaz de disimular la alegría que estallaba en su corazón, conforme empezaba a reconocer en la lejanía los campos, el pueblo y a la gente que lo habitaba. Poco le importaban a él los gobernantes y la situación del país, ni la de antes, ni la de ahora, solo quería regresar a su tierra.

Sin embargo, decidieron pasar antes por Cadaqués. Dalí estaba nervioso ante la perspectiva de volver a ver a su familia, aunque antes de viajar a América había hecho tímidamente las paces con su padre. En aquella ocasión había viajado sin Gala a la casa familiar, y no podía por menos que temer que esta vez todo sería distinto.

Nada más llegar, al verlo, su hermana Ana María lo abrazó y gritó de emoción. Hacía mucho que no se veían y casi no habían tenido noticias de él, más que las que se colaban a través de la prensa extranjera, que su padre había ido recopilando y guardando en un álbum. El padre se sentía orgulloso de su hijo, que al marcharse le había prometido que volvería siendo rico y famoso y lo había conseguido.

—Estamos agotados. ¡Hemos viajado desde París hasta Port Bou con



novecientos cincuenta kilos de peso! —le explicó a su padre, gesticulando y exagerándolo todo como siempre había hecho frente a su progenitor, para provocar en estas reacciones de sorpresa y admiración—. Y eso que solo hemos traído lo necesario, el resto llegará por barco.

—Salvador, ¡pero si parece que hayáis trasladado una casa entera con todo lo que me cuentas!

—Casi, no hemos dejado nada allí —aseguró—. Y esto no es nada, el resto está por llegar.

El hombre no podía ni imaginarse a qué se refería su hijo con el resto: cajones, ropas, cuadros... hasta un reluciente Cadillac volvía con ellos.

—¿Habéis traído un coche? —preguntó sorprendido.

—Sí, sí. Y no es cualquier coche. Es un Cadillac, en España no lo puedes comprar.

—Pero tú no conduces... —se extrañó.

—Lo conducirá Gala, como hacía allí. Disfruta al volante y yo ya me he acostumbrado a que me lleven a todas partes.

—¿Ha venido contigo? —quiso saber el padre, que hasta ese momento ni siquiera había pensado en ella, quizás suponiendo que no estaría ya con su hijo.

Ni tiempo tuvo de escuchar la respuesta de boca de su hijo. En ese momento, escuchó cómo estallaban unos gritos de fondo que auguraban lo peor. Gala y Ana María se habían enzarzado en una discusión. Los dos hombres se miraron y acudieron al lugar del que procedían los gritos.

—¡Acaba de escupirme en los pies! ¡Tu hermana es un animal! —gritó Gala muy enfadada.

—Podría haberte escupido en la cara —contestó Ana María con sorna.

—No volverás a esta casa —le dijo Gala a Salvador muy seria—. Es la última vez.

—Pero Gala... mi Oliva.

—No la pisarás nunca más —sentenció.

—Te arrepentirás de poner a Salvador en contra de la familia —amenazó Ana María, viendo que, por la reacción de su hermano, Gala con tan solo una frase había decidido lo que iban a hacer los dos y no iba a discutir al respecto.

—Vosotros ya no sois su familia. Yo soy la única familia que tiene Salvador y él lo sabe —zanjó Gala, que se quedó mirando muy seria a Salvador, mientras este la observaba sin saber qué decir.

—Pero...

—No te preocupes —dijo Gala muy segura—. Y recuerda las palabras de tu amada Lidia Sabana: la miel es más dulce que la sal. Yo no me separaré nunca de ti. No estarás nunca solo. Soy la única miel que tienes cerca y cuanto antes nos alejemos de la sal, mejor.

Salieron los dos de la casa sin despedirse. La suerte estaba echada para las relaciones familiares de Salvador y él decidió poner en una balanza las consecuencias, sacó sus conclusiones y nunca más volvió a hablar de ellos. Tan solo lo hizo algún tiempo después, cuando su hermana decidió escribir un libro que casi parecía pensado para explicarle al mundo que ella había sido la que había causado el triunfo del pintor.

—Decididamente tu hermana no entiende nada. ¿Quién eras tú antes de que yo llegara a tu vida? ¿Qué hacías? ¿Quién te conocía? ¡Nadie! No eras nadie.

—No te enfades, mi Oliva. También en esto tienes razón, el rencor de mi hermana es mejor que se quede entre las paredes de su casa y que nosotros no estemos allí.

Salvador lo dijo convencido, y no hizo nada por ver a su familia de nuevo, por más que supiera que su padre se sentaba todos los días en el mismo banco del paseo marítimo para verlo pasar.

Solventado el incidente familiar, y con bastante dinero en los bolsillos, los Dalí decidieron seguir ampliando Port Lligat y comprar las casas que había alrededor para hacer de él un lugar lleno de comodidades, empezando por proporcionarle a Salvador un estudio adecuado a sus necesidades, donde pudiera llevar a cabo todas sus ideas, sin que el espacio condicionara su mente.

Era la forma que tenía el matrimonio de anunciar que volvían a tomar posesión del mar. Esas casas de pescadores, unidas formando una gran construcción con las paredes blancas y el techo rojo, los volvía a situar de nuevo en el mapa. La casa, adosada a una pendiente erizada de olivos y

viñedos, parecía que se deslizaba hacia el mar, donde siempre los esperaban los pescadores y las barcas. Entre todas ellas solo una era amarilla, la de Gala, en la que ella se sentía reina y señora.

Con frecuencia se la veía partir remando sola por la zona, con los ojos protegidos por unas gafas de sol, siempre con poca ropa, dejando libre y desnudo su cuerpo bronceado que la edad no había marchitado aún. Se alejaba por el mar, contemplando desde la distancia la cala blanca sobre cuyos tejados se encontraban dos huevos esculpidos.

La casa era un laberinto por dentro y desde fuera parecía una fortaleza, pensada para proteger la intimidad de sus habitantes. Dentro había una sucesión de estancias a varios niveles unidas entre sí por angostas y complicadas escaleras y pasillos. Las paredes estaban encaladas y los suelos eran de ladrillos hexagonales o estaban cubiertos de sisal. En el vestíbulo, colocaron sillas de madera, un viejo arcón y un oso de Canadá disecado, que estaba un poco amarilleado por el viaje y servía de portabastones o paragüero. A continuación, había dos salones blancos, casi vacíos. El refectorio —allí nunca se llamó comedor por decisión de Gala— se reducía a una mesa de roble, rectangular, de una simplicidad monacal, adornada con dos candelabros de hierro. Allí comían Dalí y Gala, uno al lado del otro, sentados en un banco de madera, cuando hacía demasiado frío o fuera soplaba el viento. Un poco más allá, tras una curva y luego otra, uno tenía la impresión de hundirse en una gruta, pero se llegaba al increíble salón que Dalí llamaba el «huevo de Gala». Una amplia estancia ovalada, bordeada de bancos de piedra, con una colosal chimenea, redonda y blanca, como único adorno, rodeada de un friso de ladrillos, en cuyo frontón un espejo, redondo, cómo no, provisto de unas lunas llamadas brujas, reflejaba el círculo deformando la imagen. Para aportar algún confort a esa arquitectura vacía, Gala se había limitado a colocar en los bancos de piedra cojines de seda india, y junto a la chimenea, sobre un taburete, un samovar, el único recuerdo en la vida de Gala de su pasado ruso.

El interior de la casa era obra de Gala. Muebles rústicos catalanes sobre un suelo de adobe cocido, gigantescos ramos de flores secas colgando de las ventanas o clavados en las paredes blancas; un ojo disecado esperaba al pie

de la estrecha escalera; una gigantesca serpiente falsa se disponía a arrojar su falso veneno sobre el primero que se acercara. Nada era demasiado grande ni demasiado exagerado para ellos.

En la habitación de Salvador y Gala había dos camas individuales de hierro forjado pintadas en negro y dorado. Contigua al caserón había una habitación redonda, un espacio hemisférico de paredes blanqueadas con cal, adornado en su contorno por bancos de obra recubiertos con gruesos cojines de seda excesivamente recargada. Allí Gala se retiraba sola, abandonando a Dalí en el patio con su público.

Se accedía al estudio de Salvador, tras una bella puerta de madera española, después de bajar unas escaleras. Poco tardó en convertirse en un lugar mágico donde Dalí, con ropa de trabajo y unas gafas, estas sí limpias, se encerraba horas a trabajar en un espacio donde se juntaban pilas de pequeños objetos, con otros más dispares que le servían de inspiración, como un maniquí, la maqueta de una molécula gigante, cartones con reflejos irisados, máscaras venecianas, una copia de yeso del Hermes de Praxíteles, con una máscara de esgrima encima y un sombrero, un cofre antiguo sobre el que había montones de libros, un sillón recubierto con tela blanca y unas mesas llenas de colores, pinceles, escuadras y carboncillos —Gala se encargaba puntualmente de que estuvieran en perfecto estado, igual que se encargaba de que hubiera lienzos y pintura suficiente para que Salvador no tuviera excusas para pintar—. A un lado había una biblioteca que desbordaba libros de todo tipo, antiguos y encuadernados, revistas científicas...

—Con toda esta luz podrás aprovechar el día de sol a sol —indicó Gala.

Y era cierto. El taller estaba muy bien iluminado por unas cristaleras situadas a lo largo de las dos paredes, que daban sobre la bahía de Port Lligat.

—Tú serás mi mayor y única inspiración a partir de ahora —aseguró el pintor. Y así fue.

En esta época cambió la temática de los cuadros de Salvador, que se empezaron a centrar más en lo místico y en las madonas, y Gala iba a ser la mejor modelo para todos esos lienzos. El cuerpo desnudo de Gala empezó a aparecer en muchas telas. Una Gala carnal y divina a la vez, una Gala que vigilaba, una Gala que controlaba... y una Gala que, incluso, asumía que se

miraría siempre a sí misma como el mejor modelo a seguir en la vida.

—A veces tantas horas quieta, en silencio... me hacen creer que soy una estatua y me cansan —le confesó un día.

—Tú eres yo y yo soy tú.

—No, Salvador, tú eres el genio que crea, yo soy el modelo sobre el que crear.

—No soy nadie sin ti, no somos nada el uno sin el otro. Hace tiempo que lo sé, que cuando te pinto me veo a mí mismo. Y ese mismo desdoblarse me ha hecho pensar que los cuadros no puedo firmarlos yo solo, que yo sin ti no soy nada; por eso decidí firmar como Gala-Dalí.

—Salvador...

—Tú no lo sabes, pero mis síntomas histéricos han desaparecido uno por uno, como por ensalmo, desde el mismo momento en que te vi. Aquel día volví a ser dueño de mi risa, de mi sonrisa y de mis gestos —confesó Salvador.

\* \* \*

*Empezar la vida como si tuvieras veinte años cuando muchos piensan solo en acabarla. Alejar de ella todo aquello que no quieres. Disfrutar de lo que has decidido sin tener que consultar a nadie. Alejarte o acercarte de todos o de nadie a voluntad y solo tener que pensar que hay que seguir llevando de la mano a un niño que no crece.*

\* \* \*

Pero los años pasaban y Gala no tenía los mismos ánimos que antaño para acompañar al pintor a los actos a los que lo invitaban, para negociar todos los encargos, para buscar nuevos clientes... ni siquiera para comentarle su

opinión a Salvador sobre aquellos lienzos que no acababan de parecerle redondos. Las fuerzas que le quedaban prefería guardarlas para sus paseos en barca con los pescadores de la zona, para los encuentros ocasionales con alguno de ellos, para esos momentos en los que era ella, y solo ella, la que necesitaba estar sola.

—Creo que deberíamos pensar en contratar a alguien para que nos ayude —le comentó a Salvador.

—¿A alguien? ¿Para qué?

—Para todo, para ir a la compra, para que nos lleve en coche, para que nos ayude con cosas de la casa...

—Como digas —contestó Salvador, poco dado a preocupaciones caseras.

De este modo entró a trabajar en la casa de Port Lligat Arturo, un pescador de dieciocho años, que vivía por la zona y asumió las labores de chófer y de jardinero, en definitiva, de hombre de confianza. Junto a él también contrataron a Paquita como cocinera, a quien el único requisito que le exigieron fue que supiera cocinar langosta con chocolate, uno de los platos favoritos de Salvador.

—Devuelve este cuadro, me empiezo a encontrar mal —le ordenó Salvador a Gala una tarde que este se había juntado en casa con Andrés, un pintor de la zona muy amigo de Salvador desde que eran niños.

—¿Qué tiene de malo este cuadro? —preguntó Gala asombrada al reconocer la firma de Turner.

—No quiero colgadas en esta casa más que las pinturas que yo elija.

—Pero Salvador... es un Turner. Uno de los pintores ingleses más célebres —insistió Gala.

—Los pintores ingleses no existen. Como tampoco los húngaros o los rusos. Cada país tiene su especialidad: los pintores son españoles, italianos y a veces franceses, los músicos son italianos y alemanes, los escritores, sin embargo, son bastante buenos en Inglaterra. Tienen a Shakespeare y a Byron... pero no tienen un Calderón...

Gala escuchó atenta y sonrió. Salvador Dalí seguía siendo Salvador Dalí, por más que el tiempo pasara.

\* \* \*

Al principio de volver a Port Lligat los Dalí no recibieron a casi a nadie más que para tomar un aperitivo. De hecho no tenían ni siquiera una habitación de invitados en la casa. Gala seguía pensando que había que ahorrar dinero para el día de mañana.

—No se sabe nunca qué puede pasar —le insistía siempre a Salvador, cuando este se quejaba, o no entendía los motivos de seguir produciendo cuadro tras cuadro sin descanso.

—Pero esos chicos solo vienen a verme...

—Un rato de acuerdo. Aquí se come y se bebe, pero no se duerme. No hay más que hablar.

La soledad de la pareja era sagrada, así lo había decidido Gala, que aprovechaba esas visitas no demasiado largas para desaparecer en alguna cala solitaria junto a alguno de los pescadores de la zona, muchos de los cuales acababan con pequeños dibujos a carboncillo pintados por Salvador como premio.

Para recibir a los invitados, y para separar mejor la vida privada de la pública, Dalí había diseñado el patio, a sugerencia de Gala. Rodeado de una galería circular en la que crecían unos olivos, estaba situado en el exterior, pero protegido del viento y de las miradas indiscretas por unas paredes de piedra. Marcaba claramente una linde entre el mundo exterior y el íntimo de la pareja, no había duda. Se accedía a él por un camino de baldosas que Dalí había bautizado como la Vía Láctea, todo ello flanqueado de granados. Los árboles que producían la fruta preferida del pintor.

—El precio lo pongo yo. Claro —aclaraba Gala al otro lado del teléfono—. No, no consulto con mi marido, él se fía de mí. No se va a poner al teléfono a hablar con usted, está pintando... No, nada de transferencias. Me lo tienen que dar en mano, en efectivo; usted, o quien usted quiera. De acuerdo, lo espero mañana. Sí, mejor a media tarde. Nos gusta comer solos y la siesta es sagrada... Sí, mi marido se levanta muy temprano para trabajar y tiene que

descansar... Hasta mañana entonces.

Cuando colgó el auricular, se miró al espejo y sonrió. Atrás quedaba esa época en que, paseando por las calles de París con pequeños cuadros y objetos de lo más variopinto bajo el brazo, intentando encontrar compradores que nunca estaban a la altura del genio, Gala volvía a casa con los pies cansados y sin lograr vender ni un solo objeto. Nunca desanimada, pero sí harta de tratar de explicar que dejaban escapar de sus manos las obras de un genio y que tarde o temprano se arrepentirían.

—Si las uñas postizas no funcionan, me inventaré el cine táctil, o las gafas caleidoscópicas o los coches alados... —Siempre tenía una idea diferente, algo más cuando ella llegaba con los mismos objetos con los que había salido horas antes.

—Salvador, no te preocupes...

—Coraje —contestaba él invariablemente y ella sabía que lo decía más para animarse a sí mismo que para tranquilizarla a ella.

—Salvador, tú pinta, crea, yo me encargo de todo. No hay de qué preocuparse.

—Pero Gala... y el alquiler, con qué dinero contamos.

—No te preocupes, de verdad.

Y así era, ella siempre encontraba la manera de pagar el alquiler, o de que Paul le dejara dinero para ello.

No. No volvería a tener esas conversaciones. Como tampoco volvería a comer erizo de mar como único sustento diario. Ni volvería a recurrir a marchantes y otros vendedores rastrosos que se quedaban un porcentaje de las ventas que en realidad le pertenecía a ella y solo a ella. No volvería a ser pobre. No. No cejaría hasta conseguir que la obra de Salvador fuera de las mejor valoradas del momento y cotizada como lo que de verdad era, la obra maestra de un genio.

Al fondo de la habitación, su marido abrió la puerta.

—Gala, querida, es hora de comer.

Ella miró su reloj.

—Trabaja media hora más, es mejor que acabes el cuadro que tienes empezado, mañana vendrán a recogerlo.



Él la miró y volvió sobre sus pasos sin discutir. Ella mejor que nadie sabía lo que le convenía, sin ella probablemente no habría habido ni cuadros, ni ventas, ni casas ni dinero. ¿Cuándo habría tenido tiempo de encontrar a alguien a quien vender ese cuadro?

Gala, en tanto llegaba la hora de comer, se dirigió hacia una habitación de la casa que había sido pensada solo por y para ella. Una estancia redonda, en la que solo había un inmenso sofá ovalado lleno de almohadones, y donde tenía sus más preciadas posesiones, y todo lo que podía necesitar, libros, revistas y libretas. En ellas anotaba minuciosamente todo lo que hacía.

«Cobrar al duque el precio en dólares», anotó en una libreta negra, pequeña, gastada, casi roída por el uso, y sonrió al hacerlo. Ni sabía las veces que había cerrado el precio de un cuadro en pesetas y al llegar el comprador le había dicho que en realidad lo pactado era en dólares. Siempre le salía bien la jugada. Hasta ahora ni uno de los clientes se había atrevido a negarse a pagar, a pesar de que con el cambio subía, y mucho, el precio de la pieza que habían adquirido.

Acto seguido añadió algo más abajo en la misma hoja de la libreta: «Llamar a Nueva York y cerrar el encargo publicitario».

—Qué sabrán esos artistuchos del tres al cuarto qué es arte. Ellos siguen allí, muertos de hambre, y nadie se acuerda ya de ellos. Surrealismo, decían que Salvador no era surrealista. Se les olvidó mencionar que era un genio, que los genios son los que prolongan la vida de los movimientos artísticos. La publicidad es arte desde que Salvador está en ella. Además de proporcionar un dinero rápido y sustancioso. ¡Ya les gustaría a ellos que alguien los llamara!

Ni siquiera Salvador dudó de que era una buena fuente de ingresos cuando se lo propuso. Si la pintura no podía ser la que, en primer lugar, hiciera de él el genio que era, lo sería el cine, o las sopas, o los coches... había que empezar por hacerse famoso, luego ya llegaría la valoración de los lienzos que pintaba.

—Recuerda, amor, no habrá ambición más alta que ser Salvador Dalí, con eso debería bastarte —le aseguró con contundencia a Gala, cuando se sentaron a la mesa.

Estaba claro que era la única a la que era capaz de confiar sus deseos.

—Te querré siempre —le dijo Salvador—, siempre.

Gala lo miró fijamente, sin contestar. «Siempre», se repitió en la cabeza una y otra vez. «Siempre puede contener hastío», pensó y se giró sonriendo mientras, con la bolsa de terciopelo rojo en una mano, se acercaba a un sillón para poder echarse las cartas. Se le había pasado el hambre.

—Los arcanos mayores hablan como si estas decisiones que estamos tomando ahora fueran un viaje en nuestra vida, un viaje eterno y sin retorno —explicó Gala mirando las cartas con una sonrisa enigmática—. Son los imponderables, las grandes cuestiones de la vida, las que no se pueden cambiar, las que no admiten que se luche contra ellas. La Luna, El Loco, El Mundo, míralos, no pueden estar equivocados. Ten por seguro que no lo están. Hemos ido y ya estamos de regreso de nuevo al mundo —sentenció.

Entonces Salvador tuvo una idea. Como no solo a la pintura dedicaba su tiempo, recuperó su pasión por la escritura y acabó escribiendo lo que dio en titular *Manifiesto místico*.

—Escucha, mi Oliva, escucha: lo más subversivo que pueda ocurrirle a un exsurrealista son dos cosas: una, volverse místico y otra, saber dibujar. A mí estas dos formas de vigor me han sobrevenido conjuntamente y al mismo tiempo. Por eso yo sigo siendo el único surrealista que puede llamarse como tal, porque yo mismo soy subversivo frente a lo que escribo o digo.

## XIX

### EL SOL CAEN LOS LASTRES PARA QUE PUEDA SEGUIR EL CAMINO SOLA

Las noticias que llegaron de Francia dejaron un tanto descolocada a Gala. Ella, que se había enterado de la muerte de su madre y la había asumido como algo normal, asociado al paso del tiempo. Ella, que supo de la muerte por sorpresa de Nush mientras esta estaba cuidando a su suegra y pensó que algo tenía que ver el destino. Ahora se enteraba de la muerte de Paul y se quedaba desconcertada. Salvador llegó a pensar que se debía al dolor por la pérdida, pero en realidad lo que sentía Gala era cierto alivio. Paul no había sido más que un estorbo los últimos años, se ponía enfermo, le pedía dinero a través de amigos, hacía que le llegaran noticias de Cécile... incluso había llegado a enterarse por algunos conocidos de los que llegaban de París que estuvo a punto de caer en una depresión al encontrarse solo, sin Nush, por eso Gala prefirió alejarse de él. Ella hacía tiempo que no necesitaba su ayuda, y temía que el francés se la pidiera a ella directamente, sin intermediarios.

—¿Lloras? ¿Estás triste?

—Ni yo misma sé si lo estoy. —No hacía falta demostrar tristeza, pensó, sin querer detenerse a asumir la pérdida del que había sido su primer amor—. Pero la muerte de Paul me deja libre por completo, no queda nadie que me afecte.

—Oliva... ¿y yo...?

—Tú no morirás nunca, los genios no mueren —contestó acariciándole la cara y haciendo un gesto de hastío que Salvador no vio.

Entonces, Gala se acordó de Cécile y casi se sorprendió de ello. Hacía años que ni pensaba en ella y en ese mismo momento decidió eliminar lo que para ella era el último escollo que le recordaba aquel primer matrimonio de juventud.

—Hola, soy yo.

—¿Mamá? —contestó al teléfono, feliz, Cécile, al recibir la llamada, pensando que querría darle el pésame y, quizás, para acercarse al entierro.

—Escúchame bien, Cécile. Te llamo solo para decirte que esta será la última vez que hablemos, poco tenemos tú y yo que decirnos ya, una vez muerto Paul.

—Pero, madre...

—Yo me paseo, camino; ni me detengo ni miro atrás y quiero seguir haciéndolo así toda mi vida. Por eso no hace falta que tú y yo volvamos a hablar.

—¡Madre...!

—Te llamo solo para aclarar una cosa. No quiero saber nada más de ti. Tú y yo no tenemos más que hablar, espero que me hayas entendido.

No le dio tiempo a Cécile a acabar la frase y ya había colgado.

«Todo se desvanece alrededor de Gala y Salvador Dalí. Pronto seremos los dos únicos seres reales y trascendentales de nuestra época», escribió Salvador entonces en su diario, como haciéndose eco de la situación en que ambos iban a acabar cayendo antes o después. Viendo cómo poco a poco, ya fuera por el azar, o el destino que se fraguan a sí mismos los hombres, las personas que los querían o los habían querido estaban desapareciendo de la única manera en la que no se puede volver a aparecer: muriéndose. Pero no le dijo nada.

Gala no quería saber nada de su vida anterior a Salvador, ni de Éluard, ni de Rusia. Había roto definitivamente con su pasado. Quería vivir libre sin el peso de una nostalgia. Cécile era el último de los impedimentos y se acababa de librar de ella en menos de diez minutos.

Nada más colgar, Gala sabía que todavía tenía cosas que hacer y de inmediato se puso manos a la obra.

—Llama a un notario, al que sea, del pueblo, mejor si no conoce a la familia de Salvador —le ordenó a Arturo—, de hoy no pasa que deje hecho testamento.

Así, pocos días después, se sentaba frente a un hombre que no conocía, vestido con un traje gris oscuro, que le hizo pensar que quizás la muerte estaba detrás de esos planes, pero desechó pronto la idea recordando cómo las gitanas decían que tener a la muerte presente la aleja de tu vida.

—Lego la legítima, que en derecho corresponda, a cualquier persona que acredite derecho a la misma —le dijo utilizando una terminología tan correcta que el notario pensó que llevaba tiempo preparándolo. Gala hizo una pausa para observar las manos y los gestos del notario, y añadió—, pero nada de todo lo que tengo lego a mi hija Cécile, por haber recibido y haber disfrutado con creces de cuantos derechos pudiera acreditar a su herencia, con lo que queda apartada de la herencia la presunta legitimaria.

Gala cogió el testamento y, en silencio, se dirigió a su estancia favorita de la casa. Necesitaba estar sola. Descansar. Pensar en sí misma y ese era el sitio perfecto para hacerlo. Allí acudía a leer, a soñar, a coser, a escribir cartas y sobre todo a interpretar sus tiradas de tarot. Unos escalones más arriba, en lo alto del laberinto de escaleras, dominando un salón con bancos de color azafrán, amueblado con dos enormes granos de trigo y una concha de caracol, estaba la habitación de los Dalí, donde tuvo que pasar primero, porque se había dejado allí la baraja de cartas.

\* \* \*

*La muerte, la vida. La vida, la muerte. Es tan sutil la barrera por la que están separadas que creo que a mí misma me da miedo pensarlo. Por eso hay que alejarla. Sí, a la muerte. Incluso ahora que cierro los ojos y muchas veces la veo acercarse, sigilosa, queriéndome coger por sorpresa... ¡Vete,*

*maldita! Acércate a otros, hay miles, cientos... algunos aquí cerca incluso, habla con ellos, deja que siga mirándome en los espejos, que siga creyendo que soy la que fui un día.*

\* \* \*

Al llegar se quedó mirando las dos camas con baldaquino, dos enormes camas de hierro dorado, rematadas por dos grandes doseles de seda azul bordada de rosa. Esas dos camas que evidenciaban, mejor que ninguna otra cosa, que nunca habían compartido el lecho. Al verlas no se sintió cómoda. De todas las habitaciones de la casa, esa estancia, que por lo demás estaba casi vacía, de pronto le pareció pomposa. Daba la impresión de que Dalí, único y exclusivo arquitecto de su casa, hubiera querido crear una habitación para los gemelos de la mitología; la cama de Salvador y la de Gala recordaban a ellos y se enfadó consigo misma al no haberse dado cuenta antes de lo que eso quería decir.

Pero había que pensar con claridad. Paul ya no estaba, lo que quería decir que ahora Gala era viuda para la Iglesia católica y si el papa Pío XII les había negado el matrimonio eclesiástico cuando fueron a verle, por más que le llevaran como regalo un pequeño cuadro de *La Madona de Port Lligat*, ahora no les pondría pegas. Era el siguiente paso después del testamento. Y las cartas, de nuevo, lo confirmaron. El Diablo, La Muerte y El Sol, así, en ese orden. Estaba claro, desaparecía una dependencia que la había lastrado durante años y se abría el cielo después de esas cadenas.

—Volveremos al Vaticano. Nos casaremos —fue a decirle a Salvador a su estudio.

—Pero, Gala, si ya nos dijeron que no una vez.

—Ahora no hay motivo para que nos lo nieguen. Yo ya no estoy casada con nadie, soy una viuda que puede disponer de su cuerpo a voluntad.

Y así lo hicieron. Llegaron al Vaticano de la mano de Peter, un capitán retirado del ejército británico a quien contrataron, tras saber que presumía de

tener contactos en todo el mundo y con casi todo el mundo.

—Bastará con que nos consigas una entrevista con Pío XII para que nos creamos todo aquello de lo que presumes y te contrataremos como secretario a nuestro único servicio —le aseguró Gala.

—Denme unos días y les daré una fecha para el encuentro con el pontífice —contestó confiado.

A partir de ese momento, Peter fue el encargado de conseguir todo aquello que se le antojara a la pareja. Si el pintor necesitaba un cuerno de rinoceronte, o un traje de buceo, o una modelo dispuesta a embadurnarse con chocolate o excrementos, ahí estaba Peter consiguiendo aquello que se les ocurría. Si Gala deseaba la compañía de un joven que hablara ruso, o de un tipo rubio o mediterráneo que se pareciera a Dalí, ahí estaba Peter. Si Dalí quería un falo de plástico o un joven que consintiera ser sodomizado con un aparato, una chica que se dejara masturbar por un enano o un perro que anduviera a dos patas, el secretario se encargaba de conseguirlo. Poco tardó también en ser el encargado de vender las obras de Salvador, sustituyendo a Gala en su labor de marchante, lo que le permitió quedarse algún que otro cuadro sin que se enterara la pareja.

Sin embargo, Gala, siempre vigilante, se negaba a abandonar del todo el control de la colosal fortuna de Salvador, que el pintor mismo desconocía y siguió reclamando los pagos en efectivo que Peter conseguía con sus ventas. Ambos estaban cansados, se hacían mayores, los años pasaban y la pareja, aunque no se resentía como tal, sí que notaba en sus cuerpos la falta de energía de la que habían hecho gala hasta entonces sin problemas.

Poco después, junto a Peter, se sumó a la pareja Robert, quien acabaría siguiéndolos a todas partes como su fotógrafo oficial y cuyas fotos le servirían a Gala como una nueva fuente de ingreso más para negociar su publicación en distintas revistas y diarios.

—A veces estamos cansados —explicó Gala, negándose a asumir que la realidad era que estaban mayores— y no salimos en las fotografías con tantos ánimos como antaño, lo mejor será que yo misma controle qué fotos pueden circular y cuáles deberían no aparecer nunca.

—¿Cuándo ha quedado Peter con esos adorables jovencitos? —contestó

Salvador, que ni siquiera prestaba atención a Gala cuando se trataba de disfrutar en vivo de todo aquello que había soñado.

Gala no contestó. No sabía si enfadarse o alegrarse. Que Salvador siguiera delegando, casi por completo, todo aquello que tenía relación con ellos era más descansado a que empezara a cuestionar todas las decisiones.

—En un rato, creo que me ha dicho que llegan en un rato. Espero que no me cuesten más dinero que la comida y la bebida.

—No te preocupes, seguro que Peter ha sabido hablar con ellos y que lo que quieren únicamente es pasar un buen rato junto a un genio.

—Y además, no quiero tener que esconder tus libretas, quiero que me prometas que no les irás regalando dibujos.

—De acuerdo, no lo haré —aceptó Salvador.

—Piensa que cada uno de tus dibujos regalados en realidad a nosotros nos está costando dinero, porque no podemos venderlos.

—Pero si dinero ya tenemos, Gala, tenemos dinero suficiente.

—¿Qué sabrás tú del dinero que tenemos? —contestó airada. Claro que tenían dinero, mucho dinero, pero nunca era suficiente. ¿Y si lo necesitaban para solucionar algún imprevisto? ¿Y si ella quería viajar sin parar durante meses? No, no podía ir por ahí perdiendo oportunidades de ventas porque Salvador se encaprichara de algún jovencito imberbe.

Dalí sabía que Gala tenía razón, pero solo en parte. Él desconocía lo que tenían, lo que necesitaban, lo que gastaban, tan solo sabía lo que quería y lo que le apetecía ver para poder pintar con libertad. Por eso empezó a quedar fuera de casa. Aprovechaba las veces que Gala salía para, sin decírselo a ella, reunirse con una corte de aduladores, a la que Salvador acabó llamando la corte del Rey Sol.

Gala, que acabó sabiendo de esas escapadas, decidió que no le importaba. Que quizás alguno de esos jóvenes podría acabar siendo útil y que, en el fondo, no le molestaban las personas, simplemente no le interesaban, ya que su trato con ellas acababa agotándola.

—El auténtico artista no es el que está inspirado, sino el que logra inspirar a los demás —le dijo a Dalí dándole a entender que no le importaba que siguiera teniendo esas reuniones con jovencitos, pensando que, quizás,



entre ellos podía encontrarse un nuevo artista que acabara dando también dinero.

—Te lo mereces todo, mi Oliva. Sigues siendo la única que me entiende.

Ese día, Salvador, después de vender un cuadro a muy buen precio, decidió regalarle a Gala un magnífico diamante amarillo que había visto en el escaparate de Harry Winston, en la Quinta Avenida. El diamante costaba una fortuna y Gala siempre llevaba alrededor de su cuello unos collares de joyas falsas que dejaban ver los cuellos de sus blusas, nunca llevaba joyas auténticas. Gala miró a Salvador, realmente, aunque pasaran los años, este no acababa de entender a su mujer.

—Si realmente quieres hacerme un regalo, no necesito joyas, dame lo que más deseo en este mundo, *La cesta de pan*.

Salvador la miró y sonrió. Ese cuadro de reducido tamaño era, según Dalí, su obra maestra. Gala lo sabía, como también sabía que no tenía valor si se lo comparaba con el precio de un diamante, y por eso lo prefería a todos los diamantes del mundo; si tenía necesidad de venderlo, con él podría pagarse todas sus necesidades y caprichos durante años.

En eso no pensó Salvador, pero sí se sorprendió del cambio de regalo, que aceptó gustoso. En realidad Salvador no había llegado nunca a entender a Gala, que a veces era insoportable dos minutos después de ser la mujer más encantadora del mundo.

—Ahora tengo que dejarte —le anunció la rusa—, el Cadillac tiene que ser reparado y Arturo hay veces que tarda diez o quince minutos en encenderlo y no podemos permitirnos llegar tarde a ningún sitio.

—Ten, para que lo administres —le anunció entonces Salvador dándole un cheque, poniendo una cara de satisfacción tal que pudiera parecer que era la que tenía tras acabar alguno de sus mejores cuadros.

Ella sonrió.

Salvador había cobrado por primera vez un cheque, porque el comprador había llegado media hora antes de lo previsto y Gala no estaba. Él, acostumbrado a ir siempre sin dinero, corrió a dárselo a Gala.

—Mi pequeño Dalí, qué sería de ti sin mí —le dijo cogiéndole la cabeza entre sus manos, después de meter el cheque en su pequeño bolso.

—¿Qué haces con tantos papeles? —preguntó Salvador, al ver su pequeño bolso abierto y lleno de documentos, facturas, recetas, billetes sueltos...

—¿Quieres ser tú el que se encargue de pagar en efectivo? —replicó amenazante, a sabiendas de que Salvador no había pagado nunca ni una sola cuenta.

—Es que nunca llevo las gafas cuando salgo, ni sé contar todos esos billetes, ni..., no, mejor es que lleves tú lo que quieras en ese bolso y te encargues de pagar.

—Algún día te harán firmar cualquier cosa, Daliíto. ¿Y entonces? —le dijo Gala con cierta sorna—. ¡Incluso tal vez un contrato! Tienes gafas y te las debes poner.

Pero las gafas de Salvador siempre estaban sucias, no se podía ver a través de los cristales, no las limpiaba nunca y seguían recubiertas, como cuando lo conoció, entre otras muchas cosas, de la miel con la que desayunaba cada mañana.

—Un día te sorprenderé. Y estarás orgullosa de mí —le contestó Salvador envalentonándose—. ¡Seré capaz de pagar una factura sin equivocarme y al contado!

Gala lo miró y le lanzó una mirada retadora. Sin tardar se dirigió a un cajón del que sacó un fajo de billetes y se dispuso a contarlos. Cogió unos cuantos con una goma y se los entregó.

—Así no los perderás —aseguró.

Pero, cuando Gala llegó al restaurante donde había quedado con los chicos que había conseguido Peter ese día, tuvo que pagar ella la comida, mientras de fondo escuchaba cómo Salvador les contaba varias anécdotas.

—Gala todavía recordará la anécdota que os voy a contar. Creo que no se ha recuperado de ella aunque hayan pasado muchos años. Una vez —se dispuso a explicar, saludándola a lo lejos—, llegamos de París con Gala a la frontera de Port Bou y la tramontana era muy fuerte. Gala me dio todo el dinero que teníamos, que en ese momento no era demasiado, y me dijo: «Sujeta todos los billetes, que no se pierdan». Yo los tenía sujetos con una mano y Gala me ordenó que me los metiera en el bolsillo. Yo prefería

asegurarme de que no los perdía de vista, por superstición, así que le dije que prefería tenerlos en la mano. Apenas bajamos, abrí la mano y todos los billetes salieron volando. Gala lloró mucho, pobre. Eran los únicos ahorros con los que contábamos en ese momento. Desde aquel día siempre tiene miedo de que pierda nuestro dinero y por eso yo no lo toco. Pero un día demostraré que soy capaz de hacerlo —aseguró—. ¿Verdad, Galuska?

—Esperemos que llegue ese día —contestó Gala, metiendo la mano en su bolsillo y sacando el pequeño fajo de billetes que le había dado para volverlo a guardar en su bolso.

—Aunque, en realidad, todo es más hermoso desdibujado —exclamó—. Mire, ¡esto es un papel! Con las gafas sucias pensaba que era un escarabajo egipcio. Como verá, es preciso vivir de errores y de perfumes. Entonces la vida es mucho más poética. Da igual billetes que papeles, papeles que fotografías, fotografías que... y así hasta el infinito.

Pero no solo llevaba sucias las gafas, también la ropa. Siempre mostraba orgulloso las manchas de comida en sus camisetas y camisas.

—Esto es por el desayuno —explicó, señalando un lamparón que tenía en la pechera de la camisa—. Por las mañanas en la cama, me mancho al beber café con leche. Y son unas manchas maravillosas. Gala me obliga de vez en cuando a cambiarme de camiseta. A mí me gustaría exponerlas en una galería. En ella se pueden ver mapas y unos cuadros de una admirable belleza. Por encima voy muy limpio. ¿Ha visto mi camisa? Me cambio de camisa, pero es traumático cambiar lo que hay debajo.

—¿Ve por lo que no podemos tener hijos? —dijo entonces Gala—. Yo tendría que estar cuidando niños continuamente.

—O no —respondió el hombre.

—No se engañe. La realidad es otra —apuntó Dalí, interviniendo en la conversación—. Yo soy el único hijo de Gala. Un genio no puede engendrar un hijo que sea también un genio. ¡Imagínese un empleado de los ferrocarriles que fuera nieto de Leonardo da Vinci! Es impensable. Un genio no debe dar vida a unos pequeños seres mediocres y prosaicos. Esa es la tragedia de Picasso. ¿Ha visto usted a su hija? ¡No! Créame, habría sido trágico que unos seres divinos como Gala y yo engendráramos a un hijo que

no fuera genial. Además, ambos detestamos a la familia. La mía me expulsó. ¿Sabe que estoy reñido con mi hermana? ¿Que para molestarme se ha convertido en una lesbiana? ¿Que Gala no ve nunca a la hija que tuvo con Paul Éluard? ¡Nada! No queremos tener nada en la vida, solo queremos estar ella y yo.

\* \* \*

«Silenciosamente y a escondidas de todo el mundo, el pintor catalán Salvador Dalí y la ciudadana soviética Elena Diakanova, viuda del poeta Paul Éluard, más conocida como Gala, nombre que en lengua rusa significa monaguillo, se unieron en matrimonio (sentimentalmente, hacía varias décadas que ya lo estaban) el 8 de agosto de 1958 en la pequeña ermita de Nuestra Señora de los Ángeles, situada a una docena de kilómetros de Gerona y en la cumbre de una montaña, desde donde se puede contemplar una bella panorámica de la provincia y el azulado mar que baña la Costa Brava. El novio vestía un traje de rayas oscuro y chaleco de seda, lucía pañuelo blanco de bolsillo y un bastón de pomo dorado. La novia llevaba un vestido de seda multicolor y sostenía, como una jovencita, su ramo nupcial. Con su pelo negro y su aspecto deslumbrante».

—Los españoles no saben casi nunca de lo que hablan —dijo Gala al leer la noticia de su boda en la prensa local. Por suerte el interés por ellos dos había disminuido un poco y eso a Gala la tranquilizaba.

—Bueno, que nos hemos casado es verdad.

—Sí, es verdad —convino Gala, que pensó que por fin los temas legales pendientes se habían acabado.

La boda le daba una tranquilidad que no tenía antes. En España el régimen de Franco no reconocía los matrimonios realizados fuera de las fronteras, ni los anteriores a la guerra civil, así pues, si a Dalí le hubiera pasado algo, su familia se habría quedado con todo.

—Solo pensar que tu hermana podía haberse quedado con esta casa, con

estos cuadros...

—¿Crees que voy a morir?

—No estoy diciendo eso —le reprochó Gala, que recordó que la muerte era un problema en la cabeza de Salvador.

—Amo a Gala más que a mi padre, más que a mi madre, más que a la gloria y hasta más que al dinero —le explicó a un periodista que días después se acercó a hacerle una entrevista.

Gala ni siquiera salió a recibirlo. Dalí la agotaba cada vez más.

—Me siento como una hormiguita corriendo de aquí para allá para ponerlo todo en orden y a punto —le confesó más tarde Gala, cuando se la tropezó en uno de los pasillos de la casa.

—Podríamos irnos unos días a descansar a Nueva York —sugirió entonces Salvador.

—Eso será si acabas este cuadro.

—Lo haré, Oliva, y junto con los que he pintado creo que podremos tener los suficientes lienzos para montar una pequeña exposición.

—Nos irá bien acercarnos a llevarlos a París y quedarnos unos días —añadió la rusa.

—Sea. Dispongámonos entonces. ¿Qué debemos hacer? ¿En qué orden? No quiero que perdamos de vista todo lo que tenemos que hacer por si eso da mala suerte.

—Tienes razón. Los ritos son importantes —aseguró Gala mirando a Salvador.

Este le devolvió la mirada confirmando su aseveración y se dispuso a elegir una de sus corbatas, que siempre se ponía cuando tenía que hacer algo que para él era importante. Él también tenía manías, bien lo sabía la rusa, había bastado solo azuzarlo un poco para que estas acabaran siendo tan acusadas que al fin no pudiera vivir sin ellas, pero ella hizo todo lo contrario, bastante tenía con huir de sus miedos, de sus sueños, como para encima tener que pensar en aumentar sus manías. Las corbatas eran una de ellas. Ponérselas acababa siendo un ritual repleto de supersticiones. Cada una de ellas tenía su propio significado. Era preciso distinguir la corbata de los contratos, la del erotismo, la del viaje, la de las citas con los abogados o la de

las bodas.

También era muy importante la elección del bastón. Todos los bastones que tenía se los habían regalado, desde el que lucía un pomo de plata labrada, hasta el que había pertenecido a Victor Hugo, o el que enarbolaba elegantemente el conde de Montecristo en el célebre retrato pintado por Boldini. El último que había llegado a sus manos y del que no se separaba era uno que había pertenecido a Sarah Bernhardt.

—Creo que todos los muertos que tenemos alrededor sostienen mi vida. No debemos preocuparnos por la muerte —le dijo a Gala ese día Salvador, que intentaba alejar de su cabeza los fantasmas de la Parca—. De ellos extraigo la fuerza que no necesitan.

Para Gala tanto Nueva York como París le servían de punto de partida para aproximarse de nuevo a Dios y alejarse del agotamiento diario. Curiosamente, en esa época, se estaban acercando los dos, aunque cada uno a su modo, al misticismo. Y la grandiosidad de las catedrales de ambas ciudades facilitaban ese acercamiento.

—No es hermoso —dijo Dalí, hablando en tercera persona—. Él la ama y eso hace a Gala inmensamente feliz, capaz de aguantar cualquier cosa con tal de no perderla, de no sentirse solo.

—¿Pero cómo dices eso? —le recriminó Gala, una vez había salido de la habitación.

—Es la verdad —aseguró Dalí sin darle demasiada importancia y, sujetando uno de sus bastones, que estaba ligeramente curvado hacia arriba, se lo colocó como si llevara cuernos en la cabeza—. *Moi je suis le roi des cornús* —añadió.

Para Salvador seguía siendo más fácil aceptar a Gala como madre espiritual que como esposa. Por eso ella siguió decidiendo por él, igual que seleccionaba las pastillas que tomaba todas las mañanas y que necesitaba contratar a un ayudante. Y no tardó en encontrar a un joven catalán cuyo cometido era preparar los fondos y dibujar para él, según sus indicaciones, las figuras en segundo plano, a las que él daría posteriormente los contornos definitivos. El ideal del Renacimiento había inspirado a Dalí esa colaboración, los genios de entonces hacían a medias las composiciones, y él

haría lo mismo junto a alguien que, como única condición, estuviera dispuesto a aprender de él.

## XX

### EL JUICIO EMERGIENDO DE TURBIOS SENDEROS

Gala y Salvador seguían juntos, pero la rusa cada vez se mostraba más irascible. La paciencia, como la turgencia de los cuerpos, empezaba a disminuir con la edad. Los años pasaban y eso hastiaba a la rusa más de lo que nunca imaginó, había momentos en que incluso pensaba en huir, irse lejos de Salvador. No verlo casi equivalía a no pensar en el paso del tiempo, mientras que tenerlo delante lo evidenciaba a cada momento. Cada vez eran más frecuentes las peleas entre ellos, aunque, con poca demora, después llegaban las efímeras reconciliaciones. Solo los viajes eran capaces de borrar la supervivencia a las angustias, la de la vejez, que se hacía cada vez más terrible, o la de la muerte.

—Estoy cansada, harta de todo. No me gusta Cataluña, ni los catalanes — le gritó—. Demasiada tramontana, demasiados mosquitos, demasiado sol. Los catalanes son obtusos y provincianos... si no fuera porque adoro Port Lligat...

—Y a mí.

—Sí, y a ti... —Se detuvo dudando si añadir o no algo más y al fin siguió —: A ti también te adoro, pero hay días en que no te soporto, me iría para siempre o te mataría. Necesito salir, ir a Italia, a Venecia... Conocer... Qué no daría por poseer un castillo en el país de Dante... donde vivir o sola o estar en la compañía que yo decidiera.



—Mi Oliva... donde yo pueda ir a salvarte una noche de tormenta...

—Qué harías tú en la calle un día de tormenta —contestó irónica—. Probablemente te resbalarías y no llegarías a ningún sitio.

Gala lo miró, seguían siendo muy diferentes, Salvador moriría al instante, él, su arte, su genialidad, si le cortaran el cordón umbilical que tenía con ella y con su tierra. Mientras que ella había conseguido eliminar cualquier sentimiento de nostalgia de su vida, cualquier dependencia. Ni las cosas, ni las personas, ni los países podrían más que ella y quería que así siguiera siendo. El problema era que a veces tenía la sensación de que la dependencia que tenía Salvador era tal que ni siquiera la dejaba pensar en ser ella misma.

¿Quería eso decir que se estaba haciendo vieja y soportaba peor las debilidades de los demás?

No quería ni pensarlo.

De qué si no habría servido el dinero gastado en cirugía y cremas. No, ella no envejecía, solo lo hacía Salvador. Sin embargo... aunque no quisiera reconocerlo, seguía teniendo la misma vitalidad psíquica, mientras el cuerpo cada vez la acompañaba menos.

Hacía tiempo que el tema le preocupaba, que Gala se repetía una y mil veces que no quería envejecer y, cuando pensaba que su cuerpo se marchitaba o se arrugaba, corría en busca de especialistas en cirugía plástica. Buscaba los mejores, los más caros, los más arriesgados, para que intentaran rejuvenecerla, devolverle lo que un día fue.

La decadencia del cuerpo a la que se enfrentaba día a día en el espejo era una perspectiva temible para una mujer que se había atrevido a exhibirse, a mostrarse, a desnudarse, luchando con tenacidad contra el miedo de los otros. Claro que el sueño de la eternidad atenuaba la angustia de envejecer.

—¡Lo he escrito! ¡Ya lo he acabado! —le dijo Salvador.

—¿El qué?

—El libro —contestó mostrándole una carpeta que tenía escrito encima *Diez recetas para la inmortalidad*—, ahora ya no tendrás que preocuparte de nada. Ya lo verás. Yo creo firmemente que descubrirán procedimientos de congelación que permitirán sobrevivir eternamente —le aseguró a Gala aquel día.

—Y tú podrás usarlos —replicó ella poco convencida.

—No lo dudes, Oliva, no lo dudes. Y tú también lo usarás conmigo. Estoy convencido de que se curará el cáncer, se harán trasplantes asombrosos y el rejuvenecimiento de las células se realizará en un futuro próximo. No debemos preocuparnos por envejecer.

—Y tú...

—Sí, mi Oliva. Nosotros, los dos, desde Port Lligat, veremos en la televisión cómo anuncian cirugías para devolver la vida. O si no, procedimientos de congelación. Mientras tanto —añadió con una sonrisa socarrona—, rodeémonos de juventud. La mejor forma de conservarla es teniéndola cerca.

Dicho esto Salvador se alejó en dirección al jardín. Se acercaba la hora en la que a diario un grupo de jovencitos llegaba a la casa para admirarlo, para escucharlo, para oírlo hablar. Ya se escuchaban desde la casa las conversaciones de los muchachos que se acercaban a los escalones cubiertos de laureles que llevaban hasta la puerta de Dalí. Una vez allí, una criada totalmente vestida de color rosa abría la puerta y preguntaba los nombres a todos aquellos que llegaban. La mujer tenía el pelo gris, lo llevaba cortado muy corto, y su mirada era desaprobadora. Conforme entraban y de forma autoritaria, les iba indicando a los recién llegados que se sentaran y esperaran. Al poco, les hacía pasar a una pequeña habitación de reducido tamaño, en realidad era la entrada. Allí, un antiguo armario español se utilizaba para dejar la ropa y sobre una mesita había un teléfono. En la pared colgaba una reproducción de *La tempestad*, de Giorgione. A un lado, había un viejo sofá destartado en forma de labios de mujer, que estaba dominado por un gigantesco oso disecado, cubierto de collares, que aguantaba una lámpara en una de sus patas levantadas. A sus pies se encontraba un paragüero repleto de bastones de todas las formas. A la izquierda se veía una hilera de habitaciones de forma irregular unidas entre sí por algunos escalones y frente a ellos se hallaba una escalera recubierta de cuerda trenzada. Entonces solía reaparecer la criada, quien, con manifiesto desagrado, les informaba de que el señor Dalí los esperaba en el patio y los hacía pasar.

Parecía que era Salvador el que decidía quién entraba y quién no, pero en

realidad aquella mujer llamada Rosa filtraba las visitas a su antojo, juzgándolas por su apariencia y según su humor en aquel momento. Cuando Dalí le preguntaba cómo eran las personas que se presentaban a su puerta, ella, muy a menudo, respondía:

—Sucios.

Y cuando Salvador le decía que los dejara entrar, adoptaba un aire arrogante que manifestaba perfectamente lo que pensaba sobre ellos. Rosa adoraba a Salvador y le hubiera gustado eliminar a todos aquellos intrusos para cuidarlo ella sola.

Una vez dentro, siguiendo a Rosa, se llegaba, tras un laberinto de escaleras, a un patio donde se encontraba un robusto mayordomo que, vestido de blanco, abría unas botellas de champán. En el patio, las paredes blanqueadas de cal estaban bordeadas de algunos arbustos que crecían sobre un suelo enlosado de pizarra gris. Un banco de piedra también recubierto de pizarra serpenteaba a lo largo de esa pared. Dalí estaba sentado en un sillón de madera rústica con Gala a su lado, en un sillón idéntico.

Pero Gala no se quedaba, aprovechaba para escapar, como hacía siempre que podía, del ruedo de jóvenes que se formaba en ese momento. A veces, pocas, era a ella a la que venían a ver, pero Gala no era tan tolerante, no tenía tanta necesidad de ser admirada y si un visitante solicitaba una entrevista con ella, entregaba una nota a una de las criadas de la casa. Gala juzgaría en ese mismo momento, según opinaran las cartas del tarot, si era o no conveniente recibirlo.

Gala aprovechó entonces para, con ayuda de Peter, buscar unos días al mes en los que Salvador estuviera completamente ocupado con los jovencitos. Necesitaba huir de aquella casa, incluso llegó a decirle al secretario que los contratara si hacía falta, con tal de poder irse ella sola. Había recuperado su gusto por los viajes y solo eso le proporcionaba felicidad, aunque fuera momentánea. Al fin viajaba, sabiendo que en su ausencia el pintor se quedaba siempre acompañado. Barcelona, Roma, Santiago de Compostela... y en cada etapa llamaba a Salvador, para que este se sintiera protegido.

\* \* \*

*Quiero estar sola. Quiero ser yo otra vez. Quiero volver a coger aquel tren en Moscú y llegar de nuevo a Europa... Se escapa el tiempo, me quedo sin él, me diluyo y ni yo misma me había dado cuenta... qué hacer, cómo agarrarme a algo para mantenerme aquí eternamente... qué hacer cuando la muerte me hable y ya no pueda ni girar la cara. ¡Viejo aniñado e inmaduro!, vete tú con ella. Déjame a mí disfrutar de la vida... Solo quiero estar en el mundo, ni sueño ya contigo ni con nada. Estar... estar... solo pienso en estar aquí.*

\* \* \*

«Más de la mitad de las reproducciones de la obra gráfica de Dalí diseminadas por el mundo son falsas», rezaba un titular que la prensa había aireado a bombo y platillo los últimos días.

—¿Has leído esto?

—¿Qué dicen? ¿De qué hablan? ¿Cómo se atreven...?

Salvador no siguió. Igual no era tan improbable. Igual aquellas hojas que le hacía firmar Gala por las mañanas, en lienzos en blanco... ¿Cómo podía alguien confundir una obra suya con la de un vulgar imitador? Si era así, los compradores se tenían bien merecida la estafa. ¿Cómo no distinguir al genio de la copia?

El escándalo de las treinta mil hojas blancas firmadas por la mano de Dalí, que permitían reproducir grabados falsos, estaba fomentado por los secretarios a sugerencia de Gala, a quien tantos viajes y relaciones con hombres que ya no le salían gratis, como antaño, le habían hecho pensar que quizás se quedaría sin dinero. En realidad, en esos años Gala estaba más ávida de dinero que nunca. Se mostraba insoportable en las reuniones de negocios, tanto que en muchos casos los compradores optaban por pedir que

no asistiera.

Quizás era mejor así y podía dedicarse a otros menesteres más apetecibles, pensó Gala.

—Nos vamos a París, creo que en este viaje te acompañaré a todas tus sesiones.

—Gala, mi Galuska, nada me gustaría más.

Y así lo hizo. Hacía tiempo que habían establecido la rutina de ir a París al menos una vez al año. Allí tenían una habitación reservada y se formaba a su alrededor nada más llegaban una corte de los milagros, como pasaba en Nueva York. Personajes sin nombre que tenían alguna particularidad que al pintor, decía, le excitaba tanto que le hacía crear sus más bellas composiciones pictóricas. Enanos, mujeres de grandes narices cubiertas con polvos blancos, mujeres de pechos prominentes, artistas en paro, fumadores de opio, tatuadores profesionales que hacían su trabajo mientras Salvador miraba atento la evolución del dibujo, observando la cara del tatuado, bailarinas de la danza del vientre, extraños personajes con trajes más extravagantes cada vez, locos... Los locos acababan siendo siempre los favoritos del pintor, tal era la admiración que tenía por ellos por atreverse a ser y hacer todo aquello que él hacía muchas veces de forma meditada.

En ocasiones, para satisfacer al maestro, Peter incluso había llegado a organizar orgías de las que Gala acababa desapareciendo, mientras Salvador se dejaba llevar por su pasión por el *voyeurismo* más crudo y disfrutaba de los placeres de los demás llevados hasta el más extremo refinamiento.

Gala, que detestaba esta clase de diversiones, salía a buscar algún jovencito con quien, previo pago, pasar una velada de sexo en pareja.

Pero Salvador disfrutaba con eso. Alquilaba palacios, los llenaba de enanos travestidos, de artistas de circo o de lo que se le ocurriera en ese momento. Mientras, él deambulaba de un lado a otro. Mirando en cada dormitorio lo que hacían las parejas, disfrutando con el placer de los otros.

Los deseos de Gala eran mucho más sencillos. Se trataba de conseguir jóvenes en el momento adecuado que la satisficieran sexualmente. Hasta tal punto iba a la caza de muchachos que llegó a crear alguna situación incómoda.

—No podemos seguir gastando a este ritmo —le advirtió Gala a Peter un día.

—Hay dinero, los cuadros se siguen vendiendo.

—Sí, pero no los de Salvador, todos los demás, y un día dejarán de hacerlo. En realidad bastaría con que Salvador se sentara un rato a trabajar todos los días y terminara un par de cuadros al año para que yo estuviera tranquila.

—Él dice que pinta.

—Miente.

—No se preocupe, señora, yo me encargaré de seguir vendiendo estos. Haremos más litografías, cambiaremos las numeraciones... nadie dudará de la veracidad de una placa. ¿Por qué van a pensar que son más de las que hemos asegurado que vendemos?

Gala no estaba muy convencida y la situación económica le seguía preocupando.

—Le venderemos a la nieta de Franco un par de cuadros. Salvador siempre ha estado de acuerdo con el dictador en público. Si hasta lo felicitó por limpiar España de las fuerzas destructivas que había en el país, elogiándolo por la aplicación de la pena de muerte. No podrá negarse a comprarnos un par de óleos. Ella está a punto de casarse con el que podría ser el futuro jefe de Estado. Estarán montando su casa. Nos interesa tenerlos cerca, tanto por su dinero como por las posibles influencias que puedan tener más adelante.

—Pero... el otro día felicitó el señor a Ceaucescu... no sé si eso ha llegado a oídos de Franco.

—Son cosas de Salvador, de su surrealismo, Franco lo entenderá.

Así pues, Peter dispuso una cena con Carmen, la nieta del dictador español, que esos días estaba en París con su novio.

En la cena, Gala, casi de forma automática, le puso las manos encima de una de las piernas a Alfonso, su novio, sin saber bien quién era. Este se las retiró educadamente, sin embargo, la rusa, al despedirse de ellos le dijo:

—Ven a verme alguna vez cuando esté en París. Nos alojamos en el Meurice.

—Con mucho gusto pasaré a saludarla —contestó Alfonso educadamente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Gala—. ¿Cómo puedes decir que sí cuando ni siquiera sabes dónde está el Meurice?

—Sí que lo sé —respondió el joven—. Solía visitar a mi abuelo allí.

—Está en la rue Rivoli —insistió Gala—. Espera, un momento, ¿has dicho tu abuelo? —preguntó—. ¿Es que trabajaba en el hotel?

—No —contestó él—. Mi abuelo fue cliente del hotel durante años. Era Alfonso XIII.

Gala entendió por fin con quién había cenado. Y comprendió que no era un advenedizo más de los que rodeaban a Franco, sino que el dictador había querido emparentar a su nieta con uno de los herederos al trono de España, para asegurarse así la sucesión.

—Salvador va a tener razón —le confesó entonces a Peter— y va a ser verdad que Franco es el mejor estadista de Europa.

—Recuerda que te has comprometido a que Salvador le regale un dibujo de Carmen montando a caballo.

—Lo sé, no ha habido más remedio —contestó Gala—, ya has visto cómo ha ido la conversación. Al menos se ha comprometido a encargarle el cuadro para el Comité Olímpico Español de los Juegos Olímpicos.

—Hasta te ha dado el tema.

—Querrás decir que se lo he sugerido yo. Recordaba perfectamente que Salvador llevaba tiempo queriendo inspirarse en los clásicos, y qué mejor que *El discóbolo* de Mirón para hacer el lienzo.

\* \* \*

Gala sabía que solo lograba distraerse si desaparecía de Cadaqués durante alguna temporada y cada vez tenía que hacerlo más lejos. Por eso eligió Brooklyn. Allí, con un chófer y montada en su Cadillac esta vez, fue con intención de descubrir algún que otro jovencito que la atrajera lo suficiente como para acompañarla a su *suite* durante las noches que duraba su viaje. En

esa parte de Brooklyn en la que se encontraba, un coche de ese estilo era una novedad que llamaba muchísimo la atención, aunque a ella eso no le importaba.

—Para aquí... —le dijo al chófer.

Gala se quedó mirando a unas escaleras donde había un chico apoyado dejando que su cabeza descansara contra la pared. Era él, ese era el chico que llevaba años buscando, había descubierto a un muchacho del que no podía apartar la vista. Sin dudarle, le hizo señas con la mano para que se acercara. Se llamaba William Rotlein.

—De qué vives —preguntó la anciana.

—De las drogas, vendo, gano dinero y consumo.

Las drogas...

Salvador y Gala siempre habían huido de todo ese ambiente. Ni siquiera les gustaba cuando se juntaban con amigos que, sin ningún pudor, la ofrecían a los presentes. Pero el chico vivía entre drogas, latas de comida para perros y robos en supermercados, y a Gala no le importó. Ese fue el comienzo de su relación como amantes. Él tenía poco más de veinte años y ella sesenta y siete. Ese mismo día, ni corta ni perezosa, Gala pidió una habitación al lado de la suya en el hotel St. Regis.

—Tienes los brazos llenos de pinchazos —le comentó Gala mientras se disponía a bañar al joven—. Será mejor que dejes la heroína y te emborraches —le dijo la mujer.

Gala lo mantuvo encerrado en la habitación dándole solo comida, whisky y champán y así logró que pasara el mono. Aunque de vez en cuando él se escapaba, después de robarle dinero a Gala, siempre acababa volviendo con ella. Su dependencia de la mujer se hizo tan grande como antes lo había sido de la heroína. El desamparo del joven la había conmovido tanto como la vulnerabilidad y la locura de Dalí y el muchacho se convirtió en otra causa a defender.

Se entregó a lograr su resurrección. Sabía que era un ladrón y que estaba borracho o drogado la mayor parte del día, pero ella estaba convencida de que tenía el talento suficiente para ser un gran actor de cine y no le importó. La vejez hacía estragos también en la mente de Gala, pero nadie se lo dijo.



Mejor era tenerla entretenida con un jovencito, que contando monedas en una de las habitaciones de la casa de Port Lligat.

—Nos vamos a Europa, allí sabrán sacar de ti el actor que llevas dentro.

Él ni rechistó, sumido ya en el embrujo de Gala. Lo arrastró a Roma, Florencia, Turín... La pareja se juró amor eterno frente a la tumba de Romeo y Julieta. La prensa del corazón italiana pronto se hizo eco del amor de La Abuela y El Chico.

—¿Qué puedo hacer? Mi Olivette se ha enamorado —confesó Dalí a todo aquel que le preguntaba por el extraño comportamiento de la rusa, que se leía en los titulares de todas las revistas extranjeras.

—¿Federico? Soy Gala. Tengo aquí a un amigo que será tu próximo galán —le dijo convencida y los dos se dirigieron a los estudios de Cinecittà.

—Este chico tiene rostro de un bandido, e Italia está llena de hombres que parecen bandidos —contestó Fellini al verlo y no le dedicó ni un minuto.

—Vámonos, estos italianos no saben lo que es hacer cine y tener delante a uno de los mejores actores que pueda haber ahora mismo.

No se rendía y el chico, poco acostumbrado a que velaran por él, acabó por creerse demasiado a la rusa, de la que llegó a enamorarse perdidamente.

—Tendrías que divorciarte de Salvador, estaríamos los dos juntos, no te dejaría nunca, seríamos la pareja más feliz...

—¿Quién ha hablado de divorcios? —se sorprendió Gala, comprendiendo entonces que había ido demasiado lejos y el escaso equilibrio emocional del joven le había jugado una mala pasada—. Te quedarás en casa de unos amigos mientras yo voy a España y soluciono unos temas —le anunció.

—Si te vas, me suicidaré. Haré una locura. Me mataré por conseguir tu amor.

—Voy a por una botella de whisky, relájate —le pidió y desde el mismo hotel organizó las cosas para que volviera a Nueva York en avión... sin ella.

¿Cómo había podido equivocarse tanto? Decidió entonces que alternaría los amantes, que no le durarían más que un par de noches, tiempo suficiente para disfrutar de ellos, pero para que no hubiera confusiones.

\* \* \*

—Como sabe usted, definiendo la confusión entre sexos —le explicó Salvador a una jovencita que acababa de conocer en una de esas reuniones suyas de admiradores, que aparecían casi de debajo de las piedras—. La belleza es siempre el ideal griego, el hermafrodita, el ser divino. Usted, además, podría ser un chico.

Amanda lucía en su camiseta un texto: «El LSD se funde en la cabeza, no en la mano».

—Yo soy el único pintor de LSD que no se droga. Mis pinturas son como visiones de drogados, alucinaciones, sin que necesite tomar alucinógenos.

Amanda quedó seducida por Salvador y casi al mismo tiempo Salvador quedó hipnotizado por ella. Tanto que acababan pareciendo padre e hija, o que ella era su hermana, su mejor amiga...

Salvador, en aquel momento, estaba medio calvo y un poco gordo. La piel de la cara se le había desplomado y estaba salpicada de manchas oscuras. Y aunque conservaba su bigote conquistador y su porte excéntrico, había perdido su belleza de joven paje y cuando estaba engalanado, empolvado y rizado, ofrecía la figura patética de una momia. Con su bigote engomado y su chaleco de lamé dorado, a la chica al principio le pareció un poco ridículo, aunque sabía que estaba frente a un genio, quizás el último genio vivo de la pintura. Cada vez que pronunciaba una frase, enarbolaba un bastón con el pomo dorado, mientras a su lado, una corte compuesta por vírgenes profesionales y pederastas, aplaudía admirada. En esa época Salvador tenía la manía de poner apodos a las personas, pues encontraba que sus auténticos nombres eran demasiado prosaicos y excesivamente difíciles de pronunciar. Él, a sí mismo, se llamaba el Divino Dalí.

—Soy monárquico y apostólico —aseguró, mostrando un alfiler con el monograma en diamantes de la corona de Alfonso XIII que llevaba prendido en la corbata—. Tienes que venir conmigo, Gala te considerará también una criatura divina.

Salvador se la presentó a Gala y esta, en contra de lo que pensaba, se

sintió agredida por la belleza y juventud de la muchacha.

—No quiero estar con tus locos.

—Pero mi Olivette, Amanda no es una loca, Amanda es un ser extraordinario.

—Es otro de esos parásitos que ha venido a vivir a tu costa.

—Mírala. Mira qué esqueleto tiene. El esqueleto es la cosa más importante para una mujer, tú mejor que nadie lo sabes, mi Oliva —dijo Salvador—. Lo que cuenta es la estructura, que es lo que queda después de la muerte.

—No la quiero en casa, deja que se quede, si quieres, en la casa de fuera.

—Salvador sonrió, había dado el primer paso. Amanda seguiría a su lado en Port Lligat y recibiría el trato de favor que nadie más había recibido, dormiría en la casa anexa a la principal. Una especie de apartamento, con chimenea y cuarto de baño, «la barraca».

—Será un buen canguro —afirmó Gala en un tono suave.

—¿Me hablas a mí? —preguntó Salvador, que no había escuchado la frase.

—Nada, no te preocupes. Dile que venga a hablar conmigo cuando quiera, yo me voy a la habitación un rato.

De los dos, Gala era la que libraba contra la vejez la batalla más dura, más desesperada, porque parecía que ella era la única consciente de que la muerte no pasaría a su lado sin tenerlos en cuenta. Por eso, entre otras medidas, había adoptado desde hacía tiempo una higiene rigurosa. Así, iniciaba el día con un baño frío, que ayudaba a conservar terso su cuerpo y controlaba al máximo su alimentación, a la que incorporaba, a la moda norteamericana, un gran número de vitaminas y sales minerales. Además, practicaba cada mañana un cuarto de hora de gimnasia y se pasaba horas en el baño untándose todo el cuerpo con cremas nutritivas. En esa época se hizo varios *liftings*, a pesar de lo cual en general se negaba a dejarse fotografiar.

—Pero ¿qué significa la edad para alguien que no recuerda su fecha de nacimiento? ¿Qué les importa a estos malditos periodistas el año en que nací? Ni yo misma sé en qué año lo hice.

En los periódicos empezaban a publicarse comentarios acerca de lo que

ella hacía junto a sus jovencitos «fogosos». Antes, cuando era una muchacha, se le reprochaba su encanto y su libertad; ahora, menos joven, pero divinizada por los años pasados, se le seguía reprochando la libertad con que vivía.

Pero la dama solitaria se sentía más sola que nunca en Port Lligat. Mientras Dalí celebraba la monstruosidad, la deformidad y la excentricidad psíquica, Gala buscaba, más que nunca, la juventud y la belleza masculina.

—No eres más que un impotente —le lanzó Gala a Salvador al verlo rodeado, una vez más, de un auditorio boquiabierto de jóvenes, mientras mantenía entre las manos una copa de champán rosado.

Salvador se rio, seguían pareciéndole atractivos esos reproches de su mujer y se acercó a ella.

—Mañana por la mañana he quedado con Arturo. Saldremos con el coche.

—A dónde, no tengo ganas de...

—Gala, mi Oliva, mi Olivette...

—Deshazte de todos estos.

Esa mañana salieron los tres en el coche, no era la primera vez que Amanda se sumaba a los planes del matrimonio, y a Gala cada vez le molestaba menos la presencia de la chica, porque esta la sustituía muchas veces, asumiendo sus funciones de acompañante en público y le ahorra tener que ir a todas partes con Salvador.

—Cierra los ojos, estamos llegando.

—¿Quieres dejar de hacer tonterías?

—Venga, mi Oliva, hazme ese favor, es cuestión de dos minutos.

Gala obedeció.

—¿Qué es esto? Parece un diente cariado en medio de un bosque —dijo Gala al abrir los ojos y ver un castillo, pero sonrió, mientras fijaba su vista en un gran pájaro blanco que sobrevoló su cabeza.

—Es un castillo, ¡tu castillo! El lugar donde podrás ser la reina y señora de todo y de todos.

—¿Mío? —preguntó sorprendida.

Así era. Salvador le había comprado un castillo rodeado de álamos.

Estaba derruido. Pero a Dalí le habían seducido las piedras de la época románica, el frontón milagrosamente intacto donde aparecía esculpido el emblema de un cuervo y el aislamiento que tenía la finca, cerrada por un gran muro y rejas. El castillo era una gran mansión de piedras antiguas con un jardín abandonado.

La entrada era hermosa, unos escalones conducían a una escalinata rematada con un relieve gótico y un escudo que representaba burdamente un pájaro. Toda una parte del edificio estaba hundida y solo quedaba una pared descalabrada a través de la cual se veían los restos de los suelos y las tapicerías. En medio de las viñas y los olivares, entre las granjas de cerdos y los fabricantes de queso de cabra, en un reino árido que huele a carrascal y estiércol, Púbol se hallaba en el interior, tan lejos del mar y tan distinto a Port Lligat, que hundía los pies en el agua.

—No quiero que intervenga nadie en la reconstrucción.

—Se hará como tú quieras, el castillo es tuyo.

—Y deseo imprimir unas tarjetas.

—¿Unas tarjetas?

—Sí. Se leerá: «*Gala le invita el ... a ... en el castillo de Púbol*». Sin ellas no se podrá entrar.

—Como quieras.

—Solo necesito que tú me pintes el techo de la sala y unos radiadores en las puertas de los armarios, dentro de los cuales estarán los verdaderos aparatos de calefacción.

—Yo me encargaré de restaurar la capilla y decorar el salón, las habitaciones y el comedor. Quiero muebles catalanes, sólidos, recios, iré a ver a todos los anticuarios de Gerona.

La decoración era tan sobria como exagerada la de Port Lligat.

—Quiero que todo sea monacal. He pensado muchas veces en retirarme a un convento. Quedarme sola. A mí me gusta la soledad y la sencillez. En Port Lligat todo es demasiado recargado. ¡Tienes el gusto de un pueblerino de Figueras! —exclamó muy seria.

—La reina tendrá criados, una cocinera, una doncella y un jardinero y todo se hará como tú quieras.

—Suficiente.

—Además, Arturo irá y vendrá varias veces a la semana entre una y otra casa.

—Y yo te llamaré por las mañanas, al levantarme, para que me cuentes tus sueños y alejes tus temores. Y tú cuidarás de él —le dijo a Amanda, que asintió.

\* \* \*

De vez en cuando, Gala abandonaba su refugio para asistir a uno de los Tés de los Pobres de Dalí, que era como él llamaba a la audiencia de filósofos, hermosos y jóvenes actores y actrices, millonarios, travestidos y toda clase de personas extrañas que le divertían a él y que Gala tachaba siempre de parásitos. Sin embargo, Dalí, convencido de lo contrario, intentaba demostrarle a Gala lo equivocada que estaba y hacía que los más elegantes desfilaran ante ella, y seleccionaba a los aprobados para que fueran sus compañeros de mesa. Su grado de aceptación determinaría el siguiente paso de Gala.

—El talento está en los cojones —afirmó Salvador muy serio—. Y las mujeres no tienen cojones, ¿están ustedes de acuerdo en eso?

Estaban de acuerdo. O quizás no. Pero nadie se atrevía a llevarle la contraria a Dalí, a un genio.

—Han oído hablar alguna vez de una gran pintora como Velázquez o Miguel Ángel. Todos son hombres. El talento, la potencia creadora se encuentra en los testículos. Para las mujeres la creación está en la procreación, hacen hijos, ¡pero nunca podrán pintar la Capilla Sixtina!

Mientras Salvador hablaba, Gala se dedicaba a acariciar a cualquier joven Hermes, cuya mirada se dirigía hacia alguna parte de la mesa, en busca de pastos más fértiles: los senos de alguna modelo joven, de alguien que tuviese la misma edad que él... Cuando Gala se daba cuenta, acariciaba al joven con mayor insistencia y lo despreciaba si este no le prestaba atención y entonces

se dirigía al pintor.

—Debemos irnos, creo que ha llegado el momento de que vuelvas a pintarme desnuda, como me has sugerido esta mañana —le decía.

Y este, en todas y cada una de las situaciones, asentía.

Gala se apoyaba en la capacidad artística de Dalí para mantenerse joven. A pesar de sus protestas, estaba encantada de que él insistiera en pintarla una y otra vez. Incluso en una ocasión, aterrada por lo que acababa de ver en el espejo al verse reflejada, se negó a dejarse dibujar. Al poco descubrió que Dalí había contratado a una modelo holandesa para que posara y ella, ni corta ni perezosa, se ofreció para sustituirla, argumentándole que sería más barata que la joven.

## XXI

### EL MUNDO LA SUERTE ESTÁ ECHADA

—Júrame sobre este icono que si algo me sucede te harás cargo de Salvador —le pidió Gala a Amanda un día, mientras la ayudaba a preparar sus maletas para acompañarla en su Cadillac al aeropuerto. La rusa volvía a Estados Unidos a juntarse con su Jesucristo particular. Pero se sentía cansada, mucho, aunque intentara disimularlo.

—Pero... yo no sé qué haré en un futuro... —contestó la joven, asustada frente al compromiso.

—Júramelo. Y también prométeme una cosa más, que te casarás con Dalí cuando yo ya no esté.

Amanda se quedó sin palabras. Gala sonrió, con una sonrisa que demostraba que nada de lo que hacía era casual, y dejó a Amanda con la palabra en la boca. Se dirigió entonces hacia Peter, de quien se despidió casi sin darle tiempo a que abriera la boca, había demasiados rumores acerca de lo que hacía o dejaba de hacer con las obras de Salvador y designó como responsable a Enric, a otro secretario. Una decisión que ni consultó ya con Salvador. Y este tomó las riendas de todos los negocios de la pareja. Salvador no había prestado nunca atención las finanzas, y Gala había decidido que estaba demasiado cansada para seguir haciéndolo.

—Ten, estos dibujos acabo de cogerlos en la entrada. Salvador ha vuelto a darle a esos jovencitos garabatos suyos como premio. Sigue sin entender



que el premio de estar al lado de un genio es más que suficiente. No quiero que esto se repita.

—No se repetirá —aseguró Enric.

—Además, tienes que cuidar a Salvador cuando Amanda no esté. Parece que le tiemblan un poco los brazos, claro que... —se detuvo y añadió pensativa—: Lo cierto es que desaparecen cuando pinta. De todos modos, ves dándole estas pastillitas, de distintos colores. Le gustan y lo tranquilizan —le explicó Gala al secretario sacando de su armario un neceser en el que se veían distintos medicamentos.

—Pero cuáles... —preguntó.

—Las que veas. Vete cambiando de color, que eso seguro que ayuda. No podemos permitir que deje de pintar, o nos quedaremos sin nuestra fuente de ingresos.

—De acuerdo —contestó algo sorprendido mientras miraba una a una las distintas botellitas.

—Y tienes que hablar con Manel, se queja mucho. A ver si va a resultar que siendo como es un vulgar copiadore de un genio se le ha subido a la cabeza un arte que no le pertenece.

—¿Se queja?

—Creo que quiere cobrar más. Ya le he dicho que no, pero insiste, se cree que tiene el poder en sus manos.

—Hablaré con él.

Gala estaba en lo cierto.

Manel empezaba a quejarse de cobrar su trabajo por horas, cuando veía lo que pedía Gala por cada uno de sus dibujos, por más que estos estuvieran firmados por Salvador, porque eran suyos. Y lo eran, fuera o no él el que los había firmado. Ella le juró y perjuró que no salían de allí, que sus copias se quedaban en casa, pero él sabía que no era cierto, que eran las copias las que vendía, mientras que los originales se mantenían en la casa o en Púbol.

—Se lo diré al maestro —la amenazó un día Manel.

—Como se te ocurra contarle al maestro de algo de lo que tú y yo hayamos hablado, yo misma me encargo de llamar a Franco y ponerle precio a tu cabeza. —No sabía por qué había dicho eso, pero lo hizo y después

sonrió satisfecha de la amenaza lanzada, mientras recordaba la última vez que había visto al muchacho.

—Pero... —balbuceó Manel.

—No hay peros que valga, te compensaré, ven mañana a casa.

Aquella tarde Manel pasó junto al viejo casco de una barca de pesca en la que Dalí había plantado un ciprés, que crecía de entre sus cuadernos, como si fuera una llamarada verde. Al fondo vio la puerta de la casa de los Dalí. Era pequeña y destartalada, y tenía el mismo aspecto que las de las cabañas de pescadores. En cuanto lo vio, la criada le hizo entrar y lo acompañó, pasando junto a un oso pardo disecado que servía de perchero, hasta una habitación desconocida para él.

—La señora dice que la espere aquí.

La habitación era perfectamente redonda y tenía un diván de estilo turco formando un círculo perfecto. Había un fuego encendido en la chimenea blanca y las llamas se reflejaban en el busto de cristal de un emperador. En un lugar destacado, donde Manel esperaba encontrar una pintura de Salvador, había un icono ruso. Estaba en la zona de la casa de Gala.

Ella, al fondo, sentada junto al fuego, estaba en compañía de Enric. Gala no se levantó cuando entró Manel, pero dio una palmada a modo de saludo y le permitió besarle en ambas mejillas.

—Siéntate aquí, a mi lado —le pidió queriendo ser cortés, pero el tono sonó como una orden. Así lo hizo, rozando las bronceadas piernas de Gala, que llevaba pantalones cortos.

«Qué piernas tan bonitas tiene la vieja», pensó Manel y sonrió al darse cuenta de lo que había pasado por su cabeza.

—Enric, tráenos un buen Perelada —pidió Gala.

Al poco regresaba el secretario con una botella de champán rosado, y cuando se acabó esta, trajo otra, y otra y otra. Las botellas se sucedían y Manel se dio cuenta de que él era el que más bebía.

Gala, sin que Manel fuera consciente de ello, extendió las piernas y empezó a rozar uno de sus pies contra los muslos de él.

—No, por favor —pidió el joven recordando las aventuras que se contaban de la mujer y miró suplicante a una Gala que rondaba ya los

ochenta años.

—No, ¿por qué? —preguntó ella.

—Sus piernas son tan bonitas que casi olvido que puede usted tener la edad de mi abuela —aclaró, y al mismo tiempo que decía la frase se daba cuenta de que no había sido demasiado acertada.

Manel se levantó y miró a Gala, que estaba enfurecida.

—Manel, eres un pequeño cerdo —su voz era tan fría que a él le pareció que la temperatura de la habitación había descendido unos cuantos grados de pronto—. ¡Enric! —gritó entonces—. A Manel le gusta el champán rosado. ¡Trae todas las botellas que haya en la casa! ¡Llévalas al cuarto de baño! Vamos a bañar a nuestro pequeño cerdito —dijo empujando al muchacho en dirección a la puerta.

Ya en el cuarto de baño, ordenó a Manel que se desnudara y este no fue capaz de resistirse. En cuanto llegó Enric, abrió una botella tras otra y empezó a regarlo sin darle tiempo siquiera de acabar de quitarse la ropa.

—¡Eh! ¡Mi chaqueta! —se quejó el joven sin ser capaz de resistirse a la situación que estaba viviendo.

Estaba casi llorando, pero a la vez demasiado borracho para oponerse a la humillación y notó cómo le iban vaciando encima botella tras botella.

—Verás, Manel, si actúas como un cerdo, serás tratado como tal. ¡Y ahora bébetelo! ¿No habías dicho que te gustaba el champán? ¡Bébetelo todo! No dejes ni una gota. —Y salió de la habitación dando un portazo.

Manel volvió a trabajar para los Dalí en las mismas condiciones. Nunca supo Gala si se había asustado o había comprendido que el genio era Salvador y él un mero copista, y le daba igual, el caso era que había dejado de ser una molestia.

De vuelta de su viaje, Gala había organizado otro anuncio protagonizado por Salvador, en este caso no hacía ni falta que dibujara, bastaba con que mirara a la cámara y dijera: «Me vuelven loco... loco... los chocolates Lavin».

Eso era todo.

—Ya está, ¡perfecto! —gritó Gala con una sonrisa de satisfacción.

Hasta a ella le parecía increíble haber conseguido diez mil dólares por tan solo quince segundos en un anuncio.

—Mi *moe zoloto*, mi oro ruso —le dijo Salvador—. Eres lo más caro que tengo, sin ti no hubiera sabido nunca ser Salvador Dalí. Aunque me hagas trabajar sin descanso.

«Si tu mueres, todo se viene abajo», pensó Gala, «y ahora debemos pensar en la jubilación de los dos».

Tenía más de diez millones de dólares ahorrados en ese momento y a Gala no le parecían suficientes; además, tenía que volver a viajar, no se encontraba cómoda sin tener alguien joven a su lado. Alguien cuyo talento estuviera por descubrir.

\* \* \*

El teatro musical *Jesucristo Super Star* causó una gran conmoción en Nueva York. El título atrajo el misticismo de Dalí. Él y Gala, que no se aventuraban mucho por Broadway, pidieron al teatro fotografías promocionales del espectáculo para verlas. Se sentían especialmente intrigados y atraídos por el actor principal, Jeff, que fue invitado a uno de los Tés de los Pobres de Dalí.

Gala y Dalí estaban sentados ante una enorme mesa del bar King Cole cuando llegó Jeff con otros actores de la obra. Para aquella ocasión, Gala eligió ponerse un vestido rojo con un vistoso collar de piedras verdes que sabía que le favorecía. Inmediatamente, como si estuviera en trance, al verlo se puso en pie y lo tomó por ambas manos.

—Ven —le pidió—. Siéntate junto a mí.

Gala se entusiasmó con él, igual que lo hiciera con el otro joven años antes. No era mujer de soledades eternas, ni de quedarse en casa, así que acertó al volver a viajar a Norteamérica a buscar a otro joven desamparado al que poder cuidar y ese fue Jeff. Se encaprichó de una foto del rubito pelilargo a quien Salvador Dalí siempre llamó Jesucristo y no dudó en ir a buscarlo. Tan convencida estaba Gala de que acertaba en esta ocasión que, antes de regresar, ya mandó acondicionar para él una de las estancias del castillo. Era músico y ella lo quería apoyar en su carrera.

—Ya lo he pensado —le dijo un día—, pasaremos los inviernos en Nueva York, así tú podrás estar con tu familia, y en verano te pagaré un billete de avión a Cataluña y mandaré a Arturo a recogerte al aeropuerto. No tendrás que hacer nada más que componer para mí en Púbol.

Durante esa época poco acudió ella a Port Lligat, ocupada como estaba con Jeff, y tan solo le mandó dos invitaciones a Dalí, una de las cuales le autorizaba a llegar con un acompañante. Y Salvador acudió con Amanda.

Esos días, por la noche, antes de cenar, se bebía sangría. A media noche, se reunían en el parque que daba al castillo para contemplar las estrellas. Por la mañana recorrían parte de la finca que Gala había bautizado con el nombre de jardín de Yalta, donde crecían plantas de tabaco que hablaban de sus recuerdos lejanos, de cuando la joven rusa pasaba sus vacaciones a orillas del mar Negro. Sí, Gala recordaba su lejana Rusia, más de lo que quería reconocer.

—En Yalta tuve mi primer amor, un amor platónico que consistió en un simple roce de labios. Y Finlandia —añadió— es mi primera experiencia de muerte —les confesó a todos.

Pero Yalta no hizo más que constatarle el inexorable paso del tiempo. Allí fue donde Gala llamó de nuevo a su cirujano para que volviera a hacerle un *lifting*, pero este se negó.

—No se puede combatir la vejez eternamente.

—¡Estúpido!, qué sabrás tú de vejez. Tú que no la vives —colgó Gala gritando.

Gala estaba vencida, la viejecilla en que se había convertido disimulaba su mirada apagada tras sus gafas negras. Se echaba el tarot y hablaba con Amanda de su muerte y de que Dalí no podía quedarse solo. Ahora como nunca era consciente de que ni siquiera ella podía luchar contra el tiempo y que quizás esos diez años de diferencia con Salvador iban a pasarle factura en el peor de los momentos.

Mientras, Dalí, ajeno al drama íntimo que vivía Gala, intentaba volver a acaparar las portadas de los diarios siendo él mismo y las circunstancias políticas se ponían a su favor. Franco había ordenado ejecutar a cinco terroristas vascos y Dalí, franquista contra viento y marea, le mandó un

telegrama de felicitación.

—Tendría que haber mandado ejecutar a más —contestó a un periodista que le preguntó acerca de lo que había sucedido y no contento con eso añadió —: Veinte condenas a muerte resultan a todas luces más económicas que una guerra civil.

La suerte estaba echada. Las consecuencias de sus palabras no se hicieron esperar: las paredes de la casa de Port Lligat se llenaron de amenazas de muerte contra el artista. Incluso se rumoreó que alguien colocó una bomba bajo la silla de la mesa que habitualmente ocupaba en uno de los restaurantes de lujo de Barcelona. Dalí entró en pánico, empezó a sufrir pesadillas y se negó a salir de casa, solo cruzaba la puerta para ir a la comisaría de Via Laietana a pedir que algún policía se acercara a protegerlo a su casa. De nuevo, únicamente Gala podía devolverlo a la realidad.

—Vuelve pronto, pequeña —le dijo Salvador a Gala por teléfono, viendo que esta seguía ensimismada en Púbol—. Galuska, te espero, ya lo sabes. ¡Vuelve junto a mí! *Baby, come back*. Te echo de menos. Necesito tenerte aquí.

—Nunca. Estoy demasiado bien sin ti. Quédate con Amanda y con tus efebos —contestó ella.

—No duermo, no descanso, esos animales quieren matarme. Te necesito —insistía.

Al fin, fue la inauguración del Museo Dalí la que la hizo acercarse de nuevo a Salvador, aunque fuera solo unas horas. Ese día él iba vestido elegantísimo, le había escogido Amanda la ropa, y Gala llegó desde Púbol en su Cadillac, del que descendió agarrada del brazo de Jeff.

—Jeff regresará una temporada a Nueva York y yo pasaré unos días en Port Lligat —le anunció Gala al verlo decaído.

La realidad era que, además de la medicación que Gala le había estado dando un tanto de forma arbitraria durante más de veinte años, Salvador desarrollaba todos sus miedos cuando Gala no estaba a su lado y eso le provocaba grandes trastornos mentales, que acabaron por obligarle a recibir visitas regulares de un psiquiatra. Además, sus problemas físicos, que hasta el momento había podido disimular, eran cada vez más evidentes. Precisamente

ese cóctel farmacológico que había estado consumiendo durante los últimos años bajo la única supervisión de Gala, que alternaba fármacos según su propio criterio, acabó provocándole daños irreversibles en su cuerpo y en su mente, y empezó a temblarle tanto su brazo derecho que los médicos aseguraron que nunca más podría volver pintar.

Ninguno de los dos quería asumir que se estaban haciendo viejos y que cualquier problema agravaba sus achaques de salud. Gala lo sabía, aunque no quería reconocerlo. Y lo peor era tener a un viejo decrepito a su lado, a quien le temblaba el cuerpo y que ni siquiera servía para pintar lo que no hacía más que recordarle que ella también envejecía.

—Me iré con Jeff.

—¿Me dejarás solo? —preguntó tímido.

—Ya no nos necesitamos —contestó ella.

—Qué haré si no me cuidas.

—Le diré a Amanda que venga.

—Se ha casado. Tiene otra casa.

—Maldita sea. Ella y todas las que como ella crean ilusiones.

—No digas eso. Quién me dará los medicamentos. ¿De quién puedo fiarme?

—No puedo ni salir de casa desde que estás así. Ni a la peluquería —le gritaba—. Eres un viejo inútil que no da más que problemas. Quiero irme, lejos, junto a Jeff, él me necesita.

—Mi Oliva, yo te necesito más. Tú y yo somos iguales, nos rompemos, nos caemos.

—Déjame sola, no quiero oírte. Al menos déjame respirar cuando estemos en casa.

Los gritos y las peleas se sucedían. Ambos, impotentes ante las limitaciones que les empezaba a imponer la vejez, estaban sacando el rencor acumulado durante años. Se tiranizaban mudamente, e incluso llegaban a amenazarse y a pegarse sin el menor motivo, como chiquillos enrabiados. Ellos, que siempre se habían rodeado de gente joven y hermosa, no podían soportar la decrepitud que cada uno veía en el otro. Y lo peor, Salvador se sentía atemorizado por su enfermedad, porque sabía que no podía hacer nada

para luchar en contra de ella.

—Enric me ha dicho que no tenemos ni para pagar el hotel. ¿Se puede saber en qué te has gastado el dinero? ¿Con tus efebos? ¿Es eso? ¿Y cómo lo has conseguido? —gritó Gala enfurecida.

—Yo, mi Olivetti, pero si no sé ni dónde está el dinero de esta casa. Jeff...

—No quiero que manches su nombre, no lo menciones, no te atrevas.

Gala estaba aterrada, su peor pesadilla tomaba cuerpo, eran pobres. Alguien había tomado malas decisiones financieras y hasta el fisco norteamericano los perseguía. Al parecer, volver a trabajar en Norteamérica iba a ser difícil, si no imposible, sino pagaban lo adeudado.

Se esperaron lo peor, y Salvador cayó en una gran depresión. Fue hospitalizado y salió de la clínica sin estar curado. Quería irse a casa junto a Gala, se sentía enfermo y desvalido. Pero los médicos ya habían diagnosticado que Salvador no mejoraría y que además su cordura a ratos era mínima. El golpe recibido por Gala fue mucho más brutal al enterarse. Ella estaba convencida de que la salud de Dalí era indestructible, como una roca, por más que ella se hubiera dedicado a desgastarla los últimos años.

Al desconcierto tras la noticia recibida de boca del médico sobre la precaria salud de Salvador, se unió, esos mismos días, otra mala noticia. Jeff le anunció que no regresaría más de Estados Unidos, se quedaba definitivamente en casa.

\* \* \*

*La realidad, los reflejos, las miradas, los espejos... no quiero quedarme sola, no estoy vieja, el viejo es él, Salvador. De él ha sido de quien los médicos han hablado. A mí me saludan, me dan la mano. Sí, a veces me hablan de usted, pero yo los corrijo zalamera. ¿De usted a mí? No seas así, hombre. Así nunca tendremos la confianza suficiente...*



\* \* \*

A pesar de eso, hicieron un último intento de normalizar su vida, recordando lo que hacían antaño, y viajaron, junto a su séquito a París, a la *suite* de Alfonso XIII en el hotel Meurice para descansar.

—¡Enric socorro! —gritó Salvador de madrugada.

Cuando llegó, Gala estaba tirada en el suelo, junto a la cama. Tenía grandes dolores y miraba ceñuda a Dalí. Su silencio era maligno, de odio. Cuando Eric la levantó para depositarla en la cama, ella le guiñó un ojo. Al ver los moratones y las heridas, llamó a la conserjería del Meurice para pedir un médico.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Enric mientras esperaban la llegada de los sanitarios.

—Estábamos cada uno en una cama... —balbuceó Dalí—, cuando Gala se ha caído.

La excusa parecía demasiado confusa como para tener sentido y coincidir con lo que estaba viendo en la mujer. Entonces, los pensamientos de Enric se concentraron en imaginar cómo podría ocultar aquel incidente a la prensa.

El médico diagnosticó que Gala tenía dos costillas rotas y lesiones en una pierna y un brazo. Avisaron a una ambulancia y Gala fue trasladada rápidamente al hospital. Para entonces ya había amanecido del todo. Enric, por su parte, le insistió a Salvador, que le confesó que había golpeado a Gala con su bastón.

—¡Me había hecho firmar con mi huella dactilar un documento por el que vendía ciertos derechos de reproducción que ni yo mismo poseía! ¡Tienes que salvarme de ella!

—¡Es tu mujer!

—No me quiere, ella ya no me quiere.

—¡Le has pegado! —le riñó Eric.

—Me importa poco ser querida. Personalmente no amo a nadie, ni espero nada de nadie —decía Gala gritando—. Pero ese dinero me pertenece. ¡Es mío! Y mis relaciones con Salvador son lo que son y hasta ahora nos ha ido

bien. No tenemos esa clase de problemas ordinarios, a pesar de todo vivimos en libertad. No somos una pareja.

Enric acabó por dimitir y Gala le escupió a la cara en el mismo momento en que se lo dijo.

—Me da asco la gente que solo se mueve por dinero —añadió la anciana y Enric la miró sin molestarse en contestar.

La pareja decaía, ellos dos, Gala y Salvador, no solo se habían perdido el uno al otro, sino que empezaban a perder a sus sirvientes más leales. Eran viejos, estaban enfermos y se sentían incapaces de cuidar el uno del otro, parecía que no había nada que los uniera. Ni siquiera fueron capaces de coincidir en la forma en que debían recibir al rey Juan Carlos I en Port Lligat cuando se acercó a saludar a la pareja. Tanto Gala como Salvador sabían que podía ser de las últimas oportunidades que les quedaban para salir en la prensa dignamente.

—No te pongas la barretina.

—¿Cómo no voy a llevarla? Deja de darme órdenes si no quieres que le muestre al rey la herida que me has abierto con el tacón de tu zapato.

—Viejo caprichoso. Eres como un niño.

Gala seguía queriendo dinero y obligaba a Dalí a firmar lienzos y contratos en blanco y de no hacerlo lo golpeaba hasta conseguir una firma, por eso no podía permitirse una mala imagen en público que a ella la perjudicara.

—Gala, ¿por qué has golpeado a Dalí llevando todos esos anillos en los dedos? —preguntó Enric, a quien seguían recurriendo a pesar de haber dimitido de su puesto.

—Porque quiero que se den cuenta de que lo he pegado por no querer firmar un papel.

—Pero...

—No hay peros, que firme las hojas que le dejo por las mañanas y ya verás como no volvemos a hablar de esto —sentenció la rusa.

Dalí había perdido las ganas de vivir. Gala no se ocupaba de él y él no podía hacer nada sin ella. La verdad era que Gala tenía solo dos o tres horas de lucidez al día y las dedicaba a pensar en Jeff.

—Soy anarquista y monárquico a la vez —le dijo Salvador al monarca—. Monárquico, porque la monarquía significa orden, que la anarquía del pueblo, de los que estamos abajo, esté protegida por un orden superior. La monarquía significa perfecto orden.

Dalí no era más que una sombra de sí mismo. Las angustias le hicieron perder el apetito. Enflaquecido, temblando como una hoja, con una permanente mirada de espanto impresa en los ojos, había perdido la confianza en sí mismo y en sus allegados. Vivía atemorizado día y noche, estuviera despierto o dormido. Solo expulsaba sus demonios a través de la violencia; pero no se limitaba a golpear con el bastón a los criados o a los visitantes, pegaba Gala, cuyo cuerpo, debilitado por la edad, mostraba las huellas de sus golpes.

—Aquí estamos muy mal —concluyó Gala, consciente de que los últimos días de su vida no eran ni remotamente parecidos a lo que ella había soñado —, todo es muy triste.

A pesar de eso Gala dejó Púbol y se dirigió de nuevo a Port Lligat.

—Lleva todas mis cosas —le dijo a Arturo—. Acabaré allí mis días.

—Señora...

—Demasiado sé de lo que hablo —contestó con pocos ánimos mientras, con las escasas fuerzas que quedaban en sus brazos, le enseñaba al hombre lo que quizás sería su última tirada de cartas.

—El día que me muera será el mejor día de mi vida. Púbol es frío, demasiado frío —se lamentó Gala por enésima vez en la misma tarde.

—Pondremos calefacción —contestó Salvador de inmediato.

Gala se lo quedó mirando. Nada tenía que ver la calefacción con el frío que tenía en su cuerpo. Un frío que le entró por las venas el día que comprendió que ya no viajaría más, que no habría nuevos hombres en su vida, que no volvería a tener la ilusión por descubrir un nuevo genio... que había que resignarse a verse las caras todos los días, que ya no la acompañaría nunca más un cuerpo joven, un torso firme y sudoroso por las mañanas con el que no tenía que hacer ningún esfuerzo más que, en alguna ocasión, ofrecerle un viejo dibujo de Salvador, o pagarle algún viaje. Era ese el frío que tenía, el de la desesperación de la tristeza... casi ni se atrevía a

pensar que era el de la vejez que preludiaba la muerte.

—Eres un viejo idiota. El frío que yo tengo no lo soluciona un radiador.

—Pero...

Salvador se la quedó mirando. ¿Dónde había ido a parar la pequeña Gala? ¿Qué había sido de su encanto? ¿De su determinación? ¿Qué había sido de su Oliva?

—Me iré, nos iremos de aquí —aseguró entonces.

—¿De Púbol?

Y se fue. La última gran renuncia de Gala fue su castillo. Púbol era demasiado grande y demasiado frío. En sus escaleras sufría pérdidas de equilibrio como consecuencia de su osteoporosis, sus piernas ya no la aguantaban, en sus habitaciones, notaba cada uno de sus huesos, que parecían de papel, todo su calcio estaba carcomido.

—¿Qué ha pasado?

—El secreto de mis secretos —dijo entonces Gala muy seria— es que no los revelo. Hable usted con Salvador si quiere. Volveré con él, a Port Lligat.

—Pero...

—He pasado la vida sin dar explicaciones. Sin defenderme ni atacar a nadie, haciendo lo que creía que era mejor. No creo que haya llegado el momento de dejar de hacerlo. Solo yo sé lo que me conviene ahora y regresaré junto a Salvador.

Un Salvador que, atemorizado en casa por las noticias que podían darle los médicos, era incapaz de ir a verla. Y Gala regresó del hospital, pero ya estaba rota... tanto... que ni conservaba la lucidez, ni volvería a recuperarla más.

\* \* \*

*No hay espejo en el que mirar la nada. Creí, soñé... hasta me peleé por que no llegara nunca este momento. El vacío llega, lo tengo delante, me giro para verme en un espejo en el que ya ni estoy reflejada.*

*Salvador y Gala.*

*Gala y Salvador.*

*Los dos somos ahora uno solo. Los espejos, la belleza, la mirada doble,  
los años, los sueños, la carne, los cuerpos...*

*Salvador y Gala.*

*Gala y Salvador.*

*Salvador...*

*Salvador...*

*Salvador...*

## CAMINO SIN DIRECCIÓN. EL LOCO.

*Cadaqués, 10 de junio 1982*

—¡Un biombo! ¡Necesito un biombo para no verla! ¡Para no oírle suspirar! ¡Para no oler sus vendas, su carne, sus heridas! ¡Un biomboooooooooooooo!».

Lo he gritado tan alto que dudo que alguien de la casa no lo haya escuchado. No han tardado en aparecer a mi lado todos los que había. Me miran como si estuviera loco, hace tiempo que observo esa mirada en ellos. Qué sabrán. Ellos no duermen a su lado, no han dormido nunca junto a ella. No saben lo que es pasar la noche junto a un cadáver que respira a bocanadas, que exhala muerte. Por eso no lo entienden. No me entienden.

—Señor, la señora está mal... pero a ratos, usted lo sabe, vuelve a ser ella y lo busca con los ojos. Lo necesita cerca. Un biombo... ¿Y si lo mira? ¿Y si lo busca?

Me habla siguiendo las órdenes que le ha dado el médico, que cree que hay que cuidar más a los medio muertos que a los vivos, pero a mí eso me da igual. Esos suspiros ahogados me asustan, me aterran, no me dejan dormir.

—¡Un biombo! ¡Cuántas veces tengo que pedirlo! No puedo soportar los estertores de una vieja moribunda a quien supuran tanto sus llagas que el olor hiede. ¡Gala, Galuska, mi Oliva, mi hermosa Gradiva...! ¿Dónde te has ido? ¿Dónde estás? ¿Qué te han hecho? Esta no eres tú. No te vayas. No me dejes solo.

Se lo he repetido suplicante, casi llorando. Ellos no lo entienden, pero ella ya no está. Es otra. Gala ya se ha ido para siempre.

—Dónde está su espalda firme, dónde sus caderas anchas y sensuales,

dónde su mirada penetrante, dónde su energía arrolladora... Ni fuerzas tiene para decir o señalar lo que necesita.

—Señor...

—Tan solo sus ojos, muy abiertos, se clavan en mí como lo han hecho siempre. ¿La ves? Me pide, me suplica que me vaya con ella. Que la acompañe. Que no sabré vivir sin ella.

Pero ellos siguen a mi lado silenciosos. Me miran como si me hubiera vuelto loco. Supongo que no se esperaban que yo insistiera en mi petición, que no rectificara.

—¡Un biombo! —insisto tozudo, apoyando con fuerza mis puños sobre una mesita.

Me esfuerzo en apretar mucho sobre la madera para disimular el temblor del Parkinson que todo el mundo sabe que tengo, pero que me niego a asumir.

—Hummmm —oigo de fondo.

Es ella, no puede ser nadie más. Quiere decir algo, pero no tiene fuerza. Ese lamento, ese susurro desesperado. Pero no es Gala la que está en la cama, es un amasijo de lesiones purulentas que huelen mal y me repelen. Toda la vida he huido de las enfermedades, por eso ese pedazo de carne torturado tiene que desaparecer de mi vista, alejarse de mí. Tienen que devolverme a Gala, a la Gala que cuida de mí. A la Gala que me protege. A la Gala que decide lo que haré. A la Gala que ha guiado todos y cada uno de mis pasos desde el día que la conocí. A la Gala que me dice que debo pintar... ¿Qué haré ahora? Ni pintar sabré...

—No me deja dormir —les explico de nuevo, quiero que lo entiendan, que no piensen que no la quiero—. Esa respiración... esos sonidos... es la muerte que llama y no quiero abrirle, quiero que se quede fuera de esta habitación, de esta casa. ¡Los genios no mueren! Ella me lo ha dicho mil veces. ¿Verdad, doctor? Volverá a ser ella. ¡Ella es el verdadero genio! Yo no hubiera sido nada sin Gala. Tiene que volver de donde esté. No puede dejarme aquí, solo —lo pregunto con mirada suplicante, mi médico acaba de llegar, él sabrá qué hacer.

—Debemos tener paciencia, Salvador. La muerte nos llega a todos, a

todos, tarde o temprano, nadie se salva de ella. Y nosotros debemos acompañar en este trance a nuestros seres queridos.

«¡Mentira! Queréis volverme loco. Entre todos conseguiréis que...», lo he pensado, pero no he sido capaz de decirlo en voz alta. Yo siempre he estado loco, lo sé bien, desde niño, desde que mis padres se empeñaron en hacer de mí el doble del niño que fue mi hermano muerto. El problema ahora es otro, es la realidad la que me obliga a luchar contra la cordura, la que quiere meterse en mi cabeza y que me recuerda lo que siempre he sabido, que sí, que nadie escapa de la muerte.

Me tambaleo. Lo que veo es demasiado atroz, incluso supera mis peores pesadillas. No puede ser cierto. No puede pasarme a mí.

—Me juró que nunca se separaría de mí y ha mentado... Un cura. ¿Y si llamamos a un cura?

—Está al llegar, señor, hemos mandado a buscarlo hace un rato. No tardará.

—Él le devolverá la vida. Sí, eso hará. La traerá de nuevo junto a nosotros. Dios es bueno... Dios es misericordioso.

—Señor... quizás podría darle la extremaunción.

—¿A Gala? Pero si Gala no se va a morir...

Me dejo caer en el sillón de orejas cuando veo entrar al cura con los óleos en la mano.

—La paz sea en esta casa —dice el padre por todo saludo inclinando la cabeza.

Sigo sentado en esa butaca. Gala siempre me dice que parezco más pequeño de lo que soy cuando me siento en ella porque me hundo. A veces ese comentario me enfadaba, pero hoy me gustaría oírla. El padre se acerca a hablarme. Lo miro como si no lo viera. No tengo ganas de escucharlo. Ni siquiera de levantar la mano para saludarlo. Se aleja mirándome con cara de preocupación y se dirige a la mesa para poner el santo óleo. Ya lleva puesta la estola morada y el sobrepelliz y le presenta la cruz a Gala, que ni fuerzas tiene para besarla. Luego, con calma, empieza a rociar la estancia con agua bendita mientras susurra algunas palabras que no llego a escuchar y supongo de consuelo para el alma de Gala.



—Se levantará, padre, sé que lo hará... —dice entonces Salvador con la mirada perdida.

\* \* \*

—¡Galaaaaaaaaaaaaa!

El grito desesperado se escucha en toda la casa. Dalí, arrodillado a los pies de la cama, no sabe qué hacer ni dónde mirar. Acaba de despertarse de la siesta y al observar a Gala a través de una de las rendijas del biombo ha sabido de inmediato que está muerta. Con los ojos muy abiertos y media sonrisa socarrona, la mirada de la rusa parece que se pierde a través de la ventana hasta llegar al Cap de Creus.

—Señor...

—¡Hay que llevársela de aquí!, tenemos que trasladarla a Púbol —dice Salvador todavía sin fuerzas para moverse demasiado—. Ella lo quería así —añade justificándose, mientras se asegura de que no se mueve el biombo y no tendrá que volver a ver el cuerpo torturado por la enfermedad de la que un día fue Gala.

—Pero...

—Hay que llevársela... no podemos perder el tiempo, ella lo quería así, ella lo quería así... —repite una y otra vez.

No hay forma de convencerlo. La realidad es tan dolorosa que Salvador no se atreve a llevarle la contraria ni siquiera una vez muerta, deseando, quizás, que al obedecerla con el traslado vuelva a la vida.

—No podemos dejarla aquí. Se enfadará. Volverá para castigarme. Me pegará —insiste asustado—. No sabéis lo que es capaz de hacerme —repite Salvador convertido de pronto en un anciano temeroso.

Nadie se atreve a discutir las órdenes del pintor.

En poco más de media hora, mientras él espera sentado en una esquina de la habitación en el que fue uno de los sillones favoritos de Gala, se disponen a arreglar el cuerpo sin vida de la mujer y lo envuelven en una sábana que

hará las veces de mortaja.

—No podemos perder tiempo. Si vamos a trasladarla, habrá que avisar a un médico y que nos espere en Púbol. Así certificará su muerte nada más llegar —dice entonces Arturo.

El fiel chófer será quien finalmente transporte el cuerpo de Gala estirado en el asiento de atrás y cubierto con una sábana hasta el castillo de Púbol, mientras los demás lo siguen en otro vehículo. Lo hará en el mismo Cadillac en el que realizaron tantos viajes en busca de nuevos amantes, el coche favorito de Gala la trasladará en su último paseo.

—No debemos demorarnos. En cuanto llamemos a las autoridades, la noticia correrá como la pólvora.

—¡El lazo! No os olvidéis del lazo —grita Salvador sin atreverse a mirar a la que fue su mujer y se levanta lento, pesaroso, hacia la mesita de noche donde Gala guardaba el lazo negro que adornaba su cabeza.

No podía dejar que se fuera sin ser ella. Ese lazo la había acompañado durante más de cincuenta años. Su Gala, su Galuska, su Oliva, su Gradiva... iba a desaparecer para siempre. ¿Qué haría él solo?

\* \* \*

Vestida de terciopelo rojo, maquillada y perfumada, Gala al fin queda sola en la inmensa habitación de Púbol, situada bajo un baldaquino azul.

—Señor... tenemos que empezar los preparativos —insta Arturo.

A Salvador ya le da igual. No puede moverse de Púbol. De su lado.

—Viviremos aquí, Arturo. Cerraré Port Lligat. Me quedaré esperando. Si vuelve...

—No volverá, señor, ella ya no volverá, y en Port Lligat estará usted mejor que aquí... esto es demasiado grande para una sola persona. Hágame caso.

—Volverá, lo sé, volverá, nunca me ha dejado solo. Me lo prometió. De sobra sabe que no sé hacer nada sin ella.

—Ha muerto señor. Los muertos no regresan —contesta amable Arturo—. Venga, venga a verla. Está guapísima. El ataúd es transparente. Venga conmigo. Si la ve tendrá un bonito recuerdo final.

—¿Huele mal? —pregunta entonces Salvador.

—¿Oler? No señor, no huele. El féretro es hermético, señor.

—Huele mal, seguro que huele mal —insiste el anciano, que más parece un niño asustado—. La carne podrida huele mal y ella estaba podrida. Si no huele no es ella, ese cuerpo es otra persona.

En el sótano, en la cripta donde yace muerta, colocan una jirafa disecada, un torso y dos cabezas de caballo para acompañar el cadáver de Gala. Pero ella sigue en el castillo, en los cuadros, en las fotografías... en la imagen de aquella niña que corría en las heladas calles de Moscú y que un día huyó del frío hielo para correr por una Europa en guerra, una imagen que se mantiene en los iconos que aparecen en rincones inesperados, una figura que se cuela junto al mazo del tarot, que sujetó hasta el último día.

Ahora es Salvador quien, mirando fijamente el rostro de la que fuera su imagen en el espejo, empieza a pensar en los espejos y en el paso del tiempo.

Gala y Salvador.

Salvador y Gala.

Dos o uno, uno o dos, qué más da ya.

El espejo refleja una misma imagen, una imagen que ahora es real. Frente al rostro relajado, frente a la placidez de la muerte, Salvador se reconoce, quizás por primera vez, viejo, solo, enfermo. Al fin, vivir como uno solo, como imágenes reflejadas de uno mismo, o de la que fue su otro yo, se confirma como una mentira que demuestra no solo el paso del tiempo, sino también las garras de la muerte. Y entonces mira las dos tumbas y en ese momento la realidad se vuelve tan pesada que contempla a su amada y solo es capaz de decir:

—No puedo, no quiero, no me quedaré a tu lado para siempre —grita entonces, revelándose a lo que para él era la cercanía irremediable a la muerte—. Lo sabías, mi Oliva. Me lo habías dicho mil veces, los genios no tenemos derecho a morir.

¡Quiero vivir!

¡Quiero vivir!

Dónde está la inmortalidad prometida. ¿Qué has hecho con ella? No, no quiero la que dan los cuadros, sino la real. Tú sabías que lo único que me angustiaba era la muerte. Me engañaste. Me dijiste que pasaría de largo... Y aquí está, a nuestro lado, en Púbol...

Y sale entonces Salvador de la sala sin mirar atrás, sin querer darle un último adiós a su musa eterna, a la única mujer mitológica de su tiempo, como le gustaba a él decir, pensando que, al no hacerlo, la muerte tomará otro rumbo, pasará a su lado sin detenerse, sin llevárselo a él de la mano. Quién lo va a defender ahora de los demás, y, sobre todo, quién lo va a defender de sí mismo. Sigue andando, y lo hace confiando en que va a vivir eternamente... que no necesita nadie que lo defienda y lo acompañe, que solo es capaz de escapar... aunque él mejor que nadie sabe que la muerte también lo atrapará pocos años después que a su otro yo.

*Gala-Dalí*  
Carmen Domingo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta, 2016

© de la imagen de la portada, Orlando / Getty Images

© Carmen Domingo Soriano, 2016

Publicado por acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

© Espasa Libros, S. L. U., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2016

ISBN: 978-84-670-4823-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona - Victor Igual, S. L.  
[www.victorigual.com](http://www.victorigual.com)

Carmen Domingo

«Amo a Gala más que a mi padre,  
más que a mi madre, más que a Picasso  
y más incluso que al dinero»

# Gala-Dalí

---

LA NOVELA SOBRE LA MUSA DEL PINTOR

---



  
ESPASA